



PATRICIA GELLER

DIVIDIDA

EN PLENA CONFUSIÓN

Para todos los que estáis ahí, no sólo leyendo, sino viviendo cada libro, acompañándome en una nueva historia.

He escogido el título de cada capítulo haciéndolo coincidir con el de una melodía que describe el momento por el que pasa la novela. Espero que disfrutéis cada escena con Aarón, Ivonne y Daniel, enDividida.

Gracias a todos los que hacéis posible que mis sueños se sigan cumpliendo.

1

Las campanas del amor

Abril de 2005

Era un martes cualquiera y ahí estábamos, tumbados en el césped de un terreno que poseían los padres de Aarón con la intención de construir una casa en el futuro; mientras tanto, se había convertido en nuestro escondite y mis pensamientos se disparaban al estar solos, sin nadie a nuestro lado que me frenara.

«¿Me lanzo o no me lanzo?» Parecían dos cuestiones tan tontas, insignificantes, pero a la vez tan importantes para mí... porque allí empezó todo. Lo bueno, lo malo, nuestra perdición, mi locura... Siempre había oído decir que quién no arriesgaba, no ganaba, y con Aarón era justo lo que me había sucedido toda la vida. Algo imposible, que me hacía ansiarlo más.

Él era uno de mis mejores amigos, también algo así como ¿mi amor platónico? No lo sabría definir.

¿Sabéis cómo es eso de ver a alguien y que todo sobre a tu alrededor? Pues así me sentía cuando estaba con mi italiano. Desde niña albergaba un fuerte sentimiento por él, que me confundía por la intensidad con la que latía mi pulso cuando estábamos cerca. Con el tiempo fuimos creciendo, madurando, y todo fue a más. Desconocía si era normal, pues nunca me había sentido tan unida a alguien. Jamás había tenido fantasías tan locas y fuera de lugar... Sin embargo, no lo podía evitar; de hecho, no quería hacerlo. Yo deseaba imaginar cómo serían sus besos, cómo sería su toque.

—Ivonne —me llamó.

Lo examiné de reojo y sonreí. Me hizo gracia lo cauteloso que se había vuelto de pronto al abordar el tema de mi primera vez... Era guapo, simpático, divertido, y deseaba que fuera con él, pensaba muchas veces mientras lo miraba.

—Estás pensativa —mencionó, ofreciéndome una piruleta que acepté—. ¿Todo bien?

—No cambies de tema, quiero saber algo.

—Suelta. —Rio incómodo—. ¿Cuál es la pregunta?

Chupé la piruleta, rodeándola con la lengua, y ronroneé. Estaba riquísima. Vi que ese gesto lo incomodó, por mi provocación, pero lo hice aún intenso: apunté al frente, disfrutando con lentitud del delicioso caramelo.

—Pues... —jugué, regalándole un movimiento coqueto de pestañas—. ¿No sabes por dónde voy?

Él tragó forzosamente, tan reservado como de costumbre. «¡Ay, Aarón!»

—Dímelo —insistió esquivo.

Se me escapó un suspiro.

Decir que era guapo era quedarme corta. Lo era hasta decir basta y no, no exageraba en absoluto. De cabello castaño claro, con ojos grises y mirada hechizante. Su piel no era muy tostada, al contrario de la mía. Muy atractivo, con nariz chata redondeada. Labios firmes y boca gruesa, con dos hoyitos que... ¿Qué podía decir? Me quitaba el aliento. Ciertamente me quedaba embobada cada vez que estábamos juntos. Una auténtica tortura si no terminábamos en nada.

—¿Tú me lo harías, Aarón? —lo reté, balanceando las piernas—. ¿Tú serías capaz?

Volvió la cara negando; mis pullas a veces no le gustaban, pero no me importaba. Adoraba picarlo.

—Aarón, la primera vez dicen que ha de ser especial, y tú eres alguien importante para mí.

—El amarillo te queda muy bien. —Puse los ojos en blanco al ver cómo desviaba el tema, y me aclaró serio—: Somos amigos, no pareja. Y tú, menor de edad.

—¡Ya lo sé! Aunque el próximo mes cumpliré diecisiete y tú tienes veinte... —repliqué hincando los codos en tierra, intentando convencerlo. Aunque, por su incomodidad, adiviné que me daría otra negativa—. Dime, ¿cómo es tu mujer ideal? Me hablas poco de chicas, ¿no serás gay, no? Porque sería fatal para mi pobre cora...

—Bebé...

¡Buf!

—Cuéntame, Aarón, quiero saber qué he de hacer para que me veas atractiva y no como unbebé. No te pido nada más de lo que tenemos... pero quiero experimentar y...

—*Suficiente*

[\[1\]](#)

—zanjó en italiano.

Me entraron los sudores y no precisamente fríos... Conocía esa reacción tan suya, cuando estaba nervioso o enfadado y salía a relucir su lengua y su acento italiano. A mí me fascinaba oírlo.

—No me pidas esto, Ivonne.

Me miró prudente, callado, y delineó con sus dedos una fina línea por mi mejilla. Me estremecí, me gustaba. Desconocía si era un amor profundo esa adoración por mi amigo; me parecía interesante, aunque él siempre se mantenía distante cuando me acercaba tanto. Dani... su hermano gemelo, en cambio, me piropeaba, pícaro... con bromas. Eso sí, a escondidas.

—Vale, vale —me rendí, encendida por su caricia. Deseaba morder su labio, chuparlo. Finalmente acabé contenida—. Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo?

—Mejor.

—¿Sabes que algún día me gustaría escribir algo?

—¿En serio? —Asentí, sonrojándome—. ¿Sobre qué?

Me encogí de hombros.

—No sé... algo con amor, supongo. Oye... —cambié de tema, me daba vergüenza, lo reconozco—. ¿Comemos hoy con Dani? —Aarón asintió, distraído—. Es increíble cómo hemos congeniado los tres. Bueno... en realidad, Daniel ha sabido acoplarse a la familia después de todo, ¿verdad?

—Sí, no ha sido difícil.

El de ellos era un caso curioso. Los padres de los Fabrizi se habían separado cuando ellos eran pequeños. Dani, por voluntad propia, con sólo ocho años, había preferido irse a vivir con su padre, lejos de sus hermanos y de su madre, que se quedó destrozada, pese a que no se interpuso en su decisión.

Cuando menos lo esperábamos, a sus diecisiete años, decidió regresar al hogar materno, y fue como si nunca se hubiese marchado. Físicamente era muy parecido a Aarón, aunque sin esos dos hoyuelos, que tanto me emocionaban, cerca de los labios. Desde su llegada había perseguido parecerse a Aarón en la forma de vestirse, de peinarse, aunque tenían personalidades diferentes... Se adoraban, siempre estaban juntos. Eran, más que hermanos, amigos.

La gente los confundía y Dani se había integrado tan bien en la familia que daba la impresión de que nunca se hubiese ido. Personalmente, y pese a que nadie compartía mi opinión, creía que Dani se excedía queriéndose parecer tanto Aarón. No era necesario, ni mucho menos, tener las mismas características, si ya eran idénticos. En fin...

—Bueno, ¿nos vamos? —me propuso Aarón, levantándose tras el largo silencio, y salió corriendo para que lo alcanzara.

Corrí y corrí, pero acabé por pararme ahogada... Ahí empecé a autoconvencerme de que era

inalcanzable.

—¡Aarón! —grité, suspirando—. ¡Un día suplicarás y entonces sucederá!
La que supliqué fui yo, incluso mucho tiempo después.

Te espero cada noche

Noviembre de 2013

Todo estaba hecho un desastre en mi habitación, me preparaba para embarcarme en una gran aventura con Aarón: nos íbamos a vivir juntos a Valencia. Queríamos defender nuestro futuro profesional e independizarnos, pues ya era hora, yo, a mis veinticinco años, y él, a sus veintinueve. Nos tocaba volar del nido y yo estaba feliz por hacerlo con él. Solos... tal vez de esa manera la cosa avanzara. ¿Funcionaría? Llevaba tanto tiempo haciéndome la dichosa pregunta...

No era momento de perder mi tiempo en tonterías con todo lo que tenía que hacer aún, pero era superior a mí. Eché una mirada al reloj; eran tan sólo las diez de la mañana y en una hora y media había quedado con él. ¿Estaría levantado? Tendría...

Corrí hacia mi ventana y abrí un poco la cortina.

Su habitación estaba justo en frente de la mía, éramos vecinos, y en cuestión de segundos, como era costumbre, subió la persiana... ¡Madre mía! Llevaba el pecho descubierto, y el pelo tan despeinado que me dieron ganas de hundir los dedos en esa maraña y ceñirlo contra mí. No me ayudó nada ver cómo movió su cabello, la forma en la que sumergió su mano en él, ni cómo su otra mano perfiló sutilmente su marcado vientre, mientras bostezaba en plan anuncio de televisión.

Si no se detenía pronto, perdería la cabeza.

Su imagen era perfecta recién levantado o, ¡qué decía!, a cualquier hora del día. O tal vez eran mis ojos, que no veían más allá de él. Creí que con el tiempo, y tras «conseguir» mi objetivo, mi deseo iría desapareciendo, pero había ido a peor. Pensaba en sus manos noche y día; no me perdía ninguno de sus gestos, los memorizaba con la intención de acudir a ellos cuando me fuese a dormir. La única forma en la que podía tenerlo. No quería parecer una acosadora o una niñaota obsesionada, pero era en lo que me había convertido.

«¿Se habrá dado cuenta él?»

Si era el caso, lo disimulaba muy bien. Desde nuestra noche secreta... Aarón se había comportado justo como prometió, como si nada hubiera sucedido. ¿Cómo podía ser posible? Yo me estaba volviendo loca, sin importar el tiempo que transcurriera. Había intentado, incluso, crear esa especie de magia con otros hombres... pero en ninguno encontraba lo que él me podía dar.

Apoyé la frente en el cristal, sabiendo que él ya no me vería. Se había ido sin percatarse de que lo espiaba.

En casa había silencio; deduje que mis padres estaban trabajando en la clínica. Decidí que era hora de prepararme para que los segundos volaran y poder verlo tan pronto como necesitaba. Fui hacia el armario, ilusionada, y saqué un vestido con vuelo, corto y amarillo, de manga larga. Lo combinaría con unos tacones del mismo color.

Tras la ducha, me sequé el cabello, lo alisé con la plancha de pelo y me maquillé como me encantaba hacerlo, no del todo llamativa, aunque tampoco discreta, para qué mentir. Cuando casi estaba acabando, sonó el teléfono. Una sonrisa se me perfiló de oreja a oreja intuyendo que era Aarón, pero mi alegría se evaporó en seguida al leer el nombre del emisor y comprobar que era Daniel...

¿Desayunamos juntos?

Ni siquiera medité la respuesta. Todavía faltaban tres cuartos de hora para poder ver a Aarón.

Venga, ven a casa, que no hay nadie.

Me adelanté a que él llamara al timbre, pues bajé a la planta principal y dejé la puerta entreabierta. Hacía fresco en Barcelona; pensar que en dos días estaría en Valencia... sería tras celebrar una fiesta de despedida esa noche. Cómo pasaba el tiempo. ¿En serio que habían transcurrido ocho años desde que...? Empecé a agobiarme y opté por hacerme un zumo de naranja natural, mi favorito, y puse a torrar un par de tostadas. Sabía que a Daniel le flipaba el chocolate caliente, por lo que le preparé un buen tazón. Entonces... sentí un beso en mi mejilla. Uno suave, sutil, como era él.

—Hola, Dani —lo saludé sin mirarlo, aunque sonriendo y a la vez nostálgica—. Ya no queda nada.

—¿Con ganas? —Me giré, encontrándolo. Estaba nerviosa, no podía evitar alterarme ante esa nueva etapa—. Ya veo que sí.

—¿Crees que todo nos saldrá bien?

—Claro que sí, sois unos aventureros —me animó, mientras situábamos el desayuno de manera ordenada sobre la mesa blanca de la cocina. Tanto él como su familia sabían de mis manías, algunas duraderas en el tiempo, otras repentinas—. Ivonne... Me gustaría hablar contigo antes de que te fueras.

Se puso tan serio que me preocupó, la verdad. Por ello, me senté y lo invité a que se colocara en frente para verlo mejor.

—Te echaré de menos —le recordé.

—Lo sé.

—¿Pasa algo? —pregunté, untando mantequilla en las tostadas—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—No sé si éste es el momento.

Mordí la tostada y bebí un poco de mi revitalizante zumo. Estaba riquísimo.

—¿De qué se trata? —insistí.

Dani lo dejó todo a un lado, incorporándose para posicionarse a mi derecha. Lo miré fijamente, ansiosa por conocer qué diría; a juzgar por su comportamiento, era algo de suma importancia para él.

Me pidió la mano y yo le sonreí.

—Nadie sabe que... —se interrumpió en seguida cuando Aarón, sorprendiéndonos, cruzó el umbral de la cocina y se detuvo al advertir que nuestros dedos estaban entrelazados. Sus facciones se transformaron de una manera que me impresionó. Mi corazón saltó de alegría al verlo, como siempre sucedía. Era mi momento favorito del día—. Ey, hermano... ¿todo bien?

Daniel me soltó como si nuestra inocente unión fuera algo malo.

—Si estáis ocupados, puedo venir más tarde —dijo Aarón. Percibí un tono que jamás había oído en él—. Ivonne, me he adelantado. Me voy y vuelvo...

—¡No! —grité, sonriendo, y dejé el desayuno sobre la mesa, aunque el estómago me rugía hasta doler—. No te preocupes, Dani y yo podemos hablar en otro momento, ¿verdad?

«Por favor, no me falles.» Éste dijo que sí con gesto amargo.

—¿Nos vamos, Aarón? —le propuse, ideando un perfecto día de compras.

Miró a su hermano y luego a mí, que alcé una ceja sin captar el motivo de su tensión.

—Claro —concedió un poco más calmado.

Casi me olvidé de que Dani estaba allí y de que segundos antes necesitaba decirme algo urgente, pero mi prioridad era su hermano, así que me despedí de él con dos besos y salí de

casa con Aarón. Una vez más, su brazo rodeó mi cuello, como si fuéramos algo más de lo que éramos o, por el contrario, como si formara parte de mi familia y no hubiese segundas intenciones en nuestro acercamiento. Hasta entonces nadie se había atrevido a cuestionar que eso pudiera llegar más lejos. Su hermana Laura nunca me había insinuado nada acerca de mi relación con Aarón, César tampoco... ¿Por qué? Si juntos hacíamos una estampa perfecta...

—Ivonne, ¿vamos en mi coche, no?

Se puso las gafas de sol y hasta miedo me dio encontrarme con su rostro seductor. Siempre estaba impresionante con ellas puestas.

—Sí. Oye... hoy estás muy serio —le susurré al oído. Oí que carraspeaba—. ¿Todo bien?

—Sí.

—¿Llevarás compañía a la fiesta? —Cerré los ojos, dejándome guiar por sus pasos y suplicando en silencio que la respuesta fuera negativa. Aunque realmente dudaba de si me iba a responder, ya que él y yo nunca hablábamos de nuestros líos amorosos y jamás nos habíamos presentado a alguien especial—. ¿Aarón?

—No, es una fiesta de despedida.

—Vale...

Cómo añoraba la rebeldía de antes, ser la loca e inconsciente adolescente que se le insinuaba sin vergüenza. Y odiaba que él se comportara de forma tan reservada todavía. Era un hombre hecho y derecho. ¿No podría ser más *malote*? Yo lo estaba deseando.

—Cuidado —me indicó, abriéndome la puerta del vehículo, con las gafas de sol de nuevo en la mano—. ¿Te apetece tomar algo?

—Venga.

Una vez que los dos estuvimos dentro, me subí un poco el vestido para que mis piernas quedaran a su vista. Sus ojos captaron en seguida el movimiento, con mi piel expuesta para él, y las miró. Por un momento dudé de si volver a bajármelo; sin embargo, no di un paso atrás. Sonriendo, fijé la mirada en su cara, deseando que deslizará los dedos por donde quisiera.

Aarón tocó el volante, cerrando los dedos en torno a éste. Me atreví a poner mi mano sobre la suya, atrayéndola justamente hacia donde sabía que los dos estábamos deseando. Fue un disparo a mi corazón, que empezó a alterarse casi tanto como mi cuerpo, que mostró la debilidad que yo guardaba por Aarón. Los temblores me sobrecogieron, sorprendiéndome de que también a él le estuviera sucediendo... Tragué, tragué una y mil veces, añorando sus caricias. Sin querer, me arqueé hacia delante, excitada; mis ganas de él eran incontrolables. Aun así, Aarón se limitó a soltar un gruñido, congelado allí, a pesar de tener permiso para avanzar.

—Ivonne...

Un día más, me llevé el chasco. Se posicionó recto, dispuesto a poner el coche en marcha, destrozando el momento y mis ilusiones. No reparaba en mí, no me permitió leer un poco más las variaciones en su rostro. ¿No le parecía atractiva?

Si años atrás había sentido un desbordado deseo...

—Quiero poner música —le pedí, pretendiendo no amargarme.

Asintió agarrotado, sin dejar de apuntar la vista al frente. Sus hoyuelos se marcaron, ayudándome a enloquecer.

—Pon lo que te apetezca, Ivonne. Todo lo mío es tuyo.

—¿Todo? —Desvié la mirada tras escapármeme la pregunta—. Olvídalo.

—Será mejor.

Sobre las ocho de la tarde regresamos a casa, cargados de bolsas. Nos dejamos caer en el sofá, suspirando. Estábamos agotados, y yo risueña al imaginar cómo serían nuestras vidas una vez

que partiéramos. Mis padres no habían llegado aún, ya que solían hacerlo sobre las nueve, por lo que la intimidad entre Aarón y yo se propiciaba de nuevo.

¿Sería una especie de conspiración contra mí? Apuntaba a que sí.

—¿Vemos un par de capítulos de alguna serie antes de prepararnos? —propuse, buscando refugio en su pecho. Su corazón latió más de prisa—. Aunque la verdad es que hoy no me apetece salir...

—Ni a mí, pero tenemos un compromiso.

Me acarició la zona de la nuca como solía hacer cada vez que nos acurrucábamos, sin entender que yo sentía más de lo que debía, ¿o no quería hacerlo? La prueba era que mi vello se puso de punta.

Valorando qué hacer, levanté la cabeza y me encontré con sus ojos: brillaban; soy una mujer y sabía que entre nosotros saltaban chispas, ¿entonces? Me moría por saber por qué se oponía a que nos dejáramos llevar, sin cuestionarnos el motivo.

Éramos jóvenes, libres...

—¿Por qué no ha vuelto a pasar, Aarón? —balbuceé, lanzándome.

Su tormentoso suspiro se coló en mi alma.

—Sabía que algún día llegaría este momento —susurró y yo me atreví a acercarme más—. Ivonne... no quiero estropear nuestra amistad y, por cometer otra locura, podríamos perder lo que tenemos, y no puedo permitirlo.

—¿Lo llamas *locura*? Fue increíble. —No me respondió y añadí—: ¿Y si saliera bien? ¿Y si ahora me arrancaras la ropa?

—Ivonne, se acabó.

Intentó levantarse. Yo volví a tirar de él para que ocupara el mismo lugar. Cerca, muy cerca de mí.

—Te juro que me dejaría —musité coqueta—. Podrías hacerme lo que quisieras.

Nerviosa, eché el cuerpo un poco hacia delante. Su boca y la mía se rozaron y fue la sensación más placentera que un ser humano puede imaginar, experimentar. Anhelaba ese sabor que un día navegó en mi boca para dejarme con ganas de más.

—Ivonne —me advirtió, tenso.

—¿Qué...?

Cerré los dedos en torno a su camisa, por la zona de la cintura, arrancándole un quejido.

—Basta —imploró.

—No sé hacerlo —confesé sin voz.

Era la maldita verdad, no sabía. Agarré con fuerza su mentón y busqué sus ojos, ausentes, pero no distantes. Con un lamento, chupé su labio inferior, con agonía, muriendo, deshaciéndome en sensualidad para él. Pero se mantuvo quieto, con la mandíbula presionada. No consiguió que yo me rindiera, pues bajé un poco, arrastrando mi boca, regalándole mi agitada respiración. Continué por el lóbulo de su oreja, mordisqueándola con erotismo, y volví a retomar el camino hacia su contenida boca.

Cuando pensaba que iba a lograr lo que perseguía, Aarón agitó la cabeza y cambió de posición, de modo que sus labios quedaron presionando mi frente, terminando en un beso puro, inocente. Sentí que me faltaba el aire; no entendía qué me daba o, mejor dicho, qué no me daba, que me volvía loca.

Tenía ideado que nuestra relación diera un giro antes de emprender el camino hacia Valencia... sin ser capaz de avanzar.

—Tenemos que irnos —me recordó ronco.

—En la fiesta te quiero sólo para mí... —Me levanté avergonzada por mi atrevimiento y le di la espalda para no ver su reacción, pues, conociéndolo, no daría crédito—. No te daré tregua, *italianini*, esta noche volverá a suceder y no será un mero capricho... Quiero que

iniciemos estos nuevos planes de futuro llamando a nuestra relación con otro nombre que no sea simple amistad y te aseguro que no me daré por vencida.

—Ivonne... deja de provocarme.

—Lo haré toda la noche —murmuré alejándome. Me ardía la cara—. Lo haré hasta el amanecer si es necesario, lo haré hasta que aceptes que me deseas tanto como yo a ti. Y hasta que me des la oportunidad que necesito para poder avanzar contigo o sin ti.

Me fui riendo y casi llorando, tan sonrojada que no me atreví a volver a mirarlo. Mi objetivo era él, ya se lo había dicho, y en unas horas esperaba que lo hubiese entendido. Esa noche elegiría el vestido más impactante que Aarón jamás hubiese visto. En la fiesta no le daría tregua, le haría entender que yo era su mejor opción. Cuando estábamos juntos, el tiempo volaba, nos compenetrábamos, nos gustábamos... prueba de ello fue la noche que me hizo sentir plena... Necesitaba que hablásemos de lo que sucedió, que se volviera a repetir la magia sin que los dos fingiéramos que no había existido.

Poco tiempo después y cuando ya estábamos en la fiesta, sentí que todo iba sobre ruedas. Nuestro coqueteo era visible ante todo el mundo, las copas empezaron a subir de tono la noche. Yo, a volverme un poco más atrevida, ya que la bebida me ayudaba a variar mi personalidad, dejando a un lado a la Ivonne coherente.

Por segundos ni veía, iba tan pedo que todo me daba vueltas; sin embargo, era feliz... Creí tenerlo; de hecho, lo tuve.

Sólo ansiaba que por la mañana, cuando amaneciera, él no se hubiese arrepentido y me volviera a poner excusas.

Lo habíamos prometido. Sus palabras retumbaban en mi mente...

Pero todo, sin saber el motivo, cambió de la manera más inesperada... Aarón se marchó y me dejó tirada, destrozada. Sin importarle mis sentimientos, sin darme una explicación del porqué de su rabia, de su sobrecogedora decepción.

Se me va la voz (Aarón Fabrizi)

Mayo de 2014

Se despertó sobresaltado y sudando al oír el sonido de su teléfono. Maldijo de nuevo. Era la décima llamada de su hermana Laura, que insistía más que de costumbre. «Pesada.» Desde que se mudó a Milán, el contacto con su familia era escaso, no quería saber qué sucedía por allí... ya no. Excepto si eran noticias relevantes.

Tenía intención de reunirse con Fede, su amigo y socio, para hablar sobre su próximo proyecto: un local de copas, allí en Italia, país de origen de su padre. Miró la hora en su reloj recién adquirido, una de sus debilidades: las doce de la noche. Cansado, se levantó desnudo, como solía dormir, se puso el bóxer y cogió el teléfono para llamar a Laura, previendo, por su insistencia, que sería algo de suma importancia. «A ver qué diablos quiere.»

Dos segundos después de iniciar la llamada, su hermana respondió alegre.

—¡Por fin! —Aarón sonrió al oír su voz pito—. ¿Hasta cuándo nos darás largas día sí y día también? Nunca tienes tiempo y, tras seis meses allí, ¿no crees que ya es hora de estar un poco por nosotros?

—El trabajo... Dime, ¿qué necesitas? —la esquivó, ofuscado—. Tengo que salir para reunirme con un amigo.

—Quiero contarte algo, ¡estoy muy emocionada! ¿Sabes por qué? Daniel se va a vivir a Valencia, cerca de Ivonne, ¿no es genial? ¿Qué te parece?

Aarón pegó un respingo tan grande que incluso podría haberlo notado su hermana. Tragando una y mil veces, se preguntó con rabia a qué se debía la decisión. No podía ser, no quería ni imaginarlo. Aun así, tomó aire con calma; era un hombre paciente o, en esos casos, intentaba serlo, aunque la sangre le estuviera hirviendo.

—¿No te lo ha contado ella aún? —preguntó su hermana, sin saber que la relación era inexistente y que mentían al decir que la mantenían para no crear fisuras en las familias—. ¡Ey!

—No, hace días que no hablamos.

—Normal, como con todos —le reprochó sin malicia—. Entonces no le digas que te lo he explicado.

Aarón paseó de un lado al otro, encendiéndose con ansiedad un cigarrillo, pues no esperaba la noticia.

—Dani está impaciente por estar cerca de ella; ya tiene trabajo allí como entrenador en un gimnasio.

—*Che cosa?*

[2]

—Sí —comentó Laura, contrariada por la alarma en la voz de Aarón—. No me lo ha confirmado, pero creo que siempre le ha gustado, y va a por ella. Fíjate que por un tiempo pensé que eras tú el que le gustabas y viceversa, ¡qué tontería!

Aarón casi rio, de no ser porque era cierto. Ella lo provocaba, cayó y lo engañó. Pero su rostro se reflejaba frente a él, su boca, sus ojos... Lo encendía como nadie. «La muy...» No la olvidaba, a pesar de estar con otras y de aborrecerla como lo hizo.

Era un puto masoca al aceptar esa información.

—¿Me estás diciendo que va con intenciones serias? —indagó Aarón, dando una calada

asfixiante, rompiéndose por dentro.

—Pues no lo sé... De momento ya sabes que Ivonne no tiene a nadie y, si Daniel le da cariño, ¿por qué se lo va a negar?

El pulso de Aarón se alteró, pensando con frialdad, la misma que Ivonne causó en él tras su traición. Tener que verla en ocasiones claves al formar «parte de la familia» no era lo que hubiese esperado. Estaba tan dolido y tan poco preparado para saber de la mujer que significó tanto en su vida... Le daba demasiado miedo tenerla frente a frente y necesitarla más que al aire que respiraba.

Ivonne era su peor fracaso. «¿Cómo pudo burlarse así con lo que significábamos el uno para el otro?»

—¿No es precioso que se enamoren y que nuestra mejor amiga pase a ser nuestra cuñada? ¡Me encanta la idea!

«Merda e più merda!

[3]

» Y precisamente con él, ¿sería como la vez anterior? También había engañado a Daniel y lo peor era que Aarón lo culpaba, cuando no tenía por qué. Había sido Ivonne quien, en secreto, le había hecho promesas, que rompió más tarde. Su hermano le había confirmado lo que ya intuía, que apenas habían vuelto a tener contacto después de la fiesta; de hecho, en las pocas conversaciones que mantenían, afirmaba saber poco de ella y de su vida. ¿Qué había cambiado?

—Entonces —carraspeó Aarón—, ¿es seguro?

—Sí...

—Tengo que cortar. —Trató de controlarse—. Me esperan.

—¿Sabes? —dijo su hermana aprovechando la llamada, pues no tenía idea de cuándo volvería a localizarlo—: Ivonne está en un chat para conocer gente... amistades.

«Es la puta polla. Lo que faltaba.»

—Cuenta.

—Entró ayer, me lo comentó por WhatsApp. Pero no le digas nada, me lo contó en confianza; le cuesta abrirse y se ha inscrito sin revelar su identidad. Hay muchos hombres... quiero decir —titubeó, pero Aarón ni la oía—, se hacen amigos, sí.

«¿Le costaba abrirse? —se cuestionó incrédulo. Amistad...— ¡Una mierda!»

—Pásame la página —demandó.

—¿Para...?

—La espero en miemailen cinco minutos, por favor.

Y colgó, apagando el cigarrillo y disponiéndose a encender otro.

Se sentó frente al ordenador que tenía en la misma habitación, al fondo, ideando la forma de cómo entrarle a Ivonne por el chat. ¿De qué iba ella ahora? Quizá podría saberlo con la ayuda de este nuevo método de «conocer amistades». Ingresó en el enlace que le acababa de llegar al correo, en una página corriente de chats. Leyó la nota de su hermana, que contenía la información de Ivonne. ¿Su nombre era Afrodita?

—Será malnacida —murmuró Aarón. La buscó y comprobó que estaba conectada. «La novedad», supuso—. Veamos cómo te desenvuelves.

Se registró con el apodo de Cupido. Se hubiera reído, pero la situación no lo requería.

Tecleó rápido, sin recular en su malvado propósito.

Cupido: Con que Afrodita...

Afrodita: Perdón, ¿quién eres?

«Qué rapidita es.»

Cupido: Cupido.

Afrodita: Ah, ¡qué descubrimiento!

Cupido: Enciende la cámara y bájate las bragas, ¿te gusta el cibersexo?

Afrodita: Cerdo de mierda. ¡Bloqueado!

Aarón no creyó en su palabra, pero sí, certificó que era cierto. Ivonne lo había bloqueado. Soltó una carcajada estrangulada, el enfado no le permitía disfrutar. ¿Tan aburrida era su vida como para entrar en ese tipo de juegos? Apagó el ordenador, con el torso sudoroso y los pies descalzos tocando el frío suelo, y miró absorto por la ventana. En el exterior la noche era tranquila. Quiso ignorar los detalles de la llamada anterior, creer que no le importaba por lo dolido que se sentía todavía, hasta que se dio por vencido y lo reconoció para sí mismo, no lo podía obviar.

Y no lo haría... «Maldición, claro que no.» ¡Dolía! Con la finalidad de ser cauteloso en la conversación, rebuscó en la agenda el número de su hermano, al que no llamaba desde hacía mes y medio. No eran horas, pero no le importó.

—¿Sí? —respondió Dani, animado.

—Soy Aarón.

—¡Vaya! —Aarón se dejó caer en el asiento de su izquierda, poniendo atención a los ruidos que oía de la posible fiesta en la que estaba Daniel, a saber dónde—. ¿Todo bien?

—Laura me ha llamado, ¿qué se te ha perdido en Valencia?

A la mierda la cautela.

—Ah, eso —comentó Daniel. «Lo suficiente», quiso decir Aarón—. Para apoyarla y cuidarla. Ivonne se siente sola y, después de estos meses de insistencia por mi parte, me voy con ella.

—Sola...

—Sí. A sus padres les preocupa mucho ese tema y ya sabes... Por la amistad de las familias, me he ofrecido a vigilarla de cerca.

Aarón respiró. «¡Olvídala!», se regañó. «Cuidarla y ser amigos como si nada después de...» Tampoco era extraño, con él mismo se había dado esa situación. Cuando Ivonne era inocente, juguetona... Pero, desgraciadamente para él, porque no desaparecía su recuerdo, las circunstancias no eran las mismas, no tratándose del lazo que lo unía con Daniel.

¿Cómo obviarlo?, ¿olvidar y perdonar? ¡No podía!

No encontraba el modo y el tiempo seguía corriendo en su contra y quizá a favor de otros, peor aún, de... No sabía dónde terminaría su propia relación con Ivonne exactamente, o cómo, y no quería a Daniel por medio. Y menos con esos vínculos que los unían. No a él.

Mucho menos a ella cerca...

—Tengo que irme. —Aarón fue seco—. Me embarco en un nuevo proyecto.

—Suerte.

Así era de fría la relación entre ellos desde aquella noche...

—¿Estás seguro de que no mientes? —demandó Aarón y, volviendo a insistir antes de dar por terminada la llamada, le advirtió—: No me gustan las sorpresas y este tema está hablado.

—Pregúntale a ella —le ofreció Dani, tranquilo—. No sé cuál es el motivo por el que ya ni os habláis, por qué fue tan grande tu decepción, y si algún día decides contarme la razón, estaré encantado de escucharte.

«Porque me jodiste.»

Era hora de borrarla de su vida, de no seguir esperando a que algo cambiara... pues era inútil hacerlo cuando ambos seguían por caminos diferentes, sin intención de volver a unirse.

Amores extraños

Mayo de 2015... y dejamos de contar...

«¡Vamos, Ivonne, que tú puedes!», me dije ese día.

¡Cómo odiaba las mudanzas! ¿Cuántas cajas habíamos trasladado ya? Otra vez dentro y fuera; mi coche estaba hasta arriba y no dábamos abasto. El tiempo se nos había echado encima, la casa aún seguía sin estar pintada ni reformada en algunas zonas, y sólo quedaba un mes para la visita de los hermanos Fabrizi. Suspiré, qué ganas tenía de abrazarlos, ya que desde que me fui no los había visto con frecuencia. Julia, la madre, era especial para mí y para mis padres, pues de esa relación había nacido todo, mi amistad con sus hijos: Laura, la menor y mi mejor amiga en Barcelona; César, el mayor de los hermanos... Aarón... y luego estaba Daniel. Los dos últimos nombres hicieron que sintiera un pequeño latigazo en el corazón. Dos hombres que habían determinado mi vida de alguna manera.

«No vayas por ahí.»

Resoplé, desviando mis pensamientos.

Me daba pena que mis padres no pudieran visitarme en esa ocasión, pero la clínica veterinaria les quitaba mucho tiempo. No les desgastaba, porque adoraban el trabajo que desempeñaban y, a diferencia de mí, les encantaba estar rodeados de animales. Yo no es que lo odiara, pero el hecho de ver pelos por todos lados me causaba una extraña alergia.

—Ivonne. —Miré a Dani por encima de la caja. Iba cargado y hecho un desastre por el polvo asqueroso que me llevó a estornudar por enésima vez—. Vamos a parar para comer y luego continuamos.

—Aún nos quedan muchas cosas por sacar, y se hace tarde. Estos días no podré faltar al trabajo, porque tengo demasiadas cosas pendientes después de haber estado media jornada toda la semana pasada.

—Eres tu propia jefa, ¿qué más da?

Pasé de largo, obviando su comentario, hasta dejar las cajas en el porche de nuestro recién alquilado adosado, algo imperfecto, pero por decisión propia. Un hogar que me tenía enamorada por su amplitud. Cuatro habitaciones, cada una con su baño; una enorme cocina, y un salón bastante amplio. Lo que más me alucinaba y esperaba disfrutar era el jardín, por la piscina. Vivíamos a media hora de Valencia y de mi centro de estética, lo cual más adelante podría ser una molestia por la distancia. Pero no en ese momento que tan ilusionada me tenía por los nuevos cambios que llegaban a mi vida como un soplo de aire fresco.

—¿Quieres hacer lo imprescindible y luego comer? —se quejó de nuevo Dani, tras ignorarlo. Asentí cansada y él bufó nada contento con mi respuesta. ¡Hombres! Me apoyé en la pared, ahogada y sudorosa. Qué asco daba—. ¿Agua?

—Por favor —le agradecí casi sin voz.

Se fue hacia dentro de la casa para dirigirse al fondo, con lo que yo me quedé mirándolo de arriba abajo, pensativa.

Su cabello últimamente estaba más rubio. Ese día estaba especialmente guapo, aunque su estilo fuera el habitual, deportivo, y, la verdad, las gafas le daban un aire más interesante a su imagen, una que él cuidaba mucho debido a su profesión. Por ello su cuerpo era musculoso, impactante. De esos que, al encontrártelo de frente, piensas «qué bombón».

Le encantaban las gorras con la visera atrás y a mí, que las llevara.

Al verlo acercarse, no pude evitar sonreírle. A Dani le debía mucho... Desde que se vino a vivir

cerca de mí porque yo se lo supliqué a gritos, enloquecida por la soledad, había sido mi gran apoyo, y me ganaba día a día con su ternura. De poco sirvió mi negación a aceptarlo como algo más. Él no sólo me entendía como siempre había hecho cuando yo lo veía como a un amigo, sino que me cuidaba y ahuyentaba mi melancolía, que aborrecía. No me quejaba a su lado. Revivió a la Ivonne que había estado ausente, robótica durante meses. Y no era de extrañar, era el hombre perfecto, o al menos el hombre que las mujeres como yo, con planes de futuro, necesitábamos.

—Toma —me ofreció mi botella de agua, *lamía*, ya que yo soy un tanto especial. Acaricié sus dedos al aceptarla, ganándome una preciosa sonrisa que fue correspondida, mientras abría el tapón y esperaba a que insistiera en el tema anterior. Lo conocía—. Creo que es mejor detenernos, coger fuerzas y seguir. Recuerda que le he prometido a mi jefe ayudarlo con el nuevo proyecto, la transformación del gimnasio que se abrirá el próximo mes y que estará abierto por las noches.

¡Era cierto!

—Vaya, se me había olvidado —apunté, limpiando el borde de la botella—. Menuda paliza.

—¿Entonces?

Bebí agua, ansiosa, pues tenía la garganta seca, y decidí recular. No me dejaría en paz, ya que esa noche no podría dormir y llevaba parte de razón. Luego, por mi culpa, no rendiría bien en el trabajo. Y por supuesto tampoco quería que el primer día de nuestra convivencia en pareja fuera una catástrofe al no ponernos de acuerdo por una mera tontería.

—Como quieras, Dani.

—Podemos llamar a Desi —comentó esperanzado—, ¿no te ayudaría?

—¿Desi? —Me reí escupiendo el agua, muy cerca de mojarle los pies, y me enderecé—. Sabes que la adoro, que es mi mejor amiga aquí, pero a pija no la gana nadie. —¡Oh, su hombro!—. ¡Tienes una pelu...! ¡Achís! ¡Pelusa! ¡Achís!

—Espera.

Dio un manotazo rápido a la zona y se la quitó de encima como si fuera algo que pudiera atacarme directamente atentando contra mi vida, pues sabía lo que me producían. No podía con ellas, me picaba la nariz cuando las veía, y todo por mi absurda fobia tras una mala experiencia. Era aún más meticulosa y maniática desde el percance, aunque también había influido el hecho de montar el centro y obsesionarme con tenerlo perfecto, limpio.

—Bueno —retomó la conversación de nuevo, un poco desesperado. Yo seguí hiperventilando, pero él no se inmutó, ya que me conocía—. ¿Qué hacemos?

—Comamos, está bien.

Me guiñó un ojo, añadiendo:

—La cocina está desordenada, vamos a comer a alguna parte, ¿te parece?

—No lo sé, habría que mirar dónde y me parece un engorro.

Con una sonrisa, se aproximó y me besó la frente, la nariz, deteniéndose cerca de mi boca, a la vez que me acariciaba la cintura. Cerré los ojos momentáneamente, disfrutando de la forma tan suave en la que su lengua perfilaba mis secos labios.

—Sabes a fresa —murmuré, probando su boca—. Cómo te gustan los caramelos de ese sabor.

—Estás muy guapa tan...

—¿Desastrosa?

Negó, sonriendo.

—Mentiroso —lo empujé, recolocándome la ropa. Un moño mal cogido y elegancia cero con trapos viejos. Sobre todo con lo que me arreglaba últimamente; el rollo *pin-up* empezaba a fascinarme—. ¿Nos hacemos *unselfie* lo subimos a Instagram?

—¿Ahora?

—¡Claro! ¿Te animas?

—Qué vicio tienes con las redes. Venga... lo haré por ti.

Preparé el teléfono y me agarré a Dani.

—¡Sonríe! —lo animé, dándole al botón e inmortalizando otro momento—. Anda, mira qué guapos hemos salido...

Los dos nos reímos mientras yo subía la foto a la red social, compartiéndola al mismo tiempo en Facebook y Twitter. Solía hacerlo en momentos claves de mi vida y en esa ocasión se publicaba el 20 de mayo de 2015. El comentario que acompañaba la fotografía era simple, sin revelar más de lo que quería entonces, irónico: «¿Cómo será compartir casa con este chico?»

—Laura ya le ha dado a «Me gusta» —comenté, divertida, hasta que vi que Dani espiaba mi teléfono—. Ya sabes...

Él me ofreció una mirada seria. No terminaba de aceptar nuestra clandestinidad, pese al paso que dábamos.

—Listo. —Guardé el móvil y le di otro beso. Dani se volvió más meloso, apasionado, estrechándome con dureza entre sus torneados brazos. Gemí tontita—. Vamos a comer cualquier cosa aquí y me doy una ducha, no soporto estar pegajosa.

—Hemos dicho que comeríamos fuera, ¿no? Te duchas y nos vamos.

Otra vez... La piscina me estaba tentando al fondo y para colmo no podía hacer uso de ella. Paciente, le expliqué:

—Dani, nos vamos a entretener si vamos al centro; luego tendremos que volver y ya son las tres de la tarde... a las doce de la noche te tienes que ir y está todo hecho un asco. Sabes que no puedo con el polvo a mi alrededor... Si hubiéramos esperado unos días más a que por lo menos las reformas estuvieran acabadas...

—Ivonne.

—No —zanjé cansada, liberándome y dándome aire con la mano, y luego simulando una visera con ella. El sol cegaba mis ojos claros.—: El próximo mes vienen tus hermanos y yo no estaré en casa hasta las ocho o nueve casi todos los días; es decir, no tendré tiempo de nada y odio el desorden, no podré estar aquí con todo por medio. También quiero dejarla lista para que disfrutemos, solos, antes de que se acerque la fecha. Ya sabes que, delante de ellos, de momento, no quiero revelar nada... —Dani se agarrotó al tratar de nuevo ese tema—. Ya hemos hablado de esto... dame tiempo.

—Lo estoy haciendo, cariño.

Entrelazó nuestros dedos.

—Bueno —comenté, acariciándoselos—, y supongo que dormirán aquí, ¿no?

—No lo sé. César viene con Jana y quizá quieran intimidad. —Cierto, el mayor de los hermanos Fabrizi tenía novia desde hacía poco y todavía no la conocíamos—. Prepararemos una supuesta habitación para mí, si no te convengo antes de que no tienes nada que temer. Todo va a salir bien, lo sabes, ¿verdad?

No, no lo sabía. Me daba tanto pánico la convivencia, que termináramos mal y enfrentar a nuestras familias... que prefería mantener lo nuestro en secreto hasta que estuviéramos afianzados totalmente como pareja.

—Ivonne. —Me pellizcó la nariz—. ¿Me esperas aquí y voy a por algo de comer?

Ya me lo olía yo, ¡cómo sabía escaquearse!

—Mejor; tú no vas a ceder y yo, mientras, puedo aprovechar para organizarme un poco y ducharme, claro.—Agolpó las cajas, juntas, en la puerta para mi comodidad—. Empezaré por nuestra habitación, tengo ganas de verla lista, y luego me ducho.

Su sonrisa se ensanchó... Qué gracioso me resultaba a veces con sus mohines. Antes de irse, me estrechó entre sus brazos y me comió a besos por las mejillas, la frente, la nariz, sin entender que yo no era un peluche y que me atosigaba con esos arrebatos, frente a los que yo solía protestar muy a menudo.

—Zalamero —me quejé al apartarme, dejando un sonoro beso en su cuello—. Cierra el coche, anda. Voy subiendo cajas.

—Está bien, me llevaré el mío.

Antes de que se alejara, le apunté:

—Ensalada y zumo, por favor.

—Ya veremos qué traigo. —Me crucé de brazos, viéndolo marcharse con andares de fanfarrón—. No te enfades, no sabes comer.

¿Él sí?, ¡el colmo! Pensaba que con pasta lo tenía todo hecho, italiano de pura raza. Desde que se vino a vivir a Valencia, había descubierto que era mucho más cabezón de lo que pensaba. Tenía el pequeño defecto de decir las cosas según pasaban por su mente, sin meditarlas antes de soltarlas.

—Odio la carne —discrepé, con tono mandón.

—Lo sé, cariño. En seguida vuelvo.

—No tardes, guapo.

Dani se marchó con una carcajada que me llegó al alma. Era feliz, yo lo hacía feliz.

Cargué la caja que había soltado con anterioridad y subí con ella hasta la segunda planta, en la primera de las habitaciones, la nuestra. Era la más grande, con más luz, y pintada en un tono amarillo precioso. Mi color favorito. Me arrodillé y abrí la primera caja, una que ya estaba allí antes. ¿Era de Dani? Pues sí, justo eso ponía en un lateral, acompañado por un «especial». Crucé los dedos de ambas manos, quietecita. Tocar sus pertenencias no estaría bien. ¿O sí? Hacía diez meses que salíamos, por lo que podría tener derecho a descubrir más acerca de él. Cenábamos todas las noches como si fuera una constante cita, pero nunca la terminábamos juntos. Lo pasábamos bien, nos divertíamos y hacíamos el amor. Luego nos despedíamos sin llegar a dormir juntos una noche completa, pues era como dar un paso más, uno que me daba miedo. Como sería esta noche que lo nuestro se afianzaba, compartiríamos cama... horas de sueños... como nunca antes.

A pesar del contacto y de la intimidad, no me había sentido preparada para dar ese, quizá, tonto paso.

Estaba cagada de miedo, no podía negarlo, por lo que su hermano supuso en mi vida... pero, en un impulso, le propuse a Dani que se viniera a Valencia... Necesitaba refugio, ahuyentar las pesadillas que me atosigaban por las noches y me dejaban sin respiración. Terminaba llamándolo y él, acudiendo a mí, hasta que me tranquilizaba aferrada a su pecho los dos primeros meses, cuando sólo éramos amigos... En los sueños yo lloraba, sintiéndome vacía sin saber por qué. No lo asociaba a los sueños del principio, ya que no tenían que ver Aarón; lo nuestro pasó y yo lo tenía asumido, olvidado...

Me hizo tanto daño su marcha... aunque aprendí a no guardarle rencor; lo quería demasiado por todos y cada uno de los años y momentos compartidos hasta que todo cambió... Ay, Aarón... Me relajaba saber que no vendría con sus hermanos. Con Aarón dejé de ser la chica ingenua, y luego la atrevida, que fui en dos etapas diferentes de mi vida. La que lo ponía a prueba, ya que se mostraba cohibido. Me arrepentía de cuando, a mis diecisiete años, me reuní con él... ése no terminó como cualquier otro día.

Sacudí la cabeza, desterrando los recuerdos, y seguí con mi propósito. Un momento, ¿qué era eso? No sabía por qué Dani había marcado la caja como especial, ya que no encontraba nada interesante... hasta que reparé en una carpeta negra. ¿La abría? No sabía ni para qué me lo estaba preguntando, si ya lo estaba haciendo.

—¿Qué hace con...? —Me horroricé, extrañada.

Había revistas, todas subidas de tono y, en la mayoría de ellas, sus portadas mostraban chicas desnudas. Acobardada... la cerré, sin atreverme a curiosear en las páginas del interior. De pronto, me llené de dudas. ¿Había hecho bien en dar ese paso? No sabíamos todo uno del otro,

lo decía por experiencia propia. Quizá me había precipitado. ¿¡Pero qué tonterías estaba pensando!? Con él, ese vacío que me perseguía, se llenaba. Sin embargo, estaba hecha un lío desde que estábamos juntos.

Dani no había dejado de apoyarme desde la distancia; luego, al venir, nos unimos más, y ahora cerrábamos el círculo al compartir un espacio tan importante como una casa. Pero es que... era mi amigo, mi confidente, mi amante. Lo añorado por mí.

«Todo saldrá bien.»

¡Pelusa!

—¡Achís!

Me froté la nariz, angustiada. Qué día y qué sofoco. Rebusqué en mi bolsillo el móvil para mirar la hora: las tres y media. No lo había oído sonar antes, pero tenía un wasap de Dani.

Cambio de planes. He llamado a unos amigos y vendrán a ayudarnos. Voy de camino... Te quiero.

Bueno, por lo menos una noticia menos asfixiante, aunque aún quedarían días duros de colocación, pintura y ¡desastre total! Sin embargo, empezar cuanto antes y con ayuda no era mala idea, así que ¡manos a la obra!

Ahí se abrió un nuevo camino... y no sólo para mí.

¿Y qué...? (Aarón Fabrizi)

Aarón no podía más. Había pasado un año desde que se propuso olvidarla, un año y medio desde su marcha, y su recuerdo lo atormentaba. Aunque evitaba hablar con todos los que vivían en España para no pensar en ella... no era capaz. Cogió las últimas pertenencias que le quedaban sobre la cama, desastrosamente desordenada tras su última noche de sexo con la mujer que estaba junto a él, las introdujo en su enorme maleta negra y se detuvo, con una sonrisa de circunstancia, frente a Ingrid. Ella... con la que había intentado reemplazar el recuerdo de Ivonne, tocándola hasta que sus manos le confirmaban, con dolor, que no eran la misma persona. No podía seguir así. Era muy duro no verla, su ausencia lo estaba haciendo agonizar.

—Aarón...

Ingrid no dejaba de mirarlo, de pedirle que regresara pronto, y, aunque él sabía que no sería así, omitió ese detalle.

—Te echaré de menos —susurró ella, arrodillándose a sus pies. Aarón gimió tirándole del cabello cuando Ingrid resbaló las manos por su fornido pecho—. Me tienes para lo que necesites.

—Lo sé... y no hagas esto... —le pidió suavemente, con la intención de no humillarla. Era preciosa... con ese cabello largo, casi azabache, y esos ojos azules claros... Le recordaba tanto a otra—. Levántate, por favor.

—Aarón.

Él negó y la alzó.

—No te rebajes así.

Se miraron, ya que se conocían lo suficiente como para saber que no iban a llegar a nada, porque él tenía sus planes ya meditados. Era arriesgado pero la decisión estaba tomada.

—Dile a Fede que lo llamaré pronto —dijo él—, cuidadme la casa.

—Sí, claro...

—Ya basta, Ingrid. —Mostrando la paciencia que lo caracterizaba, curvó los labios y le aclaró—: Sabías que algún día sucedería; hemos estado bien, pero...

—Alguien te ata lejos de aquí.

—He querido evitarlo y no he sabido ni podido hacerlo. Lo sabes, me has ayudado aun siendo consciente de ello. Te quiero, pero no como tú mereces.

Ingrid dejó un beso en sus labios, que sabían a menta...

—¿Dónde estarás...? —insistió ella.

—En Valencia, pero antes haré una parada en Barcelona, lo necesito.

—No dejes de llamarme, Aarón —le imploró, antes de marcharse con un leve sollozo.

Pero él tenía la cabeza en otro lado, en el objetivo que se había marcado y que estaba a muchos kilómetros de Milán. De espaldas, creyó ver la silueta de Ivonne, incluso imaginó la provocación a la que ella lo sometía cuando eran amigos. Ese movimiento de caderas... cerró los ojos y ahí la tuvo, un jodido día más. Cuando perdió la razón y cayó en sus redes... el día que todo cambió por primera vez...

—Feliz cumpleaños otra vez —susurró Aarón—. Esto no está bien, lo sabes.

—Tócame, sigue haciéndolo —imploró Ivonne inmersa en un mar de sensaciones. La observó y pensó que iba muy guapa, de morado. Ardía por él. Podía sentirlo... Vio cómo ella temblaba y sabía que era una locura.

—Me gusta, Aarón.

Su dedo era suave al abrir los pliegues de la cavidad de ella, virgen hasta ese instante. Aarón no podía dejar de asombrarse ante la impresión que le causaba acariciarla de nuevo. Muy mojada, preparada para él como tantas veces aseguró. Tenía miedo hasta de desnudarla, aunque ella lo estaba deseando. El vestido aún cubría sus piernas, porque él no se atrevía a subirlo.

—Eres cálida, Bebé.

Muy pausado, introdujo su dedo poco a poco. Se contuvo cuando ella se retorció en el césped de su escondite, disfrutando del movimiento. Notó que era más fluido cuando Ivonne, sin querer, se arqueó.

—Chis... quieta, por favor.

—Me gustaría tocarte.

Supo que ella descubrió el pánico de él por lo que estaba a punto de suceder y, asustada por una posible huida, se ladeó contra él y deslizó la mano cerca de su miembro, que parecía hinchado y potente. Él cerró los ojos, siendo consciente de que ya no había vuelta atrás, no... Allí... la deseaba de la misma manera.

Ivonne casi gritó al tentarlo, por la grandeza... y, cuando ella metió la mano dentro del pantalón de Aarón y su miembro saltó, se paralizaron.

—Ivonne...

—No pienses. —Se hizo la fuerte, sonriendo a medias—. Eres mi amigo, pero quiero que seas tú quien me haga sentir.

Con timidez, él la tumbó de espaldas y la ayudó a sacarse el vestido, haciéndole perder la cabeza por la forma en la que ella lo miraba. Su amiga lo contemplaba con ansiedad y, sin esperarlo, él se agachó y se rindió, rodeando con la lengua la zona de su ombligo.

Ivonne se curvó, Aarón gimió. ¿Cuántas noches la había imaginado así?

—*Ho voglia di te*

[4]

—confesó en italiano—. Sé que más tarde me arrepentiré, pero ahora no puedo parar.

Subió... y subió. Llegó a los labios de ella, sensuales, y profundizó en su boca con un beso erótico. Su lengua era viva, la devoraba. Las caderas de él se movieron propiciando la apertura de piernas de ella. Hizo que sintiera su dureza, su poderío, el error que iba a cometer y del que no había marcha atrás. Sus sexos se rozaron, avergonzándola a ella... También a Aarón, pues era su amiga, más pequeña que él... Aun así, frotó su piel contra la de ella, arrancando a ambos gemidos de placer.

—Perdóname por lo débil que he sido —se disculpó Aarón, contenido—. Pero ahora quiero estar dentro de ti, tú lo has decidido.

—Siempre lo tuve claro.

Aarón volvió en sí. «¿Lo tuvo claro?» Se preguntó irónico si con él... ella se comportó tan... Tendría tiempo de enfadarse, ya que iba a enfrentarla con garra, pasión y dolor. Ya no era tímido, mucho menos idiota, gracias a ella.

Irritado, se mofó de su imagen frente al espejo del ascensor. «Eres un arrastrado», se recordó a sí mismo. Lo era, pero también era un infeliz por no tenerla, pues cada segundo, minuto, hora, día y semana sin estar a su lado, eran meses de vida que se restaban a su existencia. Ya no lo soportaba. Se analizó con un suspiro. Sus ojos grises, apagados al dormir poco... sobre todo, desde el último mensaje que su hermana le había enviado. Pero el orgullo lo había cegado.

Cargó su equipaje e imaginó mil formas de abordar y enfrentar a aquella persona que, por tres veces, le cambió la vida.

La primera, gracias a la amistad que los unió; la segunda llegó con una inesperada intimidad, y la tercera, rompió sus esquemas. Sería la cuarta la que lo guiaría de una vez por todas a decir basta a lo que fuera que hubiera o quedara entre ellos...

Quería venganza, guardaba mucho dentro.

—Voy a por ti —murmuró para sí al recordarla, cerrando la puerta del portal con un fuerte golpe—. Ha llegado la hora de enfrentarnos, Ivonne, y no seré suave. Voy a torturarte... a lastimarte si es necesario, a confundirte y a recuperarte.

Al salir, se miró en la cristalera del edificio y hundió los dedos en su cabello, retocándolo con esmero. Rememoró el porqué de esa decisión tan repentina: el mensaje de su hermana Laura, dos días atrás, lo había ayudado a decantarse de una vez por todas, tras meses de indecisión y agonía, también de dolor... El mensaje que lo indignó y provocó que Aarón lo dejara todo en busca de respuestas de una maldita vez, un año y seis meses después de su precipitada partida...

Como no me coges el teléfono, haré uso de la mensajería. Dani nos ha citado a los hermanos en Valencia, en la nueva casa que estrenará. Estás invitado, si te da la gana de ir, claro. Yo regreso de Londres. No me ha dicho para qué es dicha reunión, pero, como te quiero y no tengo secretos contigo... ¡En fin! Creo que es porque le va a pedir a Ivonne que sean pareja y nos querrá allí para hacerlo más bonito. No sé... si no, ¿para qué? ¡Cómo me gustan las incógnitas!

Si la situación era tal como su hermana auguraba, iniciaría una batalla. Porque eso sólo significaría que su otra mitad lo habría traicionado después de jurarle que sólo la cuidaría, sin ánimo de nada más... y no estaba dispuesto a tolerarlo, no cuando él mismo había elegido su camino y lo llevaba de vuelta a Ivonne... aun sin saber cómo acabaría.

No podría soportar ser el cuñado de la mujer que deseaba y quería, a la que no sabía si todavía odiaba por el dolor que una vez sintió y que no dejaba de sentir, cada día con más intensidad al ir abandonando el rencor a un lado, entendiendo cuánto la echaba de menos y guiándose por el corazón... Necesitaba probar de nuevo aquello que lo trastornó tanto.

¿En qué desembocaría su decisión?

—Tienes la respuesta —se recordó.

Cogió el teléfono mientras esperaba un taxi, lo miró pensativo, sin saber qué hacer, hasta que el impulso le ganó la partida; le mandaría un wasap a Laura, que no tenía idea de los planes de vuelta de Aarón; ni ella, ni nadie.

Dime, Laura, ¿a qué vienen tantos mensajes?

La réplica llegó de inmediato.

¡Por fin respondes! Vas a matar a nuestros padres a disgustos y verás cuando nuestro hermano mayor te pille. Tienes más de treinta años, ¿dejarás de hacer el tonto? Ah, por cierto, a lo que iba: Dani se ha alquilado una nueva casa en Valencia, ¿te acuerdas? Y no será sólo de él: te confirmo mi teoría, ¡la comparte con Ivonne! Aquí hay tema que te quemas.

—*Porca miseria...*

[5]

—Aspiró aire, para que llenara sus pulmones. Estaba jodido... ¡No podía ser! Eran hermanos...—. Te lo has buscado, Dani —escupió bajito, relejendo el mensaje—. ¡Era mía, joder!

Quizá ya era demasiado tarde para volver a reclamarla.

6

Doy la vida

«¡Relájate, Ivonne!»

¿Pero por qué Desiré no me respondía al teléfono!? Necesitaba un descanso, ¡salir! No sabía bien qué quería, quizá tomar algo con mi amiga y despejarme, eso me iría bien. Estaba demasiado agotada. Sobre todo con el calor que se presentaba en el mes de junio. ¿De verdad ya estábamos acabando? Llevábamos dos semanas organizándonos, estaba desgastada. No podía más.

Antes de volver a insistir, revisé mis publicaciones en las redes, los días 21, 22 y 23 de mayo 2015, donde yo sonreía a la cámara con algunos de los preparativos, con un estilazopin-upsUPERdetallado; luego, hasta ese día 3 de junio 2015, no había nada más, porque el cansancio y el bajón habían hecho mella, y no sólo en mí: Dani tampoco tenía ganas de nada últimamente... sólo de acabar con lo que en principio parecía rápido, que desgraciadamente se demoró por nuestras respectivas obligaciones.

Con un bostezo, probé suerte con una nueva llamada.

—¿Desiré? —pregunté, al localizarla—. ¿Ey?

—Hola, Cuquita. Perdona, estaba conduciendo. ¿¡Cómo va todo!?

Si yo le contara... Me senté sobre la mesa de la cocina, decaída; para qué mentir.

—Con los últimos preparativos...

—¿Y esa vocecita? —Fui hasta la nevera y saqué un helado, el típico para la depresión, para luego volver a ocupar la mesa—. Oye...

—Estoy cansada, Desi. No veía el momento de acabar y, ahora que quedan dos tonterías por colocar, me he venido abajo.

—¿Y eso por qué?

Me atiborré de una buena cucharada de helado.

—El estrés nos está pasando factura, nada es como antes... o a mí no me lo parece.

Pasó lo que me temía, que mi amiga prefirió guardar silencio.

—Desi... —la llamé con la boca llena—. Di algo.

—¿Qué pretendes que te diga? ¿Lo mismo que ya me has escuchado decir tantas veces? Bajo presión no se hacen las cosas y, conociéndote, no estabas preparada para esto. Pero, como te empeñas en formarte ese mundo tan ¿ñoño?, en soñar... vienen las consecuencias.

¡Hala! Ya nos estábamos confundiendo y desviando del asunto principal.

—No, Desiré, pero si es sólo por esta pesada fase.

—En este tipo de fases se conoce a las personas, en los momentos de tensión, de angustia, de lo que tú misma dices: estrés.

—Eres muy pesimista —farfullé, hartándome de los trocitos de chocolate que llevaba el helado—. No seas así, anda.

—Esto ya se veía venir, claro.

¡Venga, vamos! Lo que menos necesitaba en esos momentos era esa clase de sermones nada acertados, así que decidí cortar por lo sano antes de que se embalara y dijera de más, que ya nos conocíamos. A veces las amigas creen ayudar y hacen lo contrario, sobre todo ese día que no estaba para aguantar payasadas.

—Bueno, mañana hablamos —me despedí, más bien seca—. Ya te llamaré.

—No te enfades, Cuquita.

—Que no... —mascullé, cerrando el helado y devolviéndolo a su lugar—. Hasta luego.

—Bye.

Me coloqué bien el lazo del pelo y me miré en el espejo. El pintalabios rojo corrido y mi mala cara eran evidentes.

De vuelta a la planta de arriba, intenté convencerme de que era una de mis crisis, esas que en ocasiones me hacían querer huir, ir a contracorriente. Pero cualquier pensamiento dañino se desvaneció al ver el gran avance que había hecho Dani en tan poco tiempo, terminando los últimos preparativos por los dos. «Madre mía.» No me lo podía creer, ¡estaba precioso! Había quedado, casi todo, ordenado minuciosamente. Y yo, embobada, en una especie de trance con la casa en general. La decoración moderna y clara era muy acertada. Me encantaba. ¡Eso era lo que necesitaba!

Todo daba un giro, mi agobio, mi negatividad, mi mal humor. ¿Alguna vez os ha pasado tener esa sensación de plenitud al ver que, de una vez por todas, vuestros sueños se van haciendo realidad, verdad? Así volví a sentirme yo en un rato, a tope.

Eché un vistazo a Dani, de reojo, que igualmente parecía entusiasmado con los cambios, aunque estaba un pelín distante desde que nuestra aventura empezó.

—Prepárate —señaló de pronto, acabando de colocar otra fotografía nuestra en el fondo del pasillo—: Vamos a cenar fuera. Quiero complacerte.

—¿Saldremos? Estoy muerta, necesito una buena ducha, cenar y la cama. No sé si me apetece salir...

Se dio la vuelta y me acarició la mejilla, encogiendo el resto de mi cuerpo por su suave tacto.

—Te hice una promesa y la cumpliré, Ivonne. —Se apoyó en mi frente, dejando escapar un cansado suspiro—. Vamos a despejarnos, lo necesito de verdad.

Su gesto se volvió triste, desconcertándome. No me quedó otra salida que complacerlo. Tenía las gruesas cejas elevadas, muy pensativo, lo que me molestó, ya que Dani solía ser una persona optimista y en ese momento estaba muy apagado. ¿Qué debía de pensar?

—Ven, Chiquita —murmuró, y me cogió de la mano, guiándome hasta que cruzamos el pasillo. Me llevó a nuestra habitación, me sentó en la cama, cubierta por una colcha verde, y entró en el vestidor. Al salir, me entregó una caja grande y roja—. Ábrelo, es un regalo para ti.

—¿Y esto? —pregunté asombrada.

—Sorpresa.

Su sonrisa fue amplia, presuntuosa. Sin paciencia alguna, tiré de los lazos blancos y abrí el presente. Un espléndido vestido, beige, a juego con unos altísimos tacones me dejaron completamente enamorada. ¡Qué exquisito gusto tenía!

—¡Oh, es precioso! —grité encantada, saltando a los brazos de un Daniel muy sonriente—. ¿A qué se debe este regalo? ¿Me he perdido algo? ¿Alguna fecha especial?

—No, es para que lo luzcas hoy. Necesitaba recompensarte de alguna manera por el poco tiempo que te he dedicado últimamente. —Me hice la tonta, admitiendo que la mudanza nos había absorbido a ambos—. Y por tu vigésimo séptimo cumpleaños, que no lo hemos podido celebrar solos.

Era cierto, yo me fui a festejarlo con mis padres a Barcelona y él se quedó por las obligaciones profesionales en el gimnasio. En septiembre se estrenaría como profesor de educación física en un instituto y se estaba preparando con bastante disciplina.

—Lo siento —susurré con timidez.

—No te preocupes, te voy preparando un baño. Lamento no haber estado a la altura de lo que tú esperabas —se disculpó bastante preocupado—. Prométeme que, desde hoy, será como empezar de cero.

Asentí con la cabeza, desviando la mirada tras bajarme de sus brazos.

Por algún extraño motivo era incapaz de reconocer en voz alta que, con cada objeto que colocaba, en cada uno de los instantes en los que veía cómo la tirantez nos alejaba, me sentía más indecisa sobre la convivencia, lo que me inquietaba bastante. Su carpeta no me había

dejado un buen sabor de boca, tampoco me había atrevido a preguntarle y el distanciamiento de los últimos días, alejándonos de nuestro cuento de hadas, mucho menos. Todo no podía ser perfecto, lo sabía. Pero una punzada llena de maldad se había instalado en mi pecho, agobiándome con pensamientos que no se correspondían con lo que yo conocía de Dani.

—Te quiero, Ivonne. —Su voz fue melancólica al decirlo—. ¿Preparo el baño? Tenemos prisa.

—Claro...

Me pellizcó el mentón, prometiéndome con su penetrante y serena mirada que todo saldría bien. Entonces creí que así sería.

—No tardo —me dijo.

Antes de marcharse, sacó la maquinilla de afeitar del cajón, ya que odiaba tener barba y se la repasaba continuamente.

—Voy a preparar el resto de mi vestuario —lo avisé—. ¿Necesitas que te ayude?

—Si me escoges algo interesante, te lo agradeceré. —Me guiñó un ojo—. De manga larga.

—Lo sé.

Con otro ánimo, empecé la tarea, escogiendo un atuendo para Dani, recordando mientras tanto el tiempo vivido en Barcelona. Extrañaba aquella época, a mis padres. Soy hija única, la mimada de la casa. Entonces pensé en Aarón, ya que, sin querer, lo asociaba con mi vida... Añoraba verlo, sentirlo, incluso olerlo. Echaba de menos la complicidad que tuvimos, independientemente de los errores que cometimos. Había madurado en ese sentido y el resentimiento dio paso a entender que no debí juzgarlo, quizá no estaba preparado para iniciar algo que yo perseguía con tanta obsesión y se asustó... aunque me doliera y me dejara rota por mucho tiempo. Lo que más me había hecho daño era haber perdido el contacto, desconociendo qué era de su vida con exactitud. Simplemente sabía lo que me comentaban y que yo, pocas veces, quería oír.

¿Mi teléfono? Estaba tan ensimismada que no me di cuenta hasta que el sonido se volvió insistente y repetitivo. Fui a por él y me extrañó ver que en la pantalla se reflejaba un número que desconocía. Aun así, decidí responder, aunque en esos casos raramente lo hacía.

—¿Sí? —contesté—. ¿Hola?

Nada, silencio.

—¿Hay alguien? —pregunté.

Me pareció oír que una respiración se aceleraba, lo que me puso el vello de punta, recordándome las típicas escenas de las películas de miedo con las que yo daba un respingo con las manos medio tapándome los ojos, sin saber dónde meterme.

—¿Quién es...? —insistí más nerviosa—. ¡Adiós!

Terminé la llamada y lancé el teléfono a la cama, a punto de esconderme debajo de ella. Incluso tuve la sensación de estar siendo vigilada, una mera idiotez por mis paranoias. Pero... ¿quién sería?

Sin saber por qué, su nombre se coló en mi mente. ¿Volveríamos a hablar alguna vez? ¿Qué pensaría de mi relación con Dani? Con éste tampoco había terminado de ser sincera, omitiéndole mi pasado con Aarón, uno que había querido enterrar dentro de mí y hacer como que jamás hubiera sucedido. Aunque lo recordara más de lo que debía, sólo pretendía empezar de cero...

Más tranquila, me asomé al baño donde él estaba; me lo encontré sentado al borde de la bañera.

—Dani. —Me miró ausente—. Cariño... mientras acabas, voy al coche, que tengo allí el gel de mora.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño ante su sobresalto.

—Porque se me ha olvidado cogerlo tras comprarlo.

—Claro, perdona. —Agitó la cabeza—. Está bien.

—Y tú... ¿lo estás?

—Por supuesto —dijo, sonriéndome.

—Nunca dejes de hacerlo.

—¿El qué? —Detuvo el agua.

—Sonreír.

—No si es para ti.

Abrió los brazos, en los que yo no dudé en refugiarme.

—Mi Dani —susurré, melancólica.

—Sí. —Me besó la frente y me frotó los brazos desnudos—. Venga, te espero mientras acabo.

—En seguida vuelvo —dije, dándole un beso tierno.

Descalza y con unas pintas horribles, bajé a la primera planta, con una sonrisa de oreja a oreja.

Entré en nuestro garaje, donde estaba mi Mini Cooper amarillo. Lo abrí con el mando a distancia de la llave y rebusqué debajo de los asientos delanteros el dichoso gel, con poca suerte, por lo que perdí varios minutos hasta que me pareció verlo.

—Chiquita... —Oí la voz de Dani detrás de mí, más ronca. Supuse que por la caída de la noche—. Ivonne.

—D-Dime...

Intenté levantarme y dejar de mostrarle mi trasero, en el cual él había aterrizado con su artillería, pero no me dio opción, me ayudó a enderezarme y me ¿colocó un pañuelo en los ojos? Fue fugaz, misterioso.

—¿Qué haces? —pregunté, desorientada.

—Chis, juguemos a algo —susurró en mi oído—. Al entrar de nuevo en casa, todo estará olvidado, ¿de acuerdo?

¿Un juego? Huy... qué morbo.

—Dani...

—Juguemos a responder, a ser otros cuando yo te lo pida. A dejarnos llevar.

Me dejó de espaldas, con su cuerpo ceñido al mío, agarrándome la camiseta por el vientre, con fuerza y desde fuera, como si no me hubiera sujetado en mucho tiempo. Incluso me arañó y yo gemí sin querer. No me esperaba aquello, me hizo sentir fuera de mí. Estuve tentada por un impulso a sentarme sobre el coche y pedirle que me hiciera lo que le diera la gana. Allí mismo. Era justo la adrenalina que necesitaba. Fue un momento impactante, que esperaba y que no sabía cómo pedírselo antes.

—Vale...

Creí sentir que el latido de su corazón se aceleraba contra mi espalda. El eco de su respiración se agitaba en mi oído, al tiempo que su piel hacía presión en la mía, despertando distintas e inesperadas emociones en todo mi ser.

—¿Qué sientes por mí? —preguntó, dejándome helada.

—Yo... —dudé de si seguirle el juego, pero me atreví—. Sabes que te adoro.

El gruñido que se le escapó me descolocó.

—Bésame —imploró desesperado—. Rápido, por favor.

Me giró el rostro sin que me diera tiempo de reaccionar, chocándolo con el suyo. Sus labios se tomaron su tiempo, sondeando cerca de los míos, rozándome con ansiedad, con posesión. Yo fui a su rostro, topándome con sus gafas, y solté un suspiro, deseando que jugáramos a ese algo que me pareció tan especial de pronto. Pero se detuvo, friccionando nuestras caras, hasta que finalmente se apoderó de mi boca como jamás se había atrevido a hacer. No supe cómo tomarlo, me quedé en estado *deshock* por el atrevimiento que estaba empleando conmigo esa noche. Creí quedarme sin aire, recibiendo un aroma que me envolvió, no puedo negarlo. Me encantó, avivando un intenso deseo que me hizo reír bajito... Ese mismo sonido pareció

gustarle bastante, ya que me empujó contra él, desgarrando un quejido profundo en la comisura de mis labios.

—Madre mía, Dani.

—Ivonne —gimió repetidas veces—. Ivonne.

Dani me cogió en brazos, abriéndome de piernas, algo a lo que no me tenía nada acostumbrada... no a abrirme de piernas, sino a actuar por impulsos o arrebatos de ese tipo, tan violentos y morbosos. Incluso grité. Poco después, me dejó sobre la parte delantera del vehículo, como yo había fantaseado, sin la sensibilidad que solía emplear.

Inerte, esperé volver a tenerlo encima o por lo menos cerca. Su próximo movimiento me aturdió, lastimándome. ¿Qué me hacía...? La palma de su mano había caído abierta contra mi sexo duramente, frotándose después.

—D-Dani... —gemí entre la confusión y la excitación. Se detuvo—. Yo...

Me obligó a incorporarme, atrapándome entre sus muslos al mismo tiempo que me tiró del cabello hacia atrás y murmuró:

—Entra y calla, ¿de acuerdo?

—Pero... —jadeé, dolorida.

—Chis...

Sacó su lengua y, febril, con pasión, la deslizó por mi mandíbula, liberándome un instante después.

¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado y pretendido con eso? ¿Mostrarme otra cara oculta y más canalla? ¿Querría darle vida a nuestra pareja para no hacerla rutinaria con la convivencia? Claro, así eran los hombres... Y a mí, aunque me avergonzaba admitírselo, ese comportamiento juguetón me había enloquecido, ya que en el sexo estábamos un poco estancados...

Con poca movilidad, me toqué los labios, revelando un sabor a menta que me dejó atolondrada.

¿Y lo del pañuelo? Lo desanudé, dejándolo caer en mis manos... era amarillo, precioso. ¿Qué significado tendría, aparte de ser mi color favorito? Impulsada por algo que no supe describir, lo estreché contra mi nariz y lo olí, transportándome a cuando ese tono me acompañaba noche y día y yo era completamente feliz. Ahora era otra, ni peor ni mejor que la de antes, sino diferente. Trataba de aprovechar las oportunidades que me daba la vida, sin desperdiciarlas, porque el tren pocas veces regresaba una segunda vez.

—Dios —gimoteé con el olor.

Las manos me temblaron, las rodillas. Los dedos se volvieron blandos en torno a la delicada tela. La melancolía me abrumó...

—Vamos, Ivonne —me sermoneé.

Con un suspiro, cogí el gel y retomé mi camino a casa. Según avanzaba, me dio ansiedad encontrarme con Dani. ¿Respetaría su palabra acerca de lo que él mismo me había pedido? Haría como si nada al entrar en el baño donde él me esperaba. Antes, doblé el pañuelo y lo guardé con mi ropa interior. Era de seda... una seda que se escurría entre los dedos.

—¿Ivonne? —Dani me sobresaltó. Me di la vuelta, sonrojándome—. Ya está listo el baño. ¿Todo bien?

—Sí...

Su mirada fue al cajón. Me puse nerviosa sin saber el motivo o quizá sí: mantener en secreto nuestro juego; un trocito de tela amarilla se había quedado fuera.

—Venga, vamos a prepararnos. —No mencionó el pañuelo—. ¡A la bañera! —Él sabía que no me gustaba compartir ducha y baño y lo respetaba, confirmándome lo que ya sabía, que estaba hecho para mí—. No tardes, preciosa.

—No... ahora nos vemos.

Salió con esa típica sonrisa despreocupada y yo me sentí mal por lo que callaba, pues él no

tenía secretos conmigo. Me apoyé en la puerta, barajando la forma en la que afrontaría la cena. Quería hablarle de Aarón, lo necesitaba después de dar ese paso tan importante. ¿Cómo se podría justificar mi relación, aunque diferente, con dos hermanos? Sin embargo, no lo podía evitar, era algo superior a mí lo que me impulsaba en ese momento hacia Dani después de prohibírmelo por mis desaciertos con Aarón...

Estando solos y lejos, todo era más fácil. Sin explicaciones.

Supe que iba por mal camino retrocediendo, así que me di un baño relajante, enrollándome el albornoz amarillo al salir y recogíendome el cabello con una toalla. Entré en el dormitorio y me puse el vestido que me había regalado. Mis pechos, de tamaño medio, me hacían un bonito escote. Los tacones eran bastante vertiginosos. En conjunto iba... provocativa.

Se me hacía raro que Dani me hubiera regalado ese tipo de vestimenta, no le solían gustar las mujeres tan sugerentes. Pero, por lo que había comprobado un rato antes, sus gustos estaban variando e iban en la misma línea que los míos.

—Ivonne, ¿puedo pasar?

—Claro —musité, distraída.

—¡Uau! —Silbó al verme.

—¡Tonto! —Me reí, haciendo un aspaviento—. Qué guapetón, ¿eh?

Dani iba con el fino jersey de pico que yo le había escogido según sus gustos y como le encantaba llevar, con los vaqueros. Pasaría calor, porque la temperatura era insoportable en esa época del año, pero él era peculiar. No se había engominado su corto cabello, no podría hacerlo. Interesante, estaba realmente interesante. Con gafas, sin gorra.

—Voy bajando, tengo la reserva hecha —me avisó, deslizando su mirada por todo mi cuerpo.

—Está bien... —ronroneé, recordando el pañuelo—. Ahora nos vemos.

Sin pensar más, pues para eso tendría el resto de la velada, terminé de peinarme y maquillarme, dándome sombras y perfilándome los labios con un brillo intenso. También resalté mis ojos azules, a lo tigresa. Me pronuncié los pómulos con un rosado y, antes de acabar, agité mi largo cabello permitiendo que cogiera su forma.

—No está mal —me piropeé haciendo la idiota frente al espejo con posturitas, hasta comprobar que todo estaba en su sitio y, cómo no, me hice unselfiepara subirlo más tarde—. Vamos allá, Ivonne.

Bajé despacio los escalones, de espaldas. Otra de mis costumbres o manías, no sabía ya ni cómo llamarlas. Esas escaleras eran de caracol y con tacones me podría costar un buen tropezón. No me pasó por alto lo concentrado que Dani parecía estar con su móvil y que, al percatarse de mi presencia, lo guardó rápidamente para regalarme una tensa sonrisa.

—Ya estoy lista —le informé tras carraspear—. ¿Con quién hablabas?

—Con un compañero de trabajo —explicó sin más y avanzó, rodeándome y girándome para verme entera—. Estás fantástica. Nadie podría superarte con este vestido. Eres perfecta, Ivonne.

—Gracias, aunque lo de «con este vestido»... no ha sonado muy bien. ¿Sólo con él?

Quise quitarle tensión a la situación y creí haberlo conseguido, ya que él rio negando con la cabeza y me cogió de la mano de un tirón, conduciéndome fuera de casa. Nos miramos los dedos entrelazados, que se buscaban entre sí con voluntad propia.

—Adelante, señorita —se burló, abriéndome la puerta.

—Gracias, caballero.

Le lancé un beso.

Me puse el cinturón en lo que Dani entraba. Y, cuando lo hizo, me guiñó un ojo, con esa expresión pilla que no mostraba desde que me piropeaba «entre bromas» en Barcelona. Tuve que reconocer que su actitud me incendió. No le pregunté el porqué de su buen humor, asumí que formaba parte de nuestro morboso secreto y me limité a escuchar la canción que sonaba.

Una famosa de Laura Pausini. No era mi estilo, yo prefiero la bachata.

Un poco inquieta por lo importante que se presentaba la cena, miré por la ventana. De pronto mi móvil vibró, sacándome de mi estado de trance. Lo saqué del bolso, lo desbloqué deslizando el dedo por la pantalla táctil y, al ver su nombre, me puse frenética, histérica, conmocionada, enloquecida. Aun más... sentí que mi cuerpo perdía la vitalidad que desprendía. El paisaje dio vueltas a mi alrededor.

Mis dedos temblaron sin disimulo al abrir el mensaje y ver el texto.

Sí, soy Aarón. En unos días me instalaré en Valencia, ¿te apetece que nos veamos solos antes de hacerlo con él... y luego con mis hermanos al completo? No le digas nada a Daniel.

Él... ¿Que iba a estar allí? ¿Verme? ¡Hacía mucho que no hablábamos! Madre mía, no podía ser. ¿Esa visita se debía a que vendría parte de su familia? Era justo lo que había dejado caer... Un momento, releí sus palabras, ¿instalarse en Valencia? Otro mensaje que aumentó mi tensión me hizo mirar a Daniel, que por suerte no hacía caso a mi silencio.

A tientas, busqué el botón de la ventana y lo accioné, demandando aire mientras leía el siguiente...

Quiero verte en cuanto llegue, Ivonne. Respóndeme, no voy a tolerar que me ignores.

¿Qué? No entendía su petición; aun más, su atrevimiento no tenía lógica. ¿Qué quería? ¿A qué venía tanto secretismo?, él jamás me hubiera pedido callar. Mi corazón se aceleró, estremeciéndome, y, con dedos trémulos, escribí:

No sabía que venías y menos antes que ellos. Laura no me lo ha contado. Pensé que ya no me hablabas... Y no sé si es buena idea. ¿Por qué solos? ¿Por qué tanta discreción? ¿Y por qué ahora sí?

Su contestación no fue inmediata y menos mal que Daniel seguía sin prestarme atención o hubiese descubierto que no me encontraba bien. De hecho, hice ejercicios de relajación para no echarme las manos a la cabeza.

¿Aarón había dejado atrás lo malo?

¿Quería retomar la amistad?

¿Por qué nos perdimos?

Quedaron tantas incógnitas entre nosotros que, la verdad, ya no me importaba saber... ¿Para qué?

Le di mil vueltas hasta que por fin llegó su respuesta.

¿Tienes miedo después de nuestro último encuentro? Bueno, no exactamente... lo último fue nuestra destrucción. ¿Has tenido el valor de decirle a mi hermano, antes de cualquier decisión por su parte, que fui yo quien te jodió la primera vez y, posteriormente, en aquella «famosa» fiesta? Te veo pronto.

Darte un beso

Boquiabierta, bloqueé el iPhone y lo guardé allí donde, por mala suerte, se me había ocurrido sacarlo. Me iba a fastidiar la noche. ¡Ya lo había hecho! Noté cómo mis mejillas se encendían, acaloradas, y que, en segundos, estaba hirviendo de pies a cabeza. ¡Madre mía! De reojo, comprobé que Dani seguía tan atento a la carretera que no advertía que yo no paraba de moverme. Por más que pensaba, no lograba adivinar qué pretendía Aarón a esas alturas. ¿Qué sabía de nosotros?, ¿con qué intenciones aparecía?

A qué venía lo de la «decisión» de Dani y ¿por qué esa frase tan fea...? Mi recuerdo era otro; jamás hubiera llamado «joder» a lo que hicimos. No reconocía sus malas maneras al hablarme. El corazón me latía tan estrepitosamente que se coló en mis tímpanos y creí que, incluso con la melodía de Prince Royce sonando, se podía oír en el interior del coche.

Saqué la cabeza por la ventanilla sin importarme si me despeinaba con el viento. Resoplé y aspiré la brisa, recuperando el aire que había perdido por alguna parte, ya que mis pulmones estaban casi vacíos. Conseguí relajarme con suspiros cargados de agonía... Aun así, poco me duró la paz, pues mi teléfono volvió a vibrar.

«No me hagas esto, Aarón.»

Cagada de miedo, metí de nuevo la cabeza en el interior del vehículo, con la mirada perdida en el bolso, que se encontraba en mis impacientes rodillas. «Piensa.» Dani andaba a lo suyo aún, por lo que me armé de valor y constaté que Aarón insistía en torturarme.

No, Ivonne, no se te ocurra ignorarme, porque no te lo voy a permitir. Quiero verte en cuanto llegue, necesito hacerlo, y no en presencia de todos. No ahora.

Me tentó; por un segundo imaginé la escena, la recreé, con él y solos. Con su abrazo y seguridad, esa que siempre me decía que todo saldría bien. «Pero ¿¡qué!?! — retrocedí, llamándome idiota—. ¡¿Qué mierda estás pensando, Ivonne?!», me reprendí, a sabiendas de lo que podría suponer aquel encuentro. ¡Y qué calor tan bochornoso! Nada podía volver a ser como fue, porque ninguno lo éramos. Yo metí la pata, nunca debí pedirle que... ¡Joder!

«Venga, valiente, responde.»

¿Qué te pasa? ¿Por qué me tratas así? No creo que podamos vernos hasta que no estéis todos. Porque... ¿vendrás cuando estén ellos, no? Tampoco son formas de hablarme... ¿Estás bien?

Me estaba esperando, pues seguía en línea, y en poco tiempo escribió:

No, claro que no estoy bien. Te llamaré cuando llegue, me alojaré en el hotel Posadas de España. Te esperaré allí.

—Ivonne, ¿con quién hablas? —preguntó Daniel tocando mi muslo desnudo.

Incómoda, le regalé la sonrisa más falsa de mi repertorio. Y es que no podía evitarlo, me temblaba todo. Mi paladar percibía un sabor agrio, como el mensaje recibido. Por Dios, ¿qué iba a hacer? Estaba tan alterada... Ni siquiera me sentía preparada para ponerle al tanto de mi pasado con Aarón, ya no ese día. Ni luego, cuando él apareciera en nuestras vidas... No quería provocar una pelea entre ellos al ser Dani conocedor de la verdad... ¿Qué explicación tendría su vuelta en tan destacado momento para mi relación?

—Con Desi —mentí, y la voz me vibró, por lo que añadí—: pero ya me estoy despidiendo. ¿Queda mucho para llegar?

—No, prácticamente ya estamos.

Se calló mientras estacionaba cerca de un restaurante al que nunca habíamos ido y me hizo bajar, caballeroso. Yo me alisé el vestido, ajena a él, pero por alguna razón algo llamó su atención y deslizó el pulgar por mis labios.

Me agarroté con su toque.

—¿Qué te preocupa? —Frunció el ceño—. ¿Por qué estás nerviosa?

—No lo estoy —disimulé, humedeciéndome los labios.

—Tienes la boca seca. Te conozco, ¿qué te pasa?

Por qué tenía que ser tan observador...

—La cena —me inventé espontáneamente—. Eso es, me asusta no saber a qué me enfrento. Porque sé que esta cita no es como cualquier otra... ¿O me equivoco, Dani?

—Cierto, eres muy curiosa. Entremos y lo sabrás. Pero antes... —dijo sacando un pañuelo?

No tenía nada que ver con el anterior. No era de seda, era más feo y la tela no me gustaba nada por las posibles pelusas.

—No lo quiero. —Interpuse la mano—. Cerraré los ojos y listo. Tíralo, ya me pica la garganta.

—Ay, Ivonne.

Lo lanzó sobre el asiento trasero del coche, divertido, aunque con los ojos en blanco. Tenía claro que le sacaban de quicio mis fobias, concretamente la de las pelusas; a mí también. ¿Y qué culpa tengo yo de ser tan quisquillosa?

—Venga, tengo que cubrirte los ojos.

—Me estás poniendo peor —protesté, moviendo la pierna y dando taconazos en el suelo—. ¿Es necesario?

—Lo es, Ivonne, confía en mí.

Me froté los brazos, por los escalofríos, y asentí. Parecía tan entusiasmado que me complacía verlo así, más despreocupado que las últimas semanas. Aunque, a decir verdad, que lo tuviera todo tan preparado hacía que temiera lo que se avecinaba.

—Te cubro con mi mano. —Se puso detrás y me tapó los ojos con delicadeza—. Despacio, hay un par de escalones. No hables, escucha la música mientras llegamos al reservado. Es tu favorita.

—Gracias, qué detalle.

Con sumo cuidado, me ayudó a avanzar; entonces escuché los primeros acordes de la canción de Carlos Baute. Dani era un amor de hombre. Tarareándola, caminé lentamente hasta que me detuvo y me guio a sentarme. ¡Buf! Enredó las manos en mi cabello, despejándome la visión, y colocó los dedos en mis hombros, masajeándomelos.

—¡Oh! —jadeé.

Velas, poca luz. Decoración llena de rosas rojas alrededor. Una amplia mesa, su silla y la mía. Ya no había nada más. El ambiente era íntimo, mágico, tanto que la boca se me volvió a secar de la impresión.

—¿Te gusta?

—Es precioso —susurré, conmovida por los preparativos—. Gracias, Dani. Yo... no sé qué decir.

—No digas nada, entonces. Demuéstramelo.

Me giré y tiré de su jersey para que se agachara. Le di un beso tierno, efusivo, en los labios, donde el olor a fresa predominaba, sin rastro del de menta. Dani me sonrió, acariciándome la espalda descubierta, detectando mi piel de gallina.

—¿Unselfie?—me propuso, bastante divertido—. Va... en serio. Quiero que hablemos.

—¿Ya? —me preocupé.

—Es importante, mucho.

Me adapté, viendo cómo él se sentaba a mi derecha. Su mirada era distinta, me estudiaba con detenimiento. No supe si fue porque mi boca me delató, ya que no la podía tener más áspera.

¿Por qué estaba tan serio de pronto?

—Ivonne... ¿Recuerdas el día que me aceptaste?

No me atreví a decirle que no me sentía preparada para tocar ese tema, no entonces, después de la aparición de Aarón.

—Claro —respondí, sin tener claro adónde quería llegar—. ¿Qué... sucede?

—Yo insistía tras tu precipitada marcha en acompañarte, pero tú te negabas y querías estar sola. No me permitías visitarte, solamente nos comunicábamos por llamadas a las que, a veces, ni siquiera respondías. —Apreté los dientes. Todavía dolía recordarlo, sobre todo esa noche—. No pasabas por un buen momento y pensaste que, alejarte de todos, era tu mejor opción.

Fui a interrumpirlo y, negando, capturó mi mano, para añadir:

—No voy a preguntarte el porqué, te lo juré cuando decidiste que estuviera contigo.

—Gracias...

Era mi secreto, sólo mío. Como otros tantos... No me podía permitir tenerlo cerca; siempre habíamos estado los tres juntos, por lo que, si lo dejaba acercarse a mí en ese momento, podía llegar a sustituir dos espacios, no sólo el suyo, también el de su hermano, a lo que me negaba... era tan igual a Aarón que me daba miedo incluso mirarlo. Lo reconocía... Me seguía sucediendo; de hecho, el motivo por el que le imploré que se mudara a Valencia y tenerlo a mi lado, al principio, sin obviar las pesadillas, era porque necesitaba esa imagen, ese cabello, su cuerpo, ya que era idéntico al de la persona que yo anhelaba en silencio, destrozándome, y a quien no podía tener sin saber por qué.

Hasta que asumí que era otro...

—Cada día iba sintiendo que nos acercábamos un poco más. Me necesitabas en el mismo sitio que tú y por ello empezamos a salir. Ahora estamos viviendo juntos, pero ¿no crees que ya es hora de poner un nombre a esto? ¿De dar un paso más? —Bebí un poco de agua, agobiándome a medida que hablaba—. Ivonne...

Según avanzaba, lo vi venir, a la vez que reviví momentos de los tres, muchos... y de todas esas sensaciones que me acompañaban desde que me fui de Barcelona, y desde que Dani reapareció en mi vida. Todos esos miedos a estropear lo nuestro cuando, en ocasiones, lo miraba y me daban unas ganas terribles de besarlos...

Mis recuerdos llenos de errores y deslices cometidos con su hermano... eso que no me permitía dar el paso... Aun así, su paciencia y la estabilidad que me proporcionó desde su rescate, pues así lo sentí, que me había rescatado de mí misma, me hizo pensar que podría funcionar, poco a poco... sin estancar más mi vida. ¿Ya lo había hecho suficiente, no?

—¿Ivonne? —me llamó. Cerré los ojos y afirmé con la cabeza, esperando el asalto final—. Dame.

Me pidió la mano; la mía tembló cuando la entrelacé con la suya. No sé por qué, la tensión se instaló en mi cuerpo.

—Igual te parece precipitado esto cuando ni siquiera hemos podido disfrutar de la convivencia —prosiguió con cautela. Una sensación de agobio me acosó sin sentido—. Pero a veces el tiempo pasa y te das cuenta de que no has hecho en la vida lo que realmente querías. Y echas la vista atrás, los años han volado y tú sigues igual, queriendo dar pasos que por temores has ido frenando.

Me cogió del mentón y me obligó a mirarlo. Intensas cosquillas me asaltaron por toda la piel.

—Y es lo que me ha pasado contigo durante mucho tiempo. Desde que te conocí te he deseado, y he sido un idiota por esperar tanto, pero, ahora que te tengo, no quiero perderte. Cariño... —Se interrumpió al percibir que mis ojos se abrían de par en par y mi boca se desencajaba—. ¿Me sigues?

Me apretó la mano y yo moví la cabeza dubitativa y en trance, no sabía si estaba afirmando o negando, ya que los nervios dominaban mi cuerpo entero. ¿Iba por el camino que yo pensaba?

Yo le había pedido tiempo... y dos semanas me sabían a poco; mejor dicho, si retrocedía a los días de caos vividos, me sabían a nada.

—Dani...

—Quiero formalizar lo nuestro y que, cuando mi familia venga, no finjamos ser compañeros de piso. Quiero más. —Me besó los nudillos, relajándome—. Quiero ir contigo de la mano sin tener que esconderme o excusarme en que somos amigos, decir con orgullo que estamos juntos como pareja. Besarte delante de mis amigos. Cada día estoy más loco por ti, Ivonne. Saldrá bien... No debemos tener miedo por el qué dirán si la convivencia no es lo que esperamos, sabremos entendernos en esta nueva etapa. Olvida estos días, no han sido reales por la presión a la que nos estábamos sometiendo sin motivo.

—No hemos sabido llevarlo.

—Lo sé.

—Yo... —dudé.

—¿Tú me quieres de la misma manera? —preguntó sin rodeos—. Necesito la verdad, Ivonne.

Bajé la mirada. ¿Que si lo quería? Por Dios, muchísimo. No imaginaba no tenerlo en mi vida, a mi lado. Era la noche que más vulnerable me sentía emocionalmente y él me hacía dicha pregunta. Me daba lo que necesitaba, me aportaba las atenciones que demandaba. ¿Que había cometido errores con Aarón? Sí... pero empujada por el corazón, el mismo que me había llevado a Daniel. Era una locura, quizá sí, pero por primera vez lo observé y lo tuve realmente claro.

Era él.

Lo acerqué a mí por el cuello y planté mi boca contra la suya, persiguiendo volver a sentir el mismo sabor mezclado de horas antes, cuando él había jugado conmigo y con el pañuelo de seda amarillo. Su reacción no se hizo esperar: en cuestión de segundos, sus labios se movieron a un compás que me dio mareo. Su sabor se impregnó en mi lengua, y ligaron entre sí. Era un beso ansioso, desesperado por su parte... aunque yo no sentí lo esperado, hasta que abrí los ojos y lo vi.

La ansiedad me hizo su prisionera, aumentando mi agonía. Creí desearlo tanto que hasta me hizo daño...

—Ivonne —gimió.

Sus ojos... Dios... Esos ojos que me quitaban el aliento. Grises...

—¿Vamos a casa? —gruñó, sonriendo sin dejar de besarme—. ¿Quieres?

—¿Sin cenar?

—Podemos alimentarnos de otra manera —bromeó y tiró de mi brazo para marcharnos de allí. ¡Así, sin disfrutar de la velada! Me produjo mucha gracia la situación y a él no le causó menos. Entre risas, Dani habló con el camarero, excusándose con mentiras sobre nuestra precipitada marcha, mientras yo hacía una fotografía a la preciosa mesa que no disfrutaríamos. Luego, con urgencia, entramos en el coche.

No sabía qué me sucedía, qué extraña energía corría por mis venas para atreverme a expresar en voz alta lo que realmente quería. Lo que él ya me había mostrado que podría darme en la intimidad.

—Para en cualquier parte —le pedí sin paciencia—. Morbo... Dime que sí.

—No —rio más, arrancando—, en casa, que nos pueden ver.

—¿Y para qué me calientas? —pregunté, melosa, besuqueándole el cuello—. Aquí mismo... está oscuro, estaciona.

—Que no. —Frenó mi atrevida mano—. Aguanta un poco.

Qué tarde lo pedía... Aun así, durante el trayecto, me provocó, me buscó. Me tocaba el muslo, hacía amago de subir y se detenía cuando yo, deseosa, presionaba mis piernas. Al llegar a casa, me ayudó a bajar del coche como siempre, pero esta vez me recibió con otro apasionado beso,

que me dejó anonadada. El fuego me abrasaba. No sé cómo abrió la puerta; sin embargo, lo consiguió casi sin dejar de besarnos. Sonriendo, me liberó y me condujo hacia la habitación. Una vez arriba... me miró y me colocó con mucho tiento en la ordenada cama, situándose sobre mi cuerpo.

—Dani —imploré entre besos, acunando su marcada cara—. No vayas despacio.

—No lo dudes.

Le sonreí y lo rodeé con piernas y manos con fuerza. Por fin llegaba nuestra ansiada noche, la que no habíamos podido gozar por culpa de la mudanza. Ay, lo miré y creí estar soñando. Era el hombre que necesitaba, el que me daba mis espacios, respetando mis silencios, mis peculiaridades, aceptándome tal como era.

—Te quiero —musité sin voz.

—Y yo a ti, cariño... Y por fin te tengo.

Nos teníamos.

—Baja la intensidad de la luz, pero tampoco del todo a oscuras—le pedí—. Por favor.

—Claro.

Dani despegó su cuerpo del mío, pero apenas unos segundos. Luego, me hizo levantar y noté cómo sus manos localizaron mi espalda y la cremallera de la parte baja de mi vestido, deslizándola por mi piel. Miraba cada rincón por donde pasaba con extrema delicadeza sus dedos, hasta que estuve en ropa interior. Me quitó el aliento... Contorneó mi figura, de pies a cabeza, sin preámbulos, con pasión y romanticismo. Terminó desnudándome y dejó un beso en el centro de mi placer. Sin avanzar... confirmándome que me aportaba la seguridad y protección que necesitaba incluso para hacer el amor, pero esa ocasión era especial...

—Es tu turno —me incitó.

Le hice subir las manos, sacándole el jersey por la cabeza. Pronto sus músculos fueron míos, sólo míos. No pude evitar acariciarlos, encendiéndome a su vez. Era maravilloso todo él. Pero, sin duda, la tensión aumentó cuando tuve que desprenderme de sus prendas inferiores. El pantalón, el bóxer... Su miembro se rozó con mi pezón, tan alterado como yo.

—Dani...

—Quiero tocarte. —Asentí ansiosa; su mano ya viajaba hacia el rincón del placer—. Sólo yo, no lo olvides.

—Lo sé.

Me repetía una y mil veces que no me tocara sola, sin responder a por qué me hacía aquella petición.

—Cuidado —me pidió, dándome la vuelta hasta estar contra la pared. Presionó su boca en mi cuello desde atrás. Siempre lento, cariñoso. La palabra era *romántico*—. Ivonne, por Dios.

Sí, sólo con cerrar los ojos ya estaba húmeda y era capaz de dejarme llevar.

—Paciencia —suplicó, cuando presioné mi trasero contra él—. Cariño, quiero ser yo quien te haga sentir. No me provoques.

—Está bien...

Dani introdujo un dedo en la hendidura de mi sexo, deteniéndose poco después. Apreté los párpados, imaginando, fantaseando, sin poder evitarlo, en situaciones que no podía... Si él llegara a saberlas, lo nuestro correría peligro, pero no era capaz de ahuyentarlas. Una parte de mí las necesitaba para poder soportar eso... eso con lo que yo luchaba e intentaba razonar cada día.

—¿Me sientes? —ronroneó en mi oído.

—Sí...

Su dedo se hundió por completo dentro, provocando que de mis labios brotara un acaramelado jadeo. Mi boca presionada contra la pared liberaba el aire que sentía que me faltaba. Adoraba esa parte de su personalidad, que fuera tan cuidadoso conmigo, que pensara primero en mi

placer y después en el suyo; simbolizaba cuánto significaba yo en su vida.

—Te quiero, cariño —murmuró.

Creí morir, no sólo una vez más por su muestra de amor, sino por la forma en la que su dedo empezó a desenvolverse. Lo hacía vibrar, desde dentro hacia fuera, recorriendo toda la humedad y frotando mi clítoris hasta que perdí la fuerza en las piernas, por lo que tuvo que sostenerme por la cintura.

Repartió besos tiernos por mi cuello mientras yo me desintegraba en brazos de Dani, quien, lentamente, continuó dándome placer, penetrándome al compás de su cadera para restregarse contra mí. Y gemía, susurrando palabras picantes.

—Sólo yo puedo decirlas —me recalcó—. Vamos, cariño.

—Más rápido —supliqué.

—No.

Aquello que no llegaba a ser extremo, se convirtió en una tortura; me encontraba cerca, pero, al no acelerar el ritmo, retrocedía y el orgasmo tan ansiado se me escapaba de las manos. Sin abrir los ojos, busqué su boca, jugando con nuestras lenguas, y el morbo se hizo aún mayor. Allí, en la pared de la habitación, de pie, él detrás, tocándome hasta hacerme enloquecer.

—Dani —gemí cuando chupó mi lengua, como si lo hiciera con otra parte de mi cuerpo—. Dani...

—Vamos, Ivonne.

Dos dedos, tres... matándome tortuosamente, lanzándome al abismo.

Me aferré a su pelo y abrí los ojos. Lo acaricié, reconociendo las facciones de su rostro aun con la poca luz que había.

—Ah... —Caí y me sumergí entre temblores que no supe dosificar. Uno detrás de otro, a punto de desvanecerme—. Dani...

—Sí, Dani.

Con el dorso de su otra mano, repasó la comisura de mis labios.

—Espera un momento —imploró, jadeante.

Se volvió a perder y, por el sonido, supe que estaba colocándose un preservativo, ya que yo no consentía las relaciones sin ellos, aun tomando la píldora. Al volver, se tiró en la cama, empujándome con él. Me cedió el lugar de encima, por lo que obtuve el control; eso sí, no abusaría del sexo duro, sabía que él lo aborrecía... ¿O no?

Encendió la luz pequeña, íntima, para que no me sintiera incómoda.

—Esta noche estás preciosa, ya te estaba extrañando después de estos malditos días...

—Te perdono.

—Igual lo siento —susurró amargamente.

Busqué su boca, seduciéndola, mientras permitía que él ingresara en mi interior, aceptándolo al moverme suavemente. Era grande, intenso, a la vez que cuidadoso. Me acoplé a sus manos, que me guiaron ajustadas a mis caderas. Su respiración se aceleró al ver cómo mis redondos pechos trotaban con movimientos subidos de tono, aunque no los acariciaba y yo lo necesitaba. Me dejó agónica, meneándome a su son, a sus ganas.

Lento.

—Un poco... —quise suplicar.

—Chis, tranquila.

Subí y bajé, perdiéndome en las sensaciones del momento tan profundo que compartíamos.

—Tócame —le pedí ansiosa, cogiendo su mano para que la interpusiera entre nuestros cuerpos—. Por favor, Dani.

—Ivonne...

—Por favor —insistí con un sollozo, aumentando el ritmo de mis balanceos—. Me muero por esto...

Retrocedió y me observó dubitativo. Abstraído y ¿recordando algo...?

—¿Qué pasa? —pregunté, sin entenderlo.

—Ivonne, poco a poco.

Sin soportar el rechazo, me aventuré, aun arriesgándome a que no le gustara mi siguiente jugada, e introduje un dedo en mi cavidad. Daniel retrasó mis caderas, descubriendo mi osadía, la rebeldía que no conocía de mí.

—Contrólate, no hagas eso.

Negué, apoyando la frente en su hombro.

—Dame —seguí implorándole—. Dani...

Me sujetó del mentón.

—¿En qué piensas? —demandó, posesivo—. Dime que en mí. Odio que te toques sola, lo sabes.

—Dani...

—Siénteme, Ivonne. Recuerda, soy yo quien te está tocando, aunque sean tus manos las traviesas que tienes sobre ti.

Me olvidé de todo para gozar y sentir... El fuego ardía en mi cuerpo y él, con calma, lo iba apagando. O yo misma, ya no lo sabía. Oí su suspiro, arrastrándome a soltar un lamento mientras me abandonaba, enloqueciéndolo. Alcancé un placer diferente al tenerlo dentro junto a mi dedo, hasta que la tensión fue insoportable.

—Cariño...

Asentí dándole el permiso que suplicaba con poca voz y, en segundos, temblábamos sacudidos por el orgasmo. Me dejé caer contra su cuerpo, hundiendo la cara en su cuello... mientras los espasmos menguaban. Hacía calor, demasiado. La habitación se había inundado de una temperatura insoportable, de un olor exquisitamente excitante.

—Eres maravillosa.

—Me falta el aire... —susurré, separándome. Indagué en su mirada. Sosegada, satisfecha—. ¿Todo bien?

—Por supuesto. —Sonrió—. Estás muy sonrojada.

—El calor —bromeé, mordiendo su labio superior—. Guapo...

Me acarició la mejilla, preparándose de nuevo.

—Quiero más —gemí sin poder de control sobre mis actos o súplicas—. Por favor...

—¿Por qué?

«No lo sé.» Miré el teléfono y me encogí de hombros.

—Ven aquí... —gruño, dándome la vuelta y repartiendo besos por mi espalda y mi cintura—. Sólo siente, Ivonne.

Quise entender que esa noche era especial. Dani iba a formar parte de mi vida frente a todos, revelando lo nuestro al mundo.

Era la persona que durante una breve velada había conseguido abrirme los ojos, ser consciente de lo mucho que lo quería. Aunque la pregunta de por qué lo aceptaba justo en ese momento de la relación me atormentara y casi me robara el sueño.

No pensaba que la respuesta era mucho más relevante de lo que proyectaba... no imaginaba lo mucho que cambiarían pronto nuestras vidas... poniendo a prueba la relación.

Propuesta indecente

No podía ser. ¿Ya? El despertador, el cruel despertador. Lo apagué como pude, mientras me sentaba con los pelos por toda la cara. Abrí los ojos con un bostezo interminable y enfoqué la vista hacia la silueta que venía hacia mí. Tanto azúcar no podía ser bueno, y no lo decía porque me trajera el desayuno a la cama, sino por lo empalagosos que estábamos. Se me escapó una sonrisita tonta, era todo un detalle. Un gran detalle, ¡menuda bandeja más cargada! ¿Quién no ha soñado con algo así?

Qué ñoña estaba, por Dios.

—Oye, no era necesario... Por cierto, ¿qué pintas tengo, no? —Los dos nos reímos de mi comentario, verdaderamente daba pena. El espejo de en frente me confirmaba mi cara de loca, con el maquillaje corrido, tras nuestro tórrido encuentro—. Ven, tómalo conmigo.

Dejó la bandeja sobre la cama y prácticamente se lanzó a por mí, hincando las rodillas en el colchón.

—No me he lavado los dientes —le recordé, echándome hacia atrás. Volví a estar tumbada—. Dani...

—No me importa.

Abrió las piernas, dejando las rodillas a cada lado de mi cuerpo, y se acercó. Empezó con besos sutiles por el cuello que me hicieron gemir sin remedio alguno, sobre todo cuando busqué con ansia su rostro, ese que me decía que adelante, que lo deseaba demasiado. Cuando llegó a mi boca, dilató los segundos antes de unirlos. Y no pude evitar maravillarme, era tan guapo... Mío.

—Casi es la hora de irnos a trabajar —me recordó—. ¿Nos damos antes una ducha juntos?

—Ya sabes que, cuando me ducho con alguien, porque ya sabes que no me gusta compartir baño... lo hago en biquini. Por lo menos en un principio.

Dani soltó una carcajada y me chupó el labio superior.

—¿Todavía estamos así?

—Sí... —Me avergoncé, hundiéndome en el colchón—. Siento ser tan complicada...

—¿De dónde has salido tú? —preguntó sin parar de reír—. Y, eso, ¿por qué?

—Ya te lo he explicado otras veces. Por pudor; no es lo mismo que ir desnudándonos —admití sintiéndome una niña—. No sé.

—Pero ahora es diferente. Además eres perfecta.

—¿Me convences?

Finalmente me besó, calmándome, aunque no como la noche anterior, en ninguno de los casos. Esa mañana la impaciencia le podía, me codiciaba, podía sentirlo... como el bulto que se apretaba contra mi parte más íntima, lo que me llevó a dejar escapar un picante gemido.

—Prepárate —me pidió, guiñándome un ojo—. Ponte lo necesario para esa ducha juntos.

—¿Y el desayuno?

—Sólo piensas en comer... tengo otros planes para ti.

Con una sonrisa traviesa, abandonó la habitación. No le hice ni caso y decidí tomarme el zumo natural que me había preparado y unas tostadas con mantequilla, que ya estaban más que frías, aunque buenas. Quizá fueran los nervios, no lo sabía. Desde el día anterior estaba especialmente inquieta... Me desmaquillé como Dios manda, me asexé un poco y me puse un biquini amarillo sin tirantes, de cuadros, mi favorito, para entrar luego en la ducha.

—¡Dani, ya estoy!

Fue como si me esperara detrás de la puerta, ya que irrumpió en menos de un segundo. Me sorprendió que llevara también su traje de baño. ¡¡Lo adoraba!! ¿Se podía ser más tonto que

nosotros dos?

—He decidido ser solidario. —Se señaló de cuerpo entero. Estaba increíble—. Ese biquini te queda...

—A ti más —susurré, abriéndole paso—. Me encanta este cuento de hadas.

—En el que lo crearé todo para ti.

Con una sonrisa, abrí el grifo y empecé a echarme agua, siendo consciente de que él me miraba como si estuviera haciendo un sensual anuncio de jabones, aunque no era esa mi intención. Acto seguido, lo mojé a él, que no perdió la oportunidad para coger el gel de baño y extenderlo por mi cuerpo con movimientos circulares, provocativos.

—¿Me dejas quitarte el biquini? —gimió en mi oído.

—Claro que sí...

Di unos pasos atrás, ciñéndome a él, y le acaricié la mejilla por encima de mi hombro, al tiempo que él rodeaba mi cuerpo.

—Espacio —repitió.

—Pero ¿por qué?

—No quiero follarte, sino hacerte el amor... con más o menos intensidad, pero hacerte el amor. No deseo usarte como a un objeto —confesó—. No podría, no a ti, te quiero demasiado.

¿Qué podía decirle? Era tan absurdo y a la vez tan romántico lo que acababa de soltar, que me dejé llevar por su ternura y poco tiempo después estábamos en nuestra cama, dando rienda suelta a la pasión que se había ausentado los días anteriores.

—Madre mía —me quejé agotada al acabar de nuevo—. ¿Ahora quién quiere trabajar?

—Cinco minutos. —Dejó su cabeza apoyada en mi corazón—. Déjame quererte otros cinco minutos.

—¿Sólo cinco?

Se arrastró por mi piel para regalarme otro beso de esos que te hacen verlo todo demasiado maravilloso y perfecto.

—¿Vamos? —Alguien tenía que romper la magia y fui yo—. Qué pereza tener que ir al curro, con lo bien que estamos aquí juntitos, ¿verdad?

—No tienes ni idea de lo de acuerdo que estoy contigo.

Me animó a levantarme y, una vez estuve de pie, fui a por el móvil para viciarme un poco de buena mañana. «¡No puede ser!» Se me quitaron las ganas de todo. Me encontré con un mensaje de Aarón, recordándome que quería verme.

Deja de darme largas. Hora y lugar, Ivonne. No estoy para juegos.

Me puso de mal humor y, quizá sin tener por qué, exageré mi reacción al repasar con la mirada el resto de mi entorno.

La habitación estaba hecha un desastre, con ese desorden tan odiado por mí, y le eché un ojo a Dani. Él revisaba una vez más el dichoso teléfono, ajeno a mi estado de impresión. No contenta con mi monumental cabreo, creado sin ton ni son, me marché envuelta en la sábana hacia abajo.

—Madre mía...

Sí, me había preparado un exquisito desayuno, pero ¿a cambio de qué? La cocina daba asco. Bien; me di la vuelta y, todavía de peor humor, deshice el camino anterior. Dani ni siquiera me preguntó adónde había ido, lo que me molestó aún más. ¿No veía que mi carácter se había vuelto agrio y mis nervios me comían por dentro por culpa de una realidad que no sabía controlar?

—¿Has visto cómo has dejado la cocina? —Señalé a nuestro alrededor—. Tenemos que ser ordenados, Dani. Qué asco.

—¿Cómo?

—¡Que no quiero que nos coman las moscas! —Recogí la ropa esparcida junto con las sábanas, lanzándola con rabia en la cama—. ¿No vas a decir nada?

Se quedó callado, analizando la situación, durante lo que me pareció una eternidad. Sus músculos se agarrotaron... Su boca dibujó una falsa sonrisa que me hizo dudar de lo que vendría a continuación. Yo estaba que echaba chispas y, si me tocaba, sería peor; quería que Aarón me dejara, que no siguiera creando incógnitas que no nos llevarían a ninguna parte.

—Tengo que irme —suspiró, terminando de prepararse mientras andaba hacia la puerta—. Te veo esta noche.

—¿No te despides?

Se dio la vuelta y, con desgana, me besó... Me besó sin más, si a eso se le podía llamar beso.

Entonces por fin entendí que había pagado mi propio enfado con él, precisamente con la persona que menos culpa tenía. La habitación estaba así tras dejarnos llevar, y el desayuno lo habría preparado con las prisas para darme una sorpresa... ¿qué quería yo entonces? Me había comportado como una idiota.

—Lo siento, Dani —intenté remediarlo antes de que se marchara—. Ha sido una tontería....

—No te preocupes.

Alcanzó su mochila y, pensativo, lo perdí de vista. ¡Mierda! Me senté sobre la cama, cabreada, borrando cada uno de los mensajes que me traían por la calle de la amargura. ¿Cuándo acabaría eso?

El mal empezar de la mañana me llevó a tener un día de perros en el trabajo, ni siquiera me apeteció llamar a Desi. Sólo necesitaba llegar a casa y encontrarme con Dani. Hablar de la situación, que no era para tanto. Sólo nos hacía falta un poco de organización, y era normal descubrir cosas en la convivencia que no nos iban a gustar, pues eso forma parte de las relaciones. Estaba muy estresada; la presión de Aarón seguía en mi cabeza, atosigándome sin tregua. ¿Por qué tenía que aparecer?

Al entrar en casa, me quité los tacones y lancé el bolso en el sofá. Me percaté de que, en el otro extremo, Dani dormía con gesto cansado. Me acerqué y le di un beso, despertándolo sin querer. En seguida me arrastró contra su pecho y me besó el cabello.

—Perdóname, he sido un estúpido.

—Es culpa mía.

—Ven, vamos a remediar eso —me propuso levantándonos a los dos—. Ponte el bikini.

—¿Y eso?

—Confía en mí. Te espero en el baño en cuanto acabes.

Le tenía tanta confianza que no dudé en hacer lo que me pedía. Por eso, pocos minutos después me encontraba cruzando el umbral de la habitación. En el baño, Dani me esperaba con la bañera hasta arriba, incluidos unos pétalos de rosas que me hicieron suspirar. Sin decir nada, me pidió la mano, invitándome a entrar. Posteriormente, se introdujo él detrás de mí.

Fue como estar sumergida en otro mundo. Serena, conseguí estar relajada con la espalda apoyada en su pecho, en su vientre...

—¿Estás cómoda? —preguntó, y pasó una esponja amarilla por mi hombro. Sonreí—. Creo que sí.

—Gracias, Dani. No sabes lo que esto significa para mí. Llegar a casa y poder desestresarnos juntos...

—Estoy aquí —me recordó, y un aliento fresco se me coló por el cuello—. Recuérdalo.

—Sería imposible olvidarlo.

—Cuéntame, ¿cómo ha ido tu día?

—Buf... la verdad es que ha sido un poco caótico desde que me fui...
No sé ni cuánto tiempo estuvimos hablando ahí, contándonos cosas, cómodos... como siempre me había hecho sentir Dani.

Fue inevitable que en algún momento la complicidad surgiera entre nosotros, besándonos... permitiendo que alguna caricia se escapara... otra vez, ya que mi cuerpo y mi piel iban necesitando más contacto según pensaba en cómo nos habíamos peleado esa mañana por el peligro que nos acechaba en forma de una tercera persona, y él ni siquiera lo sabía.

A pesar de mis temores, por fin me sentía completa, satisfecha y realizada tras los últimos cambios en mi vida. En el trabajo incluso había estado canturreando, porque me sentía realmente feliz. Aunque algunas dudas trataran de incordiar-me... las mismas que yo evitaba para poder seguir en mi nube. ¿Conocéis esa sensación de querer obviar lo que se cierne a vuestro alrededor para no empañar «vuestro momento»? Eso fue lo que hice, hacerme la tonta, aunque sabía que no era lo correcto.

Cuando estuve de vuelta al día siguiente, un olor exquisito me llegó en seguida. ¡Por fin en casa! Me moría de ganas de recompensarlo, de darle la sorpresa que le había preparado... en la que me había esmerado durante parte de la tarde.

—¡Dani, ya estoy en casa! —grité, con alegría tras otro día infernal de masajes en el trabajo—. ¿Estás ahí?

—Hola, preciosa. —Apareció en bóxer, con una invitación explosiva a que lo acompañara a probar lo que me tenía preparado. En la mesa, había una fuente de chocolate, con piezas de frutas a su alrededor para ser sumergidas en él. ¡Uau!—. ¿Qué me dices?

—Pues que tiene una pinta estupenda.

—Ven —me invitó, sentándose.

—Voy —le pedí un segundo, tras sonar mi teléfono. La tensión arterial me bajó y, anticipándome a que me preguntara quién era, mentí—: Es Desi...

—Vale.

Pero era Aarón...

Ya estoy instalándome. Te aviso en poco tiempo... con ganas de verte.

No satisfecho con el mensaje anterior, insistió con uno nuevo.

¿Daniel ya te ha dicho que sabe que estoy aquí? Casualmente me ha llamado esta mañana, aunque sabe de mí desde mucho antes y no por mí... Parecía nervioso y no me ha querido revelar el porqué de la reunión. Las palabras apenas le salían. ¿Tendrá algo que ocultar? Ya sois dos, porque te espero y él no puede saberlo. *Capito?*

[\[6\]](#)

¿Qué me estaba contando? ¿Por qué Dani no me lo había dicho? ¡No le habría dado tiempo! ¿O no era eso? Odiaba desconfiar de Dani y últimamente lo hacía muy a menudo. Unas dudas tontas posiblemente, típicas. No lo sabía, jamás había tenido una pareja estable y todo lo que conllevaba ese mundo. Empecé a entrar en estado de pánico; antes, cuando eso me pasaba, siempre recurría a Aarón. Necesitaba a mi amigo... más allá del hombre, que ya no existía como tal para mí. Sobre todo, porque él mismo era quien creaba el caos a mi alrededor sin haber aterrizado aún en mi espacio.

—¿Chiquita? —Levanté la mirada, encontrándolo más prudente—. ¿Todo bien?

—Sí, ya voy.

Guardé el teléfono y fui en su busca con naturalidad. Me comporté como si nada, como Daniel, a la espera de que me contara que había conversado con Aarón. Lo que se creó allí fue un

mutismo extraño, donde las miradas predominaron, sin que ninguno de los dos hablara, hasta que me obligó a sentarme en sus piernas y me ofreció una fresa recubierta de un delicioso chocolate.

—Chúpala —me incitó.

—La verdad es que no me apetece.

Intenté levantarme y, entonces, no sé cómo sucedió pero Dani me sentó en el sofá y, de pronto, estaba arrodillado ante mí, con... con una cajita.

—Cariño...

—No, D-Dani, oye...

—Quiero un compromiso serio.

Lo primero que pensé fue «¿de verdad me está sucediendo esto y precisamente ahora?» Las peticiones de ese tipo me producían alergia. No era el momento ni por asomo, por varios motivos que él no había valorado teniendo en cuenta la propuesta que pretendía hacerme. Negué con la cabeza, observando el caro anillo, la preciosa piedra que lo decoraba.

—Tiene que pasar, Ivonne —me presionó y me apretó la mano—. Hoy.

—Escucha...

—Acéptalo, sabes que lo quiero todo de ti.

Lo sabía, por ello iba dispuesta a sorprenderlo esa noche. Me había preparado en mi propio centro y llevaba un conjunto de ropa interior muy sugerente para seducirlo. Deseaba una noche loca y que él volviera a proponerme jugar a nuestro secreto, que nos desinhibiéramos. Pero no podíamos ir más allá, era demasiado pronto. Como los problemas surgidos.

No en esas condiciones. No por imposiciones.

—No voy a aceptarlo —mascullé, enfadada—. Ya hablamos la otra noche... formalizaremos las cosas, lo haremos público en cuanto vengan tus hermanos. Para esto somos jóvenes y podemos esperar.

—Tienes veintisiete años y yo, ya treinta —recalcó más alto—. No veo por qué tendríamos que seguir esperando.

—¿Sinceramente?

Afirmó incorporándose, ocupando el asiento de mi lado. No me miró; descubrí en él un cambio que no entendí. Me mostró un carácter muy posesivo que desconocía... ¿qué lo volvía tan diferente y nervioso?

—Dani... te quiero, pero son meses de noviazgo. Precisamente hemos pasado nuestra... le podríamos llamar ¿crisis? No me voy a precipitar en una decisión acerca de algo que para nada contemplo —argumenté, tratando de hacerlo entrar en razón.

Permaneció callado, esperando más. De acuerdo, me lo sirvió en bandeja y proseguí.

—Y sabes que no creo en el matrimonio, no es más que un papeleo que no tiene ningún valor si todo está como debe. Y nuestra relación no es estable aún; sé que estamos bien, pero no es suficiente... Yo... Dani, ¿sabes lo que estás diciendo?

Sus ojos se abrieron como platos por mi negativa.

—Cariño... —Me acarició la mejilla con el dorso de sus dedos, pero su tacto no era el mismo. Resultó áspero—. Te quiero... por favor, no destruyas la sorpresa.

—Dani, es imposible.

—Dame una explicación —continuó demandando.

—Llevamos muy poco tiempo viviendo juntos, y eres consciente de cuánto me costó decir que sí en todos los aspectos.

Repentinamente plasmó sus labios en los míos, exigiendo un beso apasionado y forzado. Una sensación de rechazo me atacó.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de idea? —reclamó contra mi boca sin darme un respiro. Me ahogaba. Jamás lo había sentido tan impaciente. O sí, en el juego de la puerta de

casa—. Pídeme lo que sea.

—Dani... No así, no porque me convenzas fingiendo esto —le reproché apartándolo, atónita y perdida—. Necesito que tus ganas de mí surjan, no quiero nada premeditado para aceptar algo que no deseo.

—Abrazame.

Me levantó y me empujó hacia él por la espalda. Lo vi claro, me quería persuadir con sexo, con el contacto, en el terreno donde yo era más débil al sentir a la persona que quería piel con piel. Lo alejé de mí y el vestido tan coqueto que llevaba, estrecho por la zona de arriba, con un escote precioso y con un volante desde la cintura hacia abajo, negro, de lunares, me lo levanté hasta el cuello.

Sus ojos echaron chispas, ardieron.

—¡Has echado a perder mi sorpresa! —le reproché dolida—. ¡Esto sí lo era!

Yo no estaba menos nerviosa que él en los últimos días.

—Ivonne. —Trató de agarrarme del brazo y, como no se lo permití, me encontré de nuevo con el anillo en la cara—. Por favor, dime que sí... tiene que suceder ya.

—¡Que no, Dani! —me quejé, agobiada—. ¡No así!

Quizá vio la decepción en mi mirada debido a su comportamiento, pues se despegó de mí con las facciones totalmente descompuestas. Huyó de mí, incluso diría que de sí mismo, cuando lo vi caminar hacia su ropa, vestirse bajo mi perpleja mirada y luego largarse hacia a la puerta. Antes de desaparecer, murmuró:

—Esta noche tengo trabajo en el gimnasio... Volveré muy tarde, no me esperes despierta.

—¡Espera! —le recriminé, demandando una explicación a su conducta—. ¡Dani!

—No puedo.

—Pero ¿qué pasa?, ¡joder!

—¡¡Qué me sacas de mis casillas y ni yo me reconozco!! —Pegué un salto, pues no esperaba su grito—. Ivonne, lo siento, ¿vale? —se excusó, cansado—. He de irme.

—No me dejes sola otra noche —supliqué, afligida.

Se dio la vuelta, furioso, no sé si consigo mismo o conmigo, y me aconsejó:

—Acostúmbrate, forma parte de mi vida.

—¡Dani! —intenté retenerlo.

—¡Que me des espacio!

¿Que le diera qué...? ¿Cada vez que las cosas se torcieran iba a largarse?

Sin respiración tras lo sucedido, sólo se me ocurrió ponerme a llorar, encogida en el sofá, sorprendida todavía por su rabioso grito. ¿Por qué se comportaba así? Su extraño carácter había vuelto a aparecer... y la amenaza de Aarón seguía ahí, latente. Para colmo, no podía desahogarme con nadie, porque nadie conocía nuestra historia y en ese momento, menos que nunca, no podía hacerse pública. El cacao que tenía en la cabeza propició que el llanto tronara con más amargura, preguntándome en silencio qué tenía tan alterado al hombre que jamás había tenido malas maneras conmigo, hasta que sentí que, poco a poco, perdía la noción del tiempo.

Me desperté ante la sensación de estar a punto de caerme del sofá y menos mal, porque mi subconsciente me libró de un buen golpe. Me espabilé un poco, frotándome los ojos, y presupuse que Dani no había vuelto. Así era. Esa noche el trabajo lo tendría secuestrado, no sabía por cuánto tiempo, fuera de casa, y pensé que era lo mejor para ambos, no me apetecía verlo. Me dolía su comportamiento cuando yo tenía planeada una noche totalmente diferente. Lo necesitaba para evadirme de mis presiones.

Me senté y cogí el móvil de mi bolso para saber la hora... Ahí, en la pantalla, destacaba un

nuevo mensaje de Aarón.

Sigo esperando respuestas. ¿Vas a venir? Ya estoy listo para recibirte.

«¡Que me dejes!»

No le respondí. Fui al baño y, cuando estaba a punto de desmaquillarme, mi teléfono volvió a sonar. Esta vez no era un mensaje, sino una llamada, por lo que corrí temiendo que hubiera sucedido algo en Barcelona, debido a las altas horas que eran. ¿Y si era Dani? Le podría haber ocurrido algo. ¡Joder! Qué noche más desastrosa; quería llorar, otra vez...

—¿Sí? —pregunté sin comprobar la pantalla.

—Te estoy esperando, ven al hotel.

—¿A-Aarón? —Ahogué un gemido. Una punzada de añoranza me atravesó el alma—. ¿E-Eres tú?

—¿Te espera otro en un hotel? —Su tono fue paciente; era él, no tuve dudas. Su timbre era más... ronco que el de Daniel. Me impactó demasiado volver a oír aquel sonido—. No me importa qué excusas le tengas que dar... Quiero verte.

Me apoyé en la pared y cerré los ojos, imaginando su aspecto, tan guapo como Daniel... aunque Aarón siempre había sido mi delirio y lo veía incluso más apuesto, también solitario. Especial. Mi mejor amigo y confidente. ¿Por qué hablaba así de Dani? ¿Qué sabía de nosotros? Se suponía que Aarón tenía poca relación con su familia, pero existía. ¿O no con Dani? Lo desconocía... no había querido saber de las llamadas entre ellos dos. Me sentía en medio, rara... Maldecía cada día el vuelco que dio nuestra relación.

¡¿Cómo hice que todo cambiara?!

«Quiero verte.»

—Ivonne,*per favore*

[Z]

—suplicó en italiano, rompiendo mis esquemas.

—¿S-Solos? —pregunté como si fuésemos a hacer algo horrible.

—¿Qué temes?

«Todo.» ¿Por dónde empezar? ¿Y por qué no ir al grano, ahorrándonos minutos de incertidumbres? Me costó volver a retomar la palabra, no era una situación fácil. Rozando el límite, me vi en la obligación de ser sincera.

—Mirarte a los ojos y no reconocerte. —Me mordí la lengua hasta no sentirla, evitando decir nada más. Oí su suspiro y no pude reprimirme, por lo que añadí con una terrible punzada en el corazón—: La última vez...

—Si te preocupa nuestro último encuentro, no lo mencionaré. Pero ven, sabes que lo necesito, de otro modo no te lo estaría pidiendo. No insinuaré nada que no quieras recordar.

—Pero ¿para qué? —Mi voz fue apenas un hilo, que quedó en nada—. Yo...

—Sólo ven y cumpliré mi palabra.

Automáticamente mi cabeza empezó a cavilar. ¿Y si estaba mal y me necesitaba como antes? Yo también a él, refugiarme en alguien que me apoyara, que supiera el motivo por el cual me encontraba tan presionada. Evadirme de allí. Tenía mucho miedo de estar metiendo la pata hasta el fondo con Dani, de estar cuestionándome cosas a tan poco tiempo de estabilizar lo nuestro, aunque estar a su lado se había convertido en algo imprescindible para mí.

—Prométemelo —imploré susurrando.

—Te lo prometo. Te espero.

Miré a mi alrededor, sintiéndome sola, aterrada por la soledad que se cernía sobre mí por las noches, que me ahogaba... y tenía la posibilidad de ahuyentarla al encontrarme con él y salir de allí. Olvidar lo que había pasado con Dani, que era ridículo por su absurda proposición e

imposición. Podría ver a mi amigo, quien me había acompañado en cada mal momento del pasado con su mano apretando la mía, dándome fuerza. El mismo que me estaba lanzando al abismo, al que necesitaba mirar a los ojos y saber si sería tan duro como sus mensajes, si la complicidad tan extrema que existió entre nosotros había desaparecido como su serena personalidad. Necesité saber con qué intenciones aparecía, y por qué en un momento tan crucial en mi vida.

Tanto Aarón como yo éramos maduros. Él había dado el primer paso y quizá era hora de dejar atrás el daño que nos hicimos, comportándome como ¿la novia de su hermano? y ¿mi cuñado? Sonaba tal mal tratándose de nosotros...

—Salgo... —me lancé.

Guardé el teléfono y, decidida, cogí rumbo a mi destino. La adrenalina abrasaba mi sangre, por lo que aligeré el paso llamando un taxi para no mover mi coche, sin pensar en lo que hacía. Dani tardaría en volver, eran las dos de la madrugada...

—Al hotel Posadas de España —le indiqué al taxista una vez estuve dentro, señalando la dirección que trastocaría mi vida.

¿Me abrazaría diciéndome que todo estaba bien, que me apoyaría en todo? En cierta manera era lo que anhelaba con todas mis fuerzas o terminaría por hallarme en un laberinto sin salida. Por otro lado, me sentía culpable al pensar en Dani... tendría que llamarlo y explicarle la situación, pero no se lo merecía y no sólo por su descontrol... él también me había omitido información sobre la vuelta de Aarón y quería descubrir el motivo y sacar conclusiones acerca de ello.

¿Ya habíamos llegado? Pagué la carrera, histérica, aunque no sabía por qué me encontraba de ese modo, Aarón ya no me afectaba desde hacía mucho; sin embargo, estaba inquieta por su repentina llamada, la que me confirmaba que seguía vivo... allí.

Al bajar, caminé con pasos inseguros, me temblaban hasta las uñas. Descansé donde la luz era más viva, a unos pasos de la entrada. En el suelo había focos, nadie en la calle. Deduje que mis nervios se debían a que llevábamos mucho tiempo sin vernos, sin estar cerca cuando antes era todo complicidad. Desde la despedida, no nos habíamos hablado debido a la triste pelea que mantuvimos... cuando en realidad nuestros planes eran otros muy diferentes. De hecho, él tendría que haber estado conmigo, en Valencia. Un día, una noche y una fiesta nos separó de aquello... y aún no sabía por qué.

—Ivonne. —Su voz detrás de mí—. Mírame.

Era él: Aarón Fabrizi.

Vuelvo a verte

Giré sobre mis talones, alterada al escucharlo. Lo que me encontré me dejó sin aliento, las piernas me flaquearon por un largo segundo. Lo estudié de arriba abajo, sin entender cómo mi respiración se aceleró tanto. Su aspecto no era nada tímido, más bien resultaba seductor: iba engominado, con el cabello de punta, más largo que el de Dani; llevaba una camisa gris y pantalón vaquero, oscuro. Mostraba media sonrisa en los labios y se le veía tan seguro de sí mismo que me dejó perpleja.

No se parecía tanto a Daniel como recordaba o quizá el tiempo que llevaba sin verlo había hecho que yo difuminara su imagen. Tal vez era la ropa, el estilo que cada uno de ellos había adoptado. Su mirada era tan diferente... brillaba con prepotencia, no con la transparencia de antes. Rastreaba mi cuerpo sin paciencia, erizándome la piel. La sensación de una caricia hubiera sido menos intensa en esos momentos. Era atrevido, elegante, alejado del Aarón que yo recordaba... pero igual de guapo, con la complexión fibrosa de entonces... y la barba de dos o tres días. Era todo un hombre.

Me costó digerir el encuentro, fue superior a mí. ¿Cómo os hubierais sentido al volver a tropezaros con vuestro primer amor siendo las circunstancias tan diferentes? Me pregunté si era normal o lógico experimentar un cosquilleo en la boca del estómago.

¿Habría pasado página? Yo lo hice, aun con tantas respuestas pendientes. Sonrojada, le sonreí sin saber cómo actuar... Sus ojos no me guardaban el rencor de aquella triste mañana. Tomé aire y, apartando a un lado la impresión, articulé:

—Hola.

—¿Éste es el recibimiento que me das?

Di un paso atrás.

—¿Estás bien? —Obvié su comentario.

—¿Tú qué crees? —Acongojada, busqué algún signo de malestar, enfermedad o incluso de una posible pelea. ¡Yo qué sabía! Lo cierto era que lo veía muy bien, demasiado... Su gesto era amable y conciliador—. ¿Vienes aquí?

Estiró el brazo y la mano derecha hacia mí, extendiéndola toda cuanto estuvo a mi alcance, pero no me atreví a aceptarla y él, sin admitir mi negativa, me apremió arrastrándome contra su pecho de un empujón, para pegarme a su cuerpo. «Aarón.» Apoyé los antebrazos, resistiendo el impulso, hasta que su obstinación me obligó a rendirme y posar los dedos en su cintura, aunque me mantuve rígida.

Aspiré casi con sollozos; su olor era el de siempre, también su calor. Permití que me rodeara con los brazos, cubriendo mi cabello de largos suspiros. El tiempo corría sin que a nosotros nos importara, entrelazados durante más de cinco minutos. Entonces admití la falta que me había hecho... Entendí por qué había llorado tantas y tantas horas con impotencia por haberlo perdido. Por encima de todos los errores, era mi amigo, y estábamos enterrando lo peor de nuestra relación. ¿Podríamos recuperar algo de aquello?

—Aarón.

—Estás aquí, Ivonne, aquí.

Asentí acurrucada en su torso, sin dejar de abrazarlo con fuerza... emocionada de poder hacerlo justo esa noche, cuando más falta me hacía, pues... cuando esperaba haber tomado finalmente un nuevo camino en mi vida que me permitiera ser feliz, en un tonto segundo, todo había cambiado. «Paciencia, es el principio», me recordé.

—No puedo entender que estés más guapa que cuando me fui. Han pasado tantas cosas...

—Lo sé...

No sabía ni cómo tratarlo, ya que no quiso saber nada más de mí, ciertamente tampoco de su familia. Con reticencia, conseguí separarme de su duro y ardiente cuerpo. Su mirada cautivó la mía en cuanto estuvimos a cierta distancia; ésta se había vuelto clara, transparente, sin que me costara deducir qué pensaba. Tenía esa facilidad; yo en cambio, estaba más cohibida.

—¿Qué sucede? —quise sonsacarle, mordiéndome el labio, pensativa como él—. ¿Todo bien?

—¿Estás con mi hermano? —soltó acariciándose la barbilla, paciente, aunque acusadoramente, provocando que casi me diera un ataque—. Lo has preferido a él y sé que ahora estás confundida.

Quedé descolocada con su afirmación. ¿En serio me había citado para hablar de temas que no le incumbían? Siempre había sido protector conmigo, pero no creía que se tratara de eso. No por su postura amenazante.

—Estás cambiado, Aarón, incluso no te pareces tanto a Dani como antes.

Se me escapó la frase menos oportuna.

—Daniel no se parece tanto a mí, querrás decir. Has escogido al gemelo equivocado —arrojó asqueado, sin levantar la voz—, para lo que sea que tengáis... ya que ninguno de los dos es capaz de aclarármelo. Pero tranquilos... todo a su debido tiempo. E, insisto, has elegido muy mal.

Mi corazón latió desbocado por la tensión.

—Te desconozco ahora... De todas maneras, no creo que sea una frase acertada.

—¿No lo crees? —repitió y, con destreza, paseó los dedos por las puntas de mi cabello, tirando en la zona de los hombros. Al sacudirme, me soltó. Sus manos temblaban y mis rodillas casi se torcieron. La conexión, *el feeling* entre nosotros, era natural—. *Stai mentendo*.

[8]

Tragué con su italiano... mucho más duro, menos cálido...

—Has cambiado, Aarón.

—Dime que para bien, o créeme que me iré de nuevo. No he vuelto para perder el tiempo.

Aunque no se rio, pensé que se trataba de una burla, por lo que me obligué a relajarme. No pude dejar de mirarlo, tratando de entender el motivo de esa misteriosa cita. Sus piernas no se estaban quietas y él no me quitaba los ojos de encima, entrecerrados, revelando su interés. Posiblemente, también, intentando colarse en mis pensamientos.

—Habla, Ivonne —acarició mi nombre—, ¿para qué lo quieres bajo tu mismo techo?

—¿Cómo lo sabes? —Se encogió de hombros—. Hablaremos con él de este asunto.

Entonces, hizo un movimiento que yo no esperaba. Escurrió la mano por mi nuca e impactó contra mí, robándome un beso efusivo y audaz. Su boca se comportó con dureza, ávida, y gruñó con un hambre que hizo que todo me diera vueltas.

—¡Aarón, no...!

Me aprisionó la cara, llevándose mi labio con urgencia, diría que rabia... hasta que emití un gritito de pura agonía... Finalmente pude recobrar la compostura, apartándome bruscamente, no sin tambalearme frente a su expresión burlona. Se reía de mí con las manos hacia arriba, ¿disculpándose? No lo tuve claro, ya que no entendía qué había pasado por su cabeza para mostrarse así, el porqué de su repentino arrebató... que me había acelerado, por sus calientes labios, tal como los recordaba, y su aliento fresco... Sentí ese escalofrío que todavía seguía recorriéndome y no sólo por la espalda. ¿¡Qué tramaba!?

—Ivonne —susurró cerrando los ojos y, al abrirlos, dibujó una falsa sonrisa. Me fijé en sus hoyuelos—. Ivonne.

—¿Q-Qué?

Por Dios, qué pretendía.

Descansó en la columna de la entrada y me arrastró con él de la muñeca para tenerme más

cerca. Una vez lo hubo conseguido, me soltó y se mostró más relajado mientras me miraba sin disimular su decepción. Me dieron ganas de echarme a reír. ¿De verdad estaba sucediendo eso? Me pellizqué y dolió... Era tan real como que me llamaba Ivonne Suárez.

—Te he echado mucho de menos, necesitaba tocarte... verte —pronunció, agudo, rozando mi mejilla con su dedo índice.

Madre mía...

Indagué en su mirada, analizando su posible sinceridad. Apenas podía creerme que lo estuviera viendo y tocando, que me hubiese besado con tanta pasión, aunque ahora tratara de disimularlo. ¿Se habría dado cuenta de su error?

—*Sei bella,*

[9]

Ivonne, demasiado. Entiendo por qué tienes tan loco a... Daniel y por qué ha decidido no hacer las cosas como debe. Hay que ser leal con los que lo son contigo. Sobre todo con los hermanos.

—No te entiendo —farfullé.

—Pero yo sí, y no seré tolerante.

Seguí perdiéndome con sus reproches, así que continué haciendo como él: olvidando los segundos anteriores, cuando su boca había buscado la mía; mi cuerpo lo miraba diferente, no reconocía a aquel amigo con el que había compartido largas horas de charlas antes de suceder lo ocurrido. Me hablaba con sensualidad, y mi mente vagaba por momentos, llevándome repentinamente a experimentar unos sentimientos nada buenos. Sensaciones intensas.

Sentí unas irremediables ganas de abrazarlo y decirle que también lo había extrañado, hasta que fui consciente del peligro que suponía en mi vida... ya que el beso había calado en mí y los efectos se volvieron demoledores.

—Aarón...

—Dime. —Vi que ¿fumaba? Daba caladas lentas, con la ceja alzada, esperándome. Cómodo, como en casa y en familia—. Pídeme lo que quieres, lo haré por ti. Tú mandas.

Me quedé alucinada. ¿Qué... me estaba contando? ¿Qué se había fumado, por Dios?

—Necesito beber algo —le rogué con la garganta casi cerrada—. Me muero de sed y odio el humo.

Lanzó el cigarrillo al suelo, lo pisoteó y del bolsillo de su pantalón sacó una caja de chicles de menta. Se metió uno en la boca y, con amabilidad, me ofreció uno a mí. ¿Quién era ese Aarón? Lo único que reconocía de él era su eterna paciencia, la misma que muchas veces lo camuflaba a pesar de, en ocasiones, estar afectado por dentro. ¿Lo hacía esa noche?

—No, gracias —susurré—. ¿Vamos al bar?

—Claro.

Sin perderme de vista, me sostuvo por la espalda, provocándome sacudidas por lo caliente que estaba la palma de su mano. Cruzamos el *hall* hasta entrar en el bar del hotel, donde todo estaba solitario. Música lenta de fondo y un triste camarero limpiando la barra era todo lo que había en la estancia. Aarón me cedió el paso... Joder con los escrutinios, uno detrás de otro. Advertí lo controlado que estaba, rígido, lleno de expectación, y no era el único. Me sentía igual.

—Un margarita —me adelanté al presagiar su intención.

—Yo un whisky, por favor. —Molesto, me miró, rechinando los dientes—. No bebas mucho.

Pasé de contradecirlo, no me apetecía, mientras esperábamos a que nos sirvieran. Fue en seguida. Yo consumí la bebida de un trago, retirándome unos centímetros de la barra sin quitar mis ojos de él y de sus movimientos. No podía creérmelo... Aarón se sacó el chicle y lo tiró a la basura; seguidamente, mojó sus labios en el vaso, dando un prolongado sorbo.

No pude evitar pensar en Daniel... ¿qué pensaría de mi escapada?

—¿No me dirás nada más, Ivonne?

Me frenó al verme vagar sobre el mismo círculo que pisábamos sin ser consciente de que eso

delataba mis nervios. Sostuvo mi barbilla, autoritario, sin dejarme escapar. Su tacto ardía, como su mirada... al igual que cuando me nombraba. Tal vez no lo hacía a posta, pero arrastraba las palabras mientras las acompañaba de esa sonrisa suya... que realzaba los hoyuelos que un día fueron mi locura.

—¿Qué quieres que te diga? —Traté de bajar la mirada, pero no me lo permitió—. Aarón...

—Mírame a mí, a Aarón, cuando me hables.

«Aarón.»

—Yo... —me estancué—. ¿Qué te digo a estas alturas?

Se me hizo todo tan raro. Los papeles estaban invertidos: él, más lanzado; yo, la tímida.

—Si me has extrañado tanto como yo a ti. Si me sigues queriendo igual. Si has dejado atrás la forma como te traté.

—Sí —reconocí, temblorosa—, mucho.

—¿A cuál de las preguntas? —reclamó, ladeando la cabeza—. Necesito las respuestas.

—A las dos primeras, porque te extrañé y te sigo queriendo. Eras mi mejor amigo y, si has necesitado más de un año para aceptarme como soy, lo acepto: ésa es la tercera respuesta —murmuré tomando aire. Me faltaba—. Aarón... quiero que sepas que ahora Dani y yo tenemos un vínculo diferente...

Su gruñido fue ronco, descontrolado, lleno de una ira que no supo esconder. Yo bajé la mirada, más insegura con cada segundo que corría en el reloj. De una manera u otra, le acababa de confirmar su gran incógnita, por lo que su rostro se contrajo dolorosamente y sus dientes se apretaron; chirriaron tanto que temí que se los rompiera.

—Cállate, intuirlo era una *merda*

[\[10\]](#)

y saberlo... —masculló entre dientes—. Todo esto es una porquería. No debí dejar pasar tanto tiempo para entender que nada importaría; tendría que haber regresado antes y dejar de hacer el imbécil.

—¿Qué quieres decir?

Me vibró la voz al hacer la pregunta que escapó de mi boca.

—Piensa, Ivonne —me pidió acunándome la cara, acercándola a la suya. Que me tocara estuvo mal, muy mal. Quise huir, borrar el encuentro. Los recuerdos me avasallaron... Esperaba sinceridad por mi parte, lo sabía. Conocía cada uno de sus gestos y muecas, o lo había hecho—: ¿Serían las cosas como son de haber admitido lo que acepto hoy?

—Aarón...

—¿Lo serían?

Con resquemor y en silencio, admití que no. Había necesitado tanto saber qué hice para que él me aborreciera... pero ahora ya no tenía mayor transcendencia, cada uno habíamos escogido un nuevo camino en nuestras vidas, ¿para qué recordar las anteriores?

—Ya no importa, supongo. —Me encogí de hombros sin maldad, pero él me miraba los labios... Yo me liberé el inferior, retomando la palabra—: La cosa se dio así y te sigo queriendo, por supuesto.

—Más a Daniel.

«Son cariños diferentes.» Agobiada, me desprendí de él y bebí la copa que había aparecido en la barra. La vacié en mi garganta de golpe, sacudiendo la cabeza al acabar. Era brutal beber así, lo sabía, pero una situación había llevado a la otra.

—No bebas —me ordenó.

—¿Por...?

—¿Cuánto más a él?

¡Pelusa en mi vestido!

—¡Achís!

Batallé con ella, golpeando la barra... sin querer, tiré el vaso de Aarón, pero no desistí hasta que la perdí de vista sin importarme si hacía o no el ridículo. Era lo de menos tras ese encuentro.

—Ivonne, ¿qué haces?

—Nada...

Después me sentí fatal y no sólo por el picor de la nariz. Reinó el silencio y, como él no decía nada, ni pestañeaba, pues sólo estaba disfrutando de mi patético espectáculo, tampoco hablé... hasta que Aarón ordenó otra copa para él y yo asentí al camarero cuando me pidió permiso para servirme otra ronda a mí.

—Necesito que me respondas, Ivonne.

—No quiero...

—Pero ¿por qué? —me presionó, angustiado—. ¿Qué pasa?

Ocupó el taburete que había a mi lado, colocándose en medio de sus piernas, como si el tiempo no hubiera pasado ni nos hubiésemos distanciado. Me acarició la cintura, haciéndome su prisionera. Recordaba que era cercano... y cariñoso.

—Aarón... —dije y me solté, dándole normalidad a la conversación—. Tendremos tiempo de hablar.

—Ven aquí.

—No —respondí con obstinación.

—Que vengas.

Se bajó del asiento y me arrastró en medio del bar, de esa intimidad que sin querer poseíamos. Me acarició el mentón para quedarse asegurado a mi mirada. Sin pretenderlo, me acordé de sus manos... de aquel tacto. Me tenía confusa, nunca se había mostrado tan entregado más allá de nuestra amistad, únicamente dos veces me permitió verlo tan insistente en tocarme.

Las dos en las que perdí la cordura.

—Eres una auténtica diosa. Te ves sexi, Ivonne. Despampanante. ¿De dónde vienes así vestida?

—Se calló, recorriendo el pañuelo en forma de diadema que llevaba, y luego las líneas de mi cara, negando a la vez—. Y él, ¿dónde está?

—Trabajando... Yo he salido con unas amigas —le mentí, sonriendo. No quise que intuyera la tristeza en mi voz, ni admitir que me había quedado sola en casa, llorando tras pelearme con Dani—. Háblame de ti, dime por qué estás mal.

—¿No lo sabes?

—¿Yo? —Aarón afirmó despacio—. No sé nada...

—Tú, Ivonne —señaló—. De nuevo tú.

—¿Y-Yo?

Me examinó en profundidad, mudo. Se le formaron unas arrugas en la frente, como pretendiendo o necesitando descifrar algo en mí que, según su expresión, no lograba, por lo que posicionó sus brazos en jarras. Mi corazón ya ni siquiera latía; ésa era mi sensación, que mis latidos me habían abandonado a la deriva. ¿Era normal?

—Me has hecho daño, Ivonne —masculló áspero—, mucho.

Lo intuía... algún día debía llegar esa conversación. «Tú también», me reservé para mí. Seguía sin saber qué hice tan mal. La borrachera en la fiesta sólo me dejó vagos recuerdos, sin conseguir encontrar el momento en el que le fallé. O tal vez en aquel instante me hablaba de mi actual relación con Daniel; no lo sabía, pero tampoco quise profundizar en ciertos temas, por lo que musité:

—Lo siento entonces, supongo.

—Mírame.

Incómoda por su insistencia, le rehuí la mirada, comprobando el móvil por si había alguna señal de Daniel. No era así.

—Aarón, tengo que irme.

—Acompáñame a mi habitación. —¡No, por Dios! Una alarma se disparó en mi interior y ni me atreví a mirarlo—. Toma conmigo las copas que has dejado a medias con tus amigas para venir a verme —me pidió con la mano expuesta en mi dirección.

Al verme dudar, rechinó los dientes.

—Ivonne, necesito que hablemos en otro lugar.

—Es tarde... —me negué temblando—, he de volver a casa.

—Para un puto momento que puedo tenerte a solas, me dejas por él, Ivonne. —Su reproche no fue bajo—. ¡Por él!

Asustada por su excedido grito, empecé a dar pasos atrás sin tener un rumbo claro. No obstante, de nada sirvió: él me persiguió con la respiración alterada y los hombros agitados, a la vez que inhalaba, hasta que consiguió acorralarme entre su cuerpo y la pared del bar. Aquello no podía seguir en ese plan. Sin achantarme, miré su rabioso rostro.

—¿Qué es lo que quieres, Aarón?

—¿Por qué él? —insistió ronco. No dejaba de impresionarme lo dolido que se mostraba. ¿¡Y qué quería!?. He vuelto, dime que tú también necesitabas esto.

—Claro —balbuceé.

—Me he llevado una gran decepción contigo al llegar y ver que has caído en su cama —protestó duramente. Casi quise pegarle por su afirmación hasta que, a medida que iba hablando, su voz se fue apagando—. ¿Qué has hecho, Bebé? ¿Cómo has podido?

«No me hagas esto.» Mi vello se erizó cuando de pronto, y pillándome con la guardia baja, de su boca brotó aquel apodo tan cariñoso que pronunció por primera vez cuando yo apenas tenía diez años y él, trece, y que perduró con el tiempo.

—A-Aarón...

—Te toca por las noches. —Aguantó la respiración y, con ademán amargo, masculló—: Te folla cuando quiere, ¿me equivoco?

—B-Basta, Aarón.

—¿Lo hace, verdad? ¡Lo hace!

Sus palabras se clavaron en mi pecho. No pensaba contarle el porqué, ni mis momentos de intimidad. Por otro lado, Dani jamás me había *follado*, así me lo había confirmado y esa misma noche había abierto una brecha entre nosotros, quizá al querer hacerlo por obligación, para convencerme con besos tan fogosos que ni siquiera lo había reconocido.

Así que, escupiendo mi frustración con Aarón, puse un dedo en su pecho y, señalándolo, le reclamé a punto de golpearlo:

—Háblame claro de una vez, Aarón, ¿a qué viene todo esto? ¡Esta noche... todo está mal!

—¿Es lo que quieres? —me retó, aplastando su cuerpo contra el mío, lo que alteró nuestras respiraciones y aumentó mi estado de agitación por su nueva personalidad—. Tú lo has querido.

—¿¡El qué!?

—Vas a pagar el jugar conmigo.

Por deber, me impuse dejar de mirarlo tras sentir que me llegaba ese aliento que me era tan conocido. Al bajar la cabeza, su boca descansó en mi frente. Tragué con amargura. Podía sentir su necesidad de aplastarme, su contención. Me repetía una y mil veces lo mucho que quería a Daniel y me negaba a que Aarón me confundiera, sin cuestionar los últimos acontecimientos.

—Mírame a mí. A Aarón —rugió suavemente en mi piel—. Vas a saber qué hago aquí, ¿me vas a negar que no lo sientes?

—Lo niego.

—¿De verdad lo haces? ¿Has olvidado nuestro pasado?

¡Claro que no! De ahí que no me encontrara nada bien ni cómoda. No dejaba de admitir que fue mi obsesión en mi adolescencia y juventud, y que perdí el control en la fiesta que lo cambió

todo. No éramos nada, nunca lo fuimos.... y pasó. ¡Se acabó! Me parecía surrealista estar allí y hablando de todo eso tanto tiempo después, cuando no lo habíamos aclarado antes.

Ante mi silencio, empujó su pelvis. ¡Eh!

—Aarón... Tengo que irme, te veré en otro momento y, por favor, no menciones este encuentro —le ordené buscando la forma de escapar. Pero hizo un sonido de negación con la boca. Lo miré, arrepintiéndome al segundo. Esa misma boca abierta y provocadora destrozó mi aparente seguridad—. Mira... déjame ya. ¿De acuerdo?

—Escúchame, Ivonne: vengo a por ti y te quiero para mí —declaró con énfasis, pasando un dedo entre mis hileras de dientes.

¡Por Dios! ¿Que qué? Se nos estaba yendo la pinza. Casi tuve la tentación de morderle el dedo hasta hacerlo sangrar. No obvié que sus manos seguían siendo grandes y cuidadas. ¿Y qué me importaba? Apenas podía respirar, hablar, sentir... Me controlé, frenándome a seguir con esa locura, por lo que cerré los ojos, consiguiendo el efecto contrario.

Se acercó más, lanzándome una indirecta corporal que mi cuerpo recibió con ansiedad.

—Quieto, Aarón. ¡Quieto!

—No he dejado de pensar en ti —prosiguió sin disfrazar su impotencia—, pero creí que no podría volver a mirarte y olvidar lo ocurrido... Qué equivocado estaba. Estoy aquí, de nuevo, y no me produces rechazo... Desde que me fui, quise cambiar al entender que te había perdido, que no te conocía como creía. Pensé que no te perdonaría.

Me dio taquicardia y, a tiendas, lo empujé sin éxito. ¿Me diría alguna vez qué vio? ¡Necesitaba que me dejara!

—Aarón, para de decir burradas.

—Me he tirado a todas las mujeres que se han bajado las bragas delante mío... cuando yo no soy así, pero tú, Ivonne... —me cogió el rostro y me exigió, aunque pausado, que lo enfrentara. El tono de su piel era rojizo. Sus manos vibraban—, tú no me abandonas mientras las follo, y ahora vengo a por todas.

—¡Ya basta!

Llegados a ese punto tan brusco, no creí una sola de sus palabras y no sólo puse en duda su sinceridad, sino también sus intenciones. No me dejaría impresionar ni engatusar por sus confesiones y acciones, aunque sí me sorprendían. Sobre todo, cuando me encarceló las manos detrás de mi cuerpo, ciñéndome a él hasta casi doler. Se había transformado en un maldito italiano provocador.

—Lo siento por él si pretende lo mismo —musitó restregando su nariz en mi sien, sin delicadeza. Su voz cada vez era más grave y su respiración, más precipitada—. No me importa luchar contra el que fue mi otra mitad por reclamarte, no ante el tormento que viví y he revivido estos meses desde que tengo «ciertas noticias».

«¿Pretende?» ¡Era mi pareja, joder! ¿Cuánto era lo que yo desconocía de todo lo que había alrededor de los tres?

—Ivonne, no me rendiré hasta saber que no hay nada que hacer, hasta descubrir qué es esto que me empuja a ti... eso que no he podido encontrar en otro lado.

—Y que en mí ya no encontrarás.

—Lo veremos.

Mi tensión arterial bajó, como de costumbre si era sometida a coacciones.

—Ivonne... —su dedo recorrió el centro de la palma de mi mano derecha. El movimiento me resultó muy erótico y con atrevimiento me miró de nuevo a los labios.

—No lo intentes —protesté, cansada.

—Quiero comerte esa boca tuya tan calladita y recatada que me la pone tan dura.

—Pero ¿qué dices? —jadeé horrorizada, y le gustó aún más mi comportamiento. Su cuerpo pedía una unión carnal, ¿sin importarle mi estrecho nexo con Dani? Seguí buscando al Aarón

tímido y sin rencores, ¿perdido?—. Anda, deja esto, por favor.

—Tengo posibilidades, lo sé. No me importa que sea él u otro. Sé que no me has olvidado y que has buscado en Daniel mi reflejo.

Lo creí convencido y resignado.

—Aunque te lo niegues, como hice yo, por lo que no vine antes. Mi orgullo y confiar en mi propio hermano me la jugaron.

Me retiró el cabello del cuello, arqueándomelo. No sé ni por qué se lo permití; sin embargo, lo hice impactada, como si fuera una muñeca de trapo en sus manos. Peor fue que se atreviera a depositar besos ruidosos y templados en el hueco de mi garganta, poniéndome el vello de punta por su repertorio de seducción. ¿iDónde estaba cuando lo necesité!?

—Soy inmune al dolor, no a ti. Me tomo las cosas con calma... Hay algo entre tú y yo, siempre lo hubo y no permití que se desarrollara. Y, cuando decido venir, «me llegan más noticias» —recalcó nuevamente.

Irónico, sonrió y me besó la nariz. Estaba en *shock*, lacia, idiota... adormecida... como drogada.

—Pero hasta aquí hemos llegado, Ivonne. *Pa-ra-mí*.

«No es real, es un sueño», traté de convencerme en vano. Aquello estaba mal, ¿verdad? Resoplé con el pecho agitado y mi escote a punto estuvo de reventar. Él, que captó mi preocupación, se relamió los labios al encontrarse con mis senos apretados.

—Detente, Aarón —le impuse con el cuerpo bloqueado, incapaz de levantar un maldito dedo. Sus ojos se deslizaron por mi escote, acariciándome aun sin tocarme—. No te atrevas más...

Mirándomelos, me liberó y por fin respiré. ¿Qué hacía? Me llevó de vuelta a la barra, casi a rastras porque mi cuerpo se había agarrotado y mi mente ignoraba mis coherentes órdenes. Pero, por si me parecía poco, hubo más. Cogió la copa de whisky, la misma de la que había bebido con anterioridad, y la paseó por mis labios.

—¿Quieres estarte quieto?

—Bebe y provócame, como antes.

—¿Has perdido la cabeza? —le recriminé, con sofocos.

—Por tu culpa, ¿no lo ves?

Cerré la boca, negando, hasta que unas gotas se derramaron por mi canalillo. Estaban heladas; él, muy reservado, me las secó con una suave servilleta que pescó en un segundo de la barra. Fue respetuoso y considerado, a pesar de atreverse a acercar sus manos a esa parte tan íntima de mi cuerpo. No me tocó, pero sí gruñó.

Entonces lo vi con claridad. Tenía que huir de allí, de él, confirmado que ya no éramos los mismos y mi prioridad era otro... aunque Aarón me estuviera tratando de seducir pese a ello.

—Me estás cansando —suspiré—, detente de una vez.

—No, Ivonne; me detuve demasiado y sé que hay algo entre nosotros. No me rendiré, no esta vez.

—Daniel es tu hermano —repliqué bajito, acojonada por su intensa revelación—. Sabes que entre él y yo... ¡Tu hermano!

Arrugó la nariz.

—También es el hombre que me robó a la mujer que tanto quería y a él no le importó. —Creí que me desmayaba—. ¿Por qué tendría que importarme a mí?

—¿De qué hablas? —Negó crispado, frotando mi mejilla. Su tacto no era dócil, aunque tampoco brusco—. ¿Qué me ocultas, Aarón? Dani no es culpable de...

—No soy yo quién esconde nada, Ivonne. Pregúntate por la persona que tienes a tu lado, el que te folla cuando quiere y te hace gozar como yo lo hice dos veces.

—¡Ya basta de hablar de esta manera! —le grité harta de su soez lengua y de la cercanía que seguía persiguiendo, con la erección que a veces me presionada. ¡No tenía derecho! Ya no—. Y sabes perfectamente que no es así, no como lo pintas.

—Pues debes tener claro que vengo con la intención de volver a repetirlo, de hacerte sentir lo que él no es capaz, de avivar el fuego que, intuyo, Daniel ha apagado en ti por lo poco que te satisface... ¿Me equivoco?

Me sonrojé y le golpeé el hombro por su desvergüenza.

—Eres un grosero... No tienes ni idea de nada.

—Prefiero no tenerla —me advirtió—. Eras tan caliente, Ivonne. Tus ojos de tigresa te hacen justicia en la intimidad.

Oí una ligera tos, por lo que ojeé a mi derecha. Dios mío, el chico que había detrás de la barra nos estaba oyendo. Me faltó poco para abofetear a Aarón. «¡Ha perdido la vergüenza!» Yo era muy discreta y nada exhibicionista con esos temas, aunque, a la hora de experimentar, era diferente, claro.

—Me voy a mi casa —me planté de una vez.

—¿Tú crees?

Con una sonrisa malévola, se alejó despidiéndose del camarero y, acto seguido, me cazó al vuelo como si yo fuese un saco de patatas. ¡¡No me lo podía creer!! Grité, pataleé, y los empleados que nos íbamos encontrando se reían, creyendo que jugábamos como dos tontos enamorados. Y no era de extrañar, ¡era tan tarde!

Sólo conseguí que me soltara al llegar a su habitación, ya que me depositó sobre la cama. No le importó mi incomodidad; sus ojos eran fieros y sus pasos lentos me ofrecieron la perspectiva de que iba a acecharme como a una presa.

—Oh, no, no. ¡No te acerques!

Correteé por la habitación, esquivándolo, alterada por el cambio que había dado la noche.

¿Quién era ese Aarón? Daniel era el culpable de cómo y dónde me encontraba.

—¡Aarón, joder! ¡Basta!

—Por pensar en él te he capturado —anunció, despectivo.

Me tiró al suelo sin hacerme daño, sobre la alfombra blanca en la que recé para que no hubiera ácaros y donde fui incapaz de mover ni un ápice de mi ausente cuerpo. Aarón me agarró las manos por encima de la cabeza y se arrodilló entre mis piernas sin hacer el mínimo contacto, sin roces. Tenía la boca tan reseca que me costaba hablar y tragar, aún más gritar. Cada uno de mis sentidos se había desprendido de mí al recordar la escena en la que yo me preguntaba por qué Aarón no era más *malote*... Pues ahí lo tenía.

—Ivonne... Déjame recordarte aquellas dos noches donde no huías y suplicabas por mis caricias, por mi entrega hacia ti.

—Me lo has prometido —pude decir.

El color de sus ojos grises y apagados se fue oscureciendo, dando paso a la lujuria en ellos. Eso no podía estar pasando. No cuando mi vida se iba encauzando. «Reacciona, Ivonne.»

—Aarón... por favor.

—Suplica.

—¡Por teléfono me has dicho que...!

—Ya no cumplo promesas estúpidas. Entérate, Ivonne, no descansaré hasta que me necesites con obsesión, como antes, haciendo que te olvides de lo poco que tienes con él. No me conformaré hasta tenerte y... esta noche... muero por hacerlo.

Me dediqué a perderte

Aarón vio la transformación de Ivonne, la manera en la que sus ojos se abrieron desmesurados al creer en su palabra, en la segura afirmación, una muy cierta. Él agonizaba por sentir cada centímetro del cuerpo de ella, lleno de curvas más femeninas y desarrolladas que antaño. Era fina... Ivonne estaba más exquisita, con otro estilo, preciosa... y temblaba aguardando en silencio.

«Así te quiero ver.»

Él la miró, examinándola impresionado. Tenía el mismo efecto que antes. Quería hundir los dedos en su cabello casi negro, más largo que la última vez, y perderse en ella sin reservas, sin forzarla. Dos veces se entregó y sabía que volvería a tenerla. No tuvo dudas desde que jugó con Ivonne en el garaje de ésta, aun fingiendo ser su hermano, percibiendo que a Ivonne le había gustado y que querría más... tanto como él.

Allí obtuvo las respuestas necesarias para saber a qué se enfrentaba y, aunque muerto de celos, no se dio por vencido.

Esa mujer era suya y nunca debió confiar en su hermano, quien, sigiloso, lo había jodido tratando de iniciar una relación más seria con Ivonne, yendo más allá, metiéndose en su maldita cama... No debió dejarse llevar por el orgullo; tendría que haber vuelto antes a reclamar lo que había dejado atrás, a Ivonne... y entonces hubiese estado en mejores condiciones, sin su hermano de por medio.

—Tantas vivencias compartidas y otras muchas echadas a perder, Ivonne —musitó sin tener el valor de dejarla marchar. Ella suspiró quieta—. Voy a ser tan hipócrita como él; me habéis defraudado, pero estoy a tiempo.

—No lo estás —contradijo.

Aarón quiso sonreír, la emoción en ella era patente. Mentía.

—Esta lucha no ha hecho más que empezar y tú no entras en ella. No le dirás nada a Daniel, porque provocarás una pelea entre nosotros... y no pretendes eso, ¿o sí? ¿Es lo que siempre has querido? —dudó en voz baja. Siguió agarrándola, sin rozarla y muriendo por hacerlo—.

Dime: ¿siempre buscaste eso?

—No sé de qué me hablas.

—¿No? —La presionó con ironía.

—N-No.

Aarón era consciente de que Ivonne poco recordaba de aquella fiesta, pero eso no justificaba su culpa. Jugó con él, en su propia cara... y horas después, pese a no querer creerlo, le llegó la maldita confirmación. Parecía que Daniel había cumplido, al menos, con una de sus promesas: no revelar a Ivonne su comportamiento ambiguo esa fatídica noche, en la que ambos habían salido perjudicados, y que ella siguiera ajena a los duros hechos...

—¿Eres feliz, Bebé? —Se aproximó a su rostro, acortando la distancia. Se sintió fuera de sí, pero se contuvo. Era irremediable ocultar su deseo, el que Ivonne despertaba con tanta agonía—. Tu mirada me dice que no; te recordaba más alegre, el brillo de tus ojos está apagado.

—No esperaba hoy tu llegada, tampoco este asalto —susurró débilmente—. Suéltame, por favor.

—Juega, pícame como lo hacías antes —le imploró casi odiándola; el sentimiento amor-odio lo perseguía.

Ya no le dolía, se acostumbró a él, y más sabiendo cuánto tendría que ver en Valencia.

—¿Te acuerdas de todos los momentos que vivimos juntos? Y, tú, los has cambiado por él...

¿Por qué no me buscaste un poco más tarde? Sé que te dije... Ivonne, te has refugiado en Daniel. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Por qué?

La sorpresa de Ivonne fue evidente. Nunca sopesó hacerlo, buscarlo, porque él le dejó claro que no quería saber nada de ella. Aun así, no se atrevía a cuestionarlo, no ahí. ¿Qué más daba?, pensó.

—Aarón, déjame ir...

—¿De verdad es lo que quieres? ¿Tanto has llegado a unirte a él? Es un traidor, un gilipollas que no te merece. Ni tú, que yo luche por ti —le arrojó—. Desafíame, lo estoy deseando.

Ella apretó los párpados. Despertar de la pesadilla era su objetivo.

—Ivonne.

—Quiero irme.

—¿De verdad? —Hizo un mohín al arrugar la frente, confusa. Él soltó una carcajada—. Tú no quieres marcharte y, si es tu deseo, va más allá de no querer estar aquí. Huelo tu miedo a desearme como antes.

Ivonne se movió mortificada, interpretando cada confusa frase de Aarón y, al efectuar el cambio, él gimió. Su hombría se rozó de refilón en sus muslos, paralizándola por el peligro. Él no se detuvo y deslizó un dedo por ellos; era suave, atractiva, deliciosa... y olía a su perfume habitual. Quiso gritar, destrozarlo todo. ¡Ella se tiraba a su hermano!

—Por favor, Aarón, tengo que irme —suplicó y, al querer moverse de nuevo, su tela cedió y el vestido se escurrió, dejando su piel más expuesta—. No mires, no te pertenece nada mío.

—¿Te toca como yo? ¿Te ha hecho sentir en todos estos falsos meses lo que yo te hice gozar en tan sólo dos noches? —demandó haciendo uso de su autocontrol, una de sus virtudes—. Dime.

Ivonne cerró los ojos con fuerza para no verlo, sin desplazarse ni hablar. Giró la cara de modo que su mejilla descansó en la alfombra, haciendo mohínes extraños por las pelusas, pánico que él desconocía. A Aarón le gustó tenerla a su merced, indefensa, como él ante las artimañas que antaño ella organizaba para él. Y anhelaba gozarla y recuperarla... que lo mirara y suplicara como había hecho en el pasado.

—Ivonne, mírame, por favor. A mí. —Ésta negó encogiendo la nariz. Aarón disimuló sin reírse, seguía cabezona—. Me miras o te beso. Tienes dos opciones.

—No serás capaz, ¡déjame ir!

—No me grites, ya no soy tu perrito faldero —la amenazó sin la intención de actuar como tal—. Ey.

Ella gritó cuando él sostuvo sus manos con más fuerza. Reconoció el pesar y la impotencia. Lo peor vino al retorcerse, ayudando a Aarón a experimentar una codicia mayor; a esas alturas, su dureza era dolorosa. No podía sentirse más hambriento.

Disimuló y habló.

—Pasarás la noche conmigo, no me importa de qué forma, pero a mi lado. Y no me has respondido.

—Y no pienso hacerlo. —Ladeó el rostro, encontrándose con él. Sus labios se curvaron desagradables—. ¿Qué tramas, Aarón? ¿Qué quieres? ¿Me has traído aquí para follarme, como tú lo llamas, y punto?

—¡No, claro que no!

Ivonne tragó, era su oportunidad para escabullirse.

—Déjame ir entonces y demuéstramelo. Esta noche he tenido suficiente. He venido porque necesitaba a un amigo, sin saber nada de tus planes... y me encuentro con esto. Gracias, Aarón, gracias por hacer más asquerosa mi noche.

—¿Qué te ha pasado? —la interrogó, sumergido en su triste mirada—. ¿Ha sido el miserable de Daniel? ¿Él?

—Él, tú. Tú y él. —Bajó el tono, pero luego terminó haciendo lo que por norma repudiaba:

soltar tacos y gritos—. ¡Quiero pasar una noche tranquila y los dos me la habéis jodido! ¿¡Qué haces aquí!?

Con la entrepierna dolorida al querer más, Aarón se alejó al adivinar en las facciones de Ivonne, llenas de repulsión, que veía a su examigo en él, y no pudo soportarlo. Para él, ella no era una cara bonita a la que quería sacar a pasear y lucir. Era muchísimo más, y le jodía admitirlo. Un mensaje lo había llevado hasta allí... un mensaje con el que predijo lo peor... estando malditamente en lo cierto.

—Está bien, vete —explotó él señalando hacia la puerta y recuperándose después de haberla rozado, besado, olido... sentido—. Me vuelvo a Italia, no debí venir. Nunca debí volver.

—¿T-Te marchas de nuevo?

Ivonne se petrificó, no quería tenerlo lejos. Perdida, se arrodilló y se tapó la cara con las manos. Negaba. Aarón la esperó en la puerta, intuyendo que no lo dejaría ir. Ella lo quería, sus ojos no mentían. Había confusión, sí, que pronto él difuminaría.

El nudo en la garganta de ella lo decía todo.

—Aarón... ¿qué está pasando?

—Que he vuelto y temes eso; te entiendo, pero no deseo rendirme, no me pidas que lo haga. Sé que quizá te hice daño...

Ivonne hirvió por dentro, sintiéndose acorralada, y tronando con mal humor levantó la cabeza y gritó:

—Mucho, maldito seas, mucho. ¡No puedes venir exigiendo algo que tú rechazaste, que tú apartaste de tu vida de un puto plumazo por un comportamiento que tuve y aún desconozco, aunque ya ni me importa!

Aarón enloqueció, ese carácter de ella lo avivaba; antes eran polos opuestos y, ahora, al verla caminando hacia él, no únicamente con gritos, también con su cabello hecho un desastre y el vestido arrugado, terminó por sacar a relucir su sonrisa.

Era la mujer más jodidamente especial de la tierra.

—¿De qué te ríes, Aarón, de qué? ¡Idiota!

De pronto, Ivonne se sacudió el vestido. Aarón la contempló incrédulo, ¿se peleaba con su vestimenta? No dio crédito. Más cuando empezó a estornudar muy seguido.

—¡Achís! ¡Achís!

—Ivonne, ¿qué cojones haces?

Ella se cubría y rascaba la nariz.

—¡Pelusa!

—¿Pelusa? —repitió perdido, creyendo que lo quería distraer—. Deja de jugar, me estás poniendo nervioso.

—¡Achís!

—¡Ya, Ivonne!

Con un enorme estremecimiento, paró. Aarón quiso zarandearla, ¿qué pasaba con ella y sus tonterías para despistarla?

—Joder —protestó Ivonne—. ¡No me mires así, no las soporto!

—¿A quién?

—A las pelusas, ¿no lo ves?

Le sorprendió la actitud de ella cuando levantó la cabeza y retomó el camino, pero se torció un tacón al caminar. Aarón sonrió; entonces ella... se detuvo. Abrió con facilidad la botella de champán que había en el escritorio dentro de la cubitera llena de hielo y bebió sin descanso de la copa donde se lo había servido. Aarón masculló improperios, odiaba verla beber... con ello empezó su tormento.

—Basta, Ivonne.

—¡No quiero!

Como una niña pequeña, bebió más y más, con cara agria, hasta que Aarón le arrebató la copa y la vació dentro de la cubitera. Se miraron, y la rabia le pudo a él. Capturó la cara de Ivonne y exigió su boca, arrestando sus labios entre sus dientes. Mordidas sensuales y febriles le hicieron estallar, pero ella se contenía, protestaba y luchaba con la boca cerrada... hasta que la lengua de él consiguió colarse. La metió como lo haría en su intimidad y la saboreó pese a sus gritos y maldiciones.

Sus labios eran calientes, rodeados de gemidos por ambos. En un segundo... todo cambió. Ivonne dejó el forcejeo, perdió la razón. No debía, pero no supo controlarlo. Tiró del cabello de Aarón y, separando sus labios, le facilitó la entrada, exhibiendo a la mujer pasional que había en ella. Un beso salvaje, ansiado... se arañaba con la barba de él, bebiéndose la menta que descubría, que la atormentaba.

—Ivonne, déjame desnudarte, adorarte. Quiero tenerte —suplicó Aarón con un gruñido, pasando las manos por su espalda, sintiendo su piel de gallina—. Dime que sí, quédate.

Ivonne, mareada, quizá por el alcohol o tal vez por la confusión, quiso gritar que sí, hasta que, fortuitamente, regresó al lugar donde se encontraba. No besaba a Daniel en su casa, era Aarón, en un hotel, y sabía a menta... Asfixiada, se alejó tambaleándose y se topó con él, tan ahogado como ella. Su expresión era tentadora, con ganas de más. Se reprimía para no asaltarla y reclamarle quedar satisfecho de su pasión, de su ardiente fogosidad.

—Te he extrañado, Aarón —musitó atormentada, caminando hacia la puerta. Y, aunque él podía y lo ansió, no la detuvo. La dejaba ir para que asimilara lo ocurrido y descubierto. Sí, él fue quien jugó con ella en su propia casa y ante las narices del traidor—. Esto no volverá a pasar, olvídale.

—No, Ivonne, no pienso olvidarlo. Sé que callas lo que has detectado. Fui yo al que te quisiste entregar la otra noche, sin ponerle limitaciones a Daniel. —Se enfadó, la alcanzó en dos zancadas y le apresó el mentón. Luego se burló y la liberó—: Fui yo el que te puso a cien, el de menta... y, prepárate, porque te veré suplicando.

Estática, repasó el calor compartido. «¿Qué hiciste, Ivonne?»

Su mundo se había complicado y el rostro de satisfacción de Aarón descubría sus intenciones: venía a desmontar su vida en común con Daniel. Avanzó y se detuvo en el umbral a punto de gritarle cuán cerdo fue por aprovecharse de su desconocimiento, pero él se adelantó. Se dirigió al cajón y sacó un pañuelo de seda verde... La rodeó chulesco, se lo entregó y señaló:

—Éste ha sido el primer asalto, ¿o el segundo? Depende de la percepción que tengamos del otro. ¿No quieres hacernos *unselfie*? Sé que te da por publicar fotografías tuyas que, al parecer, son especiales. ¿Esta ocasión no lo es?—Ivonne creyó ahogarse con su propia saliva. Él la espiaba. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, Aarón le estaba atando el pañuelo a la muñeca y, de un leve empujoncito, la invitó sutilmente a que se marchara de la habitación. Antes, en voz baja, repitió en su oído—: Suplicarás... lo estaré esperando. Buenas noches, pero que muy buenas... Ivonne... ya que aún no ha terminado.

11

Sabrás

Suplicando, hice el camino de vuelta hasta casa, rezando porque Dani no hubiese llegado o porque durmiera... «Esto no ha pasado. Esto no ha pasado», traté de engañarme. Fue un duro palo. Subí al taxi temblando, desorientada y también humillada. Por qué me había echado de allí como si fuera algo sin valor, un reto para él, después de lo que había sucedido entre nosotros.

No dejé de pensar en lo descubierto, en su beso, su sabor a menta. ¡Todo estaba al revés!

Tras aquello, sólo esperaba que no volviera a molestarme, porque yo quería estar con Dani y lo peor era que ahora no podía dejar de necesitar a Aarón... Habíamos pasado tantas horas juntos que era parte de mí y lo añoraba en mi vida, pero no de esa forma. Él desapareció una mañana, arruinándolo todo, y volvía confirmando un malvado plan...

Le pagué al taxista con propina e intenté abrir la puerta de casa. La llave no entraba o simplemente la bebida me hacía estar torpe. Finalmente lo logré, pero empujé tan fuerte que caí de rodillas al suelo.

—Perfecto —balbuceé—. ¿Dani?

Me levanté a trompicones y, para colmo de mala suerte, me percaté de que no me había fijado en si su coche estaba en la puerta de casa, aunque, por cómo me encontraba, no pensaba volver a salir. ¡Qué mareo tenía! De modo que me sujeté a la pared y, despacio, subí escalón por escalón.

Un poco más...

Otro...

Por fin...

Al primer lugar hacia el que enfoqué la vista cuando conseguí llegar sana y salva fue a la cama. Para mi gran alivio, estaba vacía.

Qué maldita noche. Me tiré en el colchón, ocupando mi lado en éste y cogiendo la postura con la que solía conciliar el sueño, postergando la culpabilidad para cuando estuviera en mis cabales, ya que era consciente de que las copas que había tomado, al no estar acostumbrada a beber, habían hecho mella en mí.

Cerré los ojos, incómoda con la vestimenta, los zapatos y el maquillaje, pero sinceramente todo me daba un poco igual a esas horas y en esos momentos. No quería pensar, necesitaba ahuyentar sensaciones, emociones, sentimientos que se agolpaban dentro de mí. No era posible sentirse peor, más perdida... ¡Por Dios! Rabiosa conmigo, me quité la cinta del cabello.

—Ivonne. —Di un salto en la cama. La luz del pasillo estaba encendida, proyectándome la imagen de Dani. Iba con gorra a esas altas horas de la madrugada, deportivo y con las lentes puestas. Madre mía, volví a escurrirme en el colchón, ¿cómo decirle que mis sentidos no estaban al ciento por ciento justo entonces?—. Chiquita.

—Dani —me lamenté—, ahora no, por favor.

Se metió en la cama, tal cual venía, frente a mí y yo, con disimulo, arrastré el cuerpo hacia atrás. Cerca del filo.

—Ven —me llamó.

—No me encuentro bien, Dani, necesito dormir.

En una milésima de segundo, acertó la distancia y quedamos cara contra cara. Piel con piel. Todavía no me había tocado y temí que lo hiciera. No me producía nada, sólo quería huir después de mi encuentro con Aarón. Me sentía un poco ahogada.

—¿Qué pasa? —susurró demasiado bajo.

—No me gusta lo que estoy viendo de ti —las palabras fluyeron solas—, empiezo a querer escapar de aquí.

—Cuéntame, lo siento.

¡No! ¿Por qué era él quien tenía que pedir perdón? Si yo callaba muchísimo más. Era una cobarde.

—Y aún hay más cosas... Sé que acabamos de empezar a compartir casa, pero...

—No estás cómoda —terminó la frase—. ¿Desde cuándo?

Acaricié su mejilla, valorando su comprensión. Nos encontrábamos justo ahí, con poca luz, en la intimidad, donde podría contarle mis miedos sin sentirme tan expuesta, pero no sabía cómo hacerlo. Intenté quitarle las gafas para que estuviera más cómodo; sin embargo, negó, al igual que cuando quise hacerlo con la gorra.

—Perdóname —me anticipé, rozando su rostro, suave, sin barba—. Yo no quiero hacerte daño...

—Bésame.

—Dani —intenté esquivarlo—, lo siento. No es el momento.

—Ven.

Metió la mano por mi nuca con suavidad, insistiendo en que hubiera contacto entre nuestros labios. Temí que me oliera a alcohol, pero lo pasó por alto y, si lo notó, no lo mencionó. Yo sólo quería retirarme, allí seguía impregnado el sabor a menta. El sabor de lo prohibido, recordándome mi estúpido desliz, que además no era el único... Había compartido con Aarón un fiero momento en el garaje, aunque sin saberlo. Desde luego no tenía la culpa... aquello no podía contar como infidelidad, pues yo no lo sabía... creí que se trataba de Dani. No por ello la carga era menos dura. Otro secreto que guardar, otra razón más para tener que alejar a Aarón de mi lado.

—Céntrate —me pidió con un hilo de voz—. Por favor. —Me obligó a probarlo—. Siéntelo.

Si me preguntaseis qué fue lo que me empujó a aceptarlo, no sabría responder, pero lo hice... aun con todas las consecuencias y silencios que acarrearía esa misma noche. Abrí la boca y lo probé, mezclando nuestras lenguas. Me trajo de vuelta en seguida el sabor a fresa, quizá uno más intenso, fuerte, ácido. Mi cuerpo se incendió con el sensual y rompedor beso que surgió de la nada. Nos convertimos en dos fieras, pues, cuando una bajaba la guardia, la otra atacaba.

De pronto, Dani propició un movimiento rápido, colocándome debajo de él. Estiró mis manos hacia arriba, ubicándose entre mis piernas. Todo era tan raro y a la vez pasional, que quise permitir que, con sus caricias, borrara las anteriores; un error, sí, uno que no sabía que me costaría tan caro... cuando yo, sin maldad, sólo pretendía recuperar la estabilidad en mi vida. Esa que, en días, horas e incluso segundos, se había desmoronado con la vuelta de mi silencioso pasado.

Dani, quizá por nuestra pelea o porque, al igual que yo, sentía que estábamos alejados, perdió el control. Su boca demandó que la mía la recibiera sin decoro, con urgencia. Bestia. Sus manos entrelazadas a las mías me impidieron cualquier tipo de movilidad. Su pelvis se balanceaba violentamente, impactando contra mí, lo que me obligó a dejar la contención a un lado. Lo rodeé con las piernas y me arrastré por la cama de arriba hacia abajo, necesitando la dolorosa fricción. Estaba fuera de mí; ese tipo de deseo, tan potente e inexistente antes entre nosotros, me hacía perder la cabeza.

Él estaba serio, no se reía a pesar de que yo estaba entregándome como lo hacía.

Me liberó una de las manos, para hacerla prisionera en seguida con la otra, y, la que le quedó libre, empezó a deslizarla por mi piel completamente estremecida. Dani escurrió los dedos por mi cuello para luego recorrer mi canalillo... y provocarme por la zona del ombligo. Allí, con un largo suspiro, se detuvo. Yo me agité; no debía, no después de todo... pero quise más.

—¿Estás segura? —preguntó, mirándome a los ojos. Los distinguí extraños—. Todo depende de

ti.

Aunque mi corazón me gritó en repetidas ocasiones que algo se me escapaba de las manos... asentí.

Y lo que se me escapó fue una vez más el comportamiento de Dani, al que, con cada segundo que corría en el reloj, menos conocía. Sus facciones estaban descompuestas, casi diría que llenas de rabia, de dolor. No terminé de encajarlo.

Puso las dos manos delante de mí, abiertas, como mostrándomelas, gesto que no entendí hasta que las colocó sobre donde se iniciaba el escote de mi vestido. Desde ahí, lo rompió, rajándolo hasta abajo. Mi boca se desencajó, el resto de mi cuerpo tembló ante su actitud fuera de lugar.

—Chis —ordenó.

Volvió a ceñirme las manos con una suya y con la otra repitió la jugada de tontear con mi piel. Forcejeé sin querer aquello, hasta que sus labios, sin preámbulos, actuaron. Se metió mi pezón en su viva boca y, con agonía, recorrió mis redondos pechos, rodeándolos con la lengua, desorientándome con cada impaciente lamida.

Un calor intenso hizo que quisiera quemarme en ese desconocido fuego que desprendía Dani.

Luego fue al otro seno, que no estaba menos sensible que el anterior, mientras yo me retorcí perdida en el placer. En esa ocasión Dani no se detuvo y me incitó a que me curvara hacia a él, que lo invitara a continuar seduciendo mi cuerpo, y así actué. Estaba enloquecido, fuera de sí, más intenso de lo que jamás lo había visto y sentido.

Experimenté su deseo, sus dedos clavados en mi cadera me lo mostraron, así como sus gruñidos, casi sus chillidos.

—No puedo... —me quejé.

Dani, mi atrevido Dani, olisqueó la zona de alrededor de mi sexo, frotando su nariz muy cerca de allí, dilatando los segundos, derrochando sensualidad, erotismo. Mi entrega no tuvo límites, y cedí sin saber controlarme aun sabiendo que no era la solución, no tras haber discutido y todo lo que había acontecido luego.

—Dani... —gemí.

Sus dedos se agarrotaron en torno a los míos, aplastándomelos hasta doler. Su boca se volvió fría como el hielo. Y, como si lo hubiera ofendido, tiró del resto de mi vestido, llevándoselo consigo al levantarse. No entendía nada... se iba.

—¡Dani!

—Vete a la mierda.

Mi mirada vagó por ninguna parte. ¿Qué narices estaba ocurriendo? Era una pesadilla, una que se convertía en interminable, pues, según los acontecimientos, no tenía fin. Y si lo había... no era bueno. Ya no sabía qué pensar ni qué sentir. Todo y a la vez nada parecía real. Avergonzada, destapé la cama y me cubrí con la sábana. Después de sentirme su juguete, además de culpable por no confesárselo todo, sólo quería dormir... oliendo la seda verde de mi muñeca.

Me estampaban contra el árbol, empalándome con una embestida enérgica y dura. Pedía más, lo estaba deseando. Las manos de él recorrían mi cuerpo mientras me raspaba la espalda por los choques contra la rugosa superficie.

—Así... así —gemí extasiada.

—Eres tan caliente. —Asentí necesitando sus besos, su boca hinchada por la desesperación que nos consumía al besarnos—. Nunca olvides esto.

—No lo haré —prometí rasgando mi camisa y ofreciéndole mis pechos—. Disfrútame toda...

—Ya no pienso en... —me mordió. Empujé y arañé su hombro—... otra cosa.

El fastidioso sonido de todas las mañanas me despertó. ¿Ya eran las ocho?, si apenas había dormido. Chorreando en sudor, apagué el despertador de un golpe tras la terrible pesadilla. ¿¡Eso sería así desde el encuentro!>? Porque, en realidad, no era una pesadilla, era un recuerdo que se había colado en mis sueños. Uno de los tantos que yo luchaba por desterrar, pero que volvían recurrentes. No podía más, de verdad. Sentía incluso un poco de ansiedad al estar intimidada por la presión. Las ganas de llorar me atosigaban, recordándome otras noches en vela cuando él se fue... y me negaba a pasar por lo mismo de nuevo.

—¿Dani? —susurré, tanteando a mi lado.

No había llegado a casa aún y mi parte irracional se alegró. Me aborrecería a mí misma por haberme permitido tener semejante sueño, y hubiese sido peor con él en la misma cama. Me dieron ganas de gritar que yo no era culpable de haber caído en el juego de Aarón, de sentirme como lo había hecho horas atrás. Casi podía oír todavía el eco de su anhelada voz... y era mi deber quitar hierro al asunto para que terminara ahí, porque no le permitiría ir más allá. Con un encuentro había sido suficiente.

—¿Dani? —Lo intenté otra vez.

¿Es que no pensaba volver de nuevo, hablar conmigo y aclarar el enfado y la escena? Qué mal me encontraba y no sólo por el dolor de cabeza de la resaca. Era un cúmulo de tantas cosas que se me echaban encima de pronto sin estar preparada que no lo soportaba. Estaba desesperada por un abrazo de Dani, por sus mimos. Jamás me acostumbraría a su falta de cariño.

—Ya vendrá —me recordé preocupada—. Tiene que venir.

Agotada físicamente, me incorporé, sofocada por el calor de principios de junio. Con un bostezo, decidí no postergar más lo inevitable, que era levantarme, y, con los ánimos por los suelos, ir a trabajar. Un cosquilleo en la piel me hizo recordar que llevaba el pañuelo; me lo arranqué de la muñeca y lo guardé en un cajón... no con el mismo cariño que el anterior. De hecho, los separé de lugar. El amarillo tenía algo diferente para mí y no sabía exactamente qué, tal vez porque, a pesar de habérmelo regalado Aarón, me gustó tanto al creer que había sido un detalle de Dani... No tenía ni idea.

Con los ojos casi cerrados, fui directa a la ducha a refrescarme con el agua fría a tope. Me volví a imaginar en el centro de estética, sin poder disfrutar de la playa, peleada con Dani y, a su vez, con «otros asuntos» sueltos por mi cabeza, y mi humor se desvaneció todavía más. Menos mal que faltaba poco para las vacaciones. Nos vendrían bien, ya que mis jornadas se limitaban a ir del trabajo a casa y viceversa, y Dani pocas veces quería salir. Quizá era eso, necesitábamos renovar, disfrutar con los amigos y no sólo encerrarnos en nosotros.

Acabé de enjabonarme con mi gel preferido, me lavé los dientes, dejándome una boca fresca, y, tras estar fuera de la bañera y sentirme limpia, conseguí expulsar las malas vibraciones. La reunión se acercaba y estaba histérica por cómo se presentaba, aunque todavía me quedaba tiempo para saber cómo controlar la situación.

De vuelta a la habitación, me percaté de la oscuridad que había. Qué extraño.

—Ivonne.

Cerré los ojos, con un suspiro, al oír su voz. Me autoconvencí de que, tras hablar, solucionaríamos las cosas.

—Pasa, Dani. —Me senté en la cama, me daba mucha pereza ir a trabajar, pero tenía que adelantar faena para los días que estaría ausente. Me atreví a mirarlo. No llevaba camiseta, sólo un pantalón corto, y estaba parado en el umbral de la puerta. ¿Recién duchado también?—. Hola...

—¿Adónde vas?

—A trabajar —susurré, como si fuera obvio—. ¿Puedes subir la persiana y hablamos?

Se echó a reír, descolocándome y aumentando mi mal humor mañanero. Menos gracia me hizo que se comunicara con mímica, al señalar hacia abajo, a mi teléfono, y quedarse callado.

«Respira.»

Tratando de mantener la calma, aguardé a que hablara. Él no tenía ni idea de la noche que había tenido antes de que me mandara a la mierda, así que como para andar con tonterías, además de los secretos que se sumaban a los anteriores a sus espaldas.

—Dani, ¿puedes explicarte de una vez?

—Son las cinco y media de la madrugada y lo que ha sonado no es tu despertador, ha sido una notificación en tu móvil —me informó dejando la diversión. Lo miré incrédula y aliviada. Normal que no estuviese descansada—. He llegado hace media hora y me he dado una ducha en la habitación de al lado para no desvelarte. Seguimos montando el nuevo gimnasio. Ya queda poco.

¿Media hora? ¿Y su visita de antes? ¿Realmente importaba el horario?

—Vale... bien.

—¿Quién es a esta hora? —preguntó y empezó a acercarse, por lo que apagué el móvil temiendo que fuera un mensaje de Aarón, sin permitirle a Dani que lo mirara. Eso era algo que nunca había hecho—. ¿Qué pasa?

—Se ha apagado —mentí, inquieta—. Se me olvidó ponerlo a cargar anoche, quiero decir, antes de acostarme. Pero será un correo del banco, estoy a la espera de que me cobren el seguro del coche. O, ya sabes... las redes.

Él no dijo nada y yo me sentí fatal.

—¿Hablamos? —le propuse.

El triunfo brilló en sus ojos, pero yo seguí sin saber cómo reaccionar, esquivando su mirada.

—Voy a ser muy claro. —Se sentó a mi derecha y, por su tono demandante, no creí que la situación mejorara—. No quiero estar sin ti, me niego a hacerlo, y necesito que demos este paso para sentirme más seguro. Acepta el compromiso y quizá a principios de año podamos...

—No me hables de boda, por favor.

Me acuné el rostro y apoyé los codos sobre mis rodillas.

—Lo necesito, Ivonne.

—Pero ¿a qué viene esto ahora? —Le planté cara y en ese momento fue él quien me esquivó—. No estás sin mí. Estás conmigo. No entiendo esas frases, la presión... ni la escena de hace un rato, no soy un juguete, Dani. No sé qué te está pasando, pero ésta no es la solución a un problema que ni siquiera teníamos. No con extrañas y precipitadas exigencias. No con juegos que no acaban, que no entiendo...

—¿Juegos? No, Ivonne, ésa no es la palabra.

—¿Cómo llamas entonces a tu comportamiento de antes? —le recriminé, recordando las caricias perdidas y su frase tan dañina. Jamás me había mandado a la mierda—. Dani, habla, ¿a qué ha venido todo eso?

—No busques excusas tú. Quizá todo esto sea más fácil de lo que pensamos. —Alzó una ceja y afirmó—: Lo que pasa es que no lo tienes claro porque no sientes lo mismo por mí que yo por ti, ¿me equivoco, Ivonne?

—¿Qué? —Se me formó un nudo en la garganta—. Dani, te estás comportando como un crío.

Se presionó la nariz y, tras deliberarlo, me preguntó sin rodeos:

—¿Has sabido algo de Aarón estos días? —El mundo se me vino encima—. Laura me avisó hace unos días de que él había llegado de visita a Barcelona, lo que ya me inquietó y me empujó a hacerte sentir cuánto te quería; necesité formalizar lo nuestro con la cena. Pero ahora sé por él mismo que está aquí y no quiero sólo palabras entre tú y yo, también hechos.

—¿Y-Y qué tiene que ver con nosotros?

—Ivonne —suplicó, arrodillándose delante de mí—. Sé que te prometí no preguntarte por qué te quedaste tan hecha polvo cuando él se fue, ni por tu distanciamiento de tu vida en Barcelona después... pero lo vínculo con él y no sólo de la forma en la que vosotros nos hacíais creer. Dime

que entre Aarón y tú nunca ha pasado nada, que no tengo por qué sentirme inseguro ante la idea de que mi hermano, ese que yo también perdí, regrese a nuestras vidas. Es muy importante tu respuesta para mí; de una vez por todas, necesito quitarme las dudas que me han perseguido desde que todo pasó.

—Dani...

—¿Alguna vez llegasteis a ser más que amigos? —Me sentí morir, temía demasiado perderlo—. ¿Alguna vez alguno de los dos hablasteis de vuestros sentimientos? ¿Aquella unión era más de lo que mostrabais al resto del mundo?

Ahí empecé a dividirme entre la realidad y las mentiras. Ahí mi corazón se hizo añicos por lo que diría, por lo que sentiría Dani, por lo que yo misma estaba sintiendo. Contar toda la verdad supondría hablar también por Aarón y no podía traicionarlo. Me armé de valor y lo admití, avergonzada por haberle omitido la información.

—Sí... Estuve enamorada de él y no soporté que me dejara tirada.

12

Mi soledad y yo (Daniel Fabrizi)

Daniel se maldijo interiormente tras oír la afirmación de Ivonne; era algo que tenía clavado en el pecho, que no lo había dejado vivir en los últimos días desde que sabía lo cerca que estaba Aarón. Pero ¿a quién quería mentir? Él mismo, cuando regresó con su familia tras vivir unos años con su padre, deseó ser como Aarón, porque éste tenía todo lo que él había anhelado estando ausente de su casa. Creyó que, alejándose, se sentiría mejor, asimilando todo lo que conllevó la separación... Pero no fue así, y decidió regresar.

Y de pronto, un día, se encontró con ella... y lo deslumbró. Sí, pensó que tanto Ivonne como Aarón se atraían por las miradas de complicidad que se echaban, aunque ambos lo negaban... y entonces creyó sobrar.

Pero, con los años, Ivonne fue creciendo, convirtiéndose en una mujer tan perfecta que la codiciaba para sí... y llegó la fiesta, el día en el que ella se despediría de todos para emprender una nueva vida llena de planes con Aarón... como amigos. Iban a labrarse un futuro lejos de Barcelona, en busca de nuevas emociones, y no habían contado con él para iniciar la aventura en la que pensaban embarcarse. Pero llegó su oportunidad, la que cambió el rumbo de los tres... y se lanzó a por todas.

Pero hubo reacciones, situaciones y sentimientos que se le escaparon de las manos. Al desaparecer Aarón, aunque no antes de que éste lo advirtiera de lo importante que Ivonne era para él y conociendo la posible atracción que había entre ambos, pensó que por qué no podía ser para él si su gemelo se había largado. Era cierto que le había omitido sus verdaderas intenciones por miedo a no poder conquistarla frente a su hermano, justificando su mentira al creer que, deseo, sentían los tres, que no se trataba más que de eso... Entonces, ¿por qué sólo podría ser para Aarón? Su hermano la deseaba; muy bien, también él.

Y esa noche descubría aquello. ¿Se había interpuesto entre ellos? Ya no importaba... era suya. Su hermano había perdido su oportunidad y ahora más que nunca necesitaba saber que el peligro no se acercaba; sin embargo, las palabras de Ivonne lo dejaban peor que antes. El miedo en sus ojos decía incluso mucho más.

—Dani, yo... yo... pero pasó. Lo siento.

Lo había decepcionado, claro que lo había hecho. ¿Dani no tenía derecho a saberlo todo de esa relación mucho antes?

—¿Y él? —preguntó, sin mirarla—. ¿Qué pasaba con él?

—Éramos amigos.

—¿Te ha llamado? —Buscó su mirada, que ella trató de rehuir—. ¿Os habéis visto?

Ivonne se levantó y negó con la cabeza.

—¡Habla, Ivonne!

—Apenas hemos tenido contacto desde que se fue...

Y eso le dolía... Daniel descubrió, por la tristeza de su voz, que le guardaba un cariño especial. Eso terminó de destruirlo esa noche. Estaba tan confuso que no le salió acercarse, ni consolarla por lo culpable que sabía que se sentía...

—¿¡No te ha llamado!? —insistió, nervioso—. Sé sincera, Ivonne...

Ella agachó la cabeza, sin el valor de darle la cara, lo que hizo que Dani se enfureciera. Si no tenían nada que ocultar, ¿por qué ninguno le había comunicado dicha llamada? ¿Qué se habrían dicho para que Ivonne estuviera tan tocada?

—Necesito saberlo —la presionó, más alterado—. ¡Cuéntamelo, necesito saber por qué calláis! Ivonne negó cohibida, más encogida a medida que Dani insistía, lo que provocó que éste acabara hecho polvo.

—Me voy a tomar algo —le anunció a Ivonne, que se dio la vuelta compungida—. ¡Necesito salir de aquí!

—Pero Dani...

—Lo siento —masculló, sintiendo que su orgullo masculino había sido pisoteado—. Dame espacio para pensar, por favor.

—¡No es la solución!

—¡Tu silencio lo es menos! —La cara de Ivonne se descompuso y a él le dolió en el alma que ella no detuviera aquello confesando de una vez por todas lo que ocultaba—. Vendré cuando me sienta preparado para aceptarte, aun sabiendo que me mientes.

A Ivonne se le escaparon lágrimas de desolación mientras aceptaba la decisión... callando y esperando su vuelta.

La desesperación de perder lo que había construido con Ivonne, en vez de acercarlo a ella, lo alejó durante horas. Cometió locuras... una en concreto, una que sabía que estaba mal, pero que no supo cómo parar. No en sus circunstancias... decepcionado al recibir mensajes de Ivonne en los que le pedía que volviera, sin hablar de lo que él necesitaba, de Aarón. Dani advertía en ella el arrepentimiento por no haberle confiado antes la verdad, pero ¿de qué le servía? Seguía sin hacerlo.

Quizá no había para tanto, pero, tratándose de Aarón, era diferente. ¿Cómo pensaba Ivonne callarlo cuando el que fue su primer amor volvía para estar en la misma casa que ambos? Y hermanos... Se moría de celos, de angustia; no entendía cómo era capaz de ocultarlo ni cómo podría permitir que ella, cada vez que mirara a Aarón... recordara lo que sintió por su gemelo. ¿Y él? No sabía qué pensaba Aarón de eso.

Torturado por los celos, optó por hablar con él directamente. ¿Por qué no había dado más señales de vida tras decirle que estaba en Valencia? ¿Por qué ni siquiera le había pedido que se vieran?

—Aarón, soy Daniel. —Finalmente lo llamó.

—Qué trasnochador. —Sí, era de madrugada, pero no podía más—. Dime.

—¿Qué andas haciendo desde la semana pasada cuando llegaste por aquí? —preguntó sin andarse con tonterías.

—Instalándome y estudiando un proyecto.

Dani no se lo podía creer.

—¿Te quedarás en Valencia? —Se atragantó al preguntarle.

—Sí, me ha gustado esto y ya lo tengo todo planeado. —Tal vez era su propia paranoia, pero había percibido un tono irónico en Aarón—. ¿Podemos vernos pronto? Tengo muchísimas ganas de reencontrarme con vosotros.

Inspiró con fuerza, atormentado por lo que quería saber.

—¿Qué sientes por ella, Aarón?

Pudo oír la respiración de éste alterándose.

—¿A qué viene esto?

—Respóndeme, por favor —casi le suplicó—. Sé que habéis hablado por teléfono.

—Es mi mejor amiga, ya lo sabes.

Daniel sabía que ya no era así, pero esa parte no le preocupaba ni importaba.

—Hablo como mujer, Aarón.

Entre los dos se notó la tensión, el dolor, la desconfianza y la decepción.

—Absolutamente nada. Es preciosa, nadie podría negarlo, pero no hay más. Nunca lo ha habido, ¿no te acuerdas? —Y añadió ronco—: Menos ahora, que parece ser que hay algo entre vosotros, ¿me equivoco?

—Lo hablaremos la próxima semana cuando nos veamos —le contestó Daniel—. ¿Qué os habéis dicho que yo no puedo saber? Ella no habla.

—Cosas mías. —Oyó el suspiro de Aarón—. Mis vivencias, inquietudes, dudas... llámalo como quieras, secretos que he querido compartir sólo con ella. Sabes lo que siempre ha significado para mí... y le pedí que no lo contara.

Eso lo relajó, la simple respuesta lo calmó, topándose con la realidad. Ella trataba de encubrir secretos de su hermano, que le había contado porque eran simplemente amigos, por eso callaba. «Qué estúpido.» Con esa corta conversación, encontró lo que necesitaba o quizá era el hecho de no poder más con la situación, aceptando lo mucho que echaba de menos a Ivonne aunque tan sólo había pasado unas horas separado de ella. Deseo sentían muchos hombres por Ivonne; era lógico y él, afortunado de tenerla. Se estaba comportando como un idiota por no cuidarla... Lo otro formaba parte de su pasado... él también tenía uno... pero el hecho de que en ese pasado hubiera sentido algo por su hermano lo cambiaba todo... o no lo hacía.

«No tienes motivos para seguir así. Lo olvidó —se dijo—. Podrías perderla.»

—Ya nos veremos, Aarón.

—Lo estoy deseando.

Debía cerrar todas las cuentas pendientes que se habían abierto esa amarga noche lejos de su casa, de su Chiquita, en el gimnasio donde había cometido el maldito fallo. Y tendría que evitar que Ivonne estuviera al tanto de algo que no llegaría a entender, como tampoco era capaz de hacerlo él mismo, después de lo que había luchado por esa mujer.

Sin embargo, al llegar a casa, no encontró el valor para enfrentarla y se encerró en otra habitación.

—Dani —lo interrumpió ella. Su tono era serio, apagado—. Tenemos que hablar...

Pero me acuerdo de ti

Me asomé a la habitación en la que Dani había entrado como un ladrón, tras haber salido disparada de la cama al verlo de pasada. Él lanzaba el teléfono sobre la cama. ¿A esas horas? ¿Sería Aarón? Vivía un calvario por mi crisis con Daniel y no quería más batallas. No había parado de llorar, de tener pesadillas, muchas, cada vez que cerraba los ojos. Todas rodeadas de momentos cruciales para mí que me estaban volviendo loca.

No entendía la costumbre de Dani al pedirme *espacio*. ¿Qué sentido tenía entonces lo nuestro? No había comunicación...¿eso era normal para una relación tan seria como la nuestra?

Estaba descolocada, algo se me escapaba de las manos, pero ¿qué?

—Dani: el viernes enséñales a tu familia la casa y tu trabajo, y explícales que somos pareja si lo crees oportuno, pero no les digas que estamos viviendo juntos.

—¿Qué? —Se sobresaltó, encontrándose con mi mirada.

Había pensado mucho, demasiado, tras horas agónicas y llenas de soledad.

—Me he equivocado. Sé que no es el motivo principal de nuestro distanciamiento, pero creo que lo mejor es buscarme una casa para mí, no debí haber dejado la otra. Lo nuestro iba bien hasta que decidimos dar un paso más y, si no queremos que esto se vaya al traste, la solución es mantenernos como antes.... por lo menos unos meses más.

«Y no tiene que ver con Aarón», me hubiera gustado añadir.

—Ivonne, por favor.

—Estoy hecha un lío —confesé—. Últimamente siento que te desconozco y... con la convivencia... no estoy cómoda.

Sin valor de continuar, me marché de camino hacia la cocina. Él vino detrás y, sin hacerme preguntas, le preparé una taza de chocolate caliente como le encantaba. Para mí, dispuse un vaso de zumo natural. Lo dejé todo sobre la mesa y me ubiqué en frente de donde él me esperaba sentado. Estaba triste. Había una barrera entre ambos, no éramos los mismos. No podíamos serlo.

—¿Qué piensas? —pregunté a punto de llorar. Lo sentía tan lejos...—. No puedo más, Dani. No así, te estoy perdiendo.

—No quiero que te vayas.

—Todo ha cambiado —murmuré en voz baja.

Bebí en silencio, hasta que él, pensativo, reconoció:

—Tienes razón. Estoy un poco saturado por mis paranoias; mi carácter ha variado y no dejo de meter la pata.

—Yo me siento un poco así también...

—¿Empezamos de cero? —Rodé el vaso con mis dedos, recibiendo una caricia suya que me hizo pensar. Quería dejarlo todo atrás... a Aarón, sin darle cabida, no más de la que podría tener con un par de visitas, aunque amenazara de nuevo con irse, como había hecho en el hotel—. Me gustaría estar bien y, es cierto, se me ha ido la cabeza con la propuesta.

—Dani, siento mucho no haberte dicho antes lo de Aarón... yo...

—Calla...

Dio un nuevo sorbo y me pidió la mano, conduciéndome hasta el salón. Allí, se sentó y me empujó con él hasta que me acurruqué en su cuello. Me estremecí cuando me besó el cabello, la frente. ¡Dios! Reconocí su calor y solté un sollozo.

—Todo está bien, Ivonne. Sé que no debo preocuparme. —Me abrazó más fuerte—. Confío en ti.

—¿De verdad?

Quise decirle que no lo hiciera, que le mentía, pero fui cobarde... una vez más.

—Cariño.

Me hizo que lo mirase y me besó con suavidad, con ese toque suyo tan especial que provocó que me enganchara a él.

Olía a alcohol... y parecía perdido.

—No quiero nada que nos haga daño. —Me rozó la cintura, acelerándome el pulso—. Hagamos ver que esto no ha pasado.

—Lo siento...

Mi cuerpo se enredó al suyo como si mi vida dependiera de él. De hecho, lo hacía... o eso creía.

—Y ahora descansa, tienes mala cara —anotó bajito—. Te quiero, ¿lo sabes?

—Claro... y yo a ti.

Me sorprendió que la reconciliación terminara en eso, pero no le di mayor importancia. Tenía mucho sueño, sin él no había podido dormir. Ya había aceptado mi confesión; tendría que haberle contado mi encuentro con la persona que había sembrado la desconfianza entre nosotros, por mi culpa, claro, pero no me sentía capaz y, además, eso significaba involucrar a Aarón, lo que había evitado. Vendrían días duros con él cerca y... si decidía regresar a Italia... sería lo mejor para todos. No debí mostrarle mi debilidad al oírle decir que se marchaba de nuevo... era lo justo para Dani y para mí.

—¿Dani? —lo llamé, rastreando la casa de una punta a la otra. Me había desvelado y él no estaba a mi lado—. ¡Dani!

Era obvio que se había ido sin avisarme, pero ¿adónde? Para colmo, eran las ocho y media y llegaba tarde al trabajo, una buena razón para que la presión que sentía en el pecho desapareciera. Corrí de vuelta hacia mi habitación y pesqué unos *shorts* y una cómoda camisa de cuadros, que me anudé a la altura del vientre. Una vez todo en su sitio, me agaché y me puse unos zapatos con poco tacón, blancos con tiras. Me maquillé los ojos bien marcados y, antes de peinarme, decidí llamarlo... pero no: tenía un mensaje de Aarón.

No vas a poder seguir esquivándome, ya no.

Lo que me faltaba, un mensaje amenazante de buena mañana cuando ni siquiera tenía nada en el estómago. Ya eran cinco días haciéndolo, lo mismo que duraba mi reconciliación con Dani. Me dolía admitirlo, pero no acabábamos de ser como antes; no porque él me reprochara nada, sino porque se mostraba ausente, extraño y, a su vez, me mimaba en exceso; algo no encajaba, ya que, al mismo tiempo, se resistía a tocarme con excusas interminables. Otro mensaje.

Si no es por las buenas, será por las malas. El tiempo se te ha agotado.

—Basta ya... Aarón.

No pensaba cuestionarme nada más, ya que todo estaba solucionado en mi casa. Olvidaría lo ocurrido, evitando que me afectara, así que me peiné con una cola alta, bastante tirante, y, para calmarme, llamé a Dani.

—Cariño —se adelantó—. Perdona por salir sin despedirme, pero Jaime ha dejado tirado al jefe y me ha tocado a mí... y, como he estado pidiendo días, pues... en fin. Ya sabes.

—Ah... Me ha extrañado.

—¿Comemos juntos?

Vaya, su tono era animado. Por fin el simpático y optimista de Daniel.

—Hoy no puedo. Estoy de trabajo hasta arriba por lo de las vacaciones —le recordé, casi disculpándome—. A las siete llegaré a casa. Hablamos luego, porque llego tarde, ¿vale?

—Esta noche te tengo sorpresas y he devuelto el anillo, por fin he encontrado tiempo.

—Preparé mi bolso con una sonrisa enorme. Ése era mi Dani—. Lo he cambiado por una pulsera, te gustará.

—Gracias, aunque no era necesario... Te necesito así, siendo tú, sin más.

—He vuelto, Chiquita... ¡Voy! —le gritó a alguien—. Hasta luego o cogeré a ese idiota por el cuello.

—Adiós, guapo.

Dicho esto, me hice un rápido y cómodo recogido en el cabello, con un pequeño tupé. Hice mi recorrido de espaldas por las escaleras y me subí en mi Mini Cooper amarillo en cuanto llegué fuera, animada para dirigirme al trabajo... a mi centro de estética, donde era mi propia jefa; tras las vacaciones, pensaba modificar los horarios para disponer de más tiempo libre.

Durante el camino, para hacerlo más ameno, encendí el aparato reproductor y, en vez de poner bachata como de costumbre, me lancé con la canción que Dani me había puesto en la cena, recordando lo bonita que fue esa noche. Por cierto, debía un par de fotos de mi vestido en las redes y, presionada por mi adicción, estacioné e hice la publicación del 10 de junio de 2015, acompañada por su correspondiente comentario: «Fue una noche especial...»

¡Y en marcha!

—Mientras me entregaba, en ti yo pensaba... —tararé, llegando a mi destino.

Adoraba la canción desde hacía poco tiempo, sobre todo la versión femenina.

Asfixiada, llegué al centro y me detuve en la puerta para comprobar la hora, maldiciéndome por los diez minutos de retraso que llevaba. Odiaba la impuntualidad, aunque siempre llegaba tarde. Entré de una vez y saludé a mi secretaria, Claudia.

—Hay algo para ti —me anunció ésta.

—¿Para mí?

Ella señaló sonriendo hacia su mesa llena de papeles y, quizá por su fantasiosa expresión, adiviné que la idea del romanticismo la ponía ñoña. Era un ramo de rosas amarillas; preciosas, la verdad. Quien me las enviaba me conocía bien por el color escogido. ¿Dani? No era su estilo y, además, sabía que desde hacía un tiempo aborrecía que me enviaran flores.

Un poco reticente, las cogí y las olí.

—Acaban de llegar —me informó. Busqué una posible nota que no encontré—. No... yo también la he buscado.

—Gracias, Claudia. —La miré de malas maneras. ¡Qué cotilla!—. Por favor, pásame a la hora de comer todas las visitas y tratamientos que surjan hoy. Tengo el resto del día completo y, antes de irme, quiero dejarlo todo terminado.

—De acuerdo.

Observé orgullosa mi centro, immaculado, de color blanco en cada rincón. Tenía dos plantas de altura y distintas salas y gabinetes para diferentes funciones de estética y relajación. Era un negocio que, al abandonar Barcelona, levanté con mucho sudor, gracias al apoyo de mis padres desde la distancia.

Entré en mi oficina, fui a soltar las flores y un papel, ¡amarillo!, cayó de entre ellas.

La letra no era a mano.

Te he echado de menos todo este tiempo.

¿Lo sabíais, verdad? Me lo había querido negar, pero era obvio que las enviaba Aarón. Las manos me temblaron como de costumbre al salir su nombre. No lo pensé: tiré las flores a la basura y escondí la papelera debajo de la mesa. Me coloqué la bata blanca bien ajustada, me

serví un café para espabilarme, acompañado de unas magdalenas, y atendí el teléfono en cuanto sonó, para luego dirigirme a una sala y dar paso al primer cliente del día...

—¿Tú? —Me eché a reír al ver entrar a mi amiga Desiré y dejé el vaso sobre la mesa para saludarla—. ¿Otra vez aquí? Te vas a dejar la paga en masajes.

—Mis papis están para eso... y tus manos hacen verdaderos milagros; además, hace días que no nos vemos, ¿cómo te va todo?

—Anda, pasa y prepárate.

Se fue hacia el biombo que había cerca de un sofá gris, se desnudó de cintura para arriba y volvió con esta parte envuelta en una toalla blanca. Yo dispuse la camilla, ella se tumbó y luego deslicé la tela hacia sus caderas una vez estuvo cómoda.

—Ivonne, te he preguntado cómo te va todo. Qué despistada estás... y ni siquiera respondes a mis mensajes al momento.

—Con ganas de despejarme —confesé y extendí una dosis de crema hidratante por su espalda para empezar el tratamiento—. Ya me queda poco para irme de vacaciones con Dani, a Roma. Él tiende a pasar por allí en la temporada de verano.

—Un momento, ¿es la solución a vuestros problemas?

No se le pasaba una. Era mi confidente, y aunque yo soy bastante celosa de mi intimidad, era mi mejor amiga desde los primeros meses en Valencia y la única opción para desahogarme, pese a que la considerara una bocazas. Por ello tampoco le había contado la historia de Barcelona; en realidad, sólo la conocíamos Aarón y yo...

—Hablamos y arreglamos el pequeño malentendido.

—¿Que es? —intentó sonsacarme de nuevo.

Apreté sus hombros, regañándola en cierta forma por ser tan pesada.

—No empieces —le advertí, retirando su larga cabellera rubia—. Tú, ¿qué tal?

—No será por el sexo, ¿no? —Me ignoró—. Porque yo creo que te aburres en la cama con él; de lo contrario, ¿por qué me dices que a veces te gustaría que jugarais más en ese terreno?

—Desi, no empieces. Cada uno tiene su ritmo y, además, eso ha cambiado.

No le caía nada bien Dani. Solía decir de él que era un fanfarrón y un presumido, así que me organizaba para que no coincidieran y poder tener veladas tranquilas con ambos, pero por separado.

—Te manipula... —dejó caer Desiré. La abarroté de crema—. Lo pienso, por mucho que me tortures.

—Basta.

—Ya sabes lo que opino de vuestra relación. Que sí, te sentías sola y apareció él... pero necesitas que te den caña.

Qué equivocada estaba...

Puse los ojos en blanco mientras la masajeaba. El tema ya aburría; a veces había llegado a pensar que, de conocerlo a fondo, hasta sería capaz de enamorarse de él. ¿Quién no lo haría, teniendo al lado al hombre casi perfecto? Aunque, pensándolo mejor, tenía varios defectos: se marchaba cada vez que las cosas no eran como él quería... y era cierto que, a veces, le había confesado a Desi que, aparte de la ternura que empleaba Dani en la cama, necesitaba algo más ardiente, pero sin destrozar esa vena tan romántica de mi querido novio. En caso de tener que elegir, prefería que me hiciera el amor y no que me follara sin más.

—No sigas por ahí —la regañé más nerviosa de lo que debía—. Dani es especial.

—Como un buen amigo o un compañero de piso. De no ser así, no hubieras tenido tantas dudas con respecto a él. Pero Dani, al ser tan sensible con las mujeres, te arrastra a su terreno.

Quizá al principio pensaba lo mismo... sólo al principio, cuando seguía tan desolada sin Aarón, al que por cierto ahora identificaba con la menta, lo contrario que a Dani, que me recordaba a la fresa. Idioteces mías, lo sabía.

—Le quiero mucho.

—También a mí, eso no tiene nada que ver. No te acuestas conmigo —se mofó riéndose—. ¿Le amas?

—Claro que sí —mascullé ofuscada—. Ya lo hemos hablado, Desi. Estos días han sido muy duros... y seguimos superándolo.

—¿Puedo tener una opinión contraria a la tuya? —Soltó una carcajada, incorporándose para verme, e imitó mi tono—: Es tan atento, me calma, me cuida. ¡Oh, Dani!

—Vale ya, Desi. No te pases.

—Serías perfecto si fueras... diferente —prosiguió, cabreándome.

¡Tonta!

—El masaje ha terminado, no eres una cliente seria.

Sus ojos verdes me traspasaron echando mil maldiciones. Entonces sí me tomó en serio y volvió a tumbarse, haciendo el gesto de cerrarse la boca como si fuera una cremallera.

—Mejor así, ahora disfruta de la tortura de masaje que te daré. Y quietecita.

—Cuenta, *por fi*, ¿por qué la pelea?

Desi volvía a la carga, así que me reí imaginando su descomposición al decirle:

—Me habló de boda... y trajo un anillo.

—¿¡Qué!?! —preguntó, levantando la cabeza para verme. ¡Qué cansina!—. ¿Ha perdido el juicio? De verdad, ¿qué le pasa a ese tío? Espero que no hayas aceptado.

—No, claro que no.

Omití el resto de peleas, problemas y malos rollos, pues, si ella llegara a saberlos... no pararía de crear hipótesis. Porque yo misma me había cuestionado si toda la posesión de Dani se debía a la vuelta de Aarón y no a quererme tanto como decía, tanto como yo necesitaba que siguiera haciéndome creer.

—¡No dejes que te envuelva con palabrerías! —Se sentó de golpe, cubriéndose el pecho con la sábana. Me dieron ganas de darle un bofetón y espabilarla—. ¡Cuéntamelo todo, Cuquita!

El teléfono sonó, salvándome del tercer grado al que pensaba someterme mi amiga. Le pedí con una falsa disculpa que me diera unos minutos para responder.

—Centro de estética Ivonne Suárez, le atiende Ivonne, ¿dígame?

—Tienes al próximo cliente —me informó Claudia. ¡Ni me había dado cuenta de que era ella!—.

¿Qué hago?

—Pásalo a la dos, en cinco minutos estoy ahí —le dije, cortando.

—¿Me echas, Ivonne? —Le lancé un dulce que guardaba en mi escritorio y me abrí uno para mí—. ¿Ya ha pasado mi tiempo?

—Media hora.

Mientras recogía los productos y me comía el cruasán relleno de chocolate, ella se fue vistiendo. Me miré las uñas, lo mal que las llevaba, ya casi sin brillo, aunque tenía previsto darle uso a cada departamento y regalarme una sesión completa antes de irme a Roma. Saqué mi botella de agua del bolso y bebí, analizando cómo salía de nuevo Desi, vestida con su adorado rosa.

—Ivi, el próximo fin de semana, ¿tienes planes, verdad?

—Sí. —Salí con ella y cerré con llave—. Llegan los Fabrizi...

—Humm, y a ver si me los presentas.

La empujé hacia la salida bruscamente y no me giré tras despedirme.

—Anda... hasta otro día.

No tenía suficiente cacao mental como para que ella viniera y tonteara con Aarón. Me daba lo mismo, pero no me apetecía verlo en absoluto. Hablando del rey de Roma... el susodicho se hacía notar con un nuevo mensaje, que eliminé sin leer, por lo que en seguida apareció otro más. ¡Qué cruz!

¿Ahora me rehúyes? ¿Dónde quedó la chica que se agachaba para provocarme? ¿O la que me pedía que la embistiera hasta no dejar de gritar? ¿Te han gustado las flores? Tengo ganas de verte, recuerda que me he tomado mi tiempo, pero ya, por suerte, se está acabando. Por cierto, te queda muy ceñida la bata y te hace unas tetas estupendas. ¿Han crecido? Estás hecha toda una mujer. Y, ¿sabes qué?, quiero tocarlas. Ciao.

[\[11\]](#)

¿Qué me estaba contando? Me asomé por la ventana del pasillo, registrando lo de fuera de una punta a la otra. No había rastro de él, no había nadie. Seguía jugando conmigo... y yo, como una idiota, caía; estaba a punto de bajarme la tensión.

No sé de dónde saqué fuerzas para trabajar tras sus insinuaciones, pero lo hice. ¡Qué remedio!

A las siete y media de la tarde llegué a casa tremendamente cansada tras apenas haber salido del centro, excepto para comer en la cafetería de al lado. Todo estaba vacío, ya que Dani iba a llegar más tarde porque debía hacer el turno de su compañero. Con dolor de cabeza, abrí la nevera para hacerme un sándwich vegetal y pude comprobar que había mezclado de nuevo algunos de mis alimentos vegetarianos con los suyos, sin respetar que cada uno tenía su propio espacio para que, por ejemplo, no tuviera que ver su sangrienta carne roja.

—Ay... qué asco me da —refunfuñé.

Aburrida al estar sola, me puse una vestimenta de estar por casa tras merendar y me tiré en el sofá beis, para zapear. Como no había nada que me divirtiera, decidí llamar a mis padres. El trabajo me consumía y, a su vez, ellos me extrañaban demasiado, todavía más al ser hija única y su niña mimada. Por eso, el día que les conté que me marchaba, les sentó fatal; al saber que Aarón pensaba venir conmigo, el enfado menguó, hasta que finalmente les hice saber que me iba sola. No lo entendieron, hicieron miles de preguntas a las que yo no respondí con grandes explicaciones, alegando que a él le había salido otro proyecto... No fue fácil convencerlos de que me iría de igual manera; no obstante, respetaron mi decisión.

—Pero ¿dónde están? —protesté mientras colgaba, sin respuestas—. Al final se olvidarán de mí y todo.

—Yo no.

—¡Ah! —grité al tiempo que lanzaba el mando de la televisión a ciegas hacia el fondo, de dónde provenía la voz—. Pero qué...

Decir que me quedé atónita al descubrirlo sería quedarse corto. Aarón esquivó el objeto sin problemas y se apoyó contra la pared con total normalidad. ¿Qué hacía allí? ¿De dónde había salido? ¡Ya estaba harta!

Me crucé de brazos y le espeté:

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz?

—Lo sabes: nada.

No apartó sus ojos de mi cuerpo. Casi quise esconderme ante su escrutinio.

—Estás preciosa, pero vas muy... —se calló buscando las palabras y frunciendo el ceño—... suelta, con poca ropa.

Necesitaba gritarle lo sería que era mi relación con Dani pero, a la vez, no sabía si era lo correcto al no estar él presente. Aarón aguardaba con paciencia y yo también, aunque con menos. Iba muy guapo, con camisa azul ceñida de manga corta y pantalón vaquero. Me miró las piernas poco cubiertas y, desbordada, apreté los muslos.

—Vete —demandé con los dientes apretados—. Aarón...

—¿No vas a saludarme? —Me incitó con el dedo, sin dar un paso hacia mi dirección—. Ven, dame el abrazo que estoy esperando.

El olor a menta empezó a inundar la habitación, llegando hasta mi paladar. Iba a volverme loca.

—Óyeme, Dani va a venir y...

—Subamos arriba entonces —me propuso como si tal cosa—. Tenemos que hablar.

Negué despacio con la cabeza. Arriba, ¿para qué? No teníamos nada pendiente y menos en mi dormitorio. Prefería tenerlo en la otra punta, justo como estábamos.

—Ivonne, estás deseando un momento como el de la semana pasada.

—Quiero olvidar la semana al completo —le hice saber enfadada—. Sal, por favor.

—A cambio de un beso —ronroneó tranquilo, mirándome de arriba abajo.

—¡Que no!

—Vale —dijo sin más, caminando—, pues aquí me quedo.

Con el descaro que venía empleando desde el minuto cero, se sentó en el sofá. Yo lo rodeé para alejarme y, casi bloqueada por las circunstancias, apoyé la frente en la pared, meditando el modo de sacarlo de allí. Era un pedante. Dani podría venir y eso empeoraría de nuevo la situación entre nosotros al encontrarnos a solas. Por Dios, yo estaba acostumbrada a tener una vida fácil, dentro de lo complicado que me había resultado adaptarme a Valencia y a estar sin...

—Ivonne. —Mis pensamientos se interrumpieron al oír el susurro en mí oído, con él apretándose contra mí, anulando cualquier movilidad de mi cuerpo desde atrás—. Esa noche te robé una copia de las llaves.

—No es verdad —afirmé, desencajada.

—Me lavé la boca con dentífrico de fresa, me afeité, busqué una gorra... y me puse unas gafas sin graduar que tengo.

¡No, no y no! Empecé a dar golpes en la pared con los puños cerrados, partiéndome en mil pedazos.

—Necesitaba tanto tenerte... —masculló atormentado—... hasta que rompiste el hechizo, pronunciaste su nombre, confirmándome que, una vez más, como en el garaje, te prestabas a su juego sin más. ¿Por qué, Ivonne?

—¡Que no! —Seguí golpeando la pared, como si me sirviera de algo, quizá para descargar mi rabia—. ¡Te aprovechaste de mí!

—Y luego, masoca, te vi dormir y gemías en sueños.

—¡Déjalo, por favor! —Como una niña pequeña, empecé a patalear en vez de girarme y abofetearlo—. ¡Deja de hacerme daño!

—Hasta que oí su coche —confirmó con amargura. Yo ya no sabía qué pensar, qué creerme—. Entonces me vi obligado a irme y, a pesar de todo, lo hice conforme... porque estabas ardiendo y era por tus ganas de mí.

—¡Mientes!

—Dijiste mi nombre —se regodeó tan bajito que me costó entenderlo, o quizá fueran mis sentidos, que me habían desatendido al apreciar cómo su mano se aferraba a mi cintura—. Te confieso que me quise tocar incluso delante de ti, hasta rabioso. No sé qué me haces, pero no puedes imaginarte cómo fue verte así, disfrutar de semejante espectáculo.

Cerré los ojos, sin querer creerme ni una sola de sus palabras. No era posible. Él sólo había venido con la intención de torturarme cuando por fin mi vida se estaba encauzando, venía a cobrarse la venganza por algo que yo desconocía... confundíendome. Pero ¿qué...? ¡Me dejé tocar por él! Y lo peor fue que disfruté... Lo odié, lo odié como creí que jamás haría.

Su caricia fue subiendo de tono al acercarse peligrosamente al triángulo de mi sexo, uno que nunca le había pertenecido a pensar de habérselo ofrecido y de avergonzarme de ello, por lo que lo alejé dándole un agudo codazo.

—¿Estás mojada al imaginarme con la parte de mi cuerpo que tanto disfrutaste entre tus manos? —«Fue un error», me repetí—. Tócame, me tienes enfermo, ¿no te das cuenta?

Se atrevió a deslizar la mano por mi trasero, dibujando su forma. Pegué un respingo, bloqueada con las imágenes que él describía con tanta precisión, como si hubieran sucedido ayer mismo.

El calor me robó la respiración.

—¡Deja de someterme a esto! —gruñí sintiéndome muy culpable...

—¿Cómo puedes tener un culo tan prieto y delicioso? ¿Ya lo ha probado...? —Estampó allí su cadera con un ruidoso y doloroso gruñido—. Maldita seas, Ivonne. No voy a tocarte hasta que dejes de verte con él. No pienso compartirte. Voy a torturarte hasta que te quedes conmigo, porque, si no, ni tú ni yo seremos felices. Me querías... y yo no he podido olvidarte.

¿Hasta que dejara de verme con Dani? Me temía que sus suposiciones acerca de lo nuestro eran muy inferiores a la realidad. Llegando a mi límite y siendo consciente de cada una de sus palabras, lo empujé acalorada y lo alejé de mí. Sin mirarlo, me dirigí hacia el lateral de las escaleras. Entonces, lo enfrenté.

El deseo en sus ojos me devastó, al verlo tan encendido y excitado. Eludí cualquier tipo de pensamiento oscuro, analizando cómo se cruzaba de brazos y descansaba el pie en la parte trasera del sofá.

—Eres un cerdo. Y, óyeme, Aarón, no quiero volver a verte... ¡Me tocaste sin mi consentimiento!

—Te pregunté si estabas segura.

—¡Disfrazado de otro!

—Díselo —me retó con furia al oír la puerta—. ¿Eres capaz de contárselo todo a Daniel?

¡Maldito! ¡Era él! Sintiéndome acorralada, corrí hacia arriba descalza y sofocada. Sin pensar demasiado, me puse la ropa que llevaba justo antes de llegar a casa para que Dani no me descubriera, pero con zapatos sin tacón. Me temblaban las manos cuando me las pasé por el cabello para repeinarme con dedos agarrotados. Luego, con sigilo, bajé de espaldas las escaleras.

Casi al inicio, me oculté en el lado derecho, sin atreverme a dar la cara. Aún menos cuando oí que Dani le decía a Aarón con voz triunfante:

—Sí, ése es el misterio, novios. Has oído bien. Llevamos más de diez meses y ahora estamos viviendo juntos... Te pido perdón por no confiar antes en ti, no encontré el momento para hacértelo saber.

—¿Cuidarla... —el tono frío de Aarón me dejó perpleja—... de esta forma?

—De la mejor que sé, no tienes por qué preocuparte.

¿De qué hablaban?

—Ya veo que no —murmuró Aarón ¿distante?, además de dolido y decepcionado, lo conocía. Joder... debí hacerlo partícipe de esto de otra manera. ¡Pero se fue! Ya no estaba en nuestras vidas y no tenía derecho a pedir explicaciones—. Yo también he venido a eso... de diferente manera, ¿no? Porque ahora es mi cuñada.

—Lo es.

—Entonces sabré tratarla con el nombre que se ha ganado.

Mi menté lo escupió por él: *zorra*, como inconscientemente me llamó aquella vez. Seguía doliéndome tanto que necesitaba explicarle a Aarón que no era tan frívola como él imaginaba. Yo siempre me dejé llevar por el corazón... ese que ahora latía lleno de miedos... ¡Una pelusa! No, no era el momento. Le di un manotazo, alejándome.

—¡Achís! —se me escapó.

Dos pares de ojos recayeron sobre mí y los de Aarón no eran nada amigables, mucho menos que antes; estaban infectados de veneno, de dolor y de odio.... Su descaró fue más allá y, en presencia de Dani, que se mantuvo al margen con la confianza que había prometido tener en mí, Aarón vino a mi encuentro y me obligó a mirarlo, sujetándome el mentón con exigencia.

—Un placer volver a verte. ¿Me enseñas la casa —y enfatizó disfrazando su cólera—, *cuñadita*?

Te quise olvidar

«Tierra, trágame.»

Ladeé un poco la cabeza por encima del hombro de Aarón, buscando a Daniel, en espera de su negativa o interrupción en esa agónica escena, pero él me contempló ajeno al hecho de que yo era la presa de caza de su hermano.

Sonriendo, indicó sin maldad y aparentemente sin tensión:

—Adelante, enséñale nuestro nidito.

—Tengo cosas que hacer —me quejé y me solté disimuladamente de Aarón, que me obstruía el paso—. He de preparar la cena, ducharme, en fin... estar presentable.

—Pediremos comida preparada, no te preocupes. Yo invito —intervino Aarón mirando la hora. ¡Qué relojazo!—. Es temprano. ¿Vamos?

—Ve —insistió Daniel, al que maldije por su obstinación—. Yo tengo que ocuparme de unos correos para los socios del gimnasio. Y... todo está bien.

—¿De verdad? —le pregunté, hablando en clave. Sabía que se refería a mi relación con Aarón—. Dani, yo...

—Te lo prometo. —Sonrió—. Estoy muy contento de que estemos los tres juntos de nuevo.

Me sentí tan tímida entre ellos que creí incluso sonrojarme... Con el propósito de dar normalidad a la situación a pesar de mis nervios, miré a Aarón y le di paso delante de mí. Su cara no podía estar más enrojecida de rabia por la complicidad existente entre Dani y yo.

—Sólo la parte de abajo —les comunicué—. Yo también tengo que solucionar unos asuntos del centro.

Caminé con inseguridad hacia la cocina, porque, a pesar de todo, Dani no nos quitó ojo hasta que nos perdimos de vista. ¿Él no percibía el descaro de Aarón? No se cortaba, su mirada era fija y tan fría que daba miedo. No quise imaginar lo que escondía dentro. Su expresión había variado bastante al descubrir lo mío con Dani y supe que su comportamiento hacia mí sería duro... pero me daba igual, yo no era inferior a él en ese sentido. Se había comportado como un cerdo.

—Me has mentado —siseó. Le señalé los muebles y el espacio de la cocina, ajena a su cabreo. Dani podría oírnos si esto seguía así—. Novios... y permitiste que...

—Cállate —imploré—, por favor.

Le di la espalda, fingiendo que le mostraba la casa y contándole cosas de ésta que no tenían sentido. A él le importaban cero y yo estaba histérica, intentando saber lo que decía para despistar a Dani, aunque parecía lejos de nosotros, ya que, cuando cruzamos delante de él, ni nos miró. Por fin terminé el corto, pero intenso, recorrido, en el jardín.

El peor lugar. Aarón y yo estábamos solos.

—Esto es todo —le anuncié, esquiva.

—Beber nunca te ha sentado bien, ¿eres consciente de que zorreaste con tu cuñado?

—escupió, agarrando mi muñeca derecha, y obligándome a colisionar contra su pecho—. *Che cazzo stai facendo?*

[\[12\]](#)

Me puse firme, liberándome de un empujón, harta de esa situación. Él se quedó detrás, sin atreverse a tocarme de nuevo, por lo que yo terminé sentada, demasiado cansada, en el columpio. Aarón, sin permiso, se dejó caer a mi lado con agilidad, como si ese espacio le fuera muy familiar.

—¿Éste es tu juego, Ivonne?

Miré al vacío.

—Yo no he iniciado nada. Tú has venido y te has creído con derechos sobre mí.

—Los que tú me diste —afirmó severo.

—Hace años.

—El último, hace un año y medio. —Lo estudié agarrotada. ¿Por qué me ponía a prueba? Sería absurdo decir que no me atraía; lo seguía haciendo, era un hombre imponente, que tenía la otra mitad que le faltaba a Dani. Y su calma, a pesar de su rabia, lo hacía más atractivo. Aun así, mi elección estaba hecha—. Hoy lo habéis jodido todo. Tú no puedes estar con él.

—¿Por qué?

Aproximó su cara a la mía, retándome... Su semblante me transmitía todo lo que no decía con palabras.

—Porque te quiero para mí —rugió manteniendo la distancia. Tragué—. Porque me he dado cuenta de tanto... de cómo aborrezco a mi hermano. Mucho más que hace unos días.

Esto no podía estar pasando.

—No hables así de él, lo adorabas.

—Antes de que se cruzara en mi camino.

—¿De qué hablas? —pregunté perdida—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo...? Aarón, él no es culpable de nada.

—Lo es: la noche de la maldita borrachera, él provocó, junto a ti, que yo te odiara, y hoy lo hago de nuevo, pero aun así... —Se calló frustrado y sacó su cajetilla de cigarrillos, se inclinó hacia atrás y encendió uno. Mi pulso latió con mayor fuerza—: Estoy aquí y no te voy a dejar. Ya no puedo hacerlo.

Su declaración de intenciones caló en mí a fuego, por lo que me prohibí seguir con ese estúpido juego.

—¿Y si te pidiera que lo hicieras, Aarón? —Cada vez que lo miraba, algo se removía en mi interior—. ¿Lo harías?

Negó despacio, echando el humo, contenido hasta reventar.

—Ya no hago lo que me pides; te repito que ya no soy tu amigo fiel —dijo hincando su codo en el asiento de la tumbona columpio y mirándome con la cabeza apoyada en su mano—. Ahora soy el hombre que reclama lo que tú, con provocación, tantas veces me ofreciste.

—Ofrecí —repetí.

Con los dientes apretados, masculló rabioso por mi contestación:

—Te juro por mi vida que me gustaría poder dejarte como una mierda y largarme.

Dio una calada y, tras inspirar hondo, me ofreció una. Negué, pero de poco me sirvió, un segundo después me echaba el humo de su boca en la cara hasta que me puse a toser. Con calma, me frotó la espalda, violentándome con su toque.

—¿Es amor? —preguntó. Nuestras miradas se encontraron y temblé como la primera vez que me tocó—. Respóndeme.

—Él y yo estamos bien, Aarón. Entiéndelo de una vez.

—Si fuera amor no estarías aquí dándome posibilidades de que te aceche. No hubieras pedido más. —Se apretó el puente de la nariz—. Voy a decirte lo que haré contigo, y el que avisa no es traidor, porque me niego a ser como vosotros.

Cínico, me sonrió mientras apagaba el cigarrillo. Sus hoyuelos se marcaron mientras sacaba un chicle de menta; cogió uno y me ofreció otro a mí. Esa vez no me negué y lo acepté, quizá masticar me ayudara a controlar los nervios. Entonces caí en la cuenta de por qué no rio esa noche... los malditos hoyuelos lo hubieran delatado.

¡Fui una idiota! Me froté los brazos, sintiéndome tan sucia...

—Te demostraré qué es lo que buscas, lo que deseas y te enciende. Todo lo encontrarás en mí, sabes que puedo dártelo.

—*No-quiero-nada-tuyo.*

—Quiero que me toques sin la inocencia que perdiste, la que yo te quité. ¿Te acuerdas de aquella noche? El día de tu diecisiete cumpleaños, el maldito día que tú te clavaste en mí.

—Cada vez estaba más cerca y su mirada era muy peligrosa—. Estás blanca, cagada de miedo, y eso me encanta. Adoro cuando te callas, cuando te encierras en ti. Pero te juro por mi vida que te abrirás para mí de todas las maneras que yo deseo, física y emocionalmente.

Cerré los ojos, no quería verlo ni saber nada de lo que decía. No lo creía y tampoco debía hacerlo...

—Ivonne.

Me tensé, su aliento caló en mi oreja mientras me susurraba:

—Fui todo lo que quisiste que fuera.

—Pero ya no —mascullé, apretando los párpados.

—Quiero más de ello, Ivonne. Lo deseo con tanto odio como amor. Sin compartirte.

Dio un lengüetazo a mi mejilla; yo gruñí bajito, enseñándole los dientes sin querer montar en cólera. Finalmente optó por la mejor opción, separarse, permitiéndome respirar y recobrar la compostura. Dios, eso tenía que acabar.

—Tienes que irte de aquí, Aarón.

—Tengo un tercer pañuelo; si lo quieres —bajó la voz—, búscame una vez que él duerma, tenemos que hablar.

¿Qué...? ¿Pensaba dormir allí? Se acabó, debía hablar con Dani y sincerarme con él. Eso no podía seguir así mucho más tiempo y él tenía que entender que no era nada bueno que nos dejara a solas como ahora, que agradecía su confianza en mí, pero que no debía tenerla en Aarón. Sabía que eso podría llevar a un enfrentamiento entre ambos, pero ¿qué podía hacer entonces?

Dividida, sí.

—Quédate aquí y piensa en cómo lo hice, en cómo te llené de mí y donde me dio la gana, porque tú lo pedías —prosiguió ante mi silencio, aunque necesitaba hacer justo lo contrario: gritar hasta quedarme sin voz—. Quiero que lo vivas, que lo sientas, y que luego me digas si él te da lo que yo te di.

—¿No vas a dejarme?

Me acarició la mejilla ante mi tristeza por este dilema que se me presentaba.

—No —aseguró sin remordimiento—. Vas a sufrir al tenerme cerca, Ivonne, me vas a pagar con creces el daño que me causaste y que hoy, junto con mi orgullo, me tengo que tragar.

—Pero ¿por qué? —casi imploré y se me rasgó la voz—. ¿Es venganza?

—No, es odio; lo dejé en Milán y tú lo has traído de vuelta hoy... —se arrodilló delante de mí y con un dedo me levantó el mentón—... y amor. Del que no se puede borrar: no te amo, pero te quiero más que a mi propia puta vida, ¿has entendido?

Me sentí morir, indefensa, frente a lo que causaba él con dos escasos encuentros. Estaba destrozada por el vuelco que me acababa de dar el estómago. Yo estaba con Dani... y quería seguir así. Era mi otra mitad, mi media naranja. Aun así, la ausencia de mi *italianino* había dejado de dolerme. Y ese día, la herida, a pesar de estar tan cerca, era más grande.

—Imagínalo, Ivonne. Recuerda cómo te hice el amor, porque, follar, follamos años después... y aún recuerdo la sensación en mi piel. ¿Por qué me haces esto? —preguntó dolido—. Su novia...

—escupió hiriente—... pero voy a arrebatársela.

—Deja de ser tan vulgar cuando hables de lo que pasó. Y no sabes lo que dices. —Negué con la cabeza—. No tienes ni idea.

—Créeme, lo sé.

Acarició mi cuerpo con su escrutinio, como lo había hecho con su acento tan sensual y marcado al hablarme. Sus ojos claros eran sinceros, familiares. No mentían, esperaban mi rendición, una

que yo le había entregado a otro hombre.

Lo vi tragar, luego me cogió la mano, apretándomela, sintiéndome. Mi piel lo reconocía llena de escalofríos.

—Aarón... no puede ser.

—Tu visita en medio del llanto cuando lo conseguiste... —me recordó soberbio, haciendo presión en nuestras manos unidas—... cuando entré en ti, siendo el primer hombre en hacerlo. Y, cómo no, años después, al disfrutarte toda, por delante y detrás, me arrodillé... Te di todo lo que reclamabas de mí, y ahora me haces esto.

—¡Ya! —grité sorprendida, sin querer, buscando a Dani en la ventana por si nos espiaba. Por suerte, no era sí. Me solté de Aarón, tal alterada que creí que me daría algo—. Vete de una vez. ¿No entiendes que te estás pasando?

—Esto no ha hecho más que empezar; tienes que dejarlo, Ivonne.

Me acunó la cara rápidamente y, sin previo aviso, me besó con fogosidad, ganándose el guantazo del día. Uno que no le borró la sonrisa mientras yo me limpiaba la boca con cara de un asco que no sentía.

—Dame —me desafió con desfachatez—. Ésta es la porquería que no me permite irme, mi adicción por ti, la que me obliga a arrastrarme como un puto perro... Y lo prefiero a vivir con el vacío. Volverás conmigo.

—Te equivocas, y lo peor es que no sabes cuánto.

—Estaremos juntos para verlo. —Respiró hondo—. *Arrivederci*.

[\[13\]](#)

Lo vi irse decaído, no tan altivo como me estaba haciendo creer que era, dejándome peor. Me acurruqué de lado en la tumbona columpio, con mi soledad, de la que había huido en muchas ocasiones pero que esa tarde necesitaba, con lágrimas no derramadas. Los ojos me escocían recordando sus palabras, reviniendo lo que años atrás me hizo sentir por primera vez.

El miedo de una chica loca por él y, a la vez, osada para que cayera a mis pies.

Un día de cumpleaños revoltoso, pero por fin llegaba el momento que había anhelado todo el tiempo.

Él y yo solos, compartiendo intimidad en esa clandestina celebración.

—Un beso, Aarón... de amigos; no me mires así, un pico no es malo, ¿o te asustan las mujeres?

—lo incité; era curioso que nunca lo hubiera visto acompañado por una chica—. ¿Te callas? No eres capaz por lo que...

Me lo plantó, rápido, fugaz. Sus labios fueron suaves y húmedos. «¡Quiero más!»

—Deseo concedido, Ivonne.

—¡Aarón...!

Me arrodillé entre sus piernas; él estaba sentado y me frenó, pero su boca pedía lo mismo que la mía, así que me aproximé, sin que él se alejara, y deslicé mi lengua por sus labios. Iba a seducirlo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró y se agarró a mi cintura—. Bebé...

—Hazme el amor, Aarón, no me importa que no seamos nada. Ya no soy una niña y he visto cómo me miras... me deseas.

—Detente —imploró. Lo besé con más ansias. «¡Dios, quiero que sea él!»—. Ivonne.

Entonces estaba muy avergonzada, reconocía que también mojada por la excitación. Ese beso fue mi perdición, me sentía flotar... con las dichosas mariposas en el estómago, unas que subían y bajaban. Y, al ver sus ojos, me di cuenta... estaba enamorada de él.

Atrevida, cogí su mano y la puse justo «ahí». Gruñó mirándome y yo le sonreí... Volvió a tocar.

—A-Aarón... —Me encantó—. Por favor...

Me hizo caer hacia atrás, mientras yo moría lentamente. No cesó de palpar, de mirarme, sin decir mi nombre.

Temía tanto que huyera.

—Aarón... háblame, di algo.

—Feliz cumpleaños otra vez —mustió—. Esto no está bien, lo sabes.

—Tócame, sigue haciéndolo —imploré loca por su toque lento y sensual. Era tan guapo que agonizaba porque fuera él quien apagara el fuego que ardía en mí. Ni siquiera podía dejar de temblar—. Me gusta, Aarón.

Su dedo se suavizó al abrir los pliegues de mi inocente intimidad... Su asombro me impacientaba; sí, estaba dolorosamente húmeda, lista para eso, para él, pero no se atrevía ni a desnudarme.

—Eres cálida, Bebé. —Lánguido, introdujo su dedo. Me retorcí, superó lo que pensaba... Mi humedad le permitió avanzar y, al efectuar el movimiento, me arqueé—. Chis... quieta, por favor.

—Me gustaría tocarte.

Descubrí su pánico, la incertidumbre, y, asustada por su posible huida, me ladeé contra él, deslizándolo la mano cerca de su miembro, que parecía muy hinchado, potente. Al sonreírle, él cerró los ojos y dejó que yo metiera la mano dentro de su pantalón, donde tuve que ahogar un grito cuando su hombría saltó, paralizándonos.

—Ivonne...

—No pienses. —Traté de reír, acongojada, disimulando—. Eres mi amigo, pero quiero que seas tú quien me haga sentir.

Tímido, me colocó de espaldas y me quitó el vestido. Fue increíble cómo me miró, sus ganas, las mías. La unión loca y clandestina que había soñado. No esperaba que se agachara y rodeara mi ombligo con su lengua, fue caliente. Yo casi no aguantaba, hasta que me curvé, arrancándole un contenido gemido.

—*Ho voglia di te*

[\[14\]](#)

—confesó él. Enloquecí más—. Sé que más tarde me arrepentiré, pero ahora no puedo parar.

Subió y llegó a mis labios, pero yo tenía claro que no quería ternura, que me viera como una niña, sino un beso erótico, con nuestras lenguas activas mientras se colocaba entre mis piernas y apretaba, moviendo las caderas. ¡Dios! Arranqué el césped, no supe en qué momento Aarón había bajado la apertura de su pantalón y nuestros sexos ya se rozaban y, aunque avergonzándonos, frotó mi piel. Gemimos al unísono.

—Perdóname por lo débil que he sido —se disculpó Aarón, contenido—. Pero ahora quiero estar dentro de ti, tú lo has decidido.

—Siempre lo tuve claro.

Le arrebaté los botones de su camisa y, con desesperación, recorrí sus músculos. Enrollé mis piernas a su cuerpo, exigiendo que me dañara, si quería, al entrar y cruzar la barrera de mi virginidad que nos separaba, quería que lo hiciera.

—Ivonne —me regañó—, despacio.

—No —rogué aferrada a su nuca. Su boca era mi locura—. Sé intenso, no me voy a romper. No te detengas, aunque duela.

Se retiró, se sacó el pantalón y, minuciosamente, se colocó un preservativo que llevaba en la cartera. Se me cayó la baba al verlo. Era perfecto para mí. Más cuando se sentó apoyando la espalda contra un árbol, invitándome a que me acoplara encima.

Prácticamente salté, por las ganas que me consumían.

—Me vas a matar —susurró—. Eres preciosa.

—Si me deseas... demuéstremelo.

—¿No lo estoy haciendo a pesar de no tener este derecho?

—Lo tienes —jadeé al restregarme—. Vamos, Aarón, hazme sentir.

Lo abracé alrededor de su cintura, me elevó y luego me miró a los ojos. Yo afirmé, por supuesto, y, con tacto, aunque agónico, me empujó hacia abajo. Me moría de vergüenza por desnudarme ante alguien sin pudor, pero, si le pedía poca luz, tendríamos que irnos de allí y podría arrepentirse... así que lo dejé todo de lado... con él me comportaba así. Noté cómo entraba y traspasaba, y un leve pinchazo se apoderó de mí. Aarón fue tan generoso que se inmovilizó, cubriendo de besos mi rostro.

—Dámelo todo —le pedí riendo y casi llorando—. Lo he conseguido. —Devoré sus labios, chorreaba en sudor. La ráfaga de viento fresco no era suficiente—: Tú, tenías que ser tú...

Rodó sobre el césped y de nuevo estuvo sobre mí, por lo que me aferré a sus hombros y me abrí hasta que él decidió avanzar. Dolía, pero a la vez me gustaba tanto que no quería que parase. Lo provoqué con gemidos, gritos, poniendo mis pechos a su alcance... porque la necesidad de tenerlo me sobrepasaba. Moría por sus manos cuando se enredaron en mi pelo y subió reclamando mi boca.

Las embestidas ya no eran graduales, sino fogosas y con una absoluta pérdida de control.

—Quiero estar encima —imploré entre gemidos.

—Todo lo que quieras, lo seré y lo tendrás... esta noche.

Me lanzó una mirada llena de culpabilidad y cedió a mi capricho. Mi prioridad fue cabalgarlo y enloquecerlo, porque supe que no me volvería a tocar y que, al día siguiente, todo cambiaría entre nosotros.

—¡Ivonne!

Su boca se perdía, recorriendo mi piel con la pasión que le había rogado. Me empujaba ahogado, empalándome al mover su pelvis de una forma pecaminosa. Di un respingo cuando sentí que me penetraba un dedo a la misma vez... fue una irrupción tan inesperada que me elevó y, cuando se clavó con sus manos en mi cadera, aumentando la intensidad, chillé satisfecha.

—¡Ah!

—Ivonne, ¿qué pasa?

Abrí los ojos, sobresaltada. Dani se encontraba delante de mí y Aarón estaba saliendo también al jardín. Su perfil fue duro; adiviné que intuía hacia dónde se habían perdido mis pensamientos. Me resultó tan doloroso mirar a Daniel después de aquello... ¿Vería en mis ojos mis dudas, mi deseo por otro? Por su hermano... ¿Notaría en mi cuerpo la excitación?

—Cariño. —Me ayudó a levantarme—. ¿Estás bien?

No supe qué decir. Sólo quise abrazarlo y pedirle una y mil veces perdón.

—Pero si estás sudando —comentó, tocándome la frente—. No tienes fiebre, pero vete a descansar, te vendrá bien.

—Sí... es justo lo que iba a hacer.

No me permitió alejarme sin darme un beso en los labios, obligándome a esquivar otros ojos cuando por fin me pude ir.

Quizá fue el miércoles más largo de toda mi vida, aunque finalmente pude descansar un rato sin pesadillas. Ésa fue la primera noche que sentí ganas de plasmar todo lo que estaba sintiendo, pero me contuve, lo tomé como una tontería, incluso me avergoncé. ¿Qué pensarían de mí si a esas alturas escribía algo? Tampoco sabía qué... o sí, sentimientos.

Me removí en la cama y comprobé qué hora era; demasiado tarde, pero no quería ni bajar a

cenar. No al saber que él estaría allí. Me levanté y fui al baño; me daría una ducha, fingiría algún tipo de virus y de vuelta a la cama.

Tenía la cabeza colapsada, gritando incoherencias, y estaba agotada por la situación.

—Ivonne —me llamó Dani cuando estaba desnudándome, a punto de entrar en la ducha—. ¿Cariño?

—Aquí.

Me cubrí con una toalla cuando él entró; me sonrió. Caminó hacia a mí, suspirando. Con delicadeza, se desprendió de la tela y me revisó de cuerpo entero. No pude evitar encogerme, era parte de mi forma de ser tan reservada y cohibida... ésa era mi naturaleza, menos cuando trataba, en el pasado, de seducir a Aarón, sin vergüenza.

—Nunca te avergüences delante de mí, nunca más, ¿vale? —Asentí—. ¿Estás mejor?

—Sí, no te preocupes.

Me soltó para cerrar la puerta, quedándonos solos, y fue como esa inyección de Dani que me faltaba, que echaba de menos y que me había hecho estar en otras cosas que no tendrían que... Me concomió por dentro esa sensación de culpabilidad por haberme dejado arrastrar por la piel. ¿Os ha pasado? Me miraba y me sentía tan especial y querida. No codiciada, sino amada.

—¿Y Aarón? —pregunté, esquivándole la mirada. Él me agarró la mandíbula y me hizo alzar la vista—. ¿Dónde está?

—Ha salido a comprar comida y, tranquila, no tienes que sentirte así. Ya sé todo lo que debo saber y eso pasó hace tanto tiempo que he asumido que fue una tontería. Quiero pasarlo bien con los dos, ¿me entiendes?

—¿Sabes que te quiero, verdad? —Me salió de dentro, por su generosidad—. Mucho, más de lo que yo misma he podido llegar a pensar. Te reconozco que he tenido un día extraño, pero es encerrarme contigo y no existir nadie más.

—Porque no existe.

Me cogió de la nuca y me besó, con un beso que me dejó atontada, de esos de película, de los que a veces soñamos las mujeres cuando leemos un libro. Y yo se lo debía, a él, a nuestra pareja, a mí. Borrar lo que jamás debió pasar... me vi obligada a eliminar las escenas de mi tormento, que no merecíamos ni Dani ni yo. No era justo... Necesitaba volver a sentirlo y recomponer lo anterior, eso que se rompía sin que nos diéramos cuenta.

Pronto lo sentí palpar contra mi muslo, por lo que, superado el momento biquini, que ya no era necesario, empecé a desnudarlo. Sus prendas fueron cayendo al ritmo de nuestros febriles besos. Era nuestra reconciliación, la que no tuvimos días atrás y que añorábamos desesperadamente.

—Espérame un momento. —Me guiñó un ojo.

—Todo lo que quieras.

Emocionada, me quedé en el baño, sabedora de que había ido a por un preservativo. Aunque, sin pensarlo, me asaltaron las dudas al quedarme sola. ¿Y si Aarón regresaba? Estaba en mi casa, con mi novio y en teoría no era nada malo compartir con él ese mágico instante, pero... tras lo sucedido... me sentí como si estuviera haciendo algo muy grave. Dañándolo.

—Ven aquí —ronroneó Dani, y me cogió en volandas.

—Dani... espera...

—Te necesito ya. —Cuando me besó, el resto se me olvidó—. Te quiero.

—Y yo.

Me acoplé a su cintura, acariciándole la cara sin cesar. Enloquecí cuando sentí que mis paredes vaginales se abrían para recibirlo, con la necesidad de tocarlo pronto. Él sólo pidió una cosa sin hablar, que nos miráramos a los ojos. Y eso fue lo que hice, demostrarle con miradas lo que él significaba para mí, que era mucho... Se aferró a mi trasero y me empujó hacia él; yo también fui desesperada a su encuentro, gimiendo cuando, fugazmente, me chupó y besó el cuello sin

profundizar. Nos internamos en un mundo paralelo, yo a punto de llorar y romperme a medida que entraba y salía.

—Vamos juntos —me incitó jadeante—. Cariño...

Paseó el dedo por la abertura de mi trasero y, tras un empuje tremendo, me desplomé contra sus brazos. Ese tonto gesto hizo que el orgasmo se prolongara como nunca, dejándome sin respiración, sin fuerzas, junto con mi congoja. Sus espasmos también fueron continuos, permitiendo que su cuerpo convulsionara a medida que sus gruñidos se iban apagando.

—¿Una ducha? —preguntó, sin voz.

Sólo pude asentir.

—Ven, preciosa.

No supe esconder más mis sentimientos con tanta ternura y me rompí.

—Ey —susurró, levantándose el mentón—. Ya pasó, tranquila.

—Dani —sollocé y lo abracé.

—Chis... No, no me llores. —Me acarició el pelo—. Te quiero y lo demás no importa.

Nos metimos en la ducha y, debajo del chorro, me dejé querer, mimar, mientras lloraba sin consuelo, bajo esa mirada asustada, de quien no se atrevía a preguntarme cuál era el motivo de mi llanto... Era mi Dani y yo quería ser eternamente su Ivonne. Sentirme como entonces, como si nadie más existiera en la faz de la tierra para él.

—No bajaré a cenar —le anuncié, enrollándome en el albornoz—. No me encuentro bien.

—¿Te subo algo de comer?

Se me escapó un suspiro. Le besé la mejilla, para luego marcharme a la habitación.

—Con un yogur de piña y una manzana, será suficiente.

—Bien —contestó y empezó a vestirse—. Te excusaré con Aarón.

—Gracias...

Me senté sobre la cama y poco tiempo después me encontraba alimentándome sobre ésta, mientras echaba un ojo a páginas de compraonline en el portátil, mucho más tranquila, la verdad. Su calma era mi paz. Su seguridad, mi armonía. Sabía que Dani tardaría en volver, ya que pensaba cenar con Aarón, por lo que llamé a mis padres y estuve charlando un rato con ellos. Todo iba muy bien por Barcelona, no tenía de qué preocuparme.

Sin saber qué hacer con mi tiempo, me puse a ver vídeos de *lasyoutubers* que hablaban de tendencia en moda, series... Los ojos casi se me cerraban después de tres capítulos seguidos de «Teen Wolf». Con la imagen de Derek, uno de los coprotagonistas, empecé a conciliar el sueño.

—Ya estoy aquí —le oí decir a Dani.

—Hola —musité saludándolo, y me acurruqué contra él en cuanto se metió conmigo en la cama—. ¿Qué tal todo?

—Bien... Aarón se ha marchado hace un rato, no ha aceptado ninguna habitación. Él ahora es diferente.

—También lo pienso —reconocí, mortificada.

—¿Mejor?

—Contigo, siempre. —Me separé un poco, recordando que no había terminado toda mi «tarea» antes de dormir—. Un segundo.

—Eres un caso —bromeó, aunque evidentemente preocupado.

—Lo sé...

Me puse a doblar mi ropa interior, sentada al borde de la cama.

Cuando acabé, él ya dormía. Me tendí a su lado y traté de cerrar los ojos, de descansar... pero, tan pronto como me quedaba sin visión, una silueta me atormentaba, sus palabras... sus reproches. Nuestros momentos juntos, los míos con su hermano. ¿Lo seguía traicionando? La

mañana de su despedida se coló en mi mente y pegué un salto en la cama, que Dani no percibió.

Le di un beso en la frente y decidí bajar y ver un poco más la tele, fastidiada, ya que el sueño me había abandonado. El salón, tal y como me había advertido Dani, estaba vacío para mi tranquilidad. Hice un poco de zapeo, sin éxito. Mi cabeza estaba en otro sitio, haciéndome sentir peor a cada momento. Por mi comportamiento, ya ni siquiera sabía si hacía lo correcto. Parecía perdida, no me encontraba.

—Buenas noches, Ivonne. —Pegué un respingo con la voz de Aarón, que venía de la cocina—. Ando por aquí, probando tu comida.

—¿Y todo es de tu gusto? —pregunté, ante su regodeo y vacileo.

—¿Sola?

—Dani está arriba, lo sabes. —Con la idea de evitarlo y de volver a mi habitación, me levanté. Él me detuvo, obligándome a mirarlo al tirar de mi cabello—. Aarón, no.

—Te has comportado como una maldita... —De nuevo omitió la palabra. Estaba fiero—. ¿Cómo te has atrevido a dejar que pusiera sus manos sobre ti sin que te importara mi presencia?

—¿E-Estabas aquí?

—Al volver me he encontrado con *elpastel*. —Tragó y quizá fue cosa mía, pero percibí que sus ojos se empañaban—. ¿Por qué, Ivonne? ¿Cuándo vas a decirle que lo que buscas en él es lo que yo te puedo dar? —Y enfatizó—: Pasión, de la que consume.

Un pequeño ruido interrumpió la escena y los dos, asustados, miramos hacia la puerta. Aarón incluso me soltó.

No había nadie...

—Voy a hablar con él, Aarón. Y sabes que eso traerá consecuencias.

—Ivonne... —se acercó tanto que creí que me abrazaría. Sin embargo, ni me tocó—... me deseas, no puedes negarlo.

¡Estaba harta!

—No te deseo—solté fingiendo altivez—. Estoy cansada de huir de ti, me haces sentir que sólo buscas atormentarme con el sexo. Y yo te quiero de verdad... —Nos observamos, dolidos... ansiosos. Con las mismas ganas de fundirnos en un interminable y prohibido beso—. Déjalo ya, por favor. Intentemos dar normalidad a esto.

—¿La tiene? —me espetó con tono amargo.

—No lo sé...

Se cogió la cabeza con ambas manos, tratando de alejarse, hasta que volvió a mí.

—No vuelvas a dejar que te toque, no mientras yo esté aquí. —Resopló con agitación—. O no me controlaré, no puedo más. Todos los pasillos llenos de vuestras fotos juntos, las miradas entre vosotros... ¿dónde quedo yo?

—Ya lo sabes. —Intenté mostrar fortaleza—. Fuera.

—Me niego, Ivonne —reconoció vulnerable—. No puedo.

Me cogió del brazo, se sentó y me empujó hacia sus rodillas, pero sin maldad, como hacíamos antes... como amigos cómplices.

No supe detenerlo, dejándome llevar.

—Te necesito, Ivonne.

Por Dios... dónde me estaba metiendo.

—Aarón... —Alcé la mano, apostándola en su mejilla. Cerró los ojos, yo con él. Me aplastó la intensidad—. ¿Por qué te fuiste?

—Tú me echaste de tu vida.

—¿Cómo? —Si no tenía ni idea... Aarón negó—. Pues, por favor... deja esto. Vete de nuevo, Aarón.

Él me ciñó hasta que me acurruqué en su cuello, acoplándose a mí. Sus manos envolvían mi

cintura y su oído descansaba en mi pecho, en mi corazón, que latía asustadizo, peligrosamente rápido; él podía oírlo. «¿Qué estás haciendo?»

—¿Ivonne?

Era la voz de Dani. Sin pensar, salté de los brazos de Aarón, que no me detuvieron, y me alejé de su camino, escogiendo de nuevo el mío, y corrí a la habitación con mi botella de agua. Al entrar, él me esperaba, sentado sobre la cama, con expresión bastante cansada, diferente... Casi sin poder hablar, le enseñé la bebida.

—Tenía sed —expliqué.

—Lo imaginé.

No dijo nada más, me invitó a dormirme entre sus brazos, en los que yo una vez más... quise ser feliz.

Ajena a Aarón...

A sus insinuaciones...

A mis dudas...

A lo que habíamos compartido... y que quería borrar de mi mente fingiendo que no había sucedido.

Al amanecer abrí los ojos y miré a mi alrededor agarrotada.

Dani se hallaba a mi lado, despierto y mirando fijamente cómo bostezaba tras otra noche larga y horrible. Debía de tener ojeras y seguro que estaba pálida. Mi cuerpo apenas tenía fuerza, y mi mente, mucha menos. ¿Qué me sucedía? Me mordí el labio y analicé de reojo a Dani. Su mano fue a mi mejilla, acariciándome ásperamente con los nudillos.

Le sonreí rígida.

—Buenos días —rompió el hielo—. ¿Mejor de tu dolor de cabeza?

—Sí, me tomé una pastilla y se me pasó.

Me masajé las sienes.

—Mañana, tras la cena con los chicos... —se relamió los labios—... te tengo una sorpresa, la que no te pude dar anoche por tu malestar. Pero prefiero posponerla a mañana.

—¿Cuál? —pregunté, fingiendo entusiasmo—. Lo había olvidado...

—Lo sé...

—¿Qué es? —me incomodé.

Como respuesta, empezó a depositar un reguero de besos por el centro de mi cuerpo, hasta llegar a mi ombligo y soplar un poco más abajo, donde el pantalón de pijama corto cubría mi sexo... Tragando, me aparté un poco, sin permitirme un encuentro sexual con Dani en la misma casa que Aarón. Me sentiría más sucia y predominaban otros sentimientos.

—Puedes imaginarlo —musitó, sorprendiéndome con su actitud. ¿Y eso?—. Ha llegado la hora de complacerte en todo lo que pidas. Todo, Ivonne. Seré todo para ti... Pero, ahora, nos espera un día largo.

—¿Por qué?

—Es una suposición.

Me dio pereza hasta recordar que tenía trabajo y, además, al día siguiente tenía lugar la cena familiar. Pero ¿quién pensaba en eso con el cacao que había en casa? ¿Qué ocultaba Dani? ¿Y por qué me miraba con tanta fijación y recelo? ¿Iba a darme una noche de sexo loco? Él decía no disfrutar con ese tipo de encuentros tan bestias... y yo no quería ni pensarlo. No en ese ámbito. Prefería dejar en punto muerto esa parte de nuestra relación por el momento. Era una locura, lo sabía.

—Te acompaño al centro —murmuró, alejándose.

—¿Y eso?

—¿Acaso no puedo hacerlo? —Su seco reproche me heló—. Te espero abajo.

—Pero ¿ocurre algo?

—Que yo sepa, no. —Se encogió de hombros y añadió—: No al menos por mi parte.

—Está bien —mascullé dubitativa—. Empecemos con el ajeteo... Veo que no estás de humor. El resto de la jornada no me dio tiempo a apenas nada, ni siquiera a cuestionarme el cambio de actitud de Dani. Aproveché para centrarme en el negocio y dejarlo todo casi listo; la próxima semana sólo trabajaría medio día y pronto iniciaríamos nuestro ansiado viaje. Las vacaciones que ese año necesitaba más que nunca.

—¿Hola, hay alguien? —pregunté al llegar a casa—. ¿Dani?

—Estoy en la cocina.

Solté el bolso, asqueada del calor, y fui a buscarlo. Frené en seco, sin poder creer la alianza que encontré. Dani preparaba una ensalada, mientras que Aarón servía unos vasos de vino. El primero que se dio la vuelta para recibirme fue él, que se limitó a saludarme con la cabeza con expresión sombría. ¿Qué significaba aquello?

—Hola... —articulé—. ¿Qué hacéis?

—Recuperando los viejos tiempos. —Fue Dani quien respondió cuando finalmente me dio la cara—. ¿Cómo ha ido el día?

—Ajetreado, ya sabes.

—Me imagino. —Dejó lo que hacía y me dio un beso en la frente, gélido—. ¿Con hambre?

—Más bien poca, pero todo tiene muy buena pinta.

Intenté sonreírle, pero se quedó en eso: un intento, debido a que él seguía un poco distante tras su inesperada propuesta, y yo perdiendo las ganas de... ¿de qué, exactamente? No lo sabía... No conseguía entender qué había pasado, me sentía un poco perdida. Si la promesa era tan tentadora, ¿por qué estaba tan serio y alejado y yo tan desganada?

—¿Os ayudo? —Señalé a los dos—. ¿Qué hago?

—Nada, hoy nosotros cocinamos para ti.

Busqué a Aarón con la mirada, por las escuetas respuestas de Dani. Él, sin más, se encogió de hombros, siguiendo con su tarea. Sin nada que hacer, me senté en un lateral a esperarlos. Apenas dos segundos después, Dani me pidió que me situara en medio de ambos. Jamás en mi vida creo haberme sentido tan incómoda, fuera de lugar.

—¿Listos? —propuso Dani.

—Claro, hermanito.

—Cuánto hace que no disfrutamos de una cena así. —El comentario de Dani me hizo cerrar los ojos—. Tantas veladas y, de pronto, todo se perdió. Cuéntanos, Aarón, ¿qué es de ti?

—Poca cosa, por aquí veo que habéis evolucionado más. Pero, tienes razón, hace mucho que *no disfrutamos*—recalcó la última palabra— de un momento así. ¿Te acuerdas, Ivonne?

Lo miré a través de las pestañas, con un ligero nudo en la garganta.

—Sí, claro.

Cogí el tenedor y probé la ensalada. Tenía una pinta estupenda, pero, como entenderéis, no estaba para cenas de tal calibre.

—He estado en Barcelona —admitió Aarón. Dani y yo lo atendimos inmediatamente... quizá por lo apagado que sonó, revolucionando algo en mi interior—. No ha sido fácil, sentí que allí había perdido todo lo que deseaba cuando me fui.

—¿Y qué era, Aarón?

—Dani —toqué su brazo, llamándole la atención—. Quizá no quiera...

—Como hermano, me gustaría saberlo.

Por primera vez reconocí a Aarón, a mi Aarón. Al que callaba, al tímido. Al que bajaba la mirada

cuando no sabía qué contestar. Empatiqué con él tan rápido que me hubiera gustado que estuviéramos solos. Dominé las ganas de lanzarme a sus brazos y suplicarle que borrara la tristeza de su rostro, de la que fui consciente que era la causante.

—Todo. —Apretó los puños y bebió vino. Yo fui a hacer lo mismo, lo necesitaba, pero, sin saber por qué, su mirada me rogó que no lo hiciera. Recogí mi mano de vuelta y él respiró—. Estuve en la casa que nuestros padres construyeron cerca de donde yo solía pasar muchas horas, ahora es de César. —Me quedé de piedra. Aquella también era mi guarida, nuestra, donde se fraguaron los secretos que escondíamos—. Allí encontré y tuve lo que necesitaba... cerca de un árbol que significa mucho para mí, para mi pasado, para lo que quisiera recuperar en el futuro. Todos nos callamos, reflexionando.

—Y te entristece —puntualizó Dani, evidentemente afectado—. No lo superas.

—Daría la mitad de mi vida por volver atrás y tener aquello, aunque viviera menos tiempo.

Su mano desapareció de la mesa; pronto la sentí abierta, hacia arriba, en mi rodilla. Instintivamente la mía fue en su busca, mezclándome con sus urgentes dedos. Pero no era morbo, no era pasión, sino consuelo, cariño, necesidad de apoyarnos los dos al retroceder a una etapa importante para ambos, tan bonita... aunque se perdió y quedó en la nada... en cenizas que no estaban apagadas.

El silencio reinó. Dani comía con la mirada ausente, yo la tenía empañada. Ahí estábamos los tres, tan perdidos y resignados a lo que sentíamos unos por los otros. Eso me dividía el alma, me rompía el corazón.

Un instante después, Dani elevó la vista, percatándose de nuestras ausentes manos, que se soltaron sin deseos de hacerlo.

—Aarón, quizá ya no merezca la pena recuperar lo que perdiste —arrojó Dani, levantándose—. Estoy muy cansado. Buenas noches. Te espero arriba, Ivonne.

Me limpié la lágrima que se me había escapado y me incorporé.

—Te acompaño. —De refilón, creí ver que Aarón arañaba la mesa—. Buenas noches.

Sólo asintió, dejándonos ir a Dani y a mí, tan fríos que el ambiente cortaba.

—Dani... —Intenté cogerlo por el codo cuando entrábamos en nuestra habitación.

—Estoy cansado, Ivonne.

Horas después, seguíamos dándonos la espalda en nuestra amplia y glacial cama, mientras yo lloraba, bajito, sin consuelo. Sabía que él tampoco podía pegar ojo... sin que me confesara el motivo.

Al día siguiente llegó una de las fechas más esperadas por mí, el viernes 12 de junio. Ésa fue la noche en la que más tiempo empleé en arreglarme. Sola, sin que Dani me mirara. Con Aarón tampoco había cruzado más que un saludo al llegar a casa.

Para la ocasión, elegí una falda de cintura alta, de tubo, azul marino, y una camisa blanca, de media manga y además recogida por un botón. Me puse unas plataformas de verano, me maquillé con tonos *nudey* me hice unas ondas en el cabello.

¿Dónde estaban ellos? Asomé la cabeza al jardín y hallé una escena diferente a la de la noche anterior. Aarón fumaba alejado y Dani preparaba la mesa.

—Voy a comprar vino —avisé sin esperar respuesta, pero Daniel se acercó y, entonces, susurré con inseguridad—. ¿Les dirás a Laura y a César que somos pareja?

—No lo sé.

—Dani, tenemos que hablar. —Intenté llevármelo hacia dentro. Se negó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada. —Suspiró—. Ve a comprar.

—¿Vas a volver a pedirme espacio?

Le di la espalda y, tratando de mantener la calma, salí de casa. Estar así empezaba a dejarme hecha polvo; de hecho, lo estaba. Podría engañar al resto del mundo, pero no a mí misma. La vuelta de Aarón, en ocasiones, me hacía replantearme cosas que no tenían sentido... no habiendo ya tomado un camino con Dani.

A dos manzanas de casa encontré el vino, por lo que, al volver sin ser esperada tan pronto, no pude controlar mi emoción al escucharlos.

Corrí para encontrarme con Laura, que me abrazó desesperadamente en cuanto me vio. Se le unió César, que sonreía tirando del brazo de su novia. Ella era morena, muy guapa, y hacían una pareja preciosa; él también era atractivo, debido a esa combinación de pelo castaño y ojos claros como el de todos ellos... excepto Julia, la mamá, que era rubia de ojos oscuros, aunque no por ello menos hechizantes. Ella no había podido venir con su actual marido, Bruno, quien adoraba a la familia que ésta ya tenía formada.

Entre risas, los Fabrizi me observaron emocionados, esplendidos. Sin poderlo evitar, las primeras lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Me sentí muy feliz al reencontrarme con parte de esa familia, que era como la mía propia. O quizá estaba demasiado sensible. No lo sabía... pero parecían haber saludado ya a Aarón; Laura le cuchicheaba algo y él, discreto, le respondía bajito. Estaban tensos.

Me hice la despreocupada y los invité a pasar al jardín, a sentarse, ya que la cena había llegado: japonés.

—La casa es fantástica —comentó Laura y me lanzó un beso. ¡Cómo la había extrañado!— y tú estás hecha un bombón.

—Y tú —la señalé—, ¿qué me cuentas?

—He conocido a un chico aquí cerca que me ha vuelto loca. —Daniel puso los ojos en blanco sin dejar de mirarme; su hermana siempre había sido muy enamoradiza—. En la gasolinera, me ha dicho que se llama Damián; creo que mañana volveré.

En la gasolinera... Laura y sus aventuras.

—Suerte esta vez —le dije con un guiño de ojo—. Comeremos aquí... Hace una buena noche y creo que es buena opción cenar al aire libre, ¿os apetece?

—Claro, mejor —estuvo de acuerdo César.

—¿¡Nos damos un baño antes!?! —comentó emocionada Laura—. La piscina tiene una pinta estupenda.

—Yo... —dudé.

—Déjame disfrutarte ahora que por fin puedo —me suplicó, agarrándome las manos—. Di que sí.

—Venga —la complací, sonriendo.

Las chicas nos repartimos por nuestro lado para ponernos unos trajes de baños que yo misma les presté. Poco después estábamos todos reunidos en el jardín, junto a aquella piscina que con tantas expectativas creí que utilizaría desde que me mudé; nada más lejos de la realidad. Esa noche sería la primera vez que la disfrutara... también la última.

—Estás guapísima —me piropeó Laura.

Le di un empujón, lanzándola al agua. La siguiente en caer fui yo, ya que Jana, la novia de César, me tiró, y luego éste saltó también a la piscina. Ajena a la realidad, se me escapó una carcajada, hasta que miré hacia atrás, encontrándome con Aarón, con su mirada ardiendo por mí, y la de Dani, de furia contra su hermano.

Dios mío...

Me puse en la zona menos visible de la piscina y ahí me sumergí, observando cómo se divertían mis visitas, ajenas a todo.

—¿Qué te pasa? —César se percató de algo—. ¿Estás bien?

—Sí... pero tengo frío, voy a salir.

Era una mentira como un templo, el calor que hacía era horrible y no sólo las altas temperaturas hicieron que yo estuviera fatigada. Aarón me perseguía con la mirada a cada paso, fijándose en cada gesto y en la distancia que se había abierto entre Daniel y yo. Sus ojos no eran capaces de ocultar tanto rencor y sabía que se había contenido en cuanto a lo que él *presenció* cuando volvió de comprar. Esa noche volvía a usar su máscara, olvidando su sinceridad de la noche anterior.

—Voy a cambiarme —anuncié, saliendo, sin disfrutar como había previsto.

Fui hasta la zona de las escalerillas y, al levantar la vista, vi que Dani me esperaba con una toalla abierta. La acepté sin saber qué decir. Tuve realmente miedo de que intuyera que entre Aarón y yo quedaba algo, por poco que fuera.

No tardé en cambiarme, no tenía ánimos para acicalarme. Quería bajar, cenar y dormir... si podía.

—¿Ya estáis listos? —Me sorprendí cuando bajé y vi al resto fuera también—. ¿Cenamos ya?

—Claro —apuntó Aarón.

Nos distribuimos en la mesa: Dani, en el centro; Laura y yo, cada una a un lado; César y Jana, frente a Laura y Dani y, delante de mí... estaba él, mi tormento. Tuve que coger un abanico para que no me diera una lipotimia.

—¿Dormiréis aquí, verdad? —preguntó Dani, dando el primer bocado al pollo teriyaki con vegetales.

—Yo me quedo —dijo Laura dando palmadas, ilusionada.

—Nosotros nos iremos a un hotel —comentó César, señalando a Jana—. Preferimos un poco de intimidad.

—Cómo quieras, capullo. —Dani le sonrió.

—De todos modos —siguió César—, volveremos mañana temprano y así podréis mostrarnos un poco Valencia. Ivonne, tus padres me han dado muchos besos para ti. Y mi madre y Bruno.

—Hoy los he llamado, pero debían de estar atendiendo alguna urgencia y no los he localizado.

—Le sonreí agradecida.

Oí un resoplido con potencia.

—Yo también me seguiré quedando.

La voz de Aarón resaltó por encima de todos y caí en la tentación de mirarlo, mientras mordía la comida que me llevaba a la boca con el tenedor. Vi que se erguía en la silla. Poco tiempo después, sentí un pie cerca de mis muslos. Sin pensarlo, cerré las piernas con los sudores invadiéndome. ¿Para qué había dejado el hotel?

Intenté refrescarme con el vino helado, pero fue inútil, ya que su expresión se volvió más desconfiada.

—Me quedo aquí porque no quiero perder ni solo un segundo lejos de mi familia... Me planteo no volver a Milán; tengo proyectos y quiero abrir un local aquí.

—Ingrid te espera —bromeó Jana.

Se me resbaló el pan, el tenedor... ¿Quién...?

—En Valencia hay mujeres que pueden merecer más la pena —ronroneó él, orgulloso—. O no... habrá que averiguarlo.

Perdí el control de mi tenedor, que terminó en el suelo, por lo que, con un suspiro, cogí al vuelo el que él me ofreció. Su boca había pasado por ahí... aunque nadie parecía atento a nosotros. Daniel hablaba con César, pero su actitud me desconcertaba; a veces lo descubría escrutándome demasiado. Los demás estaban a su aire y yo, al borde del colapso.

—Explicadnos cómo os va todo por aquí —preguntó Laura.

—Después de cenar os lo cuento —intervino Dani—. Hay muchas noticias.

¿Tantas?

La cena transcurrió tranquila, pero las miradas de Aarón sobre mí me hicieron estar inquieta,

por no hablar de las de Dani, que estaba más hablador que de costumbre, aunque mi mente estuviera muy lejos de él y cerca de su hermano. Aarón buscaba mi atención y yo lo complacía, aunque harta de que, cada vez que lo observaba, se humedeciera los labios.

—Es el momento: Ivonne y yo queremos daros una noticia —comentó Daniel buscando mi mano y mostrando nuestra unión a los invitados. Todos ahogaron un gemido... Menos Aarón, que se tensó, tan mosqueado como intrigado—: estamos juntos.

Me hundí en el asiento cuando el pie de Aarón se coló entre mis muslos tras el comprometido anuncio, que, por cierto, no sabía que se iba a producir, ya que Dani me había estado esquivando desde que llegué del trabajo.

—Ésta es nuestra casa... y eso no es todo —prosiguió sonriendo. Los Fabrizi estaban pasmados y yo también. Desconocía qué iba a decir—. Ivonne y yo ya hemos hablado de boda.

No supe si el resto vio mi cara de espanto, pero así fue cómo me sentí. Cerré incluso el puño a punto de estamparlo donde pillara. En serio, ¿qué estaba sucediendo con mi hombre perfecto? ¿Cómo se atrevía a hacerme eso? ¿¡Cómo!?

—¡Oh, Dios, felicidades! —gritó Laura, alzando la copa para brindar; el resto la siguió vitoreando y felicitándonos. Todos menos Aarón, que ancló la punta de su zapato entre mis muslos—. ¡Tenemos que comprar tantas cosas!

—Sin agobios —le aconsejó Jana, muy emocionada. Yo también estaba casi llorando, por motivos muy diferentes... Aarón tenía los dientes apretados, la mandíbula contraída. Mi cuerpo estaba sumergido en un pozo lleno de pánico—. ¿Tenéis pensada alguna fecha?

Escupiendo mi impotencia, pegué una patada a Aarón y aclaré:

—Bueno... Dani me habló de boda, pero yo dejé claro que es demasiado precipitado.

—Suponemos que a primeros de año estaría bien —prosiguió él, ignorándome.

No di crédito. Ni siquiera conseguí salir de mi asombro, incómoda, asqueada con el teatro que se había montado. Pensé en cómo largarme por lo menos unos momentos, ya que el ambiente empezaba a crisparme y no quería montar en cólera. Me controlé, evitando dar un golpe en la mesa y mandarlo todo a la mierda como estaba deseando, y anuncié:

—Voy por el postre, no tardo.

Por segundos creí incluso odiarlo. ¿¡Cómo había sido capaz de hacerme eso!?

Al llegar a la cocina, apoyé la frente sobre la helada pared, como precisaba. Lo esperaba, porque tenía que venir y darme las explicaciones pertinentes. ¿Qué se creía? Si no acudía a mí, sería yo la que saldría y aclararía las cosas, explicando tal y como habían sucedido. ¿Qué estaba pasando? Desconocía a ese Dani... tanto como al de la semana pasada.

Si eso significaba mantener una pelea en directo, ¡me daba igual! Tenía que hacerlo, no podía permitir que él me hiciera esa encerrona durante esa estúpida cena que ya no toleraba. Suponía que todos se habían dado cuenta de mi tono, pero no me importaba lo más mínimo, no si se jugaba con mi futuro como si se tratara del menú de mañana.

Abrí el frigorífico y saqué la tarta de chocolate. La disputa, de ese modo, sería más dulce. Unos pasos me paralizaron. Dejé el postre sobre la encimera y, al girarme, me encontré con él: mi mejor amigo. El hombre que tanto me hizo sentir. Mi cuñado.

—No esperaba este comportamiento de ninguno de los dos, nunca creí que para ti esta relación fuera tan seria como para planificar un matrimonio. ¿Por qué demonios no me lo has dicho hoy?

—Yo no me voy a casar —contradije, enrabiada—. No sé por qué lo ha soltado. —Aun así, aclaré—: Pero somos novios.

Se enervó más y, cogiendo aire, dio un paso.

—¿Qué está pasando con él, Ivonne?

—No lo sé —confesé, a punto de llorar—. Desde ayer está raro y...

Dio otro paso y mi respiración se alteró sin control. Adiviné en sus ojos lo que quería y, aunque

no debía desearlo, añoraba su consuelo. Estaba jodida y necesitaba a mi amigo. Sabía que no era el momento, estaba demasiado vulnerable tras lo de Dani y contar con Aarón en un instante como ése podría ser mi perdición.

—Tienes razón, ayer, cuando me dijo que cenara con vosotros, adiviné su juego. Ivonne, no soy tonto y me uní al suyo.

Finalmente tiró de mí y me empujó contra su pecho; allí, sollocé.

—Aarón, por favor, si hubiéramos podido tener algo... aquello se acabó —susurré llena de miedos, recordando las muchas veces que fantaseé acerca de cómo sería tener más—. Ya no puede ser... ¿Te das cuenta? Estoy con Dani.

—Me importa una mierda, incluso ahora te necesito siendo de él. —Me levantó el mentón y me limpió las lágrimas que empezaron a caer—. ¿Te queda claro?

—Eres un egoísta. —Le di un manotazo—. No puedes venir y pretender que te siga queriendo como antes... él existe.

—Tengo cosas que contarte, Ivonne.

—No quiero saberlas, Aarón.

Me masajé la sien, agobiada. Aarón me sujetó la cara, deslizando su pulgar por mi boca.

—¿No me echas de menos, Bebé? —Mi mundo se desmoronó, quería tanto gritarle como besarlo. No era capaz de controlar mis sentimientos, no entonces, cuando desconocía a la persona con la que estaba y sentía la piel del que añoraba—. Nunca, óyeme, nunca se celebrará esa boda. Aunque te tenga que llevar a rastras conmigo, odiándote y queriéndote a la vez.

Al sentirlo tan cerca, solté un quejido; los recuerdos me acecharon, evocando lo importante que siempre había sido él para mí.

—Aarón, te estás confundiendo.

—¿Qué me has dado? —preguntó muy serio—. ¿Qué mierda me hiciste la noche que todo se fue al infierno?

—Te di mi entrega, te la di pese a todo —repliqué defraudada—. La que nadie se merece obtener de otra persona.

—No sólo a mí.

—¿Qué quieres decir?

Me encerró entre sus brazos y se centró en consolarme, acariciarme, al sentirme ingenuamente perdida, demostrándome que iba más allá de lo que en un principio pensé que venía buscando. Rompí a llorar.

—¿Qué quieres de mí? —balbuceé.

—Lo que me ofrezcas.

—¿Para qué? Ya tienes a una tal Ingrid, ¿no? —le recordé furiosa.

—Olvida eso, ha sido una tontería del pasado. —Lo creí—. Sólo tienes que entender que nadie te cuidará como yo, Bebé... huye conmigo ahora mismo. Soy yo, tu Aarón. Déjalo todo... Hazlo o me iré para siempre y no volveré.

Un pinchazo en el centro de mi pecho me destrozó.

Estaba tan asustada y cabreada que tiré de él y nos encerré en la despensa. No lo pensé, se me fue la cabeza... Busqué su boca para saber qué me seguía pasando con Aarón después de tanto tiempo, qué sentía, y me rendí. Lo deseaba, lo había extrañado tanto que me parecía un sueño tenerlo conmigo... en esa prohibida cercanía, disfrutando de su pasión, de su descontrol por mí. Sabía que podía leer en mi mirada mi confusión por ambos, que mis sentimientos por Dani se tambaleaban. Estaba herida sin saber por qué, o quizá me sentía como una muñeca de trapo entre los dos.

—Aarón...

—Ivonne —insistió y me agarró con devastadora pasión.

De pronto fui consciente de lo que hacía... ¡fuera estaban todos y el hombre con el que yo tenía

una relación! Lo zarandeé, golpeé su pecho. Intenté escapar, hasta que le di una bofetada. Pero él recuperó mis labios, dejándome anonadada. No sé cómo lo hizo, pero consiguió que volviera a buscarlo. Me rendí. Lo reclamé con besos inflamados, necesitados.

Sus manos se pasearon por mi cuello y mi espalda, deteniéndose en mi trasero. No era como Daniel, de ahí partía mi confusión. Eran idénticos... pero no eran iguales. Ni en el modo de tocarme ni en la forma de besar.

Aarón era la tempestad... Dani, la calma.

—Ivonne, ¿has bebido?

—N-No...

Me apretó contra él, haciéndome sentir su erección en mi muslo. Le mordí el labio, desesperada para no gritar cuando él intentó, con dificultad, meter la mano dentro de mi pantalón... Me separé, mirándolo. Los dos contuvimos la respiración.

Yo quería huir y a la vez... De nuevo se precipitó, atrapándome con sus gruesos labios, y me disipé en él, en su fogosidad. Llevaba un tanga y, sin saber cómo, pasó a jugar con el fino elástico mientras gruñía al tocar mi piel desnuda, pero no se conformó y fue hasta mi sexo sin que me lo esperara... Intentó bajar por mi cavidad, hasta que fui enteramente consciente de dónde estaba, de lo que hacía y con quién... Saqué su mano, lastimándome. Lo alejé de un empujón.

—Aarón... no puede ser.

Sus ojos estaban hambrientos; mi respiración, disparada... y al verlo así, temblé. Me eché las manos a la cabeza. «¿Qué voy a hacer?», pensé. Nunca creí que volvería a pasar por aquello. Mis sentimientos por él estaban enterrados... Solamente con rozarnos, con besarnos, casi igualaban a los que le profesaba a Dani, que, para mayor decepción, me había dejado en ridículo delante de todos, montando un falso paripé *parademostrarlo* bien que estábamos. ¿¡Y por qué!?

—Me necesitas —trató de convencerme—. Soy yo, Aarón...¿no lo ves?

Me tapé la boca, claro que lo veía. Mi cuerpo todavía tenía escalofríos... Quería más.

—Hablabamos cuando todos duerman, Ivonne. ¿Por qué tenemos que estar así si sentimos lo mismo?

«¡Porque me abandonaste sin saber el motivo y hoy no cabes en mi vida!»

—Aarón —sentencié—, se acabó.

—¿No te acuerdas de cuando te arropaba entre mis brazos por las noches? ¿La de horas que pasábamos juntos en cualquier parte y sin que nadie nos hiciera falta? Y lo has cambiado todo por nada.

La cabeza casi me estalló recopilando nuestros momentos de complicidad. Fueron tantos... y se perdieron tan rápido de un día para otro, que, a pesar del tiempo transcurrido, me dolía, y demasiado.

—¡Lo sé! —grité con impotencia.

Comportándose irracional, me estampó contra la pared y descansó su frente sobre la mía, rastreando mi mirada. Había tanto en esos preciosos ojos que me podría haber quedado toda la noche contemplándolos. Me transmitían lo que a mí me daba miedo aceptar. Era sincero, me quería... y yo asumía que también lo seguía queriendo como antes.

No supe qué decir, me faltaron las palabras para describir el cosquilleo que albergué en mi cuerpo al ser acariciada por él o explicar la manera en la que martilleó mi desbocado corazón cuando sus dedos se clavaron en mi piel...

—Me has hecho un daño tan grande como no te puedes imaginar, Ivonne, pero peor estoy sin ti. No puedo dejarte, no tras ser consciente de que te perderé para siempre. —Distinguí su terrible dolor, que se trasladó también a mí—. Toma.

Era el tercer pañuelo de seda y esa vez era rosa.

—No me falles, te estaré esperando, conmigo.*Capito?*

[\[15\]](#)

Dónde está el amor

Me besó la frente y se fue; me quedé sola con un cacao tan grande en la cabeza que la sentía a punto de estallar. Por Aarón y Dani...

¿Qué me estaba pasando? ¿En qué se había convertido mi vida en las últimas semanas? Sí, me había precipitado, involucrándome con Dani demasiado rápido al irnos a vivir juntos sin tenerlo claro. Tendría que haberme ido de casa cuando lo pensé; esa noche, por el contrario, y por postergarlo, todo estaba tan mal... No olvidaba su montaje, las escenas vividas fuera.

Me exprimí la mente, buscando un significado a toda esa parafernalia; sin embargo, no lo encontraba. Como tampoco hallaba una lógica a la ida que me rondaba la mente... ¿por qué Aarón volvía para torcer mi línea recta? ¿Cómo me había podido dejar llevar así? Quería arrancarme el corazón y destrozarlo con mis propias manos por permitirme sentir tanto... ¡por empujarme a unos brazos prohibidos para mí desde que acepté que Dani entrara en mi vida!

Salí hacia la cocina, con el pañuelo en la mano y resignada; lo guardé en mi bolso y cerré la cremallera, al igual que cerraría la historia con el dueño de esa seda. ¡Tenía que hacerlo! ¿Qué querrían decir los pañuelos? ¡No importaba! ¿Acaso no veía cómo me estaba dejando ese triángulo tan doloroso? Se tenía que parar... y sólo yo podía dar el paso.

—Ivonne, ¿y la tarta?

Entonces sí, allí estaba. Ajeno a mis actos... pero dueño de otros. Levanté la cabeza, enfrentándome a Dani, que por fin se dignaba venir. Quizá no en el mejor momento, por mi culpabilidad, pero, antes, debíamos aclarar otro tema.

Fue a tocarme el brazo, pero no le di acceso.

—Escucha, Ivonne...

—¿Cómo te has atrevido?

Mi tono no dejó lugar a dudas por la furia que sentía dentro de mí; él me conocía y sabía que raramente me enfadaba, sólo cuando estaba al límite, y mucho menos decía palabras malsonantes, esas que ahora quería gritar a los cuatro vientos.

—Tenían que saber lo sería que es nuestra relación.

—Ya lo habíamos hablado. Sal ahí ahora mismo y retráctate, no quiero más teatros. Odio tu fanfarroneo, no me gusta y no te reconozco. No sé quién eres y empiezo a estar harta.

—¿Ése es el verdadero motivo? —puso en duda—. Háblame.

—Háblame tú de lo que te ha impulsado a comportarte del modo en que lo has hecho hoy.

—¿De verdad quieres saberlo? —me recriminó desesperado, gesto nada común en él—. ¿De verdad, Ivonne?

Me sostuvo por los hombros y miró a los laterales. «No, por favor.»

—¿Dónde está? —Apreté la mandíbula sin responder—. Él ha salido detrás de ti y no ha vuelto a la mesa. ¿Dónde, Ivonne?

Su dolor y el mío se fusionaron.

—No lo sé...

—¿No lo sabes? —Me solté de él y di pasos atrás. ¡La había cagado!—. ¿De verdad crees que me merezco que me estés ocultando las cosas de esta manera? ¿Crees que me merezco enterarme de sus insinuaciones al bajar a buscarte en plena madrugada y encontrarme con que mi hermano te dice que te puede dar lo que yo no te doy? —Y añadió con desprecio—. Pasión, de la que consume. ¿Y qué he de hacer ante esto, permitir el juego como anoche? ¿Callarme... o luchar por la mujer que quiero? Necesito demostrarles a todos que tú me quieres igual, y prepararte una noche llena de todo eso que él presume que te falta conmigo.

Sonó tan cruel, ¡que me odié!

Todas las preguntas que me había hecho a lo largo del día y de la noche se respondían con sus explicaciones. Dani tenía tanta razón que era lógico que sintiera que habíamos jugado con él y, en la cena, trataba de salvar lo nuestro frente a la amenaza que suponía Aarón en nuestra relación desde que apareció.

Me senté en el taburete y bebí agua. Me faltaba valor para mirarlo; tenía una punzada en el corazón que me desgarraba el alma al saber que él, por dentro, se sentía igual o peor. Estaba destrozado; su voz rota era más que evidente.

—Lo siento... yo... yo no sabía cómo decírtelo.

Cogió una silla y se puso frente a mí. Me apretó las manos.

—¿Qué me tienes que decir? —preguntó con calma. De nuevo me encontraba con que no podía hablarle de nuestro pasado. Sí del presente, porque era obvio—. Háblame, Ivonne. No sabes cómo estoy desde que os vi. He intentado decirme que no sucede nada, de darte, aunque con decepción, lo que él, con burla, dice que necesitas... Anoche sentí pena por él, pero, tras verlo salir a buscarte, necesito respuestas. Me estoy volviendo loco, ¿no lo ves?

Cerré los ojos y apreté sus dedos.

—Él... él se siente traicionado por nosotros por el tonto que tuvimos antes de irse. Dice que no me ha olvidado... —balbuceé a medias. No sabía cómo hacerlo sin perjudicar a Aarón. No podía permitir que sobre él recayera toda la culpa que era mía, por no haber sido sincera con los dos... por miedos, por lealtad... aunque daba igual, no había justificación—. Todo esto ha ido desencadenando una serie de encuentros como el que viste. —Bajé la cabeza—. Nos hemos besado esta misma noche, ahora... Dani...

—¡Mierda, lo sabía, joder! —Me zarandeó—. ¿¡Le quieres!?

Me puse a llorar, no lo pude evitar. Sentía que le estaba fallando y él no se lo merecía.

—Estoy confundida —reconocí sin poder mirarlo—. Lo siento... Lo siento mucho, Dani.

Me estrechó entre sus brazos, fríos; nos levantamos ambos y me sujetó con mucho tacto, sin merecerlo; con ese gesto, me resquebrajé aún más. Froté mi nariz contra su pecho, asumiendo que, de nuevo, estaba en mis peores momentos. Porque, interiormente, había un desorden que ni yo misma sabía cómo organizar. Quería a Dani... pero también a Aarón.

—¿Por qué ha tenido que volver? No sabes cómo le odio ahora mismo —me susurró al oído—. Vi la tensión anoche, Ivonne... Vuestras manos. La complicidad. He visto cómo lo mirabas durante la cena.

No pude dejar de llorar; en el amor era frágil, sobre todo si hacía daño a los demás. No me perdonaría nunca el habérselo hecho a ellos dos, que lo habían sido todo para mí y a quienes quería tanto que hubiese dado cualquier cosa por no encontrarnos así.

—Ya, Ivonne —me consoló, afectado—. Detesto verte así.

¡Quería una salida! Y creí encontrarla...

—Vámonos mañana, Dani. A Roma. —Tras suplicarle, por fin lo miré. Contenía las lágrimas, ¡mierda ya!—. Vámonos. Los dos solos. Salvemos esto antes de que sea demasiado tarde... Me has dado unos meses maravillosos y hoy, yo, he olvidado todo eso cuando nos hemos quedado solos.

Lo oí gruñir, aplastarse los dedos hasta que yo se los besé, necesitando hacer desaparecer la impotencia que él desprendía. Tomó aire, asintiendo. Más tranquilo, cogió servilletas y me limpió la cara, negando con una triste sonrisa.

—Nada me gustaría más en el mundo, lo sabes. —Inspiró con dificultad—. Pero no es justo que forcemos las cosas. No para ninguno de los dos... porque él...

—Yo te quiero, Dani. —Enterré las manos en su pelo—. Esto es como una pesadilla...

«¿Qué has hecho, Ivonne? ¿¡Qué!?»

—Dile que se vaya. —Se alejó, en busca de agua—. Dile que se vaya ahora mismo de esta casa.

Prefiero no hacerlo yo. No, por el respeto que le tengo a mis padres, a mis hermanos. El mismo que le falta a él. Y, créeme, me estoy controlando demasiado.

—Pero Dani...

—Si quieres irte con él —apuntó hacia la salida—, éste es el momento, luego no habrá marcha atrás, Ivonne.

—¡Te he dicho que te quiero!

—Entonces dile que se vaya y que no vuelva. ¡Recupera lo nuestro!

No traté de contradecirlo ni de convencerlo más sobre este tema, ya que esa noche sería inútil, por mi culpa. Tampoco era el momento, la familia estaba fuera... No sabía ni cómo actuar, lo había hecho todo tan mal y Dani seguía ahí... soportando mis inseguridades, a pesar de mis dudas con otro... con su hermano.

Cogí el móvil, cuya pantalla inundaba de lágrimas al escribir a Aarón.

Dani nos vio de madrugada... Tienes que irte, hazlo por tu familia. Mañana hablamos... por favor.

—¿Y ahora? —pregunté, llorando—. Esto me está matando.

—Sólo quiero hacerte feliz, cariño.

—No te merezco. —Corrí a sus brazos—. Lo siento tanto...

—Chis... Ya pasó.

Después de calmarme, Dani me condujo hasta el jardín. Laura, César y Jana nos miraban expectantes y yo no sabía qué decir, sólo quería llorar. Eso olía a ruptura y temía perder al amor de mi vida por unas falsas dudas, pero respetaría su decisión si decidía pedirme otro de sus espacios. Lo entendería, ¡por Dios, había rozado los límites!

Pero Dani me demostró una vez más que su generosidad en cuanto a mí no tenía fin. Librándome de un día incómodo, le hizo saber a los chicos que yo, en los próximos días, estaría haciendo un curso y que, por lo tanto, no tendría apenas tiempo de estar en casa. Me estaba protegiendo pese a haberle confesado que no sabía si sentía algo por su hermano, después de haberme dado todo durante los meses más estables de mi vida.

¿Era justo que encima él quisiera cubrir mis mentiras? Me imaginaba lo duro que debía de ser para él encontrarse con la imagen del salón, de Aarón conmigo, tan juntos, mientras él había confiado, pillándonos...

Incluso se disculpó en público por el tema de la boda.

—Bueno, ya pasó —comentó Laura, sin intuir todo lo que había detrás.

Deduje que César, por su seria postura, no se había creído ni una sola palabra. Con Jana tuve dudas, me dio la sensación de que alucinaba un poco con los cambios que iban surgiendo a lo largo de la noche.

—Pues es una pena —comentó la pequeña de los Fabrizi, desilusionada—. Yo que tenía ganas de boda y encima estará ausente estos días. Qué rabia, ¿no?

—Ya sabéis, renovarse o morir —siguió excusándose Dani.

Yo no podía ni hablar. Él me miró y me pellizcó la mejilla. Ahí me di cuenta de todo lo que le quería.

—¿Y cuándo acabará? —insistió Laura, curiosa.

—La próxima semana —se adelantó, Dani—. Así que... disfrutad de ella esta noche y durante el desayuno.

—Vaya, qué pena —dijo Jana—. Pues vamos a pasarlo bien, ¿no?

—¿Y Aarón? —intervino César. Lo sabía... por su actitud, supe que había descubierto la mentira de Dani y mía—. He oído la puerta, ¿acaso ha salido?

—Ya sabéis cómo es —comentó Laura—. Es aconsejable dejarlo a su bola.

No supe disimular mi incomodidad; Dani no lo hizo mejor, ya que César asintió con la cabeza

hacia nosotros, confirmándonos que conocía cada una de las mentiras que se habían sucedido a lo largo de aquella velada.

—Pues brindemos —propuso Jana, carraspeando—. Por una pronta reunión de amigos.

Sólo deseé que terminara cuanto antes esa cena que tanto había esperado. Las cosas no podían ir peor: no sabía nada de Aarón y Dani, a mi lado, me miraba con un rencor que trataba de disimular. ¿En qué iba a terminar aquello? ¿Os hacéis una idea de cómo me encontraba? Era una sensación tan amarga... que jamás aprendería a digerir.

—¿Vamos? — Dani me invitó a levantarme—. Estamos cansados.

—Jana y yo también.

Cuando afortunadamente todo llegó a su fin, él le enseñó a Laura cuál era su habitación, yo no me encontraba bien para hacerlo, y luego vino por mí. Me cogió en brazos, me subió al dormitorio y me depositó en nuestra cama... todo sin que él dejara de analizarme con preocupación, preguntándose en silencio si ése era nuestro final. ¿Cómo iba a serlo? Yo no me quería dar por vencida; podía querer a Aarón, sentir atracción por él, sí, pero estaba con Dani. Y tendría que ser suficiente para mí.

—No echas a perder tu vida por forzar nada, Ivonne. —Me rehuyó la mirada—. Yo tampoco he hecho las cosas bien y tal vez me merezco esto... Por todo, por no haberte cuidado en el instante justo, en el momento preciso. Por tomarme mi tiempo cuando no tenía por qué, permitiendo que él me ganara terreno.

¡Él siempre estaba para mí!

—No te culpes, Dani. No tienes derecho.

Se tumbó a mi lado en la cama, donde yo me encogí hacia él.

—¿Necesitas tiempo, Ivonne? —Suspiró con violencia—. Me duele saber todo lo que callabas... y callas. Ahora lo sé.

—Pertenece a mi pasado... —le imploré.

—Está bien... ahora estás conmigo y es todo lo que necesito.

Se aferró a lo nuestro como yo, porque merecía la pena. Aun así, me cogió la cara y se acercó. Nos besamos entre lágrimas de dolor... No fue un beso bonito, porque no me supo igual y porque él sintió que la imagen de Aarón se interpuso entre nosotros al mirarlo a los ojos y creer verlo en él. Era una tortura. Mi calvario.

—Sé egoísta por nuestro bien. —Me esquivó, levantándose para salir de la habitación y dejarme hecha un mar de dudas—. Y no olvides que te quiero... pero piensa bien las cosas.

—Y yo a ti...

Me sentí como una mierda. Tenía demasiado miedo de darme cuenta, sin tenerlo a él cerca, de que lo nuestro se había construido sólo a base de cariño, que no existía el amor que yo creía, ni nuestro cuento de hadas. Me asustaba descubrir que la soledad era la que me había empujado hacia Dani al no poder tener a otro, que en él encontraba su reflejo, con el que me había sentido perdida esos días.

Yo no quería eso, deseaba que mi vida siguiera unida a la del hombre que me había aceptado sin condiciones... con cada una de mis peculiaridades a la hora de comer, de dormir... o con las pelusas. Con cada una de mis diferencias.

—Ay, Dani —me lamenté.

Como era de esperar, no pude pegar ojo, aunque, a decir verdad, tampoco lo intenté. Mi estado no me lo permitía. Finalmente y tras mucho pensar, me cambié de ropa, me puse cómoda y bajé.

Entonces escuché a Dani, que hablaba por teléfono y, por cómo gesticulaba, entendí con quién...

—Pero ella ha decidido quedarse conmigo, Aarón, y, así me cueste la vida, la haré feliz. Le quitaré las dudas que tú has sembrado. A ver, qué pretendes, joder. —Se frotó la cara,

apretándose el puente de la nariz—. La quiero, ¿no lo entiendes? Haría cualquier cosa por tenerla conmigo, deja de interponerte...

«Mi Dani.» Su rostro varió.

—¿Qué quieres decir? —demandó, nervioso—. ¿Qué insinúas? Deja de arrojar dudas y cuéntame de una vez qué hubo entre vosotros... O, sabes qué, no quiero saber nada más. Por el bien de la familia, espero que sepas comportarte.

De nuevo ese gesto dubitativo.

—¿Me estás amenazando? Habla, ten cojones. ¿Qué quieres decir?

Lo siguiente que vi fue cómo lanzaba su teléfono sobre la mesa, dándose leves cabezazos contra la pared.

—¡Malnacido!

Me eché a correr de vuelta a la habitación. Me lancé contra la cama, odiándome por haber causado la rivalidad entre Dani y Aarón. Ellos, que tanto se habían cuidado y querido en la adolescencia... Aarón siempre lo protegía, lo veía como a un chico indefenso, y todo eso se había perdido, como el respeto. ¿Qué hacer en semejante situación?

Llorar no era la solución, pero últimamente era mi única vía de escape.

Sobre todo, al ver que Aarón me estaba llamando segundos después a mí.

—Por favor —musité al responder—. Déjame... por lo menos por esta noche.

—¿Qué te ha dicho? ¿Estás bien?

Él no entendía nada, ¡nada!

—Aarón, Dani jamás me haría daño. Me ha perdonado, una vez más.

—Ivonne...

—Deja de molestarme, por favor.

Apagué el teléfono, sintiendo que me arrancaban las entrañas por dentro, para luego retorcerlas.

Me tapé los ojos, meciéndome hacia delante y hacia atrás. Tuve la tentación de irme, para buscar aire fresco, el que había en casa me estaba asfixiando.

Cuando oí un ruido en las escaleras, me hice la dormida. Oí cómo Dani rodeaba la cama; tuve la sensación de que me observaba. Seguramente lo tenía delante de mí con expresión dolida. Me hubiera gustado tanto abrir los ojos, decirle que lo había oído todo... que quería paralizar esa guerra como fuera. Poco después sentí en mi sien su beso de buenas noches, con el que yo gemí. Él se limitó a ocupar su lugar, abrazándome desde atrás en modo cucharilla.

—Me estás destrozando —lo oí susurrar, mientras narraba el daño que le hacía sin saber que lo oía.

En mi vida me había sentido tan mal, tan ruin. No lo merecía.

Con el amanecer la situación no mejoró. Durante el desayuno ni nos miramos, por no hablar de que ya no estaba cuando abrí los ojos. Pese a sus muestras de comprensión, de sensibilidad hacia mi confusión, era evidente su decepción; quizá, tras pensar, empezó a rozar la indiferencia. Ésa fue mi dura impresión.

Tenía que tomar una decisión y aproveché que Laura, Jana y César habían decidido darse un baño en la piscina mientras nosotros acabábamos de desayunar dos solitarias magdalenas para poner remedio a aquella locura.

—Dani...

Poco a poco, levantó la mirada. En mi mente persistía la pelea que no toleraba; saber que yo había ocasionado discordia entre ellos me desgarraba. No asimilé ver en los ojos de Dani tanto rencor hacia mí, me lastimó demasiado.

Tenía que hacer algo, quedarme sería engañarnos. Ambos lo sabíamos.

—¿Qué quieres, Ivonne? —preguntó sin fuerzas.

—Me iré unos días, creo que es lo mejor... Odio esto, no lo soporto.

Se limitó a afirmar con la cabeza, al mismo tiempo que tragaba con abatimiento. Entendí que no era capaz de hacer frente a nuestro problema y que esperaba que fuera yo la valiente, por llamarlo de alguna manera, la que diera el paso que él no se atrevía. Y no lo culpaba, estábamos destrozándonos.

—Termina con esta tortura, por favor, Ivonne.

—Es lo único que quiero.

Salí corriendo hacia él, arrojándome en sus brazos, que me suplicaron que me aclarara pronto. Tenía razón, no podíamos seguir así, no mientras Aarón estuviera en medio. Sólo avanzaríamos en círculos. Es decir, sin sentido. Nada. No era nada fácil, los tres conocíamos la realidad, eran una familia, los unían lazos muy poderosos y un final feliz no era posible en esa historia.

—Voy a preparar la maleta. —Me hice la fuerte, negándome a que fuera el fin—. No te vayas a Roma sin mí... te quiero demasiado como para perderte.

—Lo sé y estaré esperándote.

Fue como estar fuera de mi cuerpo, como si lo que había sucedido no hubiese ido conmigo. Lo vi a través de otros ojos, a cámara muy lenta. Mi vida no podía estar dando tal vuelco, no cuando tenía al hombre más maravilloso a mi lado y yo casi lo estaba abandonando de un mes a otro, cuando se suponía que todo iba avanzando en nuestra relación.

Pensar en dejarlo fue como si me separaran de mi otra mitad; no lo toleré, no asimilé imaginar el hecho de estar fuera de casa, lejos de él.

—Cuídate —musitó, retirándose el cabello de la cara—. Prométemelo.

Estuve a punto de dar marcha atrás, hasta que Dani confesó:

—Yo también necesito pensar, Ivonne.

Me besó la sien, retirándose con la cabeza gacha.

—Entiendo... —Abrí la puerta, con la esperanza de que me detuviera—. Llámame si...

—Ahora no, por favor.

Una parte de mí esperaba dicha reacción; si la había tenido antes, ¿por qué no cuando todo era tan serio? Sin embargo, que lo intuyera no significaba que fuese a ser menos duro oírlo. Íbamos a estar separados y algo se rompía en mi mundo al imaginar su ausencia. Pero había metido la pata y las consecuencias estaban ahí.

Me sentí tan avergonzada que no me atreví a mirar atrás cuando lo oí llorar... mientras huía hacia mi libertad temporal.

Ámame otra vez

La siguiente semana se me pasó en un abrir y cerrar de ojos. Jueves de nuevo, gracias a Desi, que había conseguido evadirme de todo como hacía mucho tiempo que no lo lograba nadie. Por momentos me olvidé del caos que había fuera de su enorme casa, provista de todo tipo de lujos gracias a sus padres. Habíamos pasado los días enteros en la piscina, disfrutando de su gigantesco jardín, una de mis debilidades. Incluso me había empujado a bailar y cantar. Escribí a escondidas una especie de diario, como una manera de hacer terapia; nada en concreto, textos sueltos que no sabía cómo controlar ni definir.

Fui un poco egoísta, pensando en mí. Incluso me animé a publicar una foto sonriendo en las redes, retomándolas, ya que las tenía olvidadas y eso que eran un vicio para mí. La subí el día anterior, el 17 de junio de 2015, y luego no me atreví a saber quién la había comentado o le había dado a «Me gusta». Preferí seguir en mi falsa burbuja.

A veces se dice que tenemos que conocernos para ofrecer lo mejor de nosotros a los demás, y eso fue justo lo que experimenté.

Descubrí que estar sola no era tan malo; no sabía cómo describir las nuevas sensaciones que se habían instalado dentro de mí... Quizá fue Desi, con su paciencia y apoyo, la que provocó que viera las cosas de otro modo.

Nos hartábamos de ver series como dos locas amigas encerradas, sin aparecer por el trabajo, como era mi propia jefa... Eran días de paz para mí y mis confusiones. Tampoco tenía teléfono, ya que Desiré no me lo había dado ni yo se lo había pedido. No tenía noticias del exterior excepto cuando ella misma se comunicaba con mis padres, y con Dani y Laura; a esta última le decía que estaba muy ocupada con el curso y que me había visto obligada a salir de Valencia. Dani sabía que no era cierto, pero reclamaba saber cómo me encontraba anímicamente, porque emocionalmente... sólo lo sabía yo. ¿Y cuál era la respuesta?

Que echaba muchísimo de menos a Dani, que una presión en mi pecho me decía que me estaba equivocando. Por ello me había prohibido pensar en Aarón, él era el mal de mi relación con Dani y no podía ni quería permitirle estar en medio. Llamaría a Dani el lunes, cuando tuviera todo muy claro, para intentar arreglar los problemas e irnos juntos a nuestro ansiado viaje. Sabía que sería difícil empezar de cero, pero yo pondría todo de mi parte para que volviera a funcionar como antes. Esa vez con una condición: nada de vivir juntos; lejos había descubierto que yo también necesitaba mi espacio y que los miedos por la soledad se habían esfumado. No lo entendía, pero era un buen paso.

—Qué, Cuqui... —comentó Desiré, al poner los utensilios en la mesa pequeña. Estaba frente a la televisión, en la que veíamos una comedia romántica—.... ensalada y verduritas, ¿cómo te cuido, eh?

—Esto es genial —confesé, picoteando un poco de todo, con las piernas encogidas encima del sofá—. Me ha encantado estar aquí, Desi. Gracias por poner tu hombro. Sabes que odio fracasar.

—Sí, maniática y perfeccionista...

Hice oídos sordos.

—Se acerca el lunes, Desi...

—Tengo otros planes, ¿a que no eres capaz? —me retó soñadora. Sus ojos eran tan expresivos—. Irnos las dos solas por ahí, a la playa... ¡lejos!

Eché el cabello a la derecha y probé el vino.

—Tienes razón, hacer locuras —fantasé, mojándome los labios—. Tengo que organizarme y...

—Por fin sin Dani. —Brindó con la copa en alto y yo la esquivé soltando la mía. Suspiró cansada—. Ivi, si te hubieras quedado con tus padres en Barcelona, nunca habrías tenido nada con él. Has confundido años de amistad, el cariño, la sensación de sentirte sola, sin el abrigo de tu familia.... Deja que se vaya solo a Roma, cometerás un error si vas con él.

Me hice un moño alto, mirando cómo me atendía. Desconocía si tenía razón e improvisé un mohín. Quizá me había cegado inventar una vida con un príncipe azul con el que poder vivir, tener hijos... Un sueño que quería alcanzar, aunque no a costa de todo, como estaba sucediendo, pero así somos a veces los humanos. Nos aventuramos sin pensar en las consecuencias, sin saber si realmente esas fantasías nos harán felices una vez cumplidas. Conmigo no funcionaba de momento, pero no sabía si era yo... o el hombre escogido. Sin embargo, añoraba a Dani. Lo quería más que antes. ¿Era realmente amor?

—No lo sé —admití, dándome de bruces con la realidad. Una que Desi desconocía. Si supiera que mis dudas no eran sólo por Dani, sino porque Aarón se había vuelto a cruzar en mi camino—. No quiero que lo pase mal.

—¡Piensa en ti! Por mucho que digas, te has querido autoconvencer de que estabas bien... Yo te conozco desde que llegaste y precisamente, al empezar con él, te apagaste.

Era otra de sus teorías. Entonces me vino a la mente la noche en la que todo se torció, un día antes de aterrizar en Valencia. Cerré los ojos y eché la cabeza a un lado, analizando cada segundo una vez más. ¿En qué momento la cagué? Hasta entonces, no había sido capaz de hallar una respuesta a la pregunta que acabó temporalmente con mi felicidad...

Me remonté a través del tiempo...

—Me gustan tanto tus labios —recordé que le decía mientras le bailaba aquella noche—. Quiero probarlos.

—Ivonne. —Suspiró tantas veces como era posible en un segundo—. Estás borracha...

—Aun así... no se me olvida cuánto te quiero...

—Por Dios, Bebé —musitó, abrazándome tan fuerte que sollocé—. Y yo a ti...

Y pensé, y sentí y reviví con angustia cada segundo de la noche... Y no encontré nada, nada que no supiera. Me vinieron las imágenes de mis provocaciones a Aarón, de sus excusas. De nuestros silencios acompañados por esas ganas de besarnos por horas sin que nadie nos interrumpiera. Recordaba que por un instante tuve la intuición de que debía detener el evento que habíamos organizado, como una mala premonición de que en aquella fiesta mi vida cambiaría. No obstante, lo quise asociar con los cambios que se avecinaban al día siguiente... ¡Qué equivocada estaba!

¿Qué hice para fallarle a Aarón?

«Y qué más da ahora.»

—Ivonne —Desi me empujó y abrí los ojos, encontrándome con otra realidad muy distinta a la de aquel tiempo—, te estás quedando dormida. ¿Vamos a la cama?

—No...

—¿Estás bien? —Me tocó la frente—. Te brillan los ojos.

Me limité a hacer un gesto de negación con la cabeza, tragando despacio, con la esperanza de deshacer el nudo que se me había formado en la garganta tras revivir los recuerdos. Me encontraba como antes, ¿qué fue lo que detonó la huida de Aarón, su decepción conmigo, su dolor disfrazado de cinismo?

—Qué raro —comentó saltando por encima del asiento—. Lllaman a la puerta. No tardo.

Bebí un poco más de vino y probé la ensalada César que mi amiga me había preparado con

tanta exquisitez.

—¡Espera! —oí el grito de Desiré.

Mierda, qué pasaba. Rebusqué las zapatillas debajo de la mesa, a juego con mi pijama amarillo. No las encontré, por lo que me iría sin ellas... o no, porque me llenaría de pelusas y en esa casa no las controlaba. «¡¿Qué pasa, por Dios?!»

—¡Achís!

Me froté la nariz y, agitada, me comí una aceituna, nerviosa.

—¡Ivonne! —Me fui a girar para saber el motivo del grito de Desi, pero unos brazos sólidos me aferraron por la cintura. No lo veía, así que empecé a patalear asustada—. ¡Dani, déjala!

—Suéltame —balbuceé escupiendo la aceituna—. ¡Para! Tranquilo, hablemos...

De nada nos sirvieron a las dos los gritos, porque, salvaje, le cerró la puerta en la cara a Desi. La puerta de la habitación en la que justamente llevaba instalada toda la semana. No había luz, ni nos había dado tiempo a prenderla. Feroz, me aferró las manos detrás de la espalda, montándose en su cintura a la fuerza.

—Dani, espera... —Su boca me silenció, apoyando el peso de mi cuerpo en su rodilla y mi espalda contra la pared. Me capturó los labios, chupándomelos con ardor—. ¡Ah!

—¿¡Qué te hace!?

No podía responder a Desi. Dani se restregaba sobre mí queriéndose fundir en mi piel, sin liberarme. Traté de respirar mientras me negaba, precisaba explicarle que necesitaba esos tres días restantes antes del viaje a Roma, que no acababa de encontrarme a mí misma y que no estaba preparada para enfrentarme a mi futuro sentimental justo tras remontarme al pasado, razonando contra mí misma por el amor que sentí por su propio hermano.

Pero no me dio tregua; a pesar de que me negaba a besarlo, me forzó.

—Da...

Enrabetada, hincó los dientes en su labio inferior. Me atraganté al advertir el sabor a... menta.

—¿A-Arón?

—Joder... ¿Por qué has huido de mí también? —Su lengua causó estragos en mi paladar, indagando en el interior de mi boca y mis sentidos, hasta que, impresionada, dejé el forcejeo—. Llevo días buscándote, loco. En tu casa me han dicho que estás en un curso, él no quiere hablar conmigo porque dice estar demasiado alterado; me ha prohibido acercarme allí y yo tengo ganas de matarlo por no decirme nada de ti. Pronto nos tendremos que ver las caras los tres, lo sabéis.

«Lo sabía... era inevitable.»

—¿Q-Qué haces, Aarón...?

Me besó con inquietud la barbilla, el lóbulo de la oreja. Hizo el recorrido por cada centímetro de mi cara.

—Vengo a hacerte entender por qué no debes huir de mí ni un puto día más de tu vida.

17

Corre

¿Hacerme entender de esa manera? Tenía el vello de punta, y temblaba.

Sin saber por qué, frente a la invasión, mis músculos se relajaron. Supuse que él lo advirtió por la flacidez de mi cuerpo. Extraña emocionalmente, toqué su boca con mis dedos, alejando su incipiente barba que se frotaba contra mi mentón. Tenía los labios ligeramente abiertos, húmedos. Su respiración se volvió más violenta con mi caricia.

Ahí estaba, encontrándome en esa especie de laberinto sin salida, sin saber qué tenía que hacer... No quería alejarlo. Cuando estábamos cerca, mis instintos pedían lo contrario que mi cabeza, que era más sabia y fría. Cada célula de mi piel ya notaba el calor de él y, contra todo pronóstico, así me quedé, sintiéndome absorbida entre sus brazos, aun sin deber.

—Por favor, Aarón —le supliqué, con cansancio, intentando convencernos a los dos. La situación tenía que acabar—. Deja de creerte con ciertos derechos. Deja ya este juego.

—¿Qué juego? No estoy jugando, entiéndelo de una jodida vez.

—¡¡No puedes venir y besarme cada vez que te plazca!! —Me enfurecí—. ¡No quiero! Somos cuñados...

Hundió su boca en mi cuello, aumentando la coacción de sus dedos por mi columna y pasando por la parte baja de mi espalda. Su aliento era caliente, embriagador. Y algo goteó contra mi piel, algo que reconocí como lágrimas, desgarrándome el alma.

Era muy difícil luchar contra mis propios sentimientos.

—No puedo, Aarón... lo siento.

—¡¡Olvídate de él!!

Fue tan violento que di un salto, por lo que Aarón se calmó y me lo hizo saber al besar mi cuello dócilmente. Sofoqué el grito que quería dar y me dispuse a explicarle que no se trataba de Dani, sino de mí, de mis sentimientos divididos por los dos.

—¿No entiendes nada, Ivonne? —preguntó ronco, quebrándose—. ¿Qué necesitas que haga para que sepas que siento todo lo que te estoy diciendo desde el primer puto día en que volví a verte?

«No me digas esto, por favor.»

El cúmulo de sensaciones que despertó en mí me asustó demasiado.

No supe controlar los temblores que sobrecogieron mi cuerpo. Me sentí como una tortuga escondiendo la cabeza. Mis emociones aumentaban con cada tonta y sentida frase, mi deseo se acrecentaba según el acercamiento era más íntimo, silencioso. Como antes. Quería llorar... Dani se encontraba en medio de todo y no podía hacerlo.

—¡Ivonne! Voy a llamar a la policía —gritó desde fuera Desi—. ¿¡Me oyes!?

—Dile que no —me persuadió Aarón con voz rota, acercándose a mi rostro. Trató de chupar mi labio, pero yo le di un guantazo, que le arrancó un gruñido—. ¡Basta! Dame lo que te estoy pidiendo. Quiero sentirte, descubrir por qué no puedo irme aun odiándote al imaginarte con mi propio hermano. Ivonne, necesito estar contigo.

—No soy un objeto.

—Pues deja que me quede contigo del modo que sea.

¡Zas! Directo al corazón una vez más.

Encendió la luz a duras penas y entonces por fin lo vi en todo su esplendor. Estaba demacrado, adiviné que casi no dormía. Tenía un poco de sangre en el labio por mis bocados tratando de escapar. Sin querer, le sonreí disculpándome. Él conseguía sacar mi parte más niña, mi ternura. Ciertamente era su Bebé cuando estábamos juntos.

—Hola —murmuró.

Sus suspiros fueron continuos al contemplarme. Y brusco, a la vez que apasionado, rozó su nariz contra la mía.

—Has perdido peso —observó acariciando mis pómulos—. ¿Estás bien?

Su preocupación consiguió ablandarme incluso más. ¿Cómo estaba? La respuesta era que había perdido dos kilos en apenas una semana. No era un buen dato, pero tampoco se lo haría saber.

—No lo sé y... bájame.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas? —Solía afirmar que los italianos, cuando decían la verdad, miraban a los ojos y fue lo que hizo. Me sacudí—. Cuéntame qué está sucediendo.

Intensificó la cercanía, inhalando y expulsando aire. Yo me sumé a su gesto; mis pulmones estaban vacíos por la fortuita interrupción y por su vehemencia al querer entenderme de alguna manera. La misma que hacía que yo me suavizara.

—¡Ivi!

—Estoy bien —conseguí decir a Desi—, dame unos minutos.

—¡Cinco, y quiero a ese acosador fuera!

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Mi descanso había terminado, porque Aarón era capaz de poner mi mundo al revés en segundos. Era él quien estaba allí, ¿cómo se me había ocurrido pensar que Dani iría a buscarme con tanta pasión?

—Nos hemos dado tiempo, ambos lo necesitábamos —confesé, sujeta a su cuerpo. No había espacios. Noté su suspiro contra mi cara, un suspiro cargado de alivio—. Supongo que ya no confía en mí y lo entiendo... Estaba confundida, Aarón... pero...

—Ivonne —pronunció, agarrándome el cuello suavemente. Me acarició el hueco de éste, deleitándose, hasta que gemí—. Quiero esto si lo quieres tú, no es un chantaje ni una obligación... No te sientas mal, lo habéis dejado y es lo que esperaba. Daniel tiene otra vida y tú a mí, soy lo que siempre has querido.

—Su vida soy yo y era feliz conmigo hasta que tú apareciste —le recordé a la defensiva—. No puedo, Aarón.

—Me lo estás pidiendo a gritos —gruñó, apretándome—. Tus ojos no mienten, te mueres por estar conmigo desde que nos vimos. ¿Por qué te empeñas en negarlo?

Solté un quejido lastimero, ¿cómo explicar que ni yo misma sabía cómo me sentía?

—A-Aarón... suéltame y vete, por favor.

—No quiero irme, Bebé —enfaticó cariñoso, jugándomela—. Mi Bebé, mía.

—¡Y yo te pido que lo hagas!

—Vengo a por todas y voy a quedarme.

Ahí volví a ser consciente de cómo me arrastraba hacia su terreno, de que me moría de ganas por saber qué gritaba mi cuerpo cuando él me tocaba y me negaba a sucumbir... a hacerles más daño a los dos, por no hablar de un comportamiento inmoral con el que no me sentía identificada. Me sucedía como cuando me encerraba con Dani... Estando a solas con Aarón no existía nadie más, pero eso no quería decir que así fuera. Alguien esperaba saber mis sentimientos y yo no podía dejarme llevar.

Necesitaba mantener una conversación con Dani, una pendiente tras días separados para poner mis pensamientos en orden; esos días habían ayudado mucho a replantearme mi relación con él... excepto ahora. Con la aparición de Aarón, ya no lo sentía así... si valoraba el hecho de que Aarón quería seguir a mi lado pese a haber estado con su hermano..

—Aarón... —Negué.

—No quiero hacerte daño —masculló, apuntándome con el dedo—, pero te lo estás buscando.

Su tono no sólo fue amenazador, sino violento nuevamente. No menos lo fue al efectuar sus movimientos; por ello, cuando me dejó caer de pie en el suelo, lo hizo sin consideración para luego rebuscar en sus bolsillos su teléfono de última generación. Tecleó con rapidez y, acto

seguido, me lo plantó delante de la nariz de malos modos.

—Lo he seguido a escondidas pensando que quizá descubriría dónde estabas y ¿qué me he encontrado? Que se folla a otra.

—¿Qué... estás diciendo?

Le arranqué el teléfono sin dar crédito para analizar esa cruel imagen. Dani besaba a una impresionante chica pelirroja, mientras la sujetaba por el trasero; ésta, con una escueta minifalda, lo aceptaba entre sus piernas abiertas. En diez fotografías distintas del mismo día, pues en todas llevaban el mismo atuendo, pude ver cómo ambos se daban muestras de cariño, de pasión... en el interior del gimnasio para el que Dani trabajaba... Era tarde, se percibía oscuridad en la zona de la ventana desde donde Aarón había hecho las indiscretas capturas.

No me lo podía creer. Parpadeé mirando a Aarón, necesitada de explicaciones.

—¿Son de estos días...? —balbuceé.

—Ivonne, no te engañes. —Una lágrima rodó por mi mejilla izquierda—. Esa complicidad viene de antes.

Su mirada se llenó de furia, recordando detalles o rememorando momentos que yo desconocía. Pero me callé, no sólo por verlo enervarse, sino porque tenía que asimilar la información. Dani... mi Dani, ¿cómo era capaz de rehacer su vida si estábamos estancados en una en común? Quizá me lo tenía merecido, por haber dudado, por pensar en Aarón, pero éste tenía razón: esas caricias no podían haber surgido de la noche a la mañana, no tratándose de él, que era tan reservado para ese tipo de asuntos.

Ahí había algo más, algo que se me había escapado al estar con él.

Desperté de mis reflexiones y sacudí la cabeza. Era inimaginable que Aarón me estuviera revelando que, mientras yo estaba preocupada por presentir que perdía a Dani y destrozada por mis meteduras de pata y por mi confusión mental, él se enrollaba con otra... a quien le daba lo que yo le pedía: más interés, que fuera menos conservador en alguna que otra ocasión en el sexo... y lo era, joder, ¡con otra!

—¡Mierda, traidor! —Estrellé el teléfono contra el suelo y lo partí en pedazos. Poco me importó que no fuera mío. Me dolía, me lastimaba demasiado verlo con esa mujer que no era yo—. ¡Dejadme los dos! ¡Me queréis volver loca!

Me era difícil hasta tragar, me ahogaba con mi propia saliva. Aparté a un impactado Aarón de mi camino y recorrí la habitación pisoteando los pedazos rotos de su teléfono. Aun así, Aarón no se pronunció; me miró y calló.

—¡Ivi, por favor, abre!

—Estoy bien —respondí mirando a Aarón, que seguramente estaba pensando lo peor de mí—. Vete, ¡no vuelvas en tu puta vida! ¡Te fuiste y ahora no te quiero de vuelta! Idos a la mierda los dos, ¡a follar como locos a todas las zorras, porque yo no lo soy, aunque tu boca se llenara de esa palabra sin querer soltarla! ¡En el corazón no se manda, entiéndelo!

Me lanzó una dura mirada y terminó aferrándome contra él, tras un salvaje empujón. Sus dedos se clavaron en mi piel, prohibiéndome retroceder. Yo no quería ni enfrentarlo, mi vida se había desordenado por su culpa.

—Si lo eres o no, me da lo mismo. ¿No lo ves? Estoy aquí, viéndote desquiciada por él —trató de hablar con seguridad, dominándose—. Quiero a la mujer que creí que eras, la que me aseguró que sería para mí. Dame algo para ahogar este veneno que me asfixia.

—No tengo nada para ti, ¡nada!

La última frase, por supuesto, no fue sentida, menos al ver su boca herida, su frente arrugada y su cara indisputada por el rencor y el dolor... por las ganas de tenerme y no poder. Tuve que rehuirle de un manotazo para no refugiarme en su abrazo y llorar como una loca. Estaba tan indignada que me alivió que no me capturara de nuevo.

¿Por qué Dani se había olvidado de mí en tan pocos días? ¿Por qué decía estar interesado

cuando llamaba si ya tenía compañía?

—Vete, Aarón. ¡Vete!

—Ivonne, yo no sé vivir sin ti. ¡Entiéndelo tú! —Sacó un chicle de la cajita para metérselo en la boca. Percibí cómo le temblaba el pulso, ocultándolo en seguida al introducirse las manos en los bolsillos—. Y tú, en cambio, con él, ¡es mi sangre! Ya te ha reemplazado por otra, ¿no lo has visto?

—Lo sé, ¡lo sé! —se me escapó.

Dio en el centro de la diana. Lo más doloroso era que ni siquiera había tenido el valor de decírmelo a la cara, mientras yo lloraba, como esa noche, por lo que sentía y no quería. Por mi lucha entre la razón y el corazón. Por temor a lanzarme a un precipicio llamado Aarón, que se unía a Dani, al cual también quería y no sabía cuánto.

«No puede vivir sin ti.» Y yo no podía más.

—Vete, ¡todos sois iguales! —sollocé mirando el teléfono, el resultado de mi agresividad liberada—. Me habéis hecho sentir una persona diferente, alguien que no soy... He gritado y he dicho burradas, y sabes que odio ser así.

Mis últimas palabras le arrancaron una sonrisa forzada. Vino hacia mí, levantándose la barbilla para secar mis lágrimas con paciencia. Las yemas de sus dedos las barrieron una a una, despertando en mí las sensaciones que no deseaba. No sabía huir de Aarón, aun menos entonces, pues me sentía despechada, abandonada...

Y quería ser libre, lejos de los hombres que habían abierto profundas heridas en mí, las mismas que yo en ellos.

—No me iré sin ti, Ivonne.

Cerré los ojos. Por miedo a que me liberara, me inmovilizó por la nuca, controlando mi bajo llanto.

—Ivonne.

—Déjame —susurré.

—No puedo, lo he intentado. —Me cogió la cara y, aunque reprimido, la frotó con la suya—. Piensa y dime. Pídeme que me vaya, dílo de una puta vez si es lo que sientes en realidad.

—¡Es lo que quiero! —me revelé—. ¡Que te vayas y dejes de acosarme!

Dio pasos atrás, decepcionado. Estoy segura de que no esperaba mi negativa. Reconocí que lo que había sentido caer contra mi cuello con anterioridad habían sido sus lágrimas, quizá de desesperación, pero él mismo fue el que me hizo engancharme de Daniel con su precipitada huida... Me estaban partiendo en dos.

—Está bien, Ivonne. —Bajó los brazos—. Está bien...

Abrió la puerta, pero yo me adelanté, cruzando la sala como una histérica mientras lloraba por las fotografías de Dani. Desi nos miró, pasmaba, pero Aarón, sin decir nada, se encaminó hacia la puerta principal, por la misma que había irrumpido.

—¡Maldito Dani! —le gritó Desi.

—¡No soy él, joder!

—¡Ivi, ¿qué...?

—Es Aarón —le informé, abrazándola de lado—. El gemelo de Dani...

—Ups.

—Ella es Desiré —los presenté, llorosa—, mi amiga.

Aarón no se preocupó de saludarla, parecía tan resentido que sólo tenía ojos cansados para mí. Me sentía tan triste y sola... ¿Por qué Dani me había hecho eso? Quizá con él había perdido mi tiempo y, con ello, tener algo con Aarón que mereciera la pena. Aceptaba que podría haber sido así en el pasado, antes de convertirnos en un triángulo tan imposible.

Más lágrimas se escurrieron.

—Tengo que irme —dijo Aarón, sin más.

Al oír que se cerraba la puerta, lloré más.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó, Desi, acariciándome la espalda—. ¿Qué tienes?

—D-Dani...

—¿Qué? —Sus músculos se agarrotaron en alerta—. ¿Ha ocurrido algo con él?

—Está con otra —confesé, rompiéndome en un millón de pedazos—. ¡Lo he visto en fotos!

—Pero... maldito cabrón. ¿¡Y vas a llamarlo!?

No tenía valor para oír de sus propios labios que sus manos se habían paseado por el cuerpo de otra. Mucho menos me sentía capacitada para escuchar una posible mentira, sin confirmarme, por miedo, su infidelidad. Dios mío. Parecía que me estaban taladrando la cabeza, que mi cuerpo se deshacía al memorizar las fotografías, la complicidad de mi Dani con...

Mis reflexiones desencadenaron en una falta de oxígeno y que Desiré se viera obligada a tumbarme en el sofá y abanicarme. Incluso tuvo que darme un tranquilizante para calmar mi ansiedad, porque se me iba la vida con la persona que me había cuidado en los últimos meses y que, de un día para otro... ya no conocía.

—Duerme, lvi... duerme.

«Duerme.» Esa palabra se repitió en los dos últimos días y nada había cambiado. No podía llamar a Dani, seguía sin tener el valor de enfrentarme a la verdad o mentira de sus palabras. Y mis fuerzas se desvanecían.

—¡No vas a seguir así, Cuquita! —me regañó Desi, tratando de levantarme de la cama—. ¡Es sábado, vas a salir sí o sí!

—No me apetece —susurré, limpiándome la cara.

—Llevas dos días llorando, de la cama al sofá... No puedes continuar de esta manera. Si me quieres, déjame ayudarte, por favor. Ni siquiera me das explicaciones de qué te traes con Aarón... Vamos a salir, tienes que despejarte y hablarme.

¿Despejarme? ¿Cómo arrancar ese dolor perpetuo de mi pecho?

—Si no sales de aquí —me amenazó sin paciencia—, te saco de los pelos a rastras yo misma.

¿Salir?

Horas después volvíamos y yo no lo hacía en muy buenas condiciones, ya que regresaba como Desi me había dicho que me sacaría, a rastras. Por lo menos reía sin parar, por el pedo que llevaba encima; sí, pero me importaba todo tres pitos y medio.

—¡Fiesta!

—Madre mía... me vas a volver loca —se quejó, trasladándome a la habitación—. Espérame aquí, porque ya no sé qué voy a hacer contigo. Mecachis... Me has roto una uña.

—Lo siento —balbuceé.

Todo me daba vueltas.

Me quedé bocabajo en la cama. Ella se marchó y volvió no sé cuánto tiempo después. Sentí de pronto agua helada por la cabeza, lo que me dejó sin respiración. Ni siquiera podía hablar, las palabras no me salían por el mismo impacto que me habían supuesto los chorros. La cama quedó empapada por toda la zona de la almohada.

—Venga, espabila —me dijo Desi, ¿quitándome la ropa?—. Vamos a ponerte el pijama... En el salón te he dejado algo de fruta para que se te llene el estómago y pase esto. No sé para qué te he sacado.

Ni yo tampoco. Era absurdo creer que, por beber, me olvidaría del desorden que seguía instalado en mi vida, de la pesadilla en la que estaba inmersa. La verdad, no era quién para juzgar si injustamente o si me lo había buscado yo.

—Venga, levántate —gruñó Desi, por enésima vez—. Ivonne, me estás sacando de mis casillitas. Una vez hubo conseguido ponerme en pie, me llevó al baño y me metió la cabeza debajo del

grifo. ¡Buf! Casi me ahogó; sin embargo, surtió algún tipo de efecto. Poco, pero lo suficiente, ya que por lo menos pude sujetarme por mí misma, estabilizarme sin que todo se moviera a mi alrededor. Fui hasta la pared de mi habitación y allí me apoyé, observando cómo mi amiga se iba.

—Desi —balbuocé—. Ven... tengo náuseas.

Tras lo que me pareció una eternidad, por fin oí pasos, pero me quedé petrificada al ver que no eran suyos, que no era ella, sino una persona a la que yo necesitaba tanto en esos momentos que mi corazón a punto estuvo de salirse del pecho.

Cerré los ojos, tratando de buscar un término medio...

Supe que no lo había. No entonces. Su olor inundó la habitación, así como sus resoplidos llenos de impaciencia.

«No lo hagas, Ivonne», me ordené, previendo lo que vendría a continuación.

Por el incómodo silencio que se cernió sobre nosotros, junto con mis alocadas emociones desatadas, me arrojé hacia delante, permitiendo que su boca capturara la mía. Me mordió... se alejó y me acerqué. Mordió, repitió e imité.

—Qué quieres, Ivonne...

«No lo sé.»

Abrí los ojos y Aarón me estaba mirando, mal. Su piel no estaba muy tostada, más bien encendida. No supe qué decir. Confesar lo que me hacía sentir él podía ser un arma de doble filo. Pediría más y, en mi estado, querría dárselo y hasta hacía pocos días yo estaba con... Mi corazón parecía más confuso que nunca. Dividido.

—Bien. Tú y tus malditos pensamientos secretos —me reprochó—. Ven y come algo.

Me alzó en sus brazos como si fuera una pluma, con mis piernas envolviendo su cintura al posicionarlas a su antojo. Descansé la cabeza en su hombro, como hacíamos cuando yo me quedaba dormida mientras veíamos una película y mamá le pedía más tarde que me subiera a mi habitación sin despertarme, para luego, fingiéndome adormilada, quedarme esperando el intenso beso de despedida en otra parte que no fuera mi mejilla. Nunca llegó.

—Deja de llorar, Ivonne, por favor.

—Necesito a mi amigo —sollocé, mientras cruzábamos la habitación.

—Seré la mierda que quieras que sea, pero déjame quedarme. —Me obligó a levantar el mentón, cruzando nuestras miradas. Me embobé observándolo, ¿cómo podía ser tan guapo? Tenía esos ojos que tanto transmitían... Mi Aarón...—. Enséñame a no odiarte; había dejado de hacerlo pero te has empeñado en hacer renacer en mí ese sentimiento al saber lo que sientes por él. Sin embargo, me conformo con que me necesites igual...

Otra vez la palabra... Odiaba que me odiase.

—Déjame a solas con ella —pidió Aarón, supuse que a mi amiga. Me sentó en el sofá y se ocupó de mi pena. No vi la reacción de Desi, pues tenía la cabeza mirando hacia abajo, bebiéndome las gotas saladas que corrían por mi rostro—. No le haré daño.

—Ivi, si me necesitas...

—Lo sé.

Le eché un vistazo a Aarón, que se acercó más, impregnándose de ese perfume caro que llevaba. Parecía herido; aun así, vi que se estremecía al recogerme un mechón de pelo que se había escapado de mi moño mal hecho. Lo metió detrás de mi oreja.

—¿Por qué tu llanto, Ivonne?

Me mimó al enjugar las frágiles lágrimas de mis pómulos, consiguiendo que temblara de pies a cabeza.

—Estoy dañada, confusa y perdida... No puedo vivir así.

—Déjame reconducirte. —Me acarició la mejilla—. No puedes sentir por él, Ivonne, te ha olvidado.

Era más que evidente... Había perdido a Dani para siempre, el punto y seguido ya no existía en nuestra relación. Él había puesto un punto y final sin decírmelo. Seguía sin confirmar si había perdido al hombre de mi vida por dejarme llevar por la curiosidad de lo que viví con Aarón tiempo atrás, por valorar si sentiría lo mismo en la intimidad que teníamos prohibido gozar.

—Que lo nuestro esté roto no quiere decir que tú y yo... —intenté explicar.

—Juraste ser mía y no sé darme por vencido.

«Lo hice.»

Subí las piernas al sofá, levanté las rodillas y apoyé mi frente en éstas, rodeándome con los brazos.

—Tengo otro pañuelo —musitó, enredando las manos en mi pelo—. Pídemelo y prometo cuidarte toda la noche.

—No puede ser...

—No. —Alcé la cabeza y descansé la mandíbula donde estaba apoyada antes mi frente. A Aarón se le marcaron los hoyuelos, proyectando el temerario plan—. Fúgate conmigo. Solos. Lejos de donde todo parece oscuro. Reclama el pañuelo y me estarás dando tu sumisión hasta que tengamos las respuestas que ambos necesitamos... Ponte a prueba; estoy dispuesto, Ivonne. Me arriesgo a tenerte sin saber qué sentirás después, pero aclárate.

Me faltó el aire.

—¿Fugarnos? —repetí, enfadándome al recordar la palabra—. ¿Sumi... qué?

—Sí, solos. Sumisión, Ivonne. Sólo para hacerte recapacitar, no para controlarte a ti, sino para descubrir tus sentimientos a mi lado. Si después de todo me confiesas que... —enterró la cara en mi cuello, suspirando, y añadió en susurros—... que lo sigues queriendo, te dejaré en paz. Pero necesito esto, comprobar si mi teoría es cierta: creo que te refugias en él al encontrarlo parecido a mí, sustituyéndome sin que tú misma lo reconozcas. Quizá me estoy mintiendo, no lo sé; aun así, no quiero rendirme sin conocer la verdad.

—Estás loco...

¿Qué pensaría su familia, la mía, sus hermanos? Entre Dani y Aarón existía un vínculo tan fuerte que nadie que no estuviera en su situación entendería que aceptara una propuesta como la que él le estaba haciendo. ¿Lo haríais vosotros? El necesitar estar en contacto con una persona que, sólo con verla, tu corazón vuela, arrinconando a ese otro que no está ahí para confundirte. Dani no lo sabía, pero me había dejado hecha polvo al presenciar cómo hacía lo mismo que yo estaba deseando hacer con Aarón...

Dejarme llevar, sentir, y luego, tras obtener respuestas, luchar por lo que mis sentimientos dictaran, sin importar lo que hubiera pasado antes, empezando de cero. ¿No tenía derecho a rehacer mi vida si había cometido un gran error como ése? Quizá, cuando el fin de semana terminara, yo descubriría que en realidad únicamente quería estar sola... Egoísta. Tal vez ninguno de los dos era tan especial como para compartir el resto de mis días con ellos. A veces, en la vida, había que correr riesgos.

No lo tenía claro, igual desvariaba con mis reflexiones a largo plazo.

—Ivonne...

Me encogí de hombros, apretando más la cara de Aarón en mi cuello, allí donde él parecía lamentarse y donde yo sentía su aliento, caliente, provocando que mi piel se sacudiera sin cesar.

—Tienes que decidirte de una vez y reconocer que soy yo, pero con personas alrededor te confundes. —Resbaló su cara por la mía, hasta que estuvimos frente a frente—. No puedo seguir viendo que eres de otro, de mi propio hermano.

—Ya no soy de él ni de nadie, y esta decisión es una locura...

—Lo sé. —Había furia contenida en sus ojos—. Y creo que he perdido la puta cabeza para consentir que tú me mangonees así. Me estoy humillando a prestarme como una prueba, pero

¿y qué hago? Es el jodido corazón el que manda.

—El corazón es un traidor —susurré, nerviosa por sus confesiones. Su boca y la mía cada vez estaban más cerca—. No querría estar así, Aarón. Yo no tengo la culpa de sentir esto, entiéndeme, por favor.

—Es lo que estoy tratando de hacer... pero dame algo más para mantenerme con fuerzas.

Era nuestro momento, del cual no quería hacer partícipe a nadie más, aunque sonara egoísta. Dani lo estaba siendo y no se lo reprocharía, quizá también se estaba equivocando y, al igual que yo, tenía derecho a darse cuenta de su error.

—¿Una tregua? —musitó—. No quiero discutir, sabes que no me gusta. Y no, no podemos estar así, Ivonne. Dime qué necesitas. ¿Te vienes? No te haré la proposición de nuevo, ¿quieres o no?

—¿Por qué pañuelos? —murmuré desviando su propuesta.

Me acunó la cara, exigiéndome que nos miráramos con profundidad. Sus labios se curvaron al conseguirlo, forjando que casi perdiera el sentido. ¡Cuánto echaba de menos aquello! A él.

—Recuerdo cuánto te gustaba tocar la seda; quiero innovar en todo, es nuestro sello. —Me sonrió a medias. Yo también a él, emocionada—. Vamos, Ivonne, ven conmigo. Te prometo que no te arrepentirás.

Sus pupilas se dilataron frente a mi indecisión. Sus ojos, sus manos, su piel me suplicaban en silencio. Mi corazón, a su vez, gritaba frenético que lo echara, pero mi cuerpo clamaba que claudicara ante él. El hombre que siempre había conseguido que me evadiera de los problemas me proponía, cuando más lo necesitaba, llevarme lejos y hacerme olvidar.

Me negaba a aceptarlo pero la realidad era otra: seguía siendo ese imán intenso para mí. Aarón, mi amor platónico y amor real años después, al que no había olvidado... era consciente de eso, tarde... pero lo era. Lo había añorado cada segundo y, tras conocer la traición de Dani, me sentía liberada para descubrir los riesgos que podía conllevar compartir días con Aarón.

Irrracionalmente me dejé llevar por el torrente de pasión que corría por mis venas y me entregué a lo que realmente quería en esos instantes; aunque no debía, lo besé. Ansiosa, me percaté de que él no lo estaba menos, así como lleno de ternura, de romanticismo. Eran besos tan lentos que quemaban, que podían hacer llorar. Necesitaba olvidar lo que había pasado, lo que nos habíamos hecho los tres, para quedarnos sólo nosotros dos. Tenía que enfrentarme a esa atracción, al deseo y a lo que me podría proporcionar por tercera vez en mi vida... calmar mi sed, mi hambre de él, sin importar lo que nos rodeara más allá de nosotros mismos.

—Aarón —articulé entre beso y beso—: quiero el pañuelo... Hazme saber qué es volver a sentirte...

Sus ojos se cerraron, controlando sus ganas, resistiéndose a mostrármelo todo de él.

—¿Has bebido? —Asentí a su pregunta. Frustrado, se retiró—. ¿Cuántos dedos hay aquí?

Entrecerré la mirada, su imagen se difuminó por momentos.

—¿Dos... o tres? —traté de adivinar—. ¿Cuatro?

—Maldita seas, Bebé. No tienes ni idea, pero me importa una mierda.

Me montó sobre su cuerpo, con un movimiento atropellado, y volvió a reclamar mi boca. Esa vez la locura estalló.

—Aarón...

Gemí tirando de su cabello, entrelazada a su cuerpo y permitiéndole que me poseyera los labios, que me chupara la lengua... que en cierto modo me dominara, devastándome. Clavé mi mirada en la suya, desesperada, degustando su menta, arrastrada por su ímpetu. Nuestras bocas eran húmedas, anhelantes al besarnos sin apenas necesitar respirar. No consumíamos.

Aarón quiso más y posó la mano derecha debajo de mi trasero, rondando cerca de mi sexo, que casi se rozaba con el suyo... Con un gruñido gutural, se separó y parpadeó.

—Seremos como dos desconocidos. —Asentí a su estúpida propuesta—. ¿Estás bien?

—No dejes de besarme, por favor... —imploré, temiendo arrepentirme.

Se levantó conmigo en sus brazos y me llevó hasta la mesa grande y vacía que había en el centro del salón, para depositarme en ella. Luego me contempló de cuerpo entero. Yo temblaba y mucho, exageradamente.

—Pídemelo, Ivonne. No puedo más.

Y con voluntad propia, mi cuerpo le cedió su espacio entre mis piernas.

—Ven —baluceé, con la mano alzada hacia él.

De un salto estuvo sobre mí, aplastándome. No retrocedió pese a mi quejido. Su boca se mostró dura, severa. Me enredé en él, decidida a consumirme con su delicioso sabor mentolado. La tensión sexual reventó entre nosotros, necesitando tocarnos e ir más allá. Sus manos resbalaban por mi cuerpo y me masajearon sin piedad, y yo, arqueada, me ofrecí.

—Ivi... ¡Ah!

Ni siquiera el grito de mi amiga fue capaz de frenar mi abandono; mi descontrol y mi deseo no me lo permitieron, era como si no quisiera despertar. Aarón no me dio respiro, ni su lengua, que indagó en el interior de mi boca, ni tampoco su mano, que ya circulaba por mi costado. Febril, entregado... dominante. Me acarició el pecho por encima de la camisa. Yo arañé su cuello, arrancándole un grito lleno de placer y orgullo que se extravió en mis labios.

Simplemente no podía reprimirme, era demasiado lo que él provocaba en mí.

—Perdón —carraspeó mi amiga—. Esto... Dani... está fuera.

Mi mundo se paralizó a cámara lenta, y mi corazón se disparó, temeroso. A duras penas y quizá con demasiada torpeza, intenté separarme de Aarón, pero él hizo fuerza, manteniendo la postura. Mirándome a los ojos, formuló la pregunta:

—Él o yo.

La desconfianza se instaló entre nosotros, porque yo no supe darle la respuesta que esperaba, forzándolo a que se retirara lentamente. Me dio la libertad que pensaba que le pedía, agarrotado. El deseo seguía chispeando en su furiosa mirada.

Me crucé de piernas, recuperando el control de mí misma.

—Puedes quedarte con él y aceptar las miserias que te dé mientras se folla a otra, o perderte conmigo y tenerlo todo. Sin promesas, sin presiones que te agobien. Con un único objetivo, ya lo sabes. A cambio, quiero tu entrega, la que ya me diste una vez y necesito tener de vuelta para que aceptes la realidad.

Me arrastré por la mesa hasta sentarme, camuflando mi cuerpo con mis manos. Ahí estaba la pregunta que tanto temía responder y que, sin saber por qué, presentía que llegaría.

¿Irme con Aarón... o huir de los dos?

De amor ya no se muere

Mi mente la ocupó Aarón. Su huella me marcó a fuego lento desde el día en que me tocó. Lo tenía todo a su lado; con su mera presencia yo era feliz, y se fue... Más tarde, contradictoriamente, me refugié en los brazos de su gemelo, ¿buscando su reflejo? Necesitaba descubrir la verdadera realidad, despejar la niebla que confundía mis sentidos, que a su vez me hacía sentirme insegura, llena de miedos. Esas reacciones se producían en mí al mezclarme con ambos.

—Cuqui...

Me armé de valor y reparé en Desiré, que debía de estar alucinando por mi desvergüenza, callada e impresionada a unos pasos. Dios mío. Mi conmoción me obligó a moverme e intentar arrastrar mi cuerpo hasta la habitación, descalza, cuando oí sonar el timbre por enésima vez.

Entonces sólo quise huir, sin enfrentar a Dani; no quería saber qué me tenía que decir. Me dolería demasiado escuchar su relato, lo sabía, y no tenía derecho a sentirme engañada cuando yo... En fin.

—¡Ivonne! —demandó Aarón.

Salió corriendo detrás de mí, quedándose petrificado en la entrada de mi habitación cuando me vio apurada recogiendo todas mis cosas. Sí, saqué mis dos y únicas maletas y, aterrada, las dejé sobre la cama. Me masajé el cabello, la sien, vagando por el cuarto.

Hasta que lo vi plantarse delante de mí.

—¿Quémerda

[\[16\]](#)

estás haciendo? —Ni me rozó, manteniendo la calma en su expresión corporal, pero no en su tono ni en sus palabras—. ¿Te vas con él?

—Aarón...

—Si no sales hoy conmigo de aquí, olvídate de mí. —Chirrió los dientes—. No voy a permitirte más gilipolleces.

«Piensa, Ivonne.»

De no irme con Aarón, la pregunta de qué podría haber pasado siempre me perseguiría. Y me negaba a pensar que el hecho de dar por perdido a Dani fuera el detonante de mi próxima decisión. Necesitaba pensar en mí, aunque la palabra *egoístase* repitiera demasiado últimamente en mi repertorio. Dani lo hacía aun lastimándome... ¿Por qué yo no podía hacerlo? No era despecho, o necesitaba creerlo así.

—Se te acaba el tiempo, Ivonne —gruñó—. ¿Te vas con él?

Mis sentidos dieron el paso que yo no me atrevía.

La Ivonne que Aarón conoció, la atrevida, negó acercándose a él. Cuando estuve justo delante, lo besé desde el mentón hasta muy cerca de su nariz, repartiendo los besos a la vez que le acariciaba la nuca. El vello de mi piel se volvió a manifestar.

—Llévame lejos —imploré, esperando su consuelo. Pero sus labios no se movieron, y sus manos permanecieron congeladas en los laterales de su cuerpo—. Dime que hago lo correcto, por favor.

—Dímelo tú, Ivonne. Yo no sé qué sientes y justo hoy no quiero saberlo.

—¡Yo también me odio, si te sirve de algo! —Permití que estallara lo amargo que había dentro de mí—. ¡Nunca quise haceros daño, pero vosotros también me lo habéis hecho! ¡Te fuiste y yo te quería! Y luego él... me ayudaba, estaba a mi lado... ¿Qué querías? ¡No soy de piedra! Volví a sentir... me hizo volver a creer que...

—Basta. —Contuvo el aliento—. No quiero discutir.

Hizo una mueca amarga e intenté replicar, pero él me lo prohibió con el dedo en alto.

—Cállate, Ivonne.

Sin embargo, no pude.

—Me daba cariño, ¡yo necesitaba sentirme querida y no una mierda como tú me dejaste cuando teníamos otros planes! ¿Y de qué me ha servido? ¡Tú estás aquí y me odias! ¡Él está con otra! ¿Todo para qué? ¡Para nada!

El rictus de su boca se compungió y, agobiado, dio una patada al suelo.

—Miénteme si es necesario —me pidió desesperado. Con el ceño fruncido, me impulsó contra su pecho y enredó las manos en mi pelo—. Dime que, cuando te tocaba, no lo veías a él..., que era yo.

Qué duro era todo. Vivir dos historias tan diferentes y sin saber cuál era la mía verdaderamente. ¿Por qué no hacer lo incorrecto? ¿De qué nos sirve la moralidad en ocasiones si no somos felices?

—No lo sé... No nos engañemos más, Aarón.

No podía darle esperanzas sobre algo que no era, aunque supusiera no hallar una posible solución a esa interminable ansiedad.

—Aarón... ¿Sabes que esto es una locura, verdad? Me harás daño, porque tu rencor no te deja quererme como antes. Y yo te lo haré, porque no tengo las respuestas que buscamos. También haremos daño a Dani cuando sepa que...

—¡Está con otra, que le jodan! —Me estampó contra la pared—. ¿Por qué tienes que pensar tanto en él? ¿No te basta con lo que sabes que yo puedo darte? Si él va a estar en tu mente mientras estás conmigo, quédate aquí.

—¡Ivi, dice que no se va! ¡Que sabe que estás aquí! Lo tengo esperando fuera y no se mueve.

Aarón me liberó lentamente y acto seguido me cogió las manos.

—Déjalo todo a un lado, Ivonne. Prometo cuidarte, sólo quiero que entiendas que estar conmigo es justo lo que necesitas cada maldito día de tu vida.

—Y si no lo entiendo y cometo el gran error de... —No tuve valor de acabar la frase—. Me odias, Aarón.

—No importa —susurró muy bajito, acercando su cara a la mía—, porque también *ti voglio bene*.

[\[17\]](#)

Lo miré a los ojos, conmocionada. ¿Me había dicho que me quería?

—No me hables en italiano. —Me tapé los oídos, zafándome—. No me hables en italiano.

Forcejamos, yo por no oírlo y él para torturarme, hasta que consiguió sujetarme. Me asió las manos por encima de la cabeza, persiguiéndome al dar pasos en falso por la habitación. Otra vez todo se tambaleó, ¿o era la habitación la que de verdad giraba? El alcohol seguía manejando mi cuerpo.

—*Ti voglio bene*.

—¡Que te ca...!

Me besó la frente.

—*Ti voglio bene*.

Me abrazó hasta aplastarme.

—*Ti voglio bene*.

Me sonrió... confundíendome aún más.

—*Ti voglio bene, Ivonne, molto*.

[\[18\]](#)

Nos miramos y esa vez fui yo quien lo besé, con garra, con desenfreno, aferrándome a su camisa y él, a mi pelo; sabíamos que así no había forma de seguir. Era hora de dar un paso hacia

delante... Ya tendríamos tiempo de hacernos tal vez otro tipo de preguntas. Si no arriesgaba, jamás obtendría lo que yo misma reclamaba: aclararme con respecto a él... y a Dani...

¿Y si salía y hablábamos? No... mi corazón me exigía que me marchara con Aarón, sin cuestionarme el motivo de la elección.

—Me gusta que lo entiendas, Bebé.

Aarón me soltó, me guiñó un ojo y se sacó un pañuelo del bolsillo.

—¿Lo quieres o no? —Me lo ofreció—. Yo ya lo he dicho todo, Ivonne. No me obligues a aceptar que ya no me quieres.

Me encontré consumida por el beso, a punto de olvidarme del resto del mundo... pero la puerta se abrió con un estruendoso golpe, descubriendo a una Desi enrabiada, con los brazos en jarras. Nos miró de hito en hito, posiblemente pensando que yo había perdido el juicio. Y lo había hecho; de lo contrario, ni yo misma encontraba una explicación a mi comportamiento.

—Mira —me advirtió sin sutileza—: que te hable en italiano, español o chino, ¡me da igual! Pero ¿qué hacéis? Dani no se va y tengo una puerta trasera. En el garaje hay coches, ¡coged el que os salga de los mismísimos! ¡Pero, por Dios, idos y volvéis dentro de unas horitas!

De pronto, su rostro angelical se descompuso. Me miró, acercándose para palpar mi cuerpo. Me encogí confundida.

—¿Estás bien? —Señaló a Aarón—. ¿Tú para qué la quieres?

—Córtate con el tono. —Desi refunfuñó por la advertencia de Aarón—. Ella estará conmigo como debe, está perdiendo peso y no puede estar más triste.

—Tu puñetero hermano la tiene así.

—No me compares —la amenazó, prácticamente escupiéndole, y se dirigió a mí—: Ivonne, por última vez, ¿qué quieres? Él está fuera y, créeme, estoy haciendo milagros para no enfrentarme a ese traidor desde que llegué, que se hace llamar hermano, aunque no lo sienta así. ¿Me entiendes o no?

«Las fotos, mi relación con él.»

—Sí.

—¿Y...? —inquirió vacilante, rígido.

Eché el resto de mi ropa en la maleta, sin ordenarla, algo nada común en mí. Guardé en ella cada objeto que tenía en casa de Desiré, mis documentos. Me quité el pijama sin pudor delante de ellos, aunque de espaldas a él, sin mirarlos, y me puse un pantalón de pitillo con una camiseta ajustada blanca, zapatos bajos y un moño alto; mis dedos eran tan rápidos que estuve lista en muy poco tiempo.

—Ya —anuncié sin levantar la mirada.

Cerré las maletas a la espera de que Aarón viniera hacia mí y pocos segundos después lo vi llegar. Me besó la frente, a lo que ambos suspiramos. Despacio, alcé la vista, analizando cómo atravesaba la habitación casi con los ojos cerrados, cargando mi equipaje. Él me conocía, sabía que precisaba unos minutos a solas con mi amiga, a la que abracé desesperada.

—No creas que me he vuelto loca.

—No me atrevería —susurró, impresionada—. Tienes mucho que contarme. He perdido los papeles con Dani...

—¿Cómo? En cuanto pueda te llamo y hablamos...

Al separarme, sus ojos brillaban. Había emoción e inquietud en ellos.

—Vaya con Aarón y su genio —señaló con sarcasmo—. Anda, márchate antes de que recupere la razón, efectivamente te llame loca, eche a la copia de Dani de mi casa y llame a la policía.

—Dile lo que ya sabes, que no estoy aquí...

—Con gusto. —Me retuvo por un brazo—. ¿Cuántos deditos hay aquí?

—¡Otra vez! —balbuceé—. ¡Y yo qué sé!

—Mira, da igual... vete. —Sacudió la cabeza—. Sé que necesitas esto y que te cuidará... Lleva

dos días muy pesado.

Me detuve a unos pasos, donde me separaban los metros necesarios para evadirme de esa cruda realidad. Desi, que notó mi indecisión, me dio el empujón que me faltaba para que cruzara la habitación. En la sala me esperaba Aarón, cómo no, fumando. Al verme, apagó el cigarrillo y me ofreció su mano, la misma donde tenía el pañuelo y, por lo tanto, me brindó la última oportunidad de escaparnos como dos fugitivos en plena noche.

Su forma de mirarme fue delito, me desnudó. Me acarició sin tocarme... Finalmente y con temblores, lo acepté.

—Tomad —nos interrumpió Desi con las llaves de un vehículo—. El rojo. Ah, y tu móvil —me recordó mirando de reojo a Aarón—, por si necesitas algo.

Las cogí, guardé el teléfono en mi bolso y tiré de Aarón hasta el garaje. Me detuve donde estaba el cochazo rojo, con los cristales tintados en negro. Él, sin decir nada, guardó mis pertenencias y me abrió la puerta del copiloto, volviéndome a besar con efusividad antes de cederme mi espacio. Caí exhausta en el asiento. La cabeza me daba vueltas, asumiendo mi decisión, las informaciones de los últimos días, la confusión... todo dolía y no sabía si me equivocaba.

—Voy a llevarte a una casa que alquilé la semana pasada, para ti y para mí —comentó bajito al entrar—. Mírame.

Obedecí desconcertada. ¿Había dicho para los dos?

—¿Estás bien, Ivonne?

—Creo que sí...

—Dos desconocidos. —Se ajustó el cinturón sonriendo y me sostuvo la cara cerca de la suya—. Soy Aarón Fabrizi.

Se me escapó una risita tonta. La adrenalina de lo prohibido, del frenesí... me aceleró. No estaba acostumbrada a dejarme llevar por impulsos ni a hacer locuras como esa. Menos cuando mi corazón estaba roto al descubrir la infidelidad de Dani... su hermano. Me dieron náuseas.

—¿Seguro que estás bien? —insistió, más preocupado.

—Si verte doble es estarlo...

Aarón volvió a salir del coche y me sacó en seguida, tan rápido que me tambaleé. El mareo dio paso a los vómitos, y tuve que mojarme el rostro con agua, lo cual ayudó bastante una vez que me encontré de cucullas en el suelo tras haber echado los restos, recuperando el pleno control de mi conocimiento.

Me froté los ojos, topándome con otros que me esperaban con inseguridad, rabia.

«Mi decisión no es despecho ni venganza el estar aquí», me repetí.

Entonces me di cuenta de la frialdad con la que estaba actuando. ¿Cómo podría ser capaz de tener un encuentro premeditado con Aarón echando de menos a Dani? Por Dios, ¡hermanos! Me daba pavor embarcarme en una aventura con Aarón por lo que acababa de descubrir de Dani. Estaba en un bucle, sin salida.

—Aarón... —Me cogió en brazos para luego sentarme en el coche. Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Tienes idea del autocontrol que tengo que tener para no abalanzarme sobre ti? —gruñó, sacando el famoso paquete de chicles de menta. Le dije que no cuando me ofreció uno—. Bebé, por favor.

—Ésta no es la solución, lo sabes.

—Ivonne, entiende que no sirvo para decirte palabras bonitas, soy un bruto mal hablado. Por eso sólo quiero hacerte sentir lo que con palabras no soy capaz de expresar. Y es que te necesito...*mucho*.

[19]

Suspiré con su acento.

—Necesito a mi amigo... —pedí sin sentido.

—Te lo repito: seré lo que me pidas.

Asentí con pesar... Me gustó la expresión de sus ojos, su voz ronca. Su elegancia al mantener el tipo. Adoré saber que una parte de él no le había permitido borrarle de su recuerdo, como yo tampoco había sido capaz. Y, para qué mentir, mi problemática con su italiano era importante: me hacía estremecer continuamente.

—Gracias por estar aquí, Aarón. —Agarré su mano fuerte, la besé y me froté con la palma de ésta—. Eres tan especial para mí... te he echado muchísimo de menos. No tienes idea de cuánto...

—Cállate —ordenó silenciando mis labios—. Nos vamos y, te repito, seré la mierda que quieras que sea... pero conseguiré volver a tenerte como antes, aunque tenga que luchar parte de mi puta vida para que te enamores nuevamente de mí. De Aarón.

No le llevé la contraria, porque uno de mis propósitos para ese fin de semana era averiguar qué hice... el porqué de su cambio de percepción respecto a mí tras entregarme a él contra un duro árbol, en el que nuestros nombres fueron grabados. Allí conocí la perdición...

Sin darme cuenta, habíamos llegado a un edificio oscuro; no supe ubicar bien en qué parte de Valencia estábamos. Por su aspecto, parecía un barrio de gente adinerada. De nuevo, Aarón me ayudó a bajar y yo lo seguí en silencio por el tranquilo pasillo. No dejó de analizarme de reojo, pero yo no mostré ninguna de mis emociones.

Entramos en el ascensor y allí sentí que me faltaba el aire. No me atreví ni a pestañear, hasta que Aarón lo detuvo.

—Aarón, no pares este cacharro...

—¿Qué te pasa ahora? —Me di aire con la mano—. Ey...

—Abre... me ahogo.

Me di la vuelta y empecé a golpear la puerta cerrada.

—¿No me digas que también te has vuelto claustrofóbica?

—Abre. —Me tambaleé—. ¡Me asfixio!

Aarón me tapó la boca y, riéndose en mi oído, murmuró:

—Chis, te van a oír y pensarán que te quiero violar... aunque no es mala idea.

Iba a darme un infarto con la situación.

—Ahora, calladita, obedece. ¿Me das las manos, Ivonne? —dijo suavemente—. Hazlo, por favor.

Tratando de no parecer una desquiciada, me di la vuelta y se las cedí, observándolo a través de mis pestañas. Quería atármelas con el pañuelo negro, pero me negué. ¿Os parece lógico? En todo momento perseguía la conexión conmigo, la complicidad.

Esa que yo temía que hubiéramos perdido.

—Está bien —musitó, desganado—. Me cago en mi nación.

Me besó las muñecas, lo que fue incluso peor, pues sentí la presión en mis muslos y terminé cerrando las piernas.

Cuando por fin le dio al botón y continuamos subiendo, volví a respirar, bajo su cautelosa y extraña mirada. Sólo mejoré cuando las puertas se abrieron y él me empujó a la que intuí era su casa. Sí... de nuevo aire.

—Ya pasó —me consoló, risueño, sin quitarme ojo—. Ven.

Las luces estaban encendidas. El desorden en la sala me desveló sus idas y venidas en el escaso tiempo que llevaba viviendo allí. Aborrecí ver tantas cosas por medio, aunque no dije nada. La sala estaba decorada discretamente, era moderna. La mayoría de los muebles eran marrones, de diseño... caro. ¿De dónde sacaba el dinero?

—Voy a soltar tus cosas en la habitación —me informó. Yo asentí sin seguirlo, curiosa por conocer el resto de la casa, que parecía más de lo mismo, amplia. Sin embargo, lo esperé en la sala—. Ya estoy aquí. ¿Una ducha?

—Por favor —le sonreí.

—Ven.

Me condujo hacia una puerta y me besó el cabello.

—Te espero.

Aarón caminó de vuelta a la sala, dejándome sola en el pasillo. Dios mío, todo eso era tan extraño. Realmente, ¿cuánto íbamos a soportar así? Me saqué el teléfono del bolsillo y leí los mensajes que tenía. Eran de Dani y a cuál más desesperado. En pocas palabras me decía que ya no podía estar más tiempo sin verme, que me necesitaba.

Cariño, ¿cómo estás? Dime cuándo podemos vernos.

Por favor, respóndeme. No puedo más.

¿Acaso tú no me echas de menos?

Recuerda tus últimas palabras: «te quiero demasiado como para perderte».

Ivonne, te necesito. Tenemos mucho que hablar.

Me apoyé en la pared, llorando. ¿Qué tenía que hacer? ¿Por qué no me contaba la verdad?

Sólo hasta el lunes, Ivonne. El lunes.

El lunes... el día que en teoría Daniel y yo debíamos empezar nuestras vacaciones. ¿Se iría con ella?

Se me escapó un lamento.

—¿Ivonne? —me llamó Aarón.

—Estoy bien —mentí, entrando en el baño mientras guardaba el teléfono, sin responder a Dani—. Vaya...

Me limpié las lágrimas y, si mi pulso ya estaba alterado, la sangre abandonó mi cuerpo. El amarillo chillón predominaba en cada uno de los detalles del aseo. Las losas y las piezas eran blancas, pero, todo lo demás, de mi color favorito.

Se me escapó una sonrisa tonta, negándome a pensar en lo que había más allá de esa casa. Así que cerré la mampara, y el ambiente empezó a calentarse. Como de costumbre, el agua relajó los músculos de mi cuerpo, la tensión acumulada.

—Humm —suspiré por los chorros de agua templada que invadían mi piel fluyendo por todas las zonas de mi cuerpo—. Voy a matarte, Aarón —se me escapó al ver el gel de mora. Casi estuve a punto de abrirme una brecha en la cabeza por el salto que di—. Estás loco... italiano.

Me enjaboné con otras sensaciones, de pronto la felicidad irradió por todo mi ser, experimentando que me sintiera como hacía mucho que no lo conseguía. Concretamente desde que él desapareció de mi vida. Y, ahora que había vuelto, la ponía patas arriba al exigir sin derecho.

Me froté la piel rápidamente, aligerando, sin detenerme demasiado en el triángulo de mi sexualidad... porque esa noche me transportó a cuando me encerraba de madrugada en mi habitación y me acariciaba frente a la ventana... mientras veía cómo él se desnudaba para irse a dormir. Las hormonas, en aquellos años, me esclavizaron. Había hecho tantas chiquilladas por su culpa...

—Ivonne. —Se me resbaló todo y, nerviosa, asomé la cabeza—. No tardes y contrólate, veo tus intenciones.

—¿Qué dices, tonto? —susurré avergonzada—. Si ya estoy acabando.

Desaprobó mi actitud con la mirada.

—¿Estás mejor? —preguntó, más distante.

—Sí...

Afirmó con la cabeza y prosiguió:

—Vi que comías... ¿verduras?

—Sí, ahora soy vegetariana.

—¿Ahora? —cuestionó y se pellizcó la nariz, con los ojos en blanco—. Vamos, sal, tienes muchas cosas que contarme.

—Es que antes no me conocías, ¿no? —Me atreví a provocarlo.

—No, lo he hecho esta noche —dijo, dándose la vuelta—. Te espero en la cocina.

Cerré el grifo tras enjuagarme y me enrollé en el albornoz que tenía preparado, cómo no, amarillo, como el que yo tenía en casa. Me sequé el pelo un poco, de pasada, con la toalla. Terminé quitándome los nudos con quejidos; entonces descubrí que mi imagen en el espejo era diferente. Las ojeras seguían allí, prueba de que había llorado, pero también había un brillo especial.

Cuando salí y llegué a la sala, me paralicé a unos pasos de Aarón, que disfrutaba de su soledad. Estaba apoyado de lado en la ventana, pensativo y fumando, mientras oía una canción italiana de Sergio Dalma.

Con sigilo, acorté la distancia y lo abracé por la cintura. Lo sentí estremecer y, sin decir nada, se aferró a mis manos con la que él tenía libre. Besé sus hombros, abandonando una corriente de besos por su piel. Olía de maravilla. Finalmente apagó el cigarrillo en un cenicero y tiró de mí, colocándome delante. Suspiré cuando me acarició el pelo todavía húmedo.

Lo descubrí haciéndome un examen exhaustivo.

—Esta canción me recuerda a lo nuestro —murmuró.

Mi corazón se aceleró, también lo hizo su respiración. Nos quedamos mirándonos, oyendo letra por letra la melodía que ciertamente parecía escrita para nosotros. Todo era tan complicado. De amor no se moría, pero era muy difícil sobrevivir...

—He preparado algo de comer —cambió de tema, rabioso, cuando la letra aludía a si había otro amor y, en nuestro caso, en el mío, lo había—. ¿Te apetece?

—¿Qué hora es? —pregunté, desorientada.

—Las tres y veinte de la madrugada.

Estiró la mano uniéndola a la mía y me guio hacia la cocina, que era contigua a la sala. Esa parte de la casa también era grande, sencilla. Aarón me llevó hasta la mesa y juntó dos sillas que estaban separadas.

—Achís —se me escapó, al ver una pelusa por el aire—. Lo siento...

—Háblame de las pelusas. —Frunció el ceño—. Empiezo a preocuparme.

Me reí. Tuve claro que no abordaríamos temas que a ambos nos dolían con respecto a Dani.

—Bueno, al mes de estar aquí tuve un percance y desde entonces son superiores a mí.

Empujó el plato con un dedo hacia mi dirección, repleto de pasta de verduras... otro detalle que me hizo recordar sus orígenes. Cogí el tenedor y pinché una espiral verde, para luego llevármela a la boca mientras analizaba cómo aguardaba él, cambiando de posición.

—Un percance con una pelusa, interesante —repitió pellizcándose la barbilla—. Cuéntamelo.

—Es...

—Venga, no seas tímida.

Había vino muy cerca de nosotros, pero no sabía si debía probarlo en su presencia, ya que ese tema le molestaba.

—Estamos comiendo y es un poco asqueroso —me quejé.

—No me importa si tú lo toleras.

Allá íbamos.

—Dormía sola en mi cama y, sin saber cómo, la tenía en la nariz, aspiré y se metió dentro. Creí que me ahogaba. No podía respirar, me picaba y, del mismo temor, la vomité... por la boca, obvio. Y también odio taponarme la boca ...

—¿Te estás burlando de mí? —No dio crédito y se sirvió vino sólo para él, gesto que no me gustó nada—. Nariz y boca, sumado a miedos de taponamientos. Suena absurdo.

—Lo sé... pero lo paso fatal. También me he vuelto claustrofóbica, como has podido comprobar. Comimos en silencio, mi apetito era escaso. Pude evidenciar que el suyo también por su forma de jugar con la pasta. De pronto, pegué un salto tan brusco que por poco no me caigo de la silla, pues Aarón había dejado de contener la risa que le provocaban mis confesiones y soltaba una estruendosa carcajada. Madre mía... Sin poderlo evitar, me reí con él.

Estaba guapísimo menos serio.

—Sigo doblando las braguitas antes de ir a dormir —comenté riéndonos más—. Y coleccionando las brujitas de la suerte.

—Maniática.

Asentí empujándolo.

—Deja de burlarte, lo tuyo eran los relojes.

—Y lo son, pero ahora intento que sean más caros —corroboró dejando la broma. Empujó otra vez el plato. Probé bocado, con los ojos fijos en él—. Y has conseguido montar tu centro de estética.

—Sí, tiene de todo —afirmé orgullosa de lo que había logrado—. Mis padres me han ayudado mucho con sus ahorros de la clínica veterinaria. ¿Qué es de ti?

—Tengo varios bares de copas en Milán, pero poco productivos, poco para lo que aspiro. Tengo un proyecto entre manos aquí y presiento que es el salto que necesito.

—¿De copas?

—Bueno... —dejó caer esquivo. Me extrañó el repentino cambio en su postura, o cómo terminó desviando la mirada y bebiéndose una copa de vino completa—. No te faltaría de nada si te quedaras conmigo...

¿No me faltaría de nada? No me faltaba... a esas alturas de mi vida, el negocio era rentable y yo, independiente para alcanzar mis metas. No necesitaba a ningún hombre que me mantuviera.

Como no le dije nada, volvió a beber. Entonces me animé; sin embargo, cuando fui a coger la copa, Aarón apresó mi mano.

—¿Qué haces? —lo increpé.

—Beberás porque estás aquí, me molesta que lo hagas rodeada de gente. —Más enfadado, me liberó y me ofreció la copa—. Es a lo único que me opongo; no pretendo tomar el control de tu vida, pero sí de tus borracheras.

—Pero ¿qué dices? —Ni que fuera pedo todo el día—. ¿Y eso por qué?

Su incomodidad aumentó según di un ligero sorbo.

—Porque haces cosas que no debes y no estoy dispuesto a tener que irme de nuevo.

¿Qué quería decir exactamente con esa frase?

—¿Me lo contarás todo algún día? —le pedí.

Dejé la comida a un lado puesto que mi estómago ya estaba lleno y quizá más agitado por la información.

—Lo haré cuando tú ya sepas qué es estar conmigo, sin nada que te repercuta. Y no volveré a hablar de esto. Quiero que seas la Ivonne de Barcelona, a la que yo llamaba mi Bebé.

Suspiré.

—Te he echado de menos —reconocí, bajando la cabeza.

—No tanto como yo a ti.

Quise contradecirle, porque era imposible que él hubiese sentido su marcha más que yo misma. Mi desesperación llegó tan lejos que... «Ni siquiera lo pienses, Ivonne.»

—¿Qué piensas? —me interrumpió molesto—. Ivonne...

—¿Es cierto lo que me confiaste el otro día? —Alzó la ceja y apoyó los codos en la mesa, para descansar el mentón en su mano—. Que me viste dormir y...

—Te fuiste de madrugada, ¿crees que iba a permitirlo? Te seguí y comprobé que estabas sola,

sin protección, y por suerte me había hecho con tus llaves en el bar. Casi te tuve y fue lo más intenso, necesitado y doloroso que he experimentado en mucho tiempo.

—Yo...

—Luego, a pesar de la rabia, cuidé de ti.

Lo que no hizo Dani. Emocionada, demandé:

—Qué más.

—Por ti haría lo que fuera, Ivonne.

Sonó peligroso, a un Aarón que desconocía, temerario y dispuesto a luchar por lo que anhelaba... Las palabras no salían de mi boca, debido a mi alto estado de impresión, diría que de conmoción. ¿Qué fue lo que pasó entonces para perdernos?

—Al saber que estabas con él... quise humillarte; ese día te odié como nunca creí que lo haría. Mucho más que aquella fatídica noche.

Me encogí de hombros, atormentada.

—Voy a recoger, Aarón.

Me agarró del brazo, impidiendo que me levantara.

—Laura está desesperada por localizarte y sé que tus padres están preocupados también. Él... da largas y suaviza el tema.

Hice una mueca amarga. Laura... ¿cómo explicarle todo esto?

—El lunes pondré mi vida en orden —terminé diciendo.

—Ven, vamos al sofá... No me dejes solo, no ahora que estás aquí.

Me condujo hasta allí; no podía negarme, estaba realmente agotada. Mi cuerpo ya no aguantaría demasiado y, cuando él me acurrucó contra su pecho, respiré en paz. Fui feliz al estar rodeada por sus brazos, con nuestros pies frotándose tímidamente. Parecíamos una pareja cómplice, quizá después de haber hecho el amor, aunque no era el caso.

¿Qué nos íbamos a contar? Había tanto y a la vez tan poco que decir... Sucedió como otras tantas veces, pues, de la nada, surgió todo... cómo se había ido sintiendo, por qué regresó... Cosas que yo desconocía y reuní con detalles en mi interior, con dolor. Luego un intenso silencio nos abordó, tenso... distante.

Disfruté de su olor, me recreé en él. En el eterno calor que desprendía su piel cuando se fundía con la mía.

—Hicimos un pacto —le recordé, con la boca enterrada en su cuello, incómoda por el mutismo—. No pensar... olvidar. Yo lo estoy cumpliendo. Aquí dentro no existe mi remordimiento...

Me besó la frente.

—Perdóname —musitó—. ¿Vamos a la cama?

—¿Cómo lo haremos?

Me levantó el mentón, pero me costó verlo, ya que mis ojos estaban casi cerrados. Su gesto era curioso, soñoliento.

—¿Hacer...? —ronroneó con picardía.

—¡No! —Lo empujé riendo. Fue como transportarme en el tiempo, con química—. Hablo de dormir.

—Ah —se regodeó con simpatía, su mirada incluso parecía más rajada. Sospeché que por el cansancio—. Duerme en mi habitación, conmigo. Allí están tus maletas y supongo que tu ropa.

—Aarón...

—¿No entiendes que quiero cuidarte? —Arrugó la cara—. ¿No ves que estoy aquí pese a saber que sufres por él?

—¡Lo sé!

—¿Entonces? —Me froté los ojos, muy agobiada—. ¿Cuántas veces dormimos juntos en el pasado y no sucedió nada?

Tantas que eran incontables. Nunca supe qué causó que volviéramos a ser capaces de mantener esa fingida amistad, sabiendo que el anhelo flotaba entre los dos y, a la vez, sólo necesitábamos la conexión para entendernos... aunque nuestras ganas fueran otras. Pero la confianza era lo primordial para mí y, con Aarón, siempre la había habido. Parecíamos dos simples amigos... que, en el fondo, al menos uno de los dos aspiraba a más, pero mantenía el control.

—Está bien... —accedí. Dormir sola tal como me encontraba no me haría ningún bien. Y sabía que podía contar con él, aunque el deseo estuviera en el aire, donde se mantendría, como lo pudimos hacer tantos años—. ¿Me llevas?

—Ven.

Hizo como cuando éramos unos críos: me ayudó a levantarme y se puso de espaldas, de pie, para que yo me montara sobre la suya. Salté y lo abracé por el cuello, susurrándole al oído:

—Me encantaba cuando jugábamos así. —Aarón me apretó un tobillo, en señal de estar de acuerdo—. Tengo cosas que hacer.

—¿Cosas?

—Sacar mi colección de brujitas y dejarlas fuera de la maleta, así como ordenar las braguitas.

—Son más de las cuatro de la madrugada —criticó.

Me lanzó en la cama, donde caí rendida. Aun así, me levanté y fui hasta donde, ordenadamente, estaban mis maletas. La habitación me gustó, tenía un toque que me encantaba. Simple y poco decorada, acogedora.

Saqué mis cosas y lo miré. Se encontraba sentado en un diván que había junto a la ventana, encendiéndose un cigarrillo, sin perderme de pista. Esa situación extrañamente no me pareció nueva... aun más, fue como si la viviera continuamente.

—Fumas demasiado —le regañé y empecé a ordenar las brujitas encima de su escritorio. Uno vacío—. Antes no lo hacías.

—He cambiado, estoy más viejo, y vamos a la cama.

—Viejísimo... —me burlé—. Ya casi termino.

—Eres más tierna cuando estás con tus manías raras —comentó melancólico—. Ivonne, vamos, por favor... necesito...

Suspiré.

—Listo, me ha quedado precioso. ¿Te gusta?

Con el ceño fruncido e irónico, asintió, apagando el cigarrillo y sacando un chicle. Cogió un pantalón suyo, cómodo, que había sobre un montón de prendas que intuía sería para doblar y guardar. Poco después se encerró en el baño y al salir... me sentí un poco fuera de lugar. Él sin camisa... y ambos sabíamos lo que se percibía entre nosotros.

Aarón debió de notar mi indecisión, porque se puso una camiseta.

—Voy a buscarte un pijama —dijo exasperado, aunque su calma lo controló—. No tardes, por favor.

Intenté ordenar mi ropa interior con la mayor brevedad posible, ya que yo también tenía ganas de entrar en la cama y no salir durante horas. Mientras me entretenía, no le quité ojo mientras buscaba entre mis pertenencias y de cuclillas algo para mí.

Se le marcaba tanto la espalda...

Me repeciné el cabello, ¡joder, es que era él! Pensé en mi huida, lejos de Dani, quien hasta hacía poco era mi novio. ¿Justificaba mi marcha en los brazos de Aarón el hecho de que Dani me engañara con otra? No lo sabía, lo único que tenía claro era el huracán que suponía Aarón en mi vida, el mismo que no me permitía decir que no a estar allí con él.

Tanto Daniel como yo lo habíamos hecho mal. ¿Nos utilizábamos?

Cuando saliera de allí... ya nada volvería a ser igual.

—Ivonne —gruñó cabreado—, deja de pensar, joder.

Hice de tripas corazón, esbozando mi mejor sonrisa para él. Si estaba ahí era porque mi corazón lo había decidido y lo que éste demandara jamás debería ser cuestionado. Así que cerré el cajón y acepté el pijama, corto, amarillo y de tirantes, que Aarón me ofreció de malas maneras. —Ya salgo —me excusé, señalando el baño, con mi neceser con todo lo necesario para desmaquillarme e hidratarme—. No tardo...*italianini*.

Finalmente, la sonrisa que tanto anhelaba en sus labios se dejó ver. Cerré la puerta del baño para no embobarme durante horas...

—Ya estoy lista —le anuncié al salir. Abrió los brazos y sólo pensé en tomar impulso y enroscarme en su cintura. Mi corazón se aceleró otro poco y confesé—: Gracias por estar aquí... te necesito.

—Y yo. —Me besó la nariz, mirándome fijamente hasta que yo evité otro acercamiento—. Quédate más tiempo...

—Más tiempo...

—Los dos sabemos que esto lo cambia todo.

Su mohín era contradictorio, asqueado.

—Lo sé, Aarón... por eso tengo miedo.

Apoyó la frente en mi hombro.

—Conmigo nunca tengas miedo, Ivonne.

—Antes nunca lo tenía...

—¿Por qué lo hiciste, Bebé?

No me hablaba del presente; triste, había vuelto a aquella noche, esa que a mí también me causaba tanto dolor. Entonces, anulando mi angustia, aproveché y retomé el hilo del tema que acababa de iniciar.

—Quiero saberlo —imploré, incorporándome—. Cuéntame qué nos llevó a...

—Mañana hablaremos. —Me ofreció su mano agarrotada—. Ven.

No estaba preparada.

—Voy a por un poco de leche —lo esquivé—. Ahora vuelvo.

Mientras pensaba, terminé alejándome de la habitación. El ambiente se volvió frío; lo cálido, la magia, se olvidaron allí dentro. ¿Cómo tenía que sentirme? Podéis imaginaros la situación. La tensión entre nosotros era más que evidente; con cada roce, una nueva chispa saltaba, alterándonos. De camino, una puerta al fondo a la izquierda despertó mi interés, olvidándome de todo.

Impulsada por algo que no sabría describir, acorté la distancia y la abrí. Dios mío...

—¿Te gusta?

Me sobresalté al no esperarlo detrás de mí, pero no fui capaz de enfrentarlo. La estancia era demoledora: las cuatro paredes que formaban el dormitorio estaban repletas de fotografías, sin un solo hueco entre ellas. Imágenes mías, desde los diecisiete años aproximadamente, invadían cada rincón de la habitación; en la mayoría de las imágenes, me reía.

—¿Qué es esto, Aarón? —No me moví, me quedé *enshock*. Sinceramente me dio miedo—. ¿Por qué...?

—Es así como he querido recordarte, hasta este día.

Se adelantó y señaló la imagen del día justo antes de la fiesta. Yo iba en bikini amarillo, tras haber pasado la tarde juntos en una piscina climatizada. Llevábamos una semana más unidos. Él, demasiado atento conmigo.

—Hasta ese instante yo era feliz y... te amaba, Ivonne.

«No, por favor, no.» Algo, algo duro e intenso, se rompió dentro de mí, golpeando mi calma. Jamás lo había oído decir esa palabra, desconocía su sentimiento para conmigo y fue como recibir un cubo de agua helada en pleno invierno, una puñalada en medio del alma. «Amaba.» No podía ser que los dos hubiéramos llegado a albergar los mismos sentimientos y hubiésemos

sufrido sin sentido.

—¿¡Qué hice para joderlo todo así!? —estallé con amargura—. ¿¡Qué, Aarón!?

—Mañana... —me recordó sentándose en la cama—. Ven... Esto tiene que pasar, Ivonne.

Me pidió que me acercara con el dedo índice, un gesto habitual en él. Le obedecí, impactada todavía por su declaración, por la habitación. Sus manos se amoldaron a mi cintura, arrimándome a él para apoyar su frente en mi vientre, y una corriente eléctrica, poderosa, que irradió desde ahí hasta mi sexo, me cortó la respiración. Sobre todo, al ver el pañuelo negro sobre el colchón.

—Enséñame a quererte, Ivonne, como antes, recuérdame por qué te miraba y era feliz. Aunque ya no me quieras del mismo modo... me conformo con tenerte conmigo. ¿Cómo soportar tus imágenes en las redes sabiendo que eran especiales porque tenías algo con él?

—Aarón...

—Por eso sabía que estabais mal. Para lo bueno y para lo malo, las putas redes eran mi fuente de información. Las que me mataban lentamente al entender que eras feliz sin mí... que tenías noches especiales sin especificar el porqué... Tú y él, cómplices, sin reconocer la verdad.

Fue muy difícil oírlo, saber que existió aquello por lo que yo suspiraba y que él no me entregó por miedos.

—Aarón... yo no estoy preparada para...

—Pero estás aquí y no voy a compartirtelo.

Apoyé mi cara en su pelo y lo olí. Era él... mi italiano.

—¿Qué vamos a hacer, Aarón?

—Lo que nunca debimos dejar de hacer, querernos —susurró débilmente—. Te necesito.

Levantó un poco mi camiseta, deslizado su tacto por mi estremecida piel. Tuve que contener el aliento... Se paralizó.

—Un tatuaje —observó, tocándolo con la yema de sus dedos. Sí, un sol bordeaba mi ombligo. Él lo humedeció con la lengua. Temblé de deseo—. Es sensual, ¿cuándo...?

—Hace más de un año —gemí sin contención—. A-Aarón...

—No te niegues. Por más que he querido obviar la situación, lo sabes. No puedo más.

«Ni yo.»

En alguna ocasión había oído decir que la vida se definía por momentos. ¿Y si el que se presentaba era el mío? ¿Sería ese el que recondujera mi camino de una vez por todas? Quizá no era el adecuado, pero sí el que mi corazón me dictaba, el que me llevaría a ser feliz.

«Entrégate, Ivonne.»

Sus manos viajaron hacia mi pantalón, sin perder la conexión establecida de miradas, por lo que la suya apuntó hacia arriba, y luego empezó a deshacerme de la prenda poco a poco. Se me erizó todo el vello por la suavidad con la que sus manos se impregnaron en mi piel con caricias exquisitamente seductoras.

Se arrodilló a mis pies y me sacó uno del pantalón, le siguió el otro. Con cada avance, yo sentía que no debía estar allí, así... permitiendo que me desnudara, pero, cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. En la parte inferior, me encontraba en braguitas, negras y de seda. Imprevisiblemente, hacían conjunto con el pañuelo que supe que él utilizaría conmigo.

—Ivonne. —Respiró y se puso a mi altura. Me temblaban los labios y tenía la boca seca... sobre todo al presenciar su fiereza en la mirada—. Sube las manos por encima de tu cabeza.

Las estiré hacia arriba. Él me arrebató la camiseta con una rapidez que me descolocó. No llevaba sujetador, ya que lo odiaba por las noches, por lo que mi desnudez se desplegó para él. Me miró los pechos, los labios, hasta que, hipnotizándome, bajó la cabeza y posó su boca en la mía, rozándola con extrema prudencia.

Finalmente, me arrió a él por las caderas.

—¿Necesitas algo? —preguntó con voz tenue.

¿Qué pregunta era ésa? Cerré mi mente, negándole el acceso a otra persona, evadiéndome. Aarón me pidió que uniera las manos, lo que hice poco tiempo después. Él las ató en cruz, haciéndome su prisionera con el pañuelo negro. Mi movilidad quedó limitada cuando hizo un ligero nudo sobre mis muñecas.

—Ivonne, no me jodas —masculló entre dientes, sacándome de mi trance—. Deja de pensar en él, joder.

Había tanta rabia contenida en sus facciones que supe que estaba a punto de pegar un grito que podría hacer que retumbara el edificio entero. Recordé la palabra *sumisión*, haciendo uso de ella, me retiré y caí de espaldas en la cama, con las manos hacia arriba. Aarón dejó de ser Aarón, noté un cambio en su postura que me cohibió. ¿En qué pensaba?

—Ivonne. —Negó con la cabeza—. Vete, vete. ¡Maldita seas!

—¿Q-Qué...?

—Tienes razón, es una locura. —Casi se tiraba del cabello—. ¿Cómo voy a mirar tu cuerpo sin pensar que él lo ha tocado? ¿Cómo, joder? ¡Es imposible!

—Aarón...

No supe detenerlo... Salió de la habitación como un rayo sin que yo pudiera reaccionar. Bajé la mirada, sintiéndome sucia, la mujer más miserable de la tierra. Zorra y arrastrada. ¿Cómo podía estar ahí si hasta hacía una semana tenía una relación con su hermano? Una que ni siquiera habíamos zanjado cara a cara... Unas náuseas horribles me avasallaron impulsadas por mis enloquecidos pensamientos.

Me levanté corriendo, pero, al estar atada, tropecé y no pude apoyarme, por lo que terminé en el suelo, de rodillas.

—¡Ah!

—¿¡Ivonne!?! —Las piernas se me quedaron dobladas, dolía mucho; también el labio, pues me lo había mordido por el impacto. Mis manos estaban ilesas, pero unidas y rendidas sobre mis muslos—. Mírame.

A punto de llorar, acaté la petición.

—Mierda. Tienes sangre. —Me ayudó a sentarme—. ¿Te duele? ¿Estás bien?

Traté de limpiarme con la muñeca, pero él me la arrebató y, tirándome del pelo, succionó mi sangre con tanta pasión que sentí que me desmayaría. No respiré, simplemente la habitación dio vueltas y él mundo dejó de existir para mí. Estábamos solos y no únicamente allí... No sé cómo explicarlo, era demasiado grandioso.

—Ivonne, mi Bebé.

Sin esperarlo, me empujó hacia atrás y me sacó las braguitas. Me asfixió su efusividad, su potencia.

—Di mi nombre —imploró desesperado—, dilo cuando me sientas.

Afirmé confusa, sabiendo por dónde iba. Lo haría. Mis preocupaciones anteriores se evaporaron. Todo iba más allá. En cuanto sentí su piel electrizante rozándose contra la mía, me dejé llevar como nunca. Como no debía.

—Aarón...

—Así —susurró, hipnotizándome al recorrer con su ágil lengua el interior de mi boca. Dios mío... su sabor—. ¿Quieres esto?

—Sí...

Se arrodilló delante de mí y se sacó la camiseta, exponiendo su duro torso, con poco vello, y su firme vientre... más acentuado al bajarse el pantalón; sus piernas marcadas y torneadas me invitaban a perderme en él, con él. El lunes enfrentaríamos los problemas necesarios, pero, esa noche y a esas alturas, necesitaba aquello... volver a probar lo que una vez me dejó tan loca.

Aarón me estudió, evaluando mi reacción al sacar su miembro. Sin saber cómo, me encontré jadeando, arañándome las palmas de las manos. Lo deseé con dolor, con una terrible ansiedad

que me suplicaba que lo acogiera pronto dentro de mí.

—Ivonne.

De nuevo me exploró de arriba abajo.

—¿Te duelen las muñecas? —Cuando negué, se hincó de rodillas entre mis piernas y se abrió paso entre ellas. Rocé la locura, humedecida por la potencia de un cohete que explotaba. Ya no hubo retroceso cuando su mirada se perdió ahí—. ¿Quieres que te desate?

—No...

—Estás empapada, ansiosa... por mí.

—S-Sí...

Evitando apoyar el peso en mi cuerpo, me cubrió con el suyo. El contacto fue electrizante, ambos chillamos. Deseé que me recorriera toda la piel, que me devorara como sabía que podía hacerlo... También reconocí esa parte de él, aunque con más dominio que antaño. No me sorprendió su ansia al agacharse y chupetearme el cuello, la zona del escote... «Madre mía. Madre mía.» Su exquisita lengua se deleitó, mientras gruñía y yo silenciaba mi propia voz, que quizá tampoco podría escapar de mi garganta.

—Ivonne —se lamentó contra mi pezón, mordiéndolo. Me convulsioné—. Estás hermosa y sabes a ti, a mi Bebé. Háblame, di mi nombre cuando me sientas.

—Lo estoy haciendo —jadeé entrecortadamente—. Aarón...

—Pídemelo.

Estuve a un paso de suplicarle, pero recordé que no llevaba puesto el preservativo, una barrera que no quería levantar.

—Protección...

Alzó la mirada, descolocado, violento al suspenderse.

—¿No tomas nada?

—No —mentí.

No tardó en incorporarse y sacar de su mesilla un paquete. «No es un sueño.» Me lo podía parecer, pero la escena que se formaba ante mí no era parte de mi imaginación. No tuve dudas. Lo quería. Ciertamente era que luego vendrían otras consecuencias, pero ahí estaba el sentido de la vida. Sentir, aunque para ello hubiera que sufrir. Equivocarse.

—Mira esto, Ivonne.

En seguida entendí que los preservativos eran de sabores; concretamente, que se colocaba de manera pausada el de menta. Luego ocupó su lugar de nuevo, sonriendo por ello. Yo ni siquiera pude hacerlo. ¿Os imagináis mi felicidad?

—Te gusta la menta —musitó burlón.

—Sí...

Metió las manos por detrás de mi cuerpo, delicado, a la vez que me curvó y se posicionó para que su hombría apuntara a mi entrada. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, extasiada, sumergida en otro mundo que me daba tanto miedo... ¿Quería sufrir nuevamente?

—Siénteme, Ivonne.

Empezó a invadirme suave, sedoso, graduando sus movimientos. Mis latidos se dispararon según reconocí la unión de nuestras pieles. El reencuentro. Gemía y sollozaba a medida que me penetraba y lubricaba mi carne para encontrar el que fue su lugar.

—¡Aarón! —grité satisfecha al sentirlo plenamente dentro, bombeando con firmeza y a la vez contención. Podía sentir su pulso y su palpar tan convulsivo como el mío—. No te detengas... por favor.

—Dame tu boca.

Febrilmente se la regalé, para que el chupeteara. Lo hizo ruidoso, acalorado, apasionado, indecente. Nada importaba en esa intimidad que nos sobrecogía por lo especial que volvía a ser. Su músculos se agarrotaban al entrar y salir, lento aún... con deleite.

—No puedo más —bramó, más descontrolado, sin tener piedad de mi boca—. No así.

Sin esperarlo, recibí una abrupta embestida que me alteró por completo: inesperada, ansiosa, de vértigo... y se repitieron sucesivamente, rudas, a velocidades escalofriantes, llenas de ferocidad. Me empujó y retrocedió, meneando su pelvis a un ritmo de desmayo. Yo ni siquiera sabía adónde mirar, era tan diferente estar con él que con... las sensaciones resultaban tan desiguales... Uno era puro fuego y el otro, ternura.

¿En el sexo encontraría las respuestas?

En un segundo todo eso varió. Aarón se frenó y me evaluó, como si yo no fuera real. A mí él tampoco me lo parecía, por lo mucho que necesité aquello de pronto. Mi cuerpo clamó con agonía que no saliera de mí. Y al sentir lo duro que volvió a ser cuando me tiró del pelo, obligándome a que lo mirara, sufrí espasmos, muy cerca de llegar al orgasmo; hasta suavizó los empujones.

—Ivonne.

—Aarón —susurré, perdida en él y sólo en él—. Dame más...

Me penetró tan salvajemente que quise retorcerme y gritar hasta quedarme sin voz. Me descontrolé contemplando sus labios, el rugido apagado con el que pronunciaba *Bebés* sin cesar. Intuí que lo hacía para comprobar que no era un espejismo, y no lo era... Por primera vez en toda la noche, no sentí ningún arrepentimiento al pensar en Dani. Sentí que lo que hacíamos no estaba mal, que los humanos habíamos nacido para cometer errores y aprender de ellos y, si ése era el mío... lo pagaría con satisfacción.

No se puede lidiar con el corazón, él es quien manda.

—Rodéame, Bebé. Pídemelo —suplicó, cruzando los brazos por detrás de mí y aferrándose a mis hombros al tiempo que no dejaba de tirarme del cabello, con afán de dañarme. Empujó y me dobló, repetidas veces, curvándome en dirección a él—. ¡Píde!

—Lo quiero todo —conseguí murmurar.

Busqué su mirada, clavada en la mía. Estaba llena de brillo. Las gotas de sudor resbalaban por su frente y perdí el control. Eché las manos a su cuello, envolviéndolo como pedía. Estallé al adivinar cuánto le gustaba. Sus ojos se entrecerraron, el placer nubló ese gris que yo tanto había extrañado... esos hoyuelos que, cuando se manifestaban, mostraban su felicidad.

—Aarón...

—No dejes de decirlo —insistió, forzando un nuevo empuje, enloquecido, penetrándome repetidas veces, sin pausa. Estábamos ardiendo, la habitación se incendió con la temperatura que emanaba de nuestros cuerpos—. Bésame, Bebé. Di mi nombre.

—Aarón... Aarón... ¡Aarón! —me arrancó el grito al succionar mi boca, morderla y lamerla mientras se restregaba desesperado, marcando mi cara, hinchándome los labios—. Mi... A-Arón.

—Tuyo y no lo entiendes.

Otro nuevo beso me dejó sin poder de palabra. Fue atrevido, insistiendo en arrebatadas e impulsivas invasiones. Resultó tan urgente que mi cuerpo y mi piel pidieron una pronta liberación. Él me quería demostrar con quién me encontraba, pues me dolía la boca, la espalda, cada rincón por su descontrolada pasión. Me empezó a molestar la zona de los hombros por cada vez que me arañaba al atravesarme. Me mostró sin palabras que era él a quien yo había decidido entregarme y no a ningún otro...

—Ivonne —demandó, bajando y retomando mis pechos—, dílo.

—Aarón —jadeé, ocultando un lamento. Con cada mordida, la embestida era más enérgica—. Ya...

—¿Te gusta?

Volvió a arremeter con fortaleza, pero a ese paso moriría si no me daba una tregua. No es que no me gustara, ni que no lo disfrutara; al contrario, necesitaba las emociones al límite. Sin

embargo, hacía mucho que no me entregaba a ningún hombre con tanta intensidad, que no me poseían con tanta violencia. Y me podía.

—Ivonne —pidió de nuevo.

—¡Sí!

Ralentizó las estocadas, dejando las colosales a un lado; sé que pudo ver en mí que ya apenas soportaba la tensión en mi cuerpo, el cosquilleo que me esclavizaba, manifestándome cada una de las emociones de aquella noche. Todo me daba vueltas y en esa ocasión no tenía que ver con la bebida; simplemente se debía a que ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que me había visto sometida de esa manera, que me sentía tan deseada y completa.

—Te he pensado así —confesó ahogado—: apasionada, cariñosa, tierna a veces... Pídemé más.

—Quiero más...

—¿Cuánto? —Apoyó las manos en el suelo, dejándome desintegrada, y arqueó su cuerpo hacia atrás, marcando sus músculos al arremeter intensamente, desmedido—. ¿¡Cuánto!?

—¡Todo!

—Ivonne.

—Aarón —repetí, sabiendo qué necesitaba él—. Me gusta...

—Esto me diste —gruñó y presionó en círculos dentro de mí, inflamando mi deseo—. Y no he podido olvidarte...

Algo se movió en mi interior con su frase. Algo que me hizo querer demostrarle que aquello mismo fue lo que él me entregó, que luego había vivido perdida y confusa, como seguía por su aparición en mi vida.

—Quiero montarte... dártelo todo. —Y puntalicé—: Esta noche.

Como no podía moverme por el pañuelo que sujetaba mis muñecas, él me cogió a peso, me cambió de posición y se dejó caer hacia atrás, con los tobillos anclados en el suelo, y resbaló por su sexo, hasta asaltarme poderosamente, porque fue lo que hizo. Mis paredes vaginales lo abrazaron, mientras yo gritaba, sintiendo cómo, sincronizados, nos corríamos juntos.

No me pude resistir más. Ni yo, ni mi alma, mucho menos mis temores. Por eso, temblando, reclamé su boca y dos lágrimas desfilaron de mis ojos. Las mismas que él se bebió con un lamento. Me derrumbé sobre su torso sacudiéndome. Su corazón iba a mil por hora, su pecho subía y bajaba con mi cabeza encima. Me era difícil creer que estaba en brazos de Aarón, que me estrechaba y me besaba con inquietud, haciéndome sentir querida.

—Ivonne.

—¿Sí? —Apoyé la barbilla y lo miré trastornada en mi nube. Estaba guapísimo, sudoroso y varonil. Quise tocarlo hasta morir de placer, pero él estaba ausente, lejos, secándose las lágrimas—. ¿Qué pasa?

—Quiero castigarte. No has dicho mi nombre cuando te corrías.

Un nudo imprevisto se me formó en la garganta, rozando lo peligroso. Mi pecho se desbordó casi sin poder recuperar el aliento. Mi miedo fue momentáneo... No fue mejor que su mirada se intensificara en la mía. ¿Había dicho *castigar*?

«¿Dónde quedó mi italiano?»

—Yo... —me callé.

Sólo había una fase que calmaría aquello, un sentimiento. Me arrastré por su piel pegajosa hasta estar a su altura. Rebusqué en mi mente la pronunciación, sin permitir que las dudas siguieran tensando el momento. Ya luego habría tiempo, entonces quería decirle lo que sentía. Aarón permaneció jadeante, a la espera de que yo llegara a su boca, con las manos doloridas, y susurrara:

—*Ti voglio bene... molto.*

[\[20\]](#)

Desnúdate, mujer

Aarón mantuvo el mutismo unos minutos; su expresión era contrariada. ¿Había metido la pata con mi declaración? Lo quería, sí, y mucho. No sabía en qué terreno exactamente, ni deseaba saberlo. Sólo sentía que, cuando estaba a su lado, como en ese caso, el pasado se revolvía y lo adoraba incluso más que antes. Lo único que tenía claro era que no era amor... dejó de serlo y temía volver a caer en sus redes; que, con la intimidad, todo se magnificara.

Tal vez por ello necesitaba ese contacto, estar a su lado y descifrar mis sentimientos.

—Aarón. —Alargó la mano y me agarró la cara, aplastándola con fuerza—. Lo hago.

—No de la misma manera que yo.

—Lo sé —confesé, frotándome con su nariz—, porque yo no te odio.

Su mirada se endureció y su agarre se extendió en torno a mi cuello. Me tensé.

—No te quedes con eso. Mírame, estoy aquí —recalcó impaciente—, contigo, Ivonne, dejando a un lado lo que ha sucedido, que no es poco. Imagínate cuánto más te quiero de lo que te odio.

—Pero no me amas...

—Tú a mí tampoco. El rencor no me lo permite, pero quiero hacerlo, amarte, porque sé que puedo y nunca me sentí más completo en toda mi jodida vida. ¿Entiendes?

La boca se me desencajó y me quedé sin aire, hiperventilando. Él fue consciente de ello y empujó mi cabeza para que me uniera a sus labios de nuevo. Yo los acepté de buen grado, devorándolo y provocándolo para que me devastara, con el corazón en vilo. Su contradicción al querer, no poder y viceversa lo hacía todo más intenso. Diferente a lo que habíamos tenido.

—Yo a ti también —dijo, recuperando la conversación de mi confesión—. *Molto*.

[\[21\]](#)

Me arrancó un suspiro, ¿cómo lo hacía?

—Aarón...

Se resistió a soltarme y atrapó mi labio entre sus dientes. Ese gesto que sabía que le encantaba y, para qué mentir, a mí también, me hacía sentir mucho más deseada, anhelada. Jugó, chupándome y soltándome. Me recogía de nuevo y yo gemía, la sensación se volvía punzante al succionar tan seguido, con tanta ansia.

—¿Estás preparada para más? —Me besó, relajándome—. Tengo algunas cosas para ti.

Sonaba a arrebató y me pregunté si realmente me veía capaz de seguir jugándomelo todo por quizá nada. Miré a mi alrededor, mis fotos, mi sonrisa, y quise ser aquella niña traviesa que reía por cada tonto detalle, experimentando cada uno de los límites que crucé aun sin tenerlo permitido.

—De acuerdo...

—Me gustaría castigarte por lo de antes, Ivonne. Es importante para mí que digas mi nombre, y no preguntes el porqué, ambos lo tenemos claro.

Otras imágenes no muy lejanas, de cuando yo estaba con otro y él abajo... oyéndonos, me pusieron la piel de gallina. Me produjo tristeza, dolor, culpabilidad... recordar todo lo que ya había dejado atrás, pero no en el olvido.

—Ivonne.

Me clavó los dedos en la espalda, llamando mi atención.

—No pienses. —Asentí a su orden, suspirando—. ¿Puedo, Bebé?

—¿De qué me hablas? ¿Qué clase de...?

—¿Puedo o no? —repitió, rígido.

Se me ocurrieron miles de ideas desagradables, llenas de dolor, de varas cruzando mi cuerpo mientras él disfrutaba. Yo jamás permitiría un juego sexual de ese calibre. ¿Eso era lo que Aarón necesitaba entonces en la intimidad?

—Nunca te haría daño —expuso, al prever mi aterrador mohín—. Aunque —ronroneó y supe que bromearía— te azotaría hasta morir... y me quedaría muy satisfecho.

—Idiota...

Se sentó conmigo encima, se quitó el preservativo, lo lanzó a un lado y me estrechó contra su sudoroso pecho. Dios mío... Ambos soltamos un quejido. El deseo navegaba allí, la pasión, las ganas. Besé su piel, lo olí. Lo reconocí, mientras rozaba mi mojado sexo con el suelo, aliviándome.

—¿Quieres, Ivonne?

Si no había daño, no me importaba. En el sexo era convencional, aunque me gustaba innovar, siempre fuera de los azotes o tríos. Y necesitaba compartir las nuevas experiencias con él, conocer cada limitación que soportaría mi cuerpo a su lado.

—Confía en mí —me convenció con voz ronca, acariciándome los hombros. Gemí por el malestar corporal al que me había sometido y que yo había deseado. Era lo máximo que toleraría—. Ivonne, es un juego.

—Si me mientes, me iré.

—Todavía no, Ivonne... Mereces un castigo por hacerme sufrir al no decir mi nombre y pensar demasiado. Me pones nervioso.

—Estoy contigo.

«No con él», omití.

—Lo sé, pero no sólo quiero verlo, también deseo sentirlo.

Sin saber cuáles eran sus intenciones, le permití que me cargara en brazos, que fueron estables al llevarme al centro de la cama, de la que curiosamente no se me pasó el detalle, su funda era amarilla... Me levantó las manos atadas. Su cuerpo desnudo se colocó muy próximo al mío, incitándome a que ansiara todavía más su propuesta.

Me liberó y frotó mis muñecas gradualmente; no dolía, aunque sí tenía una sensación de escozor, picaba. Sin embargo, Aarón en seguida supo adivinar mi malestar y me echó una crema que tenía preparada sobre la mesilla auxiliar, aliviándome pronto. ¿Lo haría a menudo? Odié hacerme la dichosa pregunta.

Acto seguido, abrió el cajón mientras yo me tocaba la zona calmada. ¿Pero qué...? Aarón tenía unas esposas... Sí, unas esposas de las que se solían utilizar para iniciar un juego sexual. Debo reconocer que mi primer pensamiento fue si me ataría a la cama y... con qué intención.

—Sí —masculló orgulloso—, amarillas, como a ti te gustan.

—Aarón...

—Abre las piernas.

Poco tiempo después, mis preguntas fueron respondidas con sus acciones: me estaba inmovilizando de pies y manos... con las esposas y el pañuelo. En un primer momento no me lo podía creer. Sobre todo al caer en la cuenta de que el objeto tenía pelitos a su alrededor y soltaba alguna que otra de mis enemigas: las pelusas.

—¡Achís! Aarón... ¡Achís! ¡Pelu... achís!

Aarón no tardó en captar el mensaje, por lo que soltó una carcajada y dio un golpe donde yo tenía la mirada fija. Cerré los ojos, con la impotencia de no poder moverme, y del picor que me perseguía cerca de la nariz.

—¿Estás bien? —lo oí lejano. Abrí los ojos y vi que, cerca de mi boca, colgaba su duro falo—. ¿Qué pasa?

—O-Oye, tengo nuevas fobias, no sé si te... —tartamudeé bajo su asombro—. No taponar nariz ni boca con nada.

—¿Me hablas en serio? —Dije que sí—. Todo esto es muy infantil.

—Lo sé...

Hice un movimiento con la cabeza, señalando su bulto, y por un loco segundo me apeteció probarlo y lamerlo con osadía, hasta que recordé la sensación de ahogo y me eché hacia atrás. No podía remediarlo.

—No te iba a pedir nada para mí, aunque me encantaría que me la chuparas —aclaró perplejo. Su desvergüenza ya no me sorprendió—. Me tienes que contar muchas más cosas. Estás rara, pero ahora con mayor razón quiero castigarte.

—Yo también querría hacerlo...

Me di cuenta de que la experiencia le gustaba. Preví su diversión, lo que disfrutaría siendo quien mandara en ese juego. Yo, para qué os voy a mentir, me sentí extraña, quizá fuera de lugar. Nunca me habían atado, mucho menos castigado.

Si ya estaba en alerta, más me tensé cuando Aarón dio un salto, regalándome una visión impactante: se arrodilló para cogerme los pies y besarme las plantas. Fue ascendiendo por mis tobillos, me acarició los gemelos y las rodillas y se detuvo en mi muslo izquierdo, sin cesar con los besos y las atenciones.

Me derretía sin remedio, sin control.

—Así quiero tenerte, Ivonne.

Y lo sabía; en cierto modo me sentí adorada, tan codiciada por él que me asusté al estudiar la habitación y reencontrarme con mis fotografías. ¿Se habría obsesionado conmigo y todo aquello no tendría sentido? La pregunta no paró de rondar por mi cabeza, pero mi necesidad de él aumentó al posicionarse entre mis piernas limitadas y todo quedó atrás.

La cosa empeoró con la relamida de labios de Aarón al contemplar mi centro, en el que ya percibía un profundo cosquilleo. Era tan guapo... sí, con una mirada tan oscura... de esas que en ocasiones a las mujeres nos vuelven locas sin querer reconocer que esa persona también podría serlo, ofreciéndonos en manos del peligro.

Me contraje, anticipándome, ocultando el gemido que amenazó con romper la calma, ya que adiviné su próximo paso, por el cual quise tirarme de los pelos. ¿Nunca os ha pasado querer tanto algo que no termina de llegar y que os causa tanta ansiedad por tenerlo que hasta os volvéis agresivos? Así me hallé con el tortuoso castigo.

—Haré lo mismo que aquella noche. —Su aliento se mezcló entre los pliegues de mi loco y ansioso sexo por él—. Pero habrá sorpresa, y de ahí el castigo.

Se me aceleró el pulso a medida que se inclinó con sus ojos asegurados a los míos, acentuando la sensualidad en la posición. Al llegar, plantó un beso. Tuve que girar el rostro con violencia. Si no hacía pronto el resto, terminaría muy mal, completamente desquiciada... Mi hambre de él era superior a todo lo que había experimentado en los últimos tiempos y no me gustó necesitar algo con tanta frustración.

—Siente, Bebé.

—¡Ah! —grité retorciéndome. La primera lamida fue fugaz, apenas un roce que me hacía mucha falta—. Aarón...

—Así.

Creí que me daría algo, sobre todo al emprender una nueva relamida que se prolongó por más segundos. Sus labios chuparon el botón de mi intimidad, bebiéndome, para, después, calmarse. Me convulsioné pataleando bajo su lengua lenta y retorcida, que se arrastró por mi clítoris, mientras quedé al borde del llanto.

Era demasiado bueno.

—Ivonne...

—Aarón —repetí ahogada. Ni respiré y sólo esperaba que volviera a chupar—. Aarón.

—Si te detienes, yo también.

Asentí con la cabeza, sabiendo lo complicado que sería hacerlo. Mi voz era un hilo, apagada por la exaltación. Tenía que hacer grandes esfuerzos para estabilizar mi respiración y recuperar el control del habla.

—Aarón, por favor.

Un nuevo y fulminante barrido, agudo, profundo, se deslizó por mi cavidad. Noté cómo Aarón ya no podía controlarse y se volvía más primitivo. Sus dedos forzaron mi cadera, que hacían el intento de elevarse, pero él me lo prohibió.

—¡Aarón!

Sabía muy bien qué hacía, cómo desenvolverse. Yo, a ese paso, lloraría por el placer que me consumía. Y otra vez... con alarde de retroceder, se retiró lentamente y, al volver, su lengua penetró dentro como ya había hecho con anterioridad, para moverla en círculos calientes, pasionales. Su lengua era muy viva, alargándose por la hendidura, degustando mis fluidos.

—Ivonne...

Mordió y yo sollocé.

—A-Aarón...

—¿Te gusta? —preguntó serio y levantó la cabeza mientras se recorría los labios impregnados de mi deseo por él. Contempló mi cuerpo, que temblaba, deteniéndose en el ombligo: su delirio. Se atrevió a inventar caricias, a chupar cada rincón de él, rondando el tatuaje del sol. Gruñía, excitado, fuera de sí, irracional—. ¡Ivonne!

—¡Mucho...!

—¿Quieres llegar al orgasmo? —Claro que quería, por lo que asentí cardíaca. Al verlo erguirse, las alarmas saltaron. ¿Adónde iba? A pesar de estar sudando, lo creí ver controlando la situación—. Recuérdalo para la próxima vez. ¿Tienes hambre?

—¿De comida?

—Claro —respondió tranquilo, mientras salía de la cama con una erección de mil demonios. Entendí que me quería hacer llegar él al orgasmo con su artillería—. Vamos a soltarte y preparo un aperitivo.

—Pero...

—Con decir «Aarón», nada de esto volverá a suceder.

Me desató y besó las muñecas un poco coloradas; luego los tobillos. Lo miré incrédula, tenía un dolor *ahí* que no me permitía pensar en otra cosa que no fuera sexo, del duro, del que él me ofrecía.

—¿Te apetece comer o una ducha? —No entendía por qué me hacía eso—. Ivonne...

—Aarón... —lo interrumpí—, por favor.

—Que no.

—¿No me pediste que dejara de fingir? —pregunté, agobiada—. Me tienes tantas ganas como yo a ti. ¡Te necesito!

—Lo sé... y deja de mirar, maldición. Sí, tienes razón: muero por no salir de ti, pero entiende que saber que me sientes es más importante para mí, porque no eres una mujer a la que quiero echar un polvo y ya está, *capito*?

[22]

«*Capito, capito.*»

Estaba realmente afectado, porque cierta parte de nuestro pasado siempre nos distanciaría. Bajé la mirada y me acurruqué de lado. Ahí fui consciente de que no había pensado en Dani; Aarón, con su pasión, había sido capaz de arrinconarlo.

—Ey, Ivonne.

Se puso delante de mí.

—*Bellaaa*

[23]

—arrastró la palabra, enseñándome la lengua—. Sólo lo hago para que entiendas a quién necesitas.

—Recodármelo a menudo no es la mejor opción —repliqué, sintiéndome culpable.

—La próxima vez que te pille pensando, te la meteré en la boca.

Me hizo ponerme recta sobre la cama, obligándome a rodearlo por la cintura cuando estuvo sobre mí.

«Madre mía.»

—Ivonne —advirtió.

—Aarón —gemí, friccionándome contra él suavemente. Estaba en el cielo—, protección...

—Dámelo sólo a mí —pidió mirándome a los ojos—. Déjame sentirme especial. Sé que tomas la píldora, te he visto hacerlo.

Arrugué el rostro.

—Bebé —me persuadió—, regálamelo.

Era inútil negar que su súplica me conmovía, que estaba ligeramente excitada todavía y además ansiosa porque él diera ese paso, pero me resistí. Me consideraba demasiado estricta con la higiene, pudorosa con algunas situaciones, como con las duchas en biquini al principio... Hechos que no cambiarían ni él ni nadie, aunque me hubiera desnudado sin complicaciones.

—Ivonne —susurró, chupándome el lóbulo de la oreja. Me arqueé, alimentando la cercanía—, sólo a mí. Soy yo. ¿Quién?

—Aarón —confirmé ahogándome con mi propio deseo—. Eres Aarón.

—¿Puedo?

—Pides demasiado...

—Te perdí y prácticamente te he compartido con mi hermano, ¿crees que pido demasiado?

Su expresión amigable desapareció, su mirada se volvió asesina, aunque lo encubriera con su forma de mantener la calma. Cerré los ojos, pero un ligero movimiento me hizo volver en mí y perder la noción del tiempo. Me encontré debajo de él, que ya tenía el preservativo puesto. Me cogió la cara al encajarme contra el colchón, a la vez que chupeteó mis labios y clamó:

—Aunque te odie, te quiero tanto que te lo perdono todo.

—Odio que me odies —jadeé, tirando de su cabello, que resbaló entre mis dedos—. No quiero.

—Y yo odio odiarte. —Sonrió y murmuró—: Pero no olvides que también *ti voglio bene*.

[24]

Era hablarme en italiano y mi cabeza perderse en la sensualidad de su pronunciación. Volar. ¡Soñar! Sonriendo, me elevé lánguidamente, sin espacio entre él y yo, aprobando su locura.

—Bebé...

—Aarón. —Me besó ansioso—. *Ti voglio bene*.

—Por Dios... Vente a Milán conmigo, empecemos de cero.

Me costó tragar, mientras mi boca resbalaba por la suya, entreabierta y morbosa. Intenté ignorar su petición, recreándome con su beso allí donde su lengua retozaba con la mía, pero no lo conseguí. Mis sentidos martillearon, como él hacía dentro de mí.

—Aarón...

—Sí.

—No puedo —gemí pegada a su boca. Lo agarré con fuerza y él a mí, entrelazados y propiciando una nueva embestida. Me hallaba sumergida en la profundidad de esa pasión y locura compartida—. Dame tiempo...

—Lo hice —rebatí, fallando estrepitosamente al querer disimular el tormento en su voz—. Joder, *merda*.

[25]

Besos exasperados ahogaron nuestros chillidos al alcanzar juntos el clímax. Sentí el bajón en mi cuerpo, la plenitud acompañada por el agotamiento de no poder moverme. Ahogué mis

suspiros en su boca mentolada, mientras mi frente descansaba en la suya. El silencio fue nuestro compañero por largos minutos, pensé incluso que horas. Mi piel sólo quería estar sobre la de él, sin separarnos... Aarón soltaba lamentos apenas audibles, confesándome sin palabras las ganas que guardaba por sentirme suya una vez más, aun con lo que teníamos a nuestras espaldas, que era su agonía.

—¿Estás bien? —me atreví a preguntar—. Aarón...

—Te he echado de menos.

—Yo...

—Ven, cuidado.

Más esquivo y conmigo encima, abrió la cama bajo mi preocupada mirada. ¿Qué había cambiado en su mente tras eso? Supe que algo, pues tomó una actitud diferente. Por ello, quise pensar que a la mañana siguiente... habría pasado.

Me dejó en una orilla de la cama, junto a las sábanas y la colcha deshechas, acomodándose en el lateral izquierdo. «Vaya, tenemos un problema.» Tendría que haber seguido pensando en esos detalles, hasta que entendí que había otro punto en el que no congeniaríamos. Uno más, tonto, mío.

—Tengo que dormir en el lado izquierdo —carraspeé—; no cojo el sueño de otra manera, no en la cama.

Resopló.

—Yo también duermo en este lado. —Cuando él se tumbó, yo me levanté. Así no iríamos a ninguna parte. Se incorporó resoplando con los brazos en jarras—. Eres insoportablemente maniática.

¡Ya lo sabía! Por eso mismo me sonrojé, ocupando mi lugar, ladeada hacia la derecha. Esperé a que él se tumbara, para doblar la sábana en condiciones por el filo. Mientras lo hacía, no paraba de observarme...

Otro punto negativo. ¿O era yo, que estaba obsesionada con buscarlos?

—¿Qué miras? —mascullé—. Yo así no puedo dormir.

—Ivonne, vamos a dejar las cosas claras: me has quitado mi sitio, pero yo acostumbro a mirar al lado izquierdo; por tanto, a ti.

—Me incomoda y me siento vigilada.

—Pues lo siento —zanjó, acariciando mi mejilla—. Acércate... sólo quiero dormir contigo.

—Si me abrazan, también me cuesta...

—¡Ya! —Se despojó de su calma—. Si duermes con otro, no lo permitas, pero yo no soy cualquiera y deja de sacarme de mis casillas. No te recordaba tan complicada.

—Es que nunca has dormido conmigo una noche completa... sólo a ratos...

Golpe bajo, ¡joder! Sus resoplidos fueron en aumento.

—Pero lo estoy haciendo ahora, y ven. No quiero discutir.

Me arrastró hasta que estuve encima de su pecho. Supe que me iba a costar horas dormir; aun así, acepté.

—Ivonne, el otro día, cuando te escribí en un mensaje que te follé contra un árbol, quise humillarte. Sabes que nunca has significado eso para mí.

—Ya.

Lo sabía; su abrazo cariñoso y sincero me lo estaba demostrando sin palabras. Su situación quizá era la más complicada del triángulo que formábamos... porque él no había estado para vernos... estuvo lejos... él... Mi mente empezó a divagar, a querer saber qué había hecho durante todo ese tiempo, pero un único nombre era mi resumen.

Me apreté contra Aarón y formulé la pregunta:

—¿Quién es Ingrid?

Otro largo suspiro.

—Una mujer con la que ahogaba las penas, en la que me refugié para olvidarte, aunque no lo conseguí. Duérmete.

Los celos me apuñalaron.

—¿La extrañas?

—No seas absurda. No me falta nada ahora mismo.

Sin saber por qué, era justo lo que necesitaba. Me alejé un poco, disgustándolo.

—Es que, si no, no podré dormir...

—Vale, Ivonne, vale.

Pero ahí seguía, media hora después, con los ojos como platos. Echaba de menos mi posición para poder conciliar el sueño. Aarón apenas se movía, apoyado en la almohada como yo, tan de cara a mí que parecía que me mirara.

—Ivonne, deja de moverte.

—No puedo dormir...

—No me obligues a soltarte, por Dios. No sabes lo que daría por... —Apretó los párpados—. ¿Crees que yo puedo dormir? O la pregunta es: ¿crees que yo quiero dormir contigo aquí? Sólo pienso en follarte, ¿te queda claro?

Quizá ahí estaba la clave. También yo quería que lo hiciera de nuevo.

—Pero necesitas descansar —siguió con voz ronca.

—No eres quién para decirme lo que tengo que hacer. No lo olvides.

—Ivonne... deja de joderme, hace mucho tiempo que perdí la paciencia contigo.

Se había vuelto tan mal hablado que incluso su caballerosidad con las mujeres, o al menos conmigo, se había esfumado en el último año y medio. Pero me daba igual lo que me dijera, mi ansiado sueño no llegaba.

«¡Dame una pastilla para dormir!», estuve a punto de gritarle. Desiré solía dármela cuando la necesitaba, como en ese momento.

—Bebé —gimió más tranquilo, despertando más sentimientos, que vivían a flor de piel en mí—, ¿qué puedo hacer?

—Tócame el pelo, me relaja...

—¿Lo hacía...?

«Daniel.»

—No, yo no permito que nadie me abrace mientras duermo... Soy peculiar, lo sé.

—Ven aquí.

Era consciente de los esfuerzos que él estaba haciendo esa noche, así que me relajé cuando enredó las manos en mi cabello, consiguiendo el efecto deseado... que me sintiera más cerca de los brazos de Morfeo, aunque las manos con las que fantaseaba fueran otras que tenía demasiado cerca y a las que no le suplicaría que me volvieran a tocar... a la espera de tener mis sentimientos menos divididos.

—*Buongiorno*

[\[26\]](#)

—me susurraron al oído. Por Dios... el italiano—. Vamos, dormilona.

Tras una breve pelea con la claridad del día, mi cansancio y la necesidad de seguir durmiendo, abrí los ojos. Sonreí, mirándolo. Adormilado y guapo. Muy relajado. Apenas había hueco entre nosotros. No era un sueño, no.

A su lado el tiempo se detenía, pero... a su vez... nada era como antes...

—Buenos días, Aarón... —Me estiré—. Estoy muy cansada.

—No me extraña —se burló irónico, acariciándome el tatuaje del ombligo; desconocía su pasión por ellos—, ¿tienes hambre?

—Un poco.

—¿Una ducha?

Automáticamente, retrocedí. No hacía mucho tiempo que me había encontrado en una situación parecida. Entonces tuve que explicarle a Dani lo peculiar que era y mis tontas manías al compartir la ducha con alguien.

Fue irremediable que me sintiera avergonzada.

—Ivonne...

—Odio compartir ducha —expliqué sin más—. Nos vemos ahora... fuera.

Me despedí de él con un beso en la mejilla y entré en el baño. No tenía dudas acerca de que Aarón estaba descolocado; aun así, no entró a molestarme. Mientras me duchaba, se me ocurrieron miles de escenas para poder garabatearlas en un cuaderno, fantasías.

Cuando Aarón oyó que cerraba el grifo y yo me envolvía en el albornoz, abrió la puerta.

—Ven conmigo. —Tiró de mí—. Te ayudo y luego desayunamos.

Con la tranquilidad que lo caracterizaba, me guio hacia un taburete que había frente a un enorme espejo. Enchufó el secador y, con cuidado, empezó a secarme el cabello. Me rompí; a su manera, me mimaba como Dani.

—Estás preciosa —masculló y añadió agobiado—: Deja esta frialdad, Ivonne. Has nacido para ser mía.

—Cuéntame cosas de Italia.

Sólo quería desviar el tema, ganando tiempo para ahuyentar el pinchazo que me molestaba en la garganta.

—Mis amigos, que ya conocerás, son lo peor de allí —bromeó.

—Mentiroso.

A través del espejo, vi el color que tomaba mi cara, encendida, sacando a relucir la timidez que, sin motivo, Aarón despertaba en mí. Y fui más allá... Me quedé embobada viendo cómo un pantalón largo, ancho, bailaba en torno a su cintura.

—Deja de bostezar o te entrará una pelusa en la boca —insistió en cortar la tensión—. Qué pedazo de...

—¿¡Pelusa!?

—Enredo —aclaró muy gracioso—. Estás fatal, hay que solucionar esto.

—No juegues con mis fobias.

Me besó el cuello y negó, mirándome a través del espejo.

—Dime, ¿qué te apetece hacer hoy?

—¿Qué hora es? —pregunté, alzando la mirada.

—Las dos de la tarde.

—¿¡Las dos!?

Di un salto.

—Deja la alarma, Ivonne. —Me ayudó a levantarme—. Ven, vamos a comer algo.

Fastidiosamente otra vez estaba bostezando, me rugía el estómago y tenía tantas ganas de eliminar la incomodidad entre nosotros que me planteé locamente quedarme con él, siendo consciente de que no era la solución... por las preguntas que mi cabeza y mi corazón seguían haciéndose. Aunque, ciertamente, ya tenía una clara respuesta...

Una dolorosa, una que no admitía: quería desesperadamente a Aarón a pesar de todo, de saber que no podría funcionar, distanciándome por kilómetros de Dani. De lo contrario, no podría estar allí. ¿Qué iba a hacer cuando nos reencontráramos? ¿Cómo confesarle que lo seguía queriendo tanto que me rompía el alma aceptar que a Aarón lo añoraba y necesitaba más? Que, después de un año y medio sin verlo, me dolía demasiado pensar que lo perdería por otros tantos meses...

Dani merecía una explicación por el lazo que nos unía a los tres y yo no sabía cómo dársela.

Porque seguía confundida, aunque ahora mi corazón se decantara, en cierta manera, más por Aarón. O tal vez era mi egoísta seguridad, mi subconsciente, que presentía que Dani estaría ahí de igual manera, apoyándome... cuando se cansara de la otra.

Me odié a mí misma por pensar semejante brutalidad.

—Ivonne, me tienes hasta la polla con tu silencio.

—Lo siento —me disculpé—. ¿Vamos?

—Será mejor.

Ingeniándomelas para ser yo quien lo complaciera, lo invité a sentarse y empecé a rebuscar bajo su atenta mirada lo necesario para tomar un tardío desayuno. Con todo organizado, preparé su café bien cargado y puse en un plato unos cruasanes, recordaba que eran su delirio, más mis tostadas y el zumo natural. Luego me senté justo en frente de él.

—¿Por qué eres ahora vegetariana? —lanzó.

Ciertamente éramos como dos desconocidos, y lo odiaba.

—Me encontré una pelusa en la carne...

Aarón se removió, incómodo.

—Ivonne, por Dios, desesperas a cualquiera. —No, no le gustó saberlo. Otro paso atrás. Me planteé que mi nueva manera de ser tampoco no sería de su agrado una vez estuviera al descubierto. Yo sabía a qué me exponía, seguro que a un riesgo tras otro... como cuando descubrí lo desordenado que era Dani en la convivencia—. Ivonne —me regañó al pillarme pensativa, y añadió—: Una mierda de pelusa podría estar en cualquier otro lugar. Tienes que mirarte esas manías, me parecen extremas.

—Desde que tengo el centro, soy *extravagante*—confesé abochornada—. Así soy yo, Aarón.

Bebí del zumo sin saber cómo actuar y me levanté sin esperar a que él acabara. Puse mi plato y mi vaso en el fregadero, cogí el paño para limpiar la mesa y, al girarme, Aarón estaba ahí. ¿Podéis imaginaros mi sorpresa al toparme con sus ojos tan fieros?

Sin decir nada, me cogió al vuelo y me sentó sobre la encimera.

—Aarón...

—Chis...

Lancé el paño y examiné, inquieta, sus controlados movimientos.

Despacio y contra lo pudorosa que era, permití que se deshiciera del nudo del albornoz, abriéndolo. Me quedé temblando, sin acostumbrarme a aquello, irguiéndome para que me sacara el atuendo y quedara atrapado debajo de mi trasero.

—Vamos, Bebé —suplicó agarrotado.

Lo enganché por la nuca y, con la pierna derecha, le bajé el pantalón, que fue resbalando hasta la orilla de sus pies.

Aquello fue de infarto, irresistible. Contra todas mis imposiciones, quería volver a sentir sus caricias.

—Me gustas mucho atrevida y calladita, eres diferente —susurró y deslizó su pulgar por mi pezón. Me solté de él y me aferré a la encimera con las manos blancas por el esfuerzo—. Tengo disfraces, ¿te gustaría utilizarlos?

—¿Disfraces?

—Sí. —Su voz fue tan ronca que supe que algo me ocultaba. Se agachó un poco y me rodeó un pezón con su lengua. Estaba mojada y cálida—. Eróticos, sexis. Todos para ti.

—Aarón —jadeé.

—Dime.

Volvió a la carga, llenándose las manos de mis dos pechos, que juntó para poder pasar del uno al otro con mayor rapidez. Los realzó y los chupó primero uno y después el otro, repitiendo la acción con la respiración acelerada mientras se perdía en mis senos enrojecidos por los roces de su barba recién retocada.

—¿Lo harías? —me presionó y enterró un dedo en mi interior. Salté gimiendo—. Ven, Bebé. Tragué sintiendo cómo se detenía, sin que yo pudiera soportar que no me tocara. Me quedé vacía de nuevo... jadeante.

Lo miré a los ojos, pero él negó, ayudándome a bajar. Mis agujetas se hicieron presentes, me costó incluso sujetarme. Aun así, lo seguí al dormitorio principal. Allí la desconfianza entre ambos aumentó y supe que no podríamos seguir en esas condiciones. Había llegado el momento... de tomar decisiones, con la verdad en las manos por muy dura que fuera.

—Toma —me dijo y me entregó una cajita cerrada—. Te espero en la sala. Estarás preciosa.

—Puedo preguntarte por qué disfraces.

—Ya lo has preguntado —me corrigió vanidoso—. Es así como te imaginaba cada día al pensar que serías mía, lo fuiste con... Y de hecho, has servido para alguna inspiración.

—¿Me hablas de mujeres?

—No de lo que estás pensando. —Que me guiñara un ojo debía de ser bueno, ¿no? Le devolví el gesto—. Pruébatelo para mí. ¿Lo harás?

—¿Y qué tengo que hacer?

—Provocarme, quiero el reflejo de la mujer que me ponía a prueba cada segundo que estaba a mi lado y yo tenía que resistirme para no joderlo todo, aunque cada noche quisiera tocarme al pensar en tu comportamiento conmigo.

«Madre mía.»

Dejé la caja sobre la cama y saqué las prendas. Había una falda roja de cuadros, con la que di por hecho que no cubriría ni medio trasero. Una camisa blanca, de botones, con los primeros arrancados. Medias altas de encaje, tanga y sujetador de seda, incluso un coiletero y tacones de aguja.

—¿Lo has hecho con otras? —pregunté con la mirada perdida en el atuendo—. Que se disfrazaran para ti...

Oí un suspiro demasiado alto como para ser casual.

—Contigo, Ivonne. ¿Verdad que no te acuerdas? —amenazó en mi oído—. No podrías, tu recuerdo es vago, pero lo hiciste. La noche del árbol tú me provocaste hasta que caí y quise quedarme contigo, pero lo echaste todo a perder. Por eso y... muchísimo más, no quiero que bebas.

Absolutamente confusa, lo encaré. Su semblante no titubeaba... ¿Hasta dónde llegué para que él me odiara?

—Aarón... —Negué con la cabeza, frotándome la sien al tiempo que recogía la sábana de la cama hecha y cubría mi cuerpo. La excitación se había esfumado—. Sé que has hecho lo posible para entretenerme, pero lo necesito...

—He querido protegerte, Ivonne —aseguró y, con el pulgar y el índice de su enorme mano, me obligó a mirarlo al capturarme el mentón. Estaba indescriptible—. No te gustará saberlo.

—Lo prometiste.

Me soltó muy molesto, fatigado, y se sentó apoyando la espalda en el cabecero de la cama, con las manos cruzadas en el pecho, donde yo había estado acurrucada horas antes, refugiada y disfrutando de esta falsa calma.

—Ivonne, lo he intentado dejar en el olvido. De hecho, estoy aquí, pisoteando mi orgullo. Basta, no quiero discutir.

—¿Qué hice? —imploré desesperadamente, poniéndome a su altura en el colchón, con los dedos aferrados a la sábana que cubría mi piel. Había repugnancia en sus facciones—. Dime que no...

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Asentí dubitativa, apreciando cómo se teñía su voz de rabia y dolor.

—¡Joder, Ivonne! —Lanzó a los lejos un cojín, estrellándolo contra el suelo. Entonces me miró y

quise llorar... Vi lo mucho que me odiaba—. Te follaste a Dani después de haberte entregado a mí esa misma noche.

—¡¡No!!

—Lo hiciste, Ivonne, me la jugaste.

Negué con vehemencia una y otra vez. Ciertamente mi recuerdo de aquella noche era vago, pero eso no podía ser verdad. ¡Me negaba a creerlo! No sabía siquiera a qué momento se refería... Entre tanta agonía, rebuscando en mi mente, el detalle de un vestido de colegiala se coló en mi cabeza... y no tenía nada que ver con lo que él me reprochaba... ¿Teníamos diferentes perspectivas de la fiesta?

¿¡Y cómo!? ¿¡Por qué!?

—Sí, Ivonne. ¡Sí!

«No, por favor.»

—Cuéntamelo todo —supliqué con la mano en su corazón—. Necesito saber qué viste tú y qué sentiste, ¡yo no pude hacerlo!

—*In questo momento ti odio*

[\[27\]](#)

—escupió con expresión asqueada—, te odio por hacerme pasar por esto. Pero, si es lo que quieres, acabemos de una puta vez.

20

Y tú te vas

Un año y medio atrás, aproximadamente...

Aarón miraba a Ivonne desde el otro extremo de la estancia; iba guapísima. Su vestido era largo y de color verde. Tenía el cabello suelto y un poco alborotado, dado que llevaban varias horas entre mucha gente... Ella también le regalaba miradas furtivas, sonriéndole y paralizándolo por su coquetería aun en la distancia.

Para Aarón, el detalle de que ella estuviera un poco achispada lo tenía alterado; no se atrevía a acercarse, no entonces.

No dejaba de pensar en los últimos días, no quería vivir sin ella. Su decisión estaba tomada: rendirse, confesarle cuánto la amaba en silencio... Lo hacía desde que era un niño; por ello sucumbió y, tras la repentina pasión compartida, por miedo a perderla para siempre como mujer y amiga, decidió mantenerse al margen. Estaba avergonzado porque la había tocado, le había hecho el amor y... además, estaba el hecho de la unión que existía entre las familias... Su timidez lo acorralaba.

—Ey —lo interrumpió su hermana Laura—. ¿Qué miras? Estás muy callado y absorto.

—Creo que Ivonne está bebiendo mucho.

—No seas protector y deja de actuar como un hermano mayor, ¿no crees que es mayorcita? «Hermano», pensó él, volcando en su boca el contenido de la copa, sin dejar una gota en el vaso.

—Voy al baño, contrólala.

—Viene hacia aquí —le informó Laura, riendo al ver las pintas de su amiga. Iba caminando y bailando; hacía mucho tiempo que no la notaba tan desinhibida—. Os dejo, voy a buscar a Dani. Aarón permaneció callado hasta que Ivonne llegó a él, sonriendo y coqueta, y lo rodeó moviendo las caderas al ritmo de la pegadiza canción.

—Baila conmigo —le susurró ella al oído—. Me faltas tú, *italianini*.

—No bebas más, por favor —le pidió sin seguirle el juego—. ¿Quieres tomar un poco de aire?

—Sólo si bailas conmigo.

Por sacarla de allí y suavizar su estado, Aarón, tímido, se lanzó y se arrimó a Ivonne. Contuvo un doloroso gemido. La deseaba; luchaba contra su traicionero cuerpo, que se encendía con el más mínimo roce.

—¿Vamos? —insistió él tirando de ella, que le bailaba como una auténtica diosa. A Aarón le impactaba la belleza de Ivonne, exótica por su mirada felina—. Bebé, por favor.

—Dame un segundo, necesito recoger algo. Espérame en nuestro escondite.

—Pero dame tu copa.

Sin dudar, Ivonne se la entregó y, besándole la mejilla a su amigo, se perdió entre el gentío.

La fiesta tenía lugar en un local muy cercano a la casa de ambos, también del terreno vacío de los Fabrizi.

Disimulando, Aarón bebió de la copa y salió hacia su escondite. Ya apenas lo frecuentaban, no desde que todo cambió por primera vez, aunque llevaban unas semanas en proceso de acercamiento. ¿Lo querría como él a ella?

Dudas e incertidumbres lo atravesaron durante la pequeña caminata. Esperó apoyado en el árbol y miró el grueso tronco; allí estaban grabados sus nombres, en uno de los momentos de locura de la traviesa niña.

«Para que siempre estemos unidos: Aarón e Ivonne», había susurrado ella al raspar y marcar

aquellos nombres.

—Hola, Aarón.

«¿Qué...?»

—¿Ivonne? —Aarón no daba crédito, llevaba otro atuendo. Iba vestida de colegiala, muy sexi...

Corrió hasta ella y la detuvo por el codo—. ¿Qué haces?

—Tu bebé se ha hecho mayor —flirteó.

—Oye, escúchame, vamos a tu casa y...

—A mi cama —terminó ella, echando las manos al cuello de él y dándole un mordisco justo ahí, sobresaltándolo—. Me gustaría pasar la noche contigo.

—Has bebido.

Aarón intentó separarse, sin éxito.

—Sé lo que quiero —aseguró cariñosa, rozándose sin piedad y produciendo rápidamente el aumento en la hombría de Aarón. Ella lo notó y sonrió—. Es nuestra noche, todo está preparado para que me hagas gozar.

—Deja de hablar así, por favor. ¿Quién te ha dado este vestido?

—Me lo ha prestado mi amiga Sofía, porque le he dicho que quería seducir a un hombre complicado, ¿crees que caerá?

Aarón la sujetó por los hombros y la puso de cara contra el aire que azotaba, para que se despejara, aunque hacía frío para ir tan descocada. Él sufría al verla así, temía que se liara con otro. Muchos ojos recaían en su espléndida figura en la fiesta.

—¿Por qué no me deseas? —susurró ella por encima del hombro, incitándolo y arqueando su cuerpo para arrimarse a él, lo que le arrebató un gruñido a Aarón—. Llevas toda la noche mirándome y creí que...

—Mañana hablaremos; tengo cosas que decirte, pero no hoy. No quiero estropearlo todo; por ello he marcado distancias entre...

—Deja de hacerlo y bebe conmigo.

Él había bebido bastante, aunque con control. De hecho, gracias a la bebida se encontraba a solas con ella: las copas de más lo habían inducido a esa intimidad, porque, de lo contrario, no lo hubiera consentido. Estar a su lado se le hacía insoportable, porque las ganas de tocarla lo obsesionaban e Ivonne lo provocaba más que de costumbre.

—Aarón, ¿sabes que estoy terriblemente excitada? ¿Sabes que te quiero tanto que daría mi vida por ti? ¿Y sabes que serás el hombre al que más habré querido en el mundo?

Bloqueado, observó cómo Ivonne se giraba y unía sus labios a los suyos, cerrados e impactados, como él. Ella los humedeció sensualmente, exigiendo más de aquel hombre que le había robado el corazón, por el que sentía un profundo amor que él rechazaba constantemente.

—*Italianini*, ¿me darás lo que te pido?

La alejó y ella no desistió.

—Ivonne, por favor.

—¡Lo necesito!

—Chis... —siseó, agarrando su cara y mirándola a los ojos—. Serás mi ruina, Bebé. Vamos, te llevo a tu casa.

—¡Pues no, y mira qué hago!

Se bajó la falda. El asombro de Aarón fue aún mayor. Ivonne no lo ponía tan al límite desde que había madurado, y fue el mismo día que hicieron el amor por primera y última vez, rompiendo el fuerte lazo que los unía.

Aarón intentó cogerla para prohibirle otro movimiento y ésta, astuta, se sacó las medias en mitad de un suave forcejeo entre ambos. Temblaba, Aarón ardía por tocarla y hundirse en el cuerpo fino y delicado de Ivonne.

«Qué piernas...», pensó.

—Por favor, deja de hacer esto.

—Bésame, tócame y hazme sentir... eres tú, Aarón. —Él negó y ella, con atrevimiento, lo aferró por el cuello de su camisa y lo amenazó—: ¡Es mi último intento contigo! ¡Lo juro!

Aarón no supo qué pasó por su cabeza... quizá la excitación, la adrenalina que quemaba sus sentidos o la sensualidad de aquella mujer que conseguía trastornarlo tanto... Finalmente corrió hacia ella y la levantó en brazos, empujándola contra el árbol.

—Aarón —gimió de placer, balbuceando. «¿Por la bebida o por el momento?», se cuestionó él—. Sí, quiero esto. Sin paciencia. Toma. —Alargó la mano y sacó de su bragueta un preservativo—. Vengo preparada, para ti.

—¿Quieres esto, Bebé? —Casi imploró—. ¿Me ves, me sientes?

—No estoy lo suficientemente borracha como para no recordarlo. Y no lo haría con cualquiera. Tú, Aarón. Te quiero a ti.

Sobraba la ropa, las palabras... todo.

De un momento a otro, abandonando sus cuerpos a la pasión... aquello... sucedió.

Él la empotraba contra el árbol, empalando fuerte y necesitado. Ella le pedía más y Aarón, sencillamente, era incapaz de negárselo, de no tocarla. Pensó que podría estar lastimándola por la dureza, pero ella gemía y disfrutaba. Sus súplicas le hicieron creer justo eso: sí, lo estaba gozando.

—Así... así —jadeó extasiada.

—Eres tan caliente. —Ivonne asintió, buscando su boca con avidez. Los labios de ambos estaban hinchados por los besos locos y desesperados—. Nunca olvides esto.

—No lo haré —prometió y rasgó su propia camiseta, ofreciéndole sus pechos. Aarón gruñó—. Disfrútame toda...

—Ya no pienso en... —la mordió y empujó, y ella arañó su hombro—... otra cosa.

—Lo quiero todo, Aarón.

—Y te lo daré —prometió bajito, con doble sentido.

Se dejaron llevar por la unión, con toques, besos, profundas caricias... y con el primer orgasmo no concluyó aquello.

Querían más, el fuego no se apagaba.

—¿Estás segura? —Ella asintió de espaldas a él, entregándole un poco asustada la parte trasera de su cuerpo—. Ivonne...

Aarón se sintió el hombre más afortunado de la tierra. Era el primero en sus experiencias sexuales... lo fue a los diecisiete años, y esa noche volvía a regalarle otra parte de ella... Al día siguiente se lo confesaría. La quería y la necesitaba para hacerla feliz, cuidarla y mimarla... y continuó reclamándola.

—Esto es increíble —sollozó Ivonne. Aarón estaba arrodillado entre sus piernas, pasando la lengua por su clítoris, muy caliente aún después de dos orgasmos—. ¡No pares!

—No grites, pueden oírnos.

—¿Crees que me importa? ¡Tú serás mío!

Ya lo era, reconoció Aarón.

—¿Seguro que estás bien? —insistió por enésima vez Aarón, justo antes de volver a la realidad, e Ivonne sonrió.

No quería confesárselo a él, pero estaba mareada; le daba miedo cerrar los ojos porque era consciente de que, al día siguiente, sus recuerdos serían ambiguos.

—Sube y cámbiate; te esperaré en la fiesta, ¿de acuerdo?

—Sí —murmuró cansada—. Quiero dormir contigo.

—Y yo. —La abrazó fuerte—. Vamos. —La besó tierno—. *Ti voglio bene.*

[28]

Ella suspiró enternecida.

—Y yo —balbuceó, aferrada a su pecho—, muchísimo.

La rodeó por la cintura y la guio, dándole besos en el cabello hasta que cruzaron la valla que separaba su escondite de las dos casas y el local.

—Voy al baño y te espero en el local —dijo Aarón, cariñoso—. Gracias por esta noche, Ivonne, prometo recompensarte por...

—Siempre.

Asintió satisfecho ante la seguridad de Ivonne; no tenía dudas y así se lo hizo saber.

—Eres mía.

—Lo soy.

Ninguno de los dos se podía creer la forma en la que se habían entregado; ya se pertenecían, las miradas eran cómplices.

—No tardo, *italianini*. —Lo abrazó emocionada y, al retirarse, confesó—: Soy feliz... te quiero.

—Yo más.

Ella rio negando al tomar su rumbo.

Aarón estaba sumergido en una burbuja; caminaba de un lado a otro mientras vigilaba como ella se dirigía a casa. Y lo hizo tambaleándose. Sí, Ivonne había bebido demasiado, pero recordaría perfectamente lo que habían compartido porque era imposible que lo olvidara. Cada parte de su piel fue acariciada y adorada por Aarón.

Él entró en el baño del local y se echó agua en la cara y en la nuca, ya que se sentía acalorado y exhausto. Recuperado, entró en la fiesta buscando a Ivonne entre la gente. Media hora más tarde seguía sin encontrarla. Se desesperó y asustó. Pero no desistió, recorriendo las habitaciones y distintas partes de la estancia.

Una hora después seguía en las mismas.

—Laura —llamó a su hermana desesperado—. ¿Has visto a Ivonne?

—Sí, ha venido y luego la he visto irse a su casa con Dani, ya sabes que sus padres están de guardia en la clínica, tienen un cachorro en muy mal estado.

—¿Dani e Ivonne? —Laura afirmó, bailando—. ¿Segura?

—Sí, segurísima. ¡Qué pesado, Aarón!

Éste corrió hacia la casa de Ivonne. Su hermano no se atrevería a tocarle un pelo; se entendían y conocían incluso sólo con la mirada y Daniel sabía cuánto sentía él por ella. «Tiene que saberlo», intentó convencerse.

Tomó aire al traspasar la puerta de la calle, que estaba entreabierta y no auguraba nada bueno. Se bebió las escaleras, llegando incluso a tropezar. Oyó un quejido y abrió... Dani acariciaba el rostro de Ivonne, inclinado a su lado, y ella estaba recostada en la cama. Entonces, Dani lo miró y agachó la cabeza.

¡No podía ser!

Se fue, se dijo que confiaba en ambos. Era una locura creer semejante cosa. Iba a volverse loco, mientras corría para encerrarse en su habitación. Dio vueltas y vueltas sin poder dormir, esperando a su hermano y amigo, que se dignó aparecer una hora después.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aarón hecho un manojo de nervios—. ¿Qué hacías con Ivonne?

—Ya sabes. Lo has visto.

—No, no tengo idea.

Dani lo ignoró y se quitó los zapatos.

—Daniel —pronunció por primera vez en su vida el nombre completo de su hermano—. ¿Qué ha pasado?

Éste se empezó a quitar la ropa, tirándola por el suelo.

—Que hemos echado un polvo, y ya; hemos bebido y nos hemos dejado llevar por el

desenfreno.

—¿Qué estás diciendo? —No le salía la voz.

—Es muy atractiva, lo sabes. ¿Por qué no?

El mundo de Aarón se vino abajo por el dolor de la traición. Su hermano lo miró un poco asustado, creyendo que Aarón se desmayaría; éste se fue destrozado de la habitación. Fuera llovía y se refugió donde horas antes había sido inmensamente feliz.

«¡Zorra!», gritó su mente en silencio. La odió, nunca había experimentado tal sentimiento. Daniel sabía de su atracción por ella, ¿por qué demonios...!? Lloró y lloró, como un niño pequeño, defraudado y lastimado.

Irse, tenía que irse y esquivarla hasta que se hubiera largado.

—¡Aarón! —gritó Ivonne, llena de temor al encontrarlo al día siguiente. Él la esquivaba—. ¡Ey! Aarón se maldijo y la encaró; le dolía mirar su rostro: parecía inocente y, sin embargo, no había pureza en ella.

Ya no era digna de él.

—No puedo entretenerme, tengo que irme.

—¿Qué pasa? —Lo agarró del brazo—. Querrás decir... irnos. Nuestro vuelo sale dentro de...

—Lo siento, Ivonne, pero no eres la mujer que yo esperaba —soltó asqueado. Ella ahogó un gemido, a punto de llorar—. Tengo proyectos en Milán y me marcho allí. No quiero saber nada de ti.

—Pero qué...

Aguantó, se controló... pero no pudo seguir mostrándose tan frío.

—¡Te comportaste en la fiesta como una...!

Omitió la fatídica palabra. Ivonne se descompuso al repasarlo todo. Se había levantado con un fuerte dolor de cabeza y lo único que recordaba era que había estado entre sus brazos, feliz y entregada en cuerpo y alma.

—Falsa, mentirosa —añadió él—. No quiero volver a verte. ¡Eres una... joder!

Ivonne dio un paso atrás. Aarón no solía gritar. Su memoria merodeó por la fiesta, por sus acciones, asustándose por el comportamiento que tuvo. «¿¡Qué hice!?»

—Créeme que es mejor que no lo sepas —respondió él a la pregunta no hecha—. Tengo que irme. Siento que esto termine así; me has dañado, Ivonne, no te lo perdonaré... Mi vida ya no está aquí.

Ella pensó que se volvería loca, sobre todo cuando él habló en italiano de manera atropellada. No llegaba a entenderlo... e intentó abrazarlo.

—¡Te quiero, Aarón! —Él se apartó; había odio en la mirada de su amigo, en el hombre de su vida—. Mi amor es para ti.

—Pues dáselo a otro, ¡tienes amor para todos!

Se miraron por última vez; no, ella no se acercaría. Los ojos de Aarón eran asesinos y sabía que la decisión era firme. Moría por suplicar; sin embargo, pensó que en ese momento sería inútil... «Dale días», pensó Ivonne. Porque eso no podía ser cierto, él recapacitaría.

—Me tengo que ir —dijo él, frente a *shock* de ella—. Ya nos veremos.

El llanto de Ivonne fue desgarrador, pero Aarón no volvió la vista atrás, donde su Bebé lloraba sin consuelo.

«¡Con los dos!», se recordó... Si hubiera sido otro... ¡No!

Sin despedirse, y sin saber ocultar la frialdad de la que ahora era preso su cuerpo, subió a su casa, topándose con Daniel de frente. Lo miró de arriba abajo.

—Me voy a Milán, que te vaya bien por aquí.

—¿Qué? ¿Te vas a Milán? ¿Y el proyecto de Valencia?

—Hoy mismo —aclaró, señalando hacia sus maletas—. Se acabó todo. ¿Cuáles son tus intenciones con Ivonne?

Aarón, a pesar del dolor, no tenía claro nada... Si Daniel le decía que buscaría de nuevo el modo de estar con ella, se replantearía su marcha. Porque él no quería ser el cuñado de la mujer que amaba y odiaba, aunque, siendo sincero, poco amor quedaba tras el duro golpe... Quería olvidarla, largarse, pero sabiendo que no sería de su hermano.

—Es mi amiga, ¿qué pasa? Sé que la cuidas y te prometo que esto no volverá a suceder. —La mirada de Daniel vagó. Aarón no supo cómo descifrarla—. La bebida me cegó, sus súplicas... Fue un error.

«El más grande de su puta vida.»

El carácter de Aarón cambiaba y, con ello, sus palabras y sus sentimientos. Le dolía y tenía que irse, asimilarlo y transformarse para que nadie lo dañara igual. Debía poner tierra de por medio o se destruiría para siempre cada vez que coincidiera con su Bebé.

—Lo espero por tu bien —le advirtió a su hermano—. Y retírate; cuánto menos contacto, mejor.

—No le haría daño —aseguró—. ¿Qué te lleva lejos?

«Vuestra traición.»

—Proyectos, un cambio de aires y de vida. Daniel, mantente lejos y procura no lastimarla.

—Dani asintió frente al protector de su hermano, sorprendido por su repentina marcha; aun así, no dijo nada más... y Aarón creyó ver que quería hacerlo—. Ivonne no se acuerda de nada. No dañes su reputación, hazlo por ella y por las familias.

—La cuidaré como lo harías tú —dijo, tan bajito que Aarón supo que se sentía culpable—.

Aarón...

—Qué...

Daniel cerró los ojos y negó.

Aarón quiso confiar y su orgullo no le permitió recular. Esperó no tener que volver a revivir nunca ese tormentoso recuerdo. ¿Cuál sería la reacción de Ivonne de saberlo? Qué importaba, ¡no lo merecía! ¿Podría vivir sin ella? Debía intentarlo, sanar sus heridas... ¿Volvería a buscarla olvidando la peor noche de su vida?

Dos días después el dolor se intensificó cuando recibió un mensaje de ella, estando ya lejos, con distancia de por medio.

¡No estás aquí conmigo! Te dejé partir en nuestra última conversación porque estaba *enshocky* tú, demasiado afectado. Creí que necesitabas días para calmarte y, aunque me dijiste que te irías, no le di veracidad. Esperaba verte aparecer por Valencia... Te quiero, Aarón, he llegado a pensar que me has utilizado, ¡pero no! Tú me quieres como yo a ti. La culpa me puede, ¿qué hice para perderte? Estoy llorando, te llamo y no respondes. ¿Te has arrepentido de lo sucedido? ¿De verdad no quieres volver a verme!? Sé que es una excusa, que quizá te he agobiado demasiado, ¿verdad? Si te has asustado por mi insistencia, no te preocupes, no quiero perderte como amigo. Me duele, pero, si no respondes a este mensaje... te dejaré... Te he querido desde que éramos unos niños, me has rechazado y he luchado por ti como no te imaginas. Me siento rota... Te suplico que me llames, no me puedes dejar así, ¿cómo vivir sin ti?

Aarón rompió el teléfono, no menos afectado que ella. Tiempo era lo que necesitaba, aunque cada día muriera lejos de la mujer que lo había enseñado a adorar, a amar y a odiar, a la vez.

21

Te amo

El mensaje... el mensaje que yo le escribí me destrozó el alma al volver a la realidad. Lo recordaba como si lo hubiera escrito en ese instante. Su relato había sido como una especie de regresión al pasado que no soportaba y que me lastimaba hasta querer gritar basta. Yo lo esperé y desesperé, jamás pensé que no lo volvería a ver. Fue cierto que hubo decepción por mi parte y después culpabilidad entre lágrimas de dolor y desesperación. Pero nada le importó y yo, tras arruinar mi vida durante meses con la soledad como única compañera, aprendí a vivir con ello. Mi madurez y mi cariño, o como lo queráis llamar, por él no me permitió guardarle rencor por más tiempo; sí sufrir.

Dolía...

No conseguía salir de mi estado de consternación. Su voz peligrosa y sus dientes apretados me habían dado la ligera idea de qué le supuso y le continuaba suponiendo lo sucedido, el revivirlo. «Estúpido, ¡idiota!» Mi cabeza no dejaba de gritar incoherencias. No sé si lo veía en mis ojos, pero quería golpearlo.

En algún momento teníamos que romper ese crudo silencio, bajo el que las miradas eran el reflejo de la gravedad de cada palabra. La distancia con Dani aumentaba hasta alcanzar unos límites insospechados; lo aborrecí como jamás pude imaginar que lo haría. Pero no fue al único, Aarón se ganó un lugar junto a él.

—¡Cuidarte! —masculló—. E insistió en ello más tarde. ¿Me estás oyendo?

Alcancé la botella de mi bolso, mojándome la garganta con la mirada perdida.

—Te mintió... —escupí ásperamente, tras dar un amargo sorbo—... Desde que te fuiste hasta hace pocos meses, insistía, y no como amigo. Pasó demasiado tiempo, Aarón.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —me reprochó duramente y se levantó sin dar importancia a su desnudez. Sacó su cajetilla y se encendió un cigarrillo—. ¡Con los dos! —Me señaló.

—No me grites, por favor. ¡No te atrevas!

—No me gusta discutir —repitió haciendo un aspaviento con la mano—. Lo he asumido... pero ahora eres mía.

¡Suya, suya! Esa palabra ya estaba en desuso en este siglo.

Me calmé, consciente de que era lo necesario para enfrentarnos. Le ofrecí que volviera a ocupar su lugar a mi lado y, aunque pensativo, dominó su ira y se situó a mi derecha. La enorme cama nos mantenía alejados, pero yo acerté la distancia.

—Aarón, es cierto que bebí, que apenas recuerdo nada. Sí lo suficiente como para haber vivido cada segundo que pasamos juntos aquella noche con la misma intensidad que tú.

—¿Y qué pasó? —Bajó la voz y evaluó mi trance emocional. Yo estaba a punto de gritar, de perder la cordura—. Háblame, Ivonne. No quería contarte todo esto para protegerte, pero me fallaste y hoy, con seguridad, sé que él me traicionó.

Me sentí mareada, asqueada y decepcionada... dolida y dañada.

Miré a Aarón, odiándolo por haber creído, sin especulaciones, a su hermano. Por su culpa nuestros caminos se separaron y yo terminé, quizá, en los brazos equivocados. Unos que me pasarían factura toda la vida.

—Yo no estuve con él, ¡no lo hice! —estallé conteniendo el llanto—. Me encontraba mal y nos cruzamos cuando yo te buscaba. Se ofreció a llevarme a casa... y ¡nada más!

Dio una calada y apagó el cigarrillo inmediatamente, mirándome con recelo. Yo me levanté sin la sábana, desnuda, permitiéndome explotar como necesitaba, ya que, sin motivos, me sentí acorralada.

—Me acurrucó con las mantas; recuerdo que me acarició y me quiso besar, ¡me negué! ¡Es lo poco o mucho que recuerdo con claridad respecto a él! ¡No me folló como tú dices, no! ¡Ni me tocó!

Pareció que le hubiera dado una bofetada sin tocarlo, por lo que cerró los ojos, abriéndolos momentáneamente mientras se mordía el labio inferior, persiguiendo el control de sí mismo. «¡Muéstrate de una vez!»

—No lo recuerdas todo, Ivonne. —Se acercó a la ventana, apretándose la nariz—. No estás segura.

—¡Claro que sí! ¿Por quién me tomas para dejarme hacer por los dos en una misma noche cuando yo te lo había prometido todo a ti? ¡Ni siquiera me había fijado en él, aunque fuerais iguales!

—Te recuerdo que, cuando llegué hace pocos días a Valencia, estabas con él y aun así estabas ansiosa, aunque te contenías, por ser mía, ¿qué me dices a esto?

Me quedé de piedra, pero no por su reproche, sino por la respuesta que se filtró rápidamente de mi corazón a mi boca; no me dio tiempo a meditar qué quería contar o no... porque ni yo misma lo sabía entonces.

—Aarón, ¡no se trata de esto! Me conoces, sabes que no me dejes llevar sin más, pero varias preguntas me asaltaron y aquí están, ¡eras tú! De ser al revés, ¿hubiera sucedido igual? ¡No lo creo!, ¡yo te busqué en él, me refugié confundiendo su cariño por mi obsesión por ti... y caí!

Tragué saliva a la misma vez que él. La niebla se esclarecía en cierta manera y me vi en la obligación de ser sincera, de escupir la verdad que estaba descubriendo, aun perjudicándome y lastimándome.

—¿Me crees tan cruel y frívola como para haber estado con él hasta hace días y ahora contigo... y hoy no sentirme culpable?

«En el corazón no se manda.»

Dio un paso hacia delante; yo, hacia atrás.

—¿No te dice demasiado que yo me haya entregado aun sabiendo que puedo perder a mis padres, a tu hermana y a tu familia...? —Estuve a punto de arañarme la cara por la impotencia—. ¿Lo haría por un polvo o dos? ¡Sentimientos, Aarón, joder!

—Ivonne...

—Todos saben que he estado con Daniel, tus hermanos se lo habrán contado a nuestros padres, ¿qué pensarán de mí cuando sepan que me he fugado contigo? ¡Me ha dado igual por volver a sentirte otra vez y saber qué decía mi piel! Y es demasiado...

Me quedé sin aire.

Un momento... recapitulé todo lo que acababa de soltar y entendí que había sido una declaración de amor en toda regla.

Aarón caminó lento hacia mí; llevaba unos bóxer que no sé ni cuándo se los había puesto, e iba descalzo. Me di cuenta de que yo tampoco llevaba puestas las zapatillas, que mis manías y preocupaciones, a su lado, me inquietaban menos... Y tenía miedo. Ese día yo también experimentaba el sentimiento de odio, y era tan fuerte como el amor que le podía tener.

—¿Estás enamorada de mí? —Me empujó contra su pecho y luché por liberarme. No lo conseguí—. ¿Es lo que acabas de decir? ¿Y de Daniel, por querer buscarme en él?

—N-No lo sé.

—Me dijiste que sería el hombre al que más querrías en el mundo.

—Y lo sigues siendo —reconocí temblorosa.

—¿Y por qué me miras así?

Evité las lágrimas y dejé de pelear hasta que tomé conciencia del porqué... Era tan duro que no iba a gustarle, pero él lo había causado. ¡Él se lo había buscado!

—Porque te odio, lo hago porque te fuiste sin hablar conmigo, por prohibirle a él que lo hiciera.

Golpeé su torso, duro y tenso. Y añadí:

—¡Por empujarme a sus brazos y hoy sellar esta barrera entre tú y yo que siempre estará presente!

—No grites. —Me inmovilizó al encarcelarme con las manos detrás de mi espalda—. Tranquilízate, Ivonne.

—¿Hay forma de mantener la calma? Me has acusado durante un año y medio de un delito que no cometí.

—Meses a su lado hunden tu teoría.

Sería el maldito reproche que nos acompañaría cada día. Me había lanzado a un abismo del que no había salida, pisando el terreno arriesgado que sería nuestra relación a ojos de la gente, del resto del mundo. Y entendí que tenía que huir. Porque era una cobarde, sí. Había muchos miedos, temor de sentir por él y... descubrir que abrigaba demasiado en mi corazón como para atarme a su lado, sufriendo las consecuencias de haber sido cuñados. Era imposible un buen final, cordialidad.

—Ivonne, no pienses.

—¿Qué quieres entonces, Aarón? —Me vine abajo. Sus ojos gritaban que le dijera la palabra que no sabía si sentía y, de ser así, el rencor la mantuvo cerrada—. Ya te he explicado lo sucedido, nos lo hemos dicho todo... Me he equivocado, sí, ¡he metido la pata!

—Voy a matarlo —pronunció fríamente. Su expresión era reservada—: lo sabes, ¿verdad?

Se apoyó en mi frente, robándome bocanadas de aliento.

—Piensa en tus padres, en tus hermanos... —Interpuse mis brazos entre él y yo—. Sois una familia.

—Sólo necesito saber que estás segura de lo que me has contado.

«Es de lo único que tengo certeza.»

—¿Me crees?

—Necesito hacerlo, Ivonne. —No rompió el contacto visual entre nosotros. Su control era pasajero. Se enfrentaría a Daniel—. ¿Qué esperas que pase?

Un escalofrío atravesó mi espalda, porque me forzó hacia él... nuevamente, y mascullé:

—Sé realista, Aarón. He de irme. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. N-Nos odiamos.

—Pero nos queremos más. —Suavizó el tono, chupó mi labio y entrelazó sus dedos a los míos cerca de mi espalda, donde mis manos seguían sujetas—. Te confieso que te odio menos...

—Pero has conseguido que te odie, y nunca lo había hecho.

—¡Parecía obvio al ver lo que vi, y más cuando después me llegó su confirmación!

Su piel y la mía se persiguieron, buscando roces desesperados.

—Déjame atarte, pero quiero que sea por voluntad propia. Bebé... te lo he dicho, te quiero demasiado y te lo perdonaría todo. Hoy lo sé, por eso volví, aunque una parte de mí te aborrezca.

Sus besos, su adulación y su cuerpo clamando al mío me llevaron al límite.

Una vez más, lo besé y mi subconsciente me traicionó.

—Átame o me iré... y no sé si volveré.

—Me encargaré de que lo hagas. —Me apretó las manos—. Espérame aquí.

Hundió los dedos en mi cabello, besándome sin sutileza. Había rabia, pasión y contracción al reclamarme. Finalmente dejó de besarme, aunque prolongándolo hasta el último segundo, bebiéndose mi aire, respirando de él y queriéndose llevar mi alma en los labios.

—No te muevas —ordenó—. ¿Me oyes?

—Sí.

En cuanto salió de la habitación, rebusqué mi teléfono en mi neceser y lo encendí. Quería explicarle a Desiré que esa misma noche estaría de vuelta... elaborando otra huida. Porque era conocedora de las intenciones de Aarón, de su posesión, y no me dejaría ir. Al pensarlo, me

asusté un poco, ¿de verdad eso era querer? Se me asemejaba a una obsesión que no parecía buena.

Había varios wasaps; los primeros que comprobé eran de Laura.

Ivonne, quiero saber qué está pasando. No llamas, no sabemos de ti. No me creo nada de lo que me está contando Dani.

Ivonne, me tienes preocupada. Toreo a tu madre, pero se empieza a preocupar más de la cuenta. ¿No confías en mí?

Aarón ha alquilado una casa y se ha ido, sigue raro. Dani está apagado, pero dice estar bien; aun así, pienso que estáis peleados. Llámame cuando puedas.

La reacción de Laura era una de las que más me preocupaba y me tenía al borde del infarto; yo era su mejor amiga, pero Aarón y Dani, sus hermanos. ¿Lo echaría todo a perder sin ni siquiera haber llegado a una conclusión?

Me toqué el pecho y abrí el siguiente mensaje... mamá.

Cielo, ¿tan ocupada estás? Últimamente nos tienes abandonados. Tu padre se preocupa. Descansa y llámanos pronto. Daniel... dice que te marchas muy temprano al curso y que regresas tarde. Cuidado y no enfermes.

Un nudo que me ahogó se me instaló en el pecho. Menos mal que estaban acostumbrados a que no los llamara a menudo. Según sus palabras, mi relación con Dani seguía oculta ¿o no lo mencionaba por algo en concreto?

Necesitaba hacer un viaje a Barcelona... Quise llorar, hasta que leí el mensaje de Dani.

Ivonne, me estoy volviendo loco. Necesito que hablemos.

Desiré no me dice nada y sé que lo sabe todo de ti. ¿Dónde estás? Dímelo pronto e iré a buscarte, por favor.

«¡Maldito, seas, Dani! ¿¡Por qué lo hiciste?!?»

Un momento... ¿César me había escrito?

Ivonne, no sé en qué estáis pensando. Sé que estás con Aarón, ¿cómo podéis estar haciéndole esto a Daniel? Dile a mi hermano que se ponga en contacto conmigo cuanto antes.

—Ivonne.

Cerré los ojos, Aarón estaba detrás de mí.

—Aarón, tu hermano César lo sabe, ¿te ha llamado?

—No lo sé, alguien rompió mi teléfono; una chica traviesa que aún no ha pedido perdón. —Me quitó el móvil, lo apagó y lo lanzó desde donde estaba. Me agarroté—. Súbete a la cama; ya te he dicho que, mientras estés aquí, no existirá nadie ni nada más. Luego me enfrentaré al mundo.

—Oye...

—Di mi nombre, por favor.

Suspiré, mirándolo por encima del hombro. Tenía en la mano el disfraz que me había regalado. ¿Qué pretendía? No era hora de jugar, tenía que irme. Su comportamiento cada vez me causaba más desconfianza.

—Ivonne, pónitelo para mí, por favor.

—¿Te gusta que me disfrace?

—Quiero crear un mundo diferente y perfecto para ti. —Eché mi cabello a un lado. Me lamió el lóbulo de la oreja, debilitándome con su serenidad—. ¿Lo aceptas?

Me froté la cara, agobiada. Si me tocaba, perdía la cabeza y la sensatez me abandonada. Mis instintos me empujaban a él y mi corazón, estremecido, me pedía que huyera de una vez por todas. Me quería dejar hundida, su calma no podía ser buena. Cuando saliéramos de allí, se

arrepentiría de haberme acogido, porque ya habría conseguido lo que se proponía: apartarme de Daniel, vengarse por mi gran error, y... ¿qué haría yo?

Tras oír durante horas cómo me trató, su desprecio por mí, fue más fácil concluir que no estábamos hechos el uno para el otro. Fue cruel que me abandonara sin que yo hubiese cometido ninguna barbaridad como la que él pensaba. ¿Merecía mi entrega cuando una vez la rechazó sin pedirme explicaciones y aclarar lo ocurrido?

—Ivonne. ¿Por qué no me dices qué demonios estás pensando? No eres tan clara como antes.

«Tú tampoco.»

Me mordió el hombro y me retorció.

—Compláceme, por favor. —Cerré los ojos—. Quiero serlo todo para ti, ¿lo fui alguna vez? Tú no has dejado de serlo.

—Estando con otras.

—Para olvidarte; ambos lo hicimos después de las dos veces que estuvimos juntos. Y se acabó, no quiero discutir.

—No... desde la última vez, no pude dejar que otro me tocara hasta que... —confesé torturada—. Y hoy estás aquí, pero nada es como ayer o hace un rato... Yo pagué por algo que no hice.

Oí su chirrido y noté su respiración, que se frenó en mi cuello hasta que sumergió la nariz ahí, prácticamente asfixiándose. Me rodeó con los brazos en torno a mi pecho y me abrazó muy fuerte.

—También yo pagué, Bebé. Y lo peor es que hoy podría no estar odiándote porque no lo hiciste... pero, al liarte con él, para mi dolor y el tuyo, lo hago. Me diste la razón —musitó con tormento—. No dejaste que otro te tocara y, cuando por fin lo permites, fue mi hermano. Daniel va a pagar esto.

Caminábamos en círculos: hacia ninguna parte.

—Deja que me vaya...

—No puedo. Quiero hacerte el amor, hacerte entender que estás hecha para mí, como yo lo estoy para ti. Nadie en el mundo se pertenece como tú y yo.

Abrí los ojos, más alarmada a medida que hablaba. Parecía tan peligroso y posesivo...

—¿Podré irme después si no lo entiendo, Aarón? —lo puse a prueba.

—No voy a obligarte a nada, pero preferiría que no lo hicieras. No al menos mientras pueda detenerlo, porque lo haré. —Se retiró, haciendo énfasis en la última frase—. He luchado contra mí mismo para estar aquí y, como entenderás, no voy a abandonar. No sin lo que he venido a buscar, que eres tú, aunque pierda todo lo demás.

«Unas horas más», me imploré. Luego todo habría acabado, porque la pasión daría paso al odio y, de nuevo, nos enfrentaríamos a la encrucijada. Me giré y, tímida, estiré la mano para que me diera la vestimenta cara y delicada. Me extrañó ese detalle: hasta donde sabía, no disfrutaba de una economía muy desahogada; sin embargo, usaba relojes caros, el piso tampoco era muy corriente y sus regalos eran más bien excesivos. ¿Qué más me ocultaba ese nuevo Aarón?

—Te ayudo —me dijo, quitándose de las manos las prendas que acababa de darme.

Se agachó sin que yo me atreviera a mirarlo; adivinando que estaría de rodillas, levanté el pie derecho y seguí con el izquierdo, hasta que me subió la ropa interior, arrojándose a mí. Su nariz quedó pegada a la mía.

—Te quiero relajada como hace un rato, como ayer.

Subí los brazos sin hablar. La tela, pieza por pieza, detalle por detalle, encajó en mi cuerpo rápidamente, adhiriéndose a él. Mientras, Aarón no desaprovechaba la oportunidad de acariciarme. Finalmente, suspiró, analizándose.

—Mírate, Ivonne, estás arrebatadora.

Me aferró por los hombros, me condujo hasta el espejo y me observé. Me entró frío, la piel se

me puso de gallina al contemplar su imagen junto a la mía en el reflejo que teníamos en frente. Su mirada, oscura; la mía, perdida. Los pezones, erectos. Mis pechos, sugerentes al estar casi descubiertos, con el escote de la camisa que no llegaba a abrochar todos los botones. La zona del vientre, descubierta debido a un nudo en la camisa, donde sus ojos se disiparon en el tatuaje.

—Dame tus manos. —Su voz fue profunda y sensual—. ¿Estás bien?

—No.

—*Ti voglio bene*

[\[29\]](#)

—acentuó áspero—. ¿Mejor?

—Aarón...

—Las manos.

Las uní y las puse a su alcance. Repitió el mismo nudo de unas horas atrás, manejable y ligero, esta vez con un pañuelo celeste.

—A la cama —ordenó suavemente. El cosquilleo empezó a palpar en mi entrepierna. Me negaba a derretirme con tan poca insistencia por su parte, pero era inútil, ya estaba húmeda—. ¿Tengo que arrastrarte?

—¿Q-Qué...? —conseguí vocalizar, horrorizada.

—Era una puta broma. Deja de estar alerta, soy el mismo Aarón de antes. ¿Qué pasa, Ivonne? Con mi libido desmoralizándose como yo, me tumbé lentamente. Pero Aarón era seductor, y consiguió que una punzada de nostalgia se inflamara en mi interior al poner la música bajita: una canción romántica, sentida, versionada por un español, Sergio Dalma, aunque la original era de un italiano. La letra resultaba tan significativa para nosotros que rasgaba el alma.

Sobre todo en un momento tan íntimo...

Me pidió con un gesto que elevara las manos, a lo que yo obedecí con un quejido. Pronto la locura se desató en él.

—Mi Bebé —susurró, deslizando sus manos por la planta de mis pies, masajeándolas. Me retorcí, confundida por las distintas sensaciones que ocasionaba en mí—. Ya no quiero preguntar qué has hecho cuando no esté... o imaginar que estás con otro, ¿me entiendes, Ivonne?

Ivonne estaba hecha pedazos en la cama. Como mi ropa de un momento a otro, pues, no sabía cómo... había terminado por los suelos, sin que me sintiera pudorosa. Sus manos se extendieron por mi cuerpo, deslizándolas desde mis pies a mi cara. La pausa en mi cintura me cortó la respiración. Besos cálidos y sentidos provocaron que mi sangre hirviera. Mis sentidos estaban nublados... me sentía vencida, sedienta y... emocionada.

—Mírame —susurró—, necesito que digas mi nombre.

—Aarón... —gemí arqueándome—, Aarón.

Colocó su mano izquierda debajo de mi trasero, apretándolo, y, sin previo aviso, con la derecha, introdujo sus dedos. No sé cuantos, sólo que mi cavidad se abrió para él, como mis ojos, impresionada. Yo temblaba.

—¿Bien? —quiso saber, iniciando el ritmo—. Ivonne...

Con su ataque había enmudecido, pero pude afirmar con jadeos entrecortados. Era demasiado... notaba cómo los movía sin darme un respiro, dentro y fuera. Yo, empapada; mi cuerpo, sudando y sin atreverse a dar un movimiento en falso que rompiera esa sensación de goce y molestia a la vez. Era duro y me impactaba con sus dedos hábiles en la materia.

—Ivonne...

—¡Aarón! —Di un salto en la cama, acompañado por un amago de convulsión, febril, llena de desesperación—. Suéltame...

—¿Para...?

—Quiero tocarte...

—Ven aquí. —Sacó los dedos, propiciando que me quejara; quería más y los volvió a encajar. ¡Por Dios! Jadeé satisfecha, anclando los talones en la cama para impulsarme en su búsqueda—. Ivonne.

—¡Aarón!

De nuevo me dejó vacía, para agarrarme la cara para que lo mirara. Sí, el deseo destellaba en sus preciosos ojos, la lujuria dominada. Con los nudillos, recorrió mi piel, mi cuello... rodeó mis pechos sin detenerse, mientras yo hiperventilaba al saber que esos mismos dedos estaban impregnados de mí.

Una vez hubo hecho lo que le dio la gana, se frenó en mi ombligo, agachándose para besarlo.

Me elevó ansioso, inventando caricias extremas y llevándome cerca de la cima, sin permitirme experimentar el paso final. Me torturaba por segundos, friccionando la palma de su enorme mano por mi clitoris, hasta que dio un latigazo.

—¡Aarón...!

—Muy bien. —Se levantó sonriendo, pero vino en seguida con un preservativo, para luego rasgar el envoltorio—. ¿Quieres ponérmelo?

—Sí.

Con las manos unidas y pendiente de su expresión satisfecha y sugerente, agarré su miembro al posicionarse de rodillas muy cerca de mí. Aarón soltó un aullido, pero no se movió. Yo aproveché la cercanía y, con el pulgar, lo acaricié de arriba abajo. Era la primera vez que lo tocaba así desde hacía un año y medio y supe que él lo deseaba tanto como yo.

Eché la cabeza hacia atrás, marcando sus bíceps.

Me dolían las muñecas al tener que arrastrar la mano, pero no me importó. Lo acaricié y lo palpé, alucinando por el efecto inmediato que tuvo en él. Era la posición idónea para que yo le pusiera la protección que nos llevaría a la última unión.

—Ivonne, por favor. —Paralizó mi mano y señaló el preservativo—. Ahora.

Arrastré el látex poco a poco, sintiendo su placer y orgullosa de los gemidos que salían de su ronca garganta mientras yo me deleitaba con su miembro... aunque detesté su contención en los momentos de intimidad.

—¡Dios! —gritó por fin, al terminar de colocárselo. Me miró y me besó la mano, posicionándose luego encima de mí. Abrí las piernas, cediéndole el espacio, y lo acorralé con las manos atadas y mis piernas libres—. Bésame, Bebé.

Me moría por hacerlo. Abarqué su boca y mordí su labio superior. Lo abandoné para encargarme del inferior. Sumisa, tierna... metí la lengua, rodeando la suya, que se acopló en seguida. Ambos nos desgastamos y dejamos la piel en ello.

—Háblame de los pañuelos —imploré. Advertí que guiaba su erección directamente a mi sexo... y entró en mí. Gritamos al unísono en la boca del otro. Una punzada colosal me atravesó por todo el cuerpo e intensificó mi fiebre—. Sé que dices algo con ellos...

Me besó los labios, los pómulos, y se detuvo en el mentón.

—Un día lo sabrás.—Movié la cadera, delicado. Me invadía y retrocedía—. Enséñame a recuperar lo que perdimos.

—Enséñame tú a mirarte como hace horas. Mi Aarón... *miitalianini*.

—Chis.

Me silenció con sus labios y yo puse mis piernas en torno a las suyas. Tonteaba con los dedos desnudos, compartiendo el erotismo de las embestidas tan lentas y pausadas. Buscaba mi boca, la exigía. Sentí que me hacía el amor, que me suplicaba sin palabras que lo intentáramos, pero yo sólo necesitaba tiempo para saber qué hacer... Debía dejar de escarbar en un pasado que a los tres nos había hecho tanto daño y empezar de nuevo, aunque sin tener claro en qué dirección.

—Ivonne...

—Aarón —pronuncié en su boca, mirando sus ojos. Le brillaban—. Eres Aarón.

Repitió de forma interrumpida las estocadas, sin alterarlas; sin embargo, mi cuerpo pedía a gritos llegar al orgasmo y sentir cómo él también se debilitaba. Su pelvis iba y venía, satisfaciéndome con más acometidas. Me mordió los labios, por lo que, ansiosa, salí a su encuentro. Una y otra vez... y más. Y más.

—Bebé —mustió y me acarició la cara.

Sollocé suplicante, sumergida en una historia paralela que no existiría fuera de allí.

—Aarón... por favor.

Empujó, salió. Me besó y repitió.

Lo busqué, recibiendo una sonrisa que me dejó tocada. Sus hoyuelos resaltaron, recordándome lo mucho que hacía que no los veía así, tan él, tan yo. Era impactante observar su cuerpo arqueándose, moviéndose e iniciando una nueva invasión, mientras doblaba el codo y aferraba mi brazo, que rodeaba su cuello, conservando el contacto y, con la otra mano, repasaba cada una de mis curvas.

—Aarón.

Sus dientes traviesos mordisquearon mi clavícula y mis pechos, sin prendas, pues él las había arrancado con anterioridad. Me penetraba y reculaba.

—Delicada... Ivonne.

—¡Aarón!

Me miró con profundidad a través de sus pestañas; mi corazón se aceleró. Su frente se arrugó y, entonces, llegó la embestida tórrida, palpitante, que nos hizo caer en el vacío, junto con un azote que me dejó sin aliento.

—¡Aarón!

—Más...

—¡Aarón!

Mordisqueé su hombro, pataleé poseída. Su cuerpo temblaba, su piel se volvió más caliente, mientras se derrumbaba y enterraba su cara en mi cuello. Ahogados y abrazados, permanecemos en silencio. Los minutos transcurriendo hasta que los espasmos nos dieron libertad y nos abandonaron.

—No me dejes —suplicó.

Literalmente quise morirme. ¿Por qué ya todo era tan imposible?

—¿Me desatas? —pedí, sin más. No confesé cómo me encontraba realmente—. Por favor....

Cansado, se incorporó y me soltó; no obstante, dejó el pañuelo rodeando mi mano derecha, por encima de donde estaba inicialmente. Con un suspiro y tragando al saberme tan pensativa y emocionada, me besó las muñecas, que estaban más coloradas que la vez anterior, y las suavizó con la crema.

Después, nos miramos y no hablamos. Se echó sobre mí y nos abrazamos. Sobran las palabras...

El tiempo se nos había acabado.

—¿Aarón? —Tanteé el colchón y me senté de golpe. No había nadie a mi lado y tenía frío—.

¿¡Aarón!?

Ninguna respuesta. Velozmente, salí de la cama, me puse las zapatillas y recorrí la casa de una punta a la otra. Allí no había nadie, y eso me dio cierta tranquilidad. Aarón se había ido y había dejado una nota encima de la mesilla junto a la entrada.

Las llaves del coche de Desiré seguían ahí...

No creo que te despiertes; si es el caso, espérame. No tardaré en volver. No te muevas.

PD: Tu Aarón.

La releí una y mil veces, siendo consciente de cuánto lo decepcionaría si me iba... pero fue justo lo que se me pasó por la cabeza. Era el momento de huir... ya había probado qué era estar a su lado, descubriendo que sentía mucho más de lo que era bueno para mí; por el contrario, también con ese acercamiento tenía claro que no podía ser, que sufriría por dejarlo ir, sí, pero lo nuestro acabó cuando él se marchó... lo mismo que con Dani, había terminado al decidirlo él sin mí.

Era hora de empezar de cero... sola. Entonces era yo quien reclamaba la soledad. No podía seguir así, dañándome al estar dividida por dos hombres tan importantes para mí, a los que tampoco podía causar más dolor. Deshice el recorrido hasta la habitación, abrí la maleta haciendo hueco a las pocas pertenencias que había sacado. En pijama y zapatillas, acabé de reunir lo necesario, para finalmente alcanzar las llaves de Desi. Miré atrás, permitiendo que se me escaparan las lágrimas que ya no era capaz de soportar.

¿¡Qué quería!? ¿¡Qué sentía por cada uno de ellos!?

Acto seguido, fui como un huracán. Nadie me había visto. Me bebí, por primera vez, la carretera. Cansada y llorosa, llegué a casa de Desi. Pensé que no estaría despierta, pero me di cuenta de mi error cuando tropecé con mi equipaje y ella me levantó del suelo. Simplemente me abrazó, me dijo que todo saldría bien y, sin saber por qué, la creí.

Al soltarme, miró detrás de mí. Yo negué con la cabeza. Él no venía.

—¿La mano atada y en pijama? —apuntó de pronto—. ¡Tú has huido de él!

Me quitó el pañuelo, tratando de levantarme el mentón. Yo rehuí su caricia, escondiendo lo que sentía.

—Las cosas son demasiado complicadas, Desi...

—¿Le quieres?

Fui hasta la habitación y empecé a cambiarme de ropa. Mi amiga me arrancó el pantalón vaquero de las manos.

—Espera, Ivonne, ¿adónde crees que vas?

—Necesito ver a Dani... Me tiene que explicar algo que cambió el rumbo de mi vida, también de la suya y sin duda la de Aarón. —Estaba al borde de las lágrimas—. No sé cómo va a terminar todo esto...

Me dio el pantalón y asintió.

—¡Voy contigo!

—Desi... —Suspiré, recogéndome el pelo—. Necesito recomponer mi vida... Creo que me voy a volver loca.

—No me extraña. —Estiró su mano hacia a mí—. ¿Preparada?

No, pero había llegado la hora.

—Hay luz —comentó Desi mientras aparcaba. Por supuesto, no me había permitido conducir, me temblaba todo—. Qué raro...

—La habrán dejado encendida, yo tengo llaves. —Las rebusqué en el bolso—. Está Laura y quiero hablar con ella a solas; no son horas, lo sé, pero necesito hacerlo... que me diga que me entiende, no sé.

Bajamos del coche y Desi me dio la mano. Le sonreí agradeciéndole que estuviera conmigo mientras mi mente sufría un bloqueo que no me permitía ser como verdaderamente era. Todo parecía tan irreal que no asumía que me estuviera sucediendo a mí. Lo veía como si fuese algo lejano. ¿Alguna vez habéis querido despertar de algo que no era un sueño?

—Dame, Ivonne. —Desi me pidió la llave, pues yo no atinaba en la cerradura—. Tranquila.

En dos segundos estuvimos dentro.

—¡Maldito seas! —Desi y yo nos miramos por el grito que acabábamos de oír, mientras corríamos hacia el interior de la casa—. ¿¡Qué...!?

Aarón no terminó la frase al verme, ya que no me esperaba allí y, para ser sincera, yo tampoco a él. Nos miramos durante unos segundos que se me hicieron eternos, sin disfrazar el rictus desagradable que se dibujó en su boca... pues pensaba que había ido a buscar a Daniel. Lo rehuí...

Repasé la sala con la mirada, tropezándome con Dani. ¡No! Me tape la boca al ver sangre en su labio y la mandíbula hinchada. Laura, César y Jana estaban ahí, descompuestos. El desastre en los muebles de la sala confirmaba la pelea.

—¿Qué... estáis haciendo? —balbuceé, presionándome el vientre... Me dolía—. No podemos seguir así... ¿no lo veis?

—¿Has estado con Aarón, verdad? —preguntó Daniel. Me quedé de piedra—. ¿Sí o...?

—Tú no tienes derecho a reclamar nada —intervino Desiré—. No seas cínico.

Le di un codazo, a punto de desvanecerme.

—Ivonne —susurró Laura—. ¿Has estado con Aarón?

Aarón dio un paso amenazante y después tiro un cigarrillo casi entero y lo pisoteó en el suelo.

—He dicho que no ha estado conmigo, hemos hablado a través de putos mensajes —mintió Aarón.

No supe reaccionar, pues me quedé estática en el otro extremo de la sala cuando lo vi señalar a todos y luego a mí.

—Esa mujer es mía y no voy a parar hasta que ella lo entienda.*Capito!*?

[\[30\]](#)

El perdedor

Nadie se atrevió a decir una sola palabra. Sus hermanos y yo permanecemos incrédulos frente a su directa declaración, también fuera de lugar. No esperaba que fuese tan impulsivo, que confesara ante todos lo que sentía por mí. Frente a Dani. Instintivamente mis ojos lo buscaron, descubriendo el dolor en los suyos. Apretaba la mandíbula, sin disimular su agonía.

—¿Por qué? —leí en sus labios.

Me puse a llorar, queriendo por un momento limpiarle las heridas que sangraban en su rostro. Odié ser la causante de que César estuviera a punto de dar un golpe en la mesa, y de las miradas perdidas de mis amigas sobre el triángulo que ellos y yo habíamos formado sin pretenderlo y que debía romperse para siempre.

—Ivonne —me llamó Desiré. Yo había empezado a marearme, debido a los nervios—. ¿Te encuentras bien?

Meneé la cabeza, un poco aturdida.

—Voy a prepararle una tila —murmuró Laura. Me levantó el rostro y me pellizcó la mejilla—. Siéntate, tienes muy mala cara.

—Alguien podría haberla avisado de la que había aquí montadita —se quejó Desi.

Sacó una de las sillas ubicadas al lado de la mesa y me ayudó a sentarme. Dejé caer la cabeza, apoyando el pómulo contra la fría madera. Me hacía pedacitos, ¿qué sentía? Con los dos en el mismo espacio, la situación había empeorado. No sabía qué hacer. Ambos me trasmitían tanto...

—Esto es lo que has hecho con ella, Aarón —lo acusó Dani—. ¿Qué pretendes?

—Devolverla al lugar al que pertenecía, pero veo que no lo tiene claro.

¿Con qué intenciones me había dejado Aarón en medio de la noche para adelantarse hasta allí? Su comportamiento me hacía desconfiar; la complicidad que siempre tuvimos iba desapareciendo, dando paso a las dudas, lo que me volvía loca.

—Ivonne —me llamó Aarón... «no puede ser», masajeándome la espalda—. ¿Mejor?

—Déjame... —Lo empujé a ciegas.

—¡Para de tocarla en mis narices! —reclamó Daniel.

Cerré los ojos, muy cerca de desvanecerme por la presión a la que estaba siendo sometida.

—Ya estoy aquí —dijo Laura; ella y Desi me incorporaron y esta última me puso la taza en los labios. Sorbí sin parar—. Tranquilízate.

Le quité el vaso a Desi y rodeé el tazón con las manos, para calentármelas. Era evidente que esperaban mi recomposición mental y física para empezar con esa extraña reunión, pero yo no sabía si estaba preparada para lo mucho que tendría que oír.

—Ivonne —pronunció César—. ¿Qué tienes que decir a todo esto?

Me atreví a mirarlo. Lo encontré sentado en el sofá, con su novia; Dani, de pie a su lado, y Aarón, mirando por la ventana. A juzgar por su actitud, este último estaba enfadado tras haber intentado marcar terreno y yo no habérselo permitido. ¿Qué esperaba?

—Es obvio —musité—: que es una locura.

—Tenemos que hablar —articuló Dani sin apenas voz y Aarón, como un rayo, se plantó a mi lado—. A solas.

—¿Has oído lo que acabo de decir? —reclamó Aarón desesperado, con ojos desorbitados. Afirmé, lo había escuchado todo el mundo—. Pues así será... Me he cansado, Ivonne... de callar y de fingir. ¿Quieren sinceridad? ¡Aquí la tienen!

—Pero Aarón... —lo llamó Laura—: ¿qué pintas tú entre ellos dos?

Aarón desafió a Daniel y yo, inconscientemente, tiré de la manga de su camisa, reteniéndolo. Iba con pantalón y camisa larga, de color oscuro, como un fugitivo que hubiese escapado en medio de la noche. Justo lo que había hecho.

—Yo podría haber estado con Ivonne de no ser por la maldita mentira que soltó Daniel la noche de la despedida —escupió Aarón y se aferró a mi mano, arañándome—. ¡Quise no odiarlo cuando me fui, pero se lo ha ganado con creces!

En dos zancadas estuvo de nuevo en la otra punta. Yo terminé la tila y me levanté con la suficiente fuerza como para encarar aquello y largarme de allí. Luego lloraría durante horas, sola, en mi propia cama... y no sería la de arriba. Esa casa me traía malas sensaciones, recordándome cada una de mis torpezas, de mis equivocaciones.

—Explícate —demandó César.

Aarón se quedó de espaldas, con los puños apretados y los hombros erguidos, alterado.

—Ella me hizo una promesa en un breve encuentro que tuvimos esa noche —continuó Aarón, omitiendo nuestra intimidad—. Y él, más tarde, me confesó que estuvieron juntos, y no era verdad. ¡La aborrecí!, tenía que irme... Luego creí que la cuidaría, ¡quise creerlo por lo que nos unía... y me la quitó! Lo llamé antes de que él se mudara y el muy cínico me mintió. ¿Pinto o no entre ellos?

«Por qué no me llamaste a mí, Aarón.»

Inesperadamente, Aarón acortó la distancia y cogió a Dani por el cuello. Éste no reaccionó, se quedó en la misma posición, agarrotado, sin mostrar signos de querer defenderse. Casi diría que indefenso. No pude ver aquello y me aventuré a separarlos, colocándome en medio, justo como nos encontrábamos. Mis manos fueron a sus pechos, para mantenerlos alejados. Advertí sus pulsaciones aceleradas, y mi cuerpo se desmoronó a medida que los sentía.

—Vete, Aarón. —Lo empujé sin mirarlo. Si no lo hacía, no acabarían bien—. Ya basta.

—Me iré, pero te juro por mi puta vida que sin tenerme a tu lado vas a entender que soy yo... ¡Me quieres!

—¡Aarón! —le reprendió César—. Córtate.

—¡No me da la gana! ¿Lo habéis oído todos, verdad? —Los señaló uno a uno—. ¡La tendré por mis cojones!

¿Qué? ¿Cómo? Di un paso atrás, apuntándolo con el dedo en alto.

—¿Pero tú te crees que soy una muñeca?

—¿Te has sentido así en las horas que has estado conmigo? —esquivó mi pregunta. El silencio reinó, ya que Aarón acababa de confirmar, sin pretenderlo, o sí, no lo sabía, que habíamos estado juntos—. Me parece increíble, Ivonne. Puedo ser un malhablado, no tener modales, decir las cosas con demasiada dureza, ser persistente, pero sólo porque te pierdo. Sin embargo, no me acuses de no haberte tratado como necesitabas... —Miró a Dani, luego a mí—. Aunque quizá merecías otra cosa.

Ahí estaba de nuevo la línea que nos separaría siempre, esa palabra que brillaba en sus ojos y que por respeto no decía, pero albergaba dentro: *zorra*. Con una última mirada de decepción, se encaminó hacia la salida y se marchó con su habitual violencia desde nuestro reencuentro, dando un portazo al salir.

Me eché las manos a la cara, abochornada. Con Aarón todo se había vuelto como con Dani al iniciar la convivencia: las cosas que descubría de él no me gustaban, intuía que me ocultaba otras... Era como en esas ocasiones en las que crees que, delante de tus narices, tienes al hombre perfecto, pero, por su actitud, dudas y... ¿cómo saber quién es la persona destinada para ti?

Nunca había sido de relaciones esporádicas; yo creía en los cuentos de hadas, en el amor cargado de confianza.

¿Realmente existía algo así?

—Habla con Ivonne y cuéntaselo todo —le aconsejó César a Dani—. Sé sincero por una vez con ella y dejad de dañarla entre los dos.

«Los dos.»

Dani se limitó a subir las escaleras, esperando a que yo lo siguiera. Con la mirada en el suelo, fue justo lo que hice. Necesitaba saber por qué nunca aclaró su mentira, por qué se fue con otra, por qué no había tenido el valor de decírmelo a la cara.

Él me abrió la puerta de nuestra habitación, en la que tuve miedo de entrar, de volver a sentir... Respiré y me invitó a pasar.

Una vez dentro... se apropió de mi mandíbula y reclamó mi mirada.

—¿Por qué no he sabido nada de ti en los últimos siete días, Ivonne?

—¿Por qué me engañaste con otra cuando me pediste tiempo, Dani? —Su primera reacción fue el desconcierto; seguidamente sus ojos se abrieron con intensidad—. He visto fotos tuyas con esa chica; no me mientas, por favor.

Tragó, haciendo más presión con sus dedos en mi piel.

—Dime que no te las ha enseñado Aarón. —Suspiré, dejando que las lágrimas fluyeran libremente de una vez—. ¿Te lo ha contado todo? Dime que, por lo menos, no se ha atrevido a mentirme.

—¿Qué quieres decir?

Se tocó la frente, alejándose de mí. Yo fui hasta la cama y me senté, acunándome la cabeza. Me iba a estallar.

—¿Te acuerdas de la noche que nos peleamos tras confesarme que habías estado enamorada de Aarón? —Asentí, llena de dolor. No quería creer lo que diría, me negaba a pensar que Aarón hubiera jugado tan sucio—. Me encontraba mal y ella me ofreció apoyo. No debí aceptarlo, lo sé. Ya nos conocíamos de antes, no te lo voy a negar... al principio, cuando llegué a Valencia y nos presentaron, estuvimos alguna que otra vez juntos, esporádicamente. Y luego surgió lo de Aarón, estaba perdido y... la cagué, sí, pero te juro que no fue de manera consciente. Bebí más de la cuenta tras salir con dos compañeros y se me fue la cabeza...

»Fue sólo un día; reconozco que me arrojé en ella demasiado borracho como para darme cuenta... Ivonne, Aarón sabía en qué condiciones me encontraba, él tiene claro que esas fotografías no han sido de esta semana. Me confirmó que buscaba información sobre mí en cuanto llegó y vio aquello. Yo se lo expliqué... yo... tenía tanto miedo de contártelo y perderte...

—¿¡Por qué iba a mentirme!?! —Lloré desconsoladamente. ¡Mierda!—. No me lo digas... —Supe la respuesta—. Porque él sabía que yo sería más vulnerable, que me dejaría llevar y terminaría donde acabé.

—Con él...

—¿Y por qué no te has defendido ante él? —Lo encaré, rabiosa—. ¿¡Por qué los dos habéis tenido que inventar mentiras para confundirme, Dani!?! ¡Habéis jugado sucio y no es justo!

—¿Sólo nosotros, Ivonne? —Bajé la mirada—. A veces no hay ni malos ni buenos. En una historia de tres, no tiene por qué haberlos siempre... ¿Quién ha actuado bien en este triángulo? ¿Yo, por mentir aquella noche? ¿Tú, antes o después, por no contarme toda la verdad sobre tu relación con Aarón? ¿Él, por haber jugado sus cartas, exigiendo revancha cuando estábamos en nuestro peor momento? Todo hubiera cambiado si cada uno de nosotros hubiese sido sincero.

»Yo preguntaba y, según vuestras palabras, no había nada más allá de esa amistad transparente que teníais. Me habría retirado, te lo aseguro. En la fiesta estaba bebido y quise dárme las de macho; luego me sentí tan avergonzado de contar la verdad... no sabía cómo hacerlo... me gustabas.

Con pesar, admití que Dani era el más coherente de los tres. Cada reflexión era acertada. La cadena de mentiras, de silencios y de secretos propició que lo que pudo ser tan fácil terminara como esa madrugada... Con lazos rotos, personas dañadas, hermanos que se adoraban

perdidos. ¡Por Dios!

Miré a Dani y me lancé a su pecho. Allí lloré como jamás lo había hecho. ¡Cuánto habíamos destruido los tres!

—Y esto lo cambió todo —susurró y fue hasta un cajón, conmigo aferrada a su corazón. Al mirarlo, me encontré con el pañuelo amarillo. Mi alma se rompió—. Te vi entrar con esta seda en casa y tu mirada era otra. ¿Por qué, Ivonne?

—No lo sé... primero pensé que era tuyo, más tarde descubrí que fue él quien, con otra mentira, me lo regaló.

—Y sigue siendo especial a pesar de saber que es suyo —dejó caer.

—Pero no sé el motivo. —Me separé, agobiada—. Desconozco si es porque pensé que era tuyo o porque sé que es suyo...

—Me has ocultado tantos pequeños detalles...

Entonces le recordé con recelo:

—¿Y la carpeta que escondes, Dani?

—Ése es otro tema...

Se quedó pensativo, apretándose los párpados con cada gota de humedad que barría mis mejillas.

—Sé que es una locura, lo sé, porque has estado con mi propio hermano, por tus dudas, las mías... pero sólo hay una forma de solventarlas. —Me enjugó las lágrimas, tan triste que en sus ojos vi reflejados los de Aarón, los dos tan iguales y volcados en mí. Apreté el pañuelo contra mi nariz y mi boca. ¿Dónde quedó el hombre que conocí? Nuestra historia había sido un error, él me lo hacía creer así—. Nuestro vuelo sale en unas horas, las vacaciones planeadas —me recordó ilusionado—. Vámonos, Ivonne... Empecemos nuestra segunda parte.

—¿Sin más? —Hundí los hombros—. ¿Con todo lo que ha pasado?

Le acaricié la mejilla, odiándome por haber cruzado la línea de lo prohibido sin haber hablado antes con él. Era cierto su error con otra, sí, pero entonces yo ya me había dejado besar por Aarón, rozar... y estaba segura de que cada sensación que sentí fue mucho más de lo que Dani sintió entregándose a esa... porque sólo hubo pasión y allí, en ese triángulo, había amor.

—Ya no es posible, Dani.

Me dirigí hacia la salida, sin abandonar el pañuelo que me recordaba a Aarón y que había cambiado el rumbo de todo aquello.

—Lo necesito, Ivonne —suplicó, paralizándome—. Por favor... necesito estar unos días contigo, conocer otras respuestas que han surgido a lo largo de estos días... de esta misma noche. Te confieso que no sé dónde terminará todo, no sólo por ti... sino por lo que estoy sintiendo. Pero sabes que también te quiero.

En plena confusión, me di cuenta de lo dividida que seguía, de cómo mis sentimientos se rompían al pensar en el daño que les causaba a ambos; el mío era ajeno. Lo hubiera dado todo por poder volver atrás y no lastimarlos, sin callarme... sin secretos.

¿Cuántos más tendrían ellos? Muchos, lo intuía.

No obstante, Dani tenía razón: allí no había ni malos ni buenos; acostumbrábamos a ver el malo en una historia, pero en ésta no lo había... no de momento. Se habían creado dos historias paralelas, diferentes, sin mezclarse.

Una me ofrecía estabilidad, amor puro.

La otra, quizá algo esporádico, tormentoso, inseguro.

Pero éramos personas guiadas por los corazones que buscaban respuestas a sus preguntas, descubrir sus verdaderos sentimientos. ¿Cuántas veces nos equivocamos arriesgando al amor de nuestra vida? Lo cambiamos por una aventura que, quizá, sólo quedará en eso: un pasatiempo para alguien que un día se cansará y nos dejará tirados, pero que, mientras sucede, nos eleva al mismo cielo sin darnos cuenta.

—Necesito pensar —confesé, marchándome de la que por un corto período fue nuestra casa—. Te llamaré...

—Y yo te estaré esperando. Los dos lo necesitamos —recalcó—. No olvides mi propuesta, Ivonne.

—No podría, Dani.

Transcurrieron días en los que mi soledad y yo tuvimos mucho tiempo para pensar y tomar la decisión de plasmar cada párrafo que habéis leído. Escribir mi propia historia, aún sin final, pues todo seguía abierto... Y, tras el recorrido por el pasado, tocaba vivir más del presente, enfrentarlo. Dejar la cobardía a un lado.

—Puedes, Ivonne —me obligué a decir.

Di un salto al oír el teléfono... Una vez más, sin descanso.

—Aarón...

—No te queda más tiempo —me interrumpió—, no si verdaderamente quieres estar conmigo.

Pocas veces me dejaba llevar por impulsos, pero algo me decía que, con mi decisión, hallaría la verdad de mi confuso corazón y acepté lo que uno de ellos me ofrecía. Sin presiones, consciente de que un final feliz era demasiado complicado... pero no pensaba darme por vencida hasta comprobarlo, persiguiendo encontrar mi camino. Lo hice llorando, porque lo último que oí antes de embarcarme en la que creí que sería mi salvación fue un grito desgarrador, de quien no soportó mi marcha.

—¡¡Ivonne!! —La tempestad había roto mi calma y necesitaba diferenciar mis sentimientos. Descubrir la salida—. ¡¡Ivonne!!

Me limpié las lágrimas, sin poder evitar mirar hacia atrás antes de dar el último paso que nos alejaría, y allí, con el corazón hecho añicos, creí adivinar cómo empezaría la segunda parte del triángulo que habíamos formado.

¿Y... vosotros?

Biografía

Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional con algún relato en el mundo de las letras. La trilogía «La chica de servicio» fue su primera novela, a la que siguieron *Culpable* y *No me prives de tu piel*. En la actualidad ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.facebook.com/patricia.gr.980

y

librolachicadelservicio.blogspot.com.es

Notas

- [[1](#)
-]. *Sufficiente*: suficiente, en italiano.
- [[2](#)
-]. *Che cosa?*:¿qué?, en italiano
- [[3](#)
-]. *Merda*:mierda, en italiano.
- [[4](#)
-]. *Ho voglia di te*:Tengo ganas de ti, en italiano.
- [[5](#)
-]. *Porca miseria*:Maldita sea, en italiano.
- [[6](#)
-]. *Capito?*:¿Entendido?, en italiano.
- [[7](#)
-]. *Per favore*:Por favor, en italiano.
- [[8](#)
-]. *Stai mentendo*:estás mintiendo, en italiano.
- [[9](#)
-]. *Sei bella*:estás hermosa, en italiano.
- [[10](#)
-]. *Merda*:mierda, en italiano
- [[11](#)
-]. *Ciao*:Adiós, en italiano.
- [[12](#)
-]. *Che cazzo stai facendo?*:¿Qué coño estás haciendo?, en italiano.
- [[13](#)
-]. *Arrivederci*:hasta luego, en italiano
- [[14](#)
-]. *Ho voglia di te*:Tengo ganas de ti, en italiano
- [[15](#)
-]. *Capito?*:¿Entendido?, en italiano.
- [[16](#)
-]. *Merda*:mierda, en italiano
- [[17](#)
-]. *Ti voglio bene*:te quiero, en italiano.
- [[18](#)
-]. *Molto*:mucho, en italiano.
- [[19](#)
-]. *Molto*:mucho, en italiano.
- [[20](#)
-]. *Ti voglio bene... molto*:te quiero... mucho, en italiano.

[

[21](#)

]. *Molto*:mucho, en italiano.

[

[22](#)

]. *Capito?*:¿Entendido?, en italiano.

[

[23](#)

]. *Bella*:Preciosa, en italiano.

[

[24](#)

]. *Ti voglio bene*:te quiero, en italiano.

[

[25](#)

]. *Merda*:mierda, en italiano.

[

[26](#)

]. *Buongiorno*:buenos días, en italiano.

[

[27](#)

]. *Ti sto odiando*:te odio, en italiano.

[

[28](#)

]. *Ti voglio bene*:te quiero, en italiano.

[

[29](#)

]. *Ti voglio bene*: te quiero, en italiano.

[

[30](#)

]. *Capito!?*:¿¡Entendido!?, en italiano.

En plena confusión. Dividida
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: © MBLifestyle / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Geller, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15266-8

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com